
P L MATTHEWS
DEUDA DE SANGRE
UN MISTERIO DE LA BRUJA VERDE

P L Matthews

Deuda de Sangre

Un Misterio de la Bruja Verde

Copyright © 2024 by P L Matthews

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

P L Matthews asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A mi madre, la suprema diosa de la justicia y descubridora de libros perdidos de la biblioteca, quien me enseñó a amar la palabra escrita con el mismo fervor que un hada reserva para los bailes a la luz de la luna (y siempre insistía en que las hadas del jardín actuaban solo para nosotras, aunque eran más escurridizas que los calcetines en la secadora cada vez que yo miraba). Mi amor por ti eclipsa incluso a la biblioteca más extensa del universo.

Contents

Foreword

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

Epílogo

Notas para los lectores

Agradecimientos

Otras obras de P L Matthews

About the Author

Foreword

Nota: Esta traducción ha realizado un largo viaje bajo el sol abrasador de Australia, donde los canguros saltan y los eucaliptos bailan. Algunas frases pueden haberse acalorado un poco, y algunas peculiaridades australianas pueden haberse colado en el camino. Así que si te encuentras con un poco de Castellano bronceado o un ‘G’day’ perdido, ¡piensa que es solo la traducción tomando unas vacaciones en la tierra de los canguros!

Si notas algún error de traducción o crees que alguna frase se parece más a un hechizo que salió mal, ¡me encantaría escuchar tu opinión! Tus comentarios me ayudan a mantener la magia fluyendo. No dudes en enviarme un mensaje al correo electrónico que aparece a continuación.

plm@plmatthews.com

CAPÍTULO 1

La bruja verde Rhianne Alkenn estaba al borde de la desesperación.

Los molestos gnomos habían dañado sus rosas de nuevo, sin que les importara la malla protectora que había colocado. Era la cuarta vez este mes. Mientras observaba cómo el atardecer pintaba el horizonte con nostálgicos naranjas y rojos, se sintió tentada de llamar a su novio y pedirle que viniera a ayudar.

Kai era un brillante mago tecno y se había ofrecido a crear una barrera mágica. Solo lo había hecho una vez antes, durante la investigación de un asesinato en el reino de los elfos, y eso había sido una emergencia.

Nunca había probado el hechizo en la Tierra y su eficacia aquí era incierta. Ni siquiera estaba seguro de cuánto duraría la barrera. Pero Rhianne, desesperada por una solución, estaba dispuesta a intentarlo.

El día había sido un circo absoluto, y Rhianne se sentía como la desafortunada malabarista en el centro. Primero, dos camiones de reparto llegaron horas más tarde de lo que deberían, sus plantas parecían haber dado la vuelta al mundo en lugar de un viaje local.

Luego, para colmo de males, la gente había faltado a sus citas para los recorridos, dejándola esperando en el frío, mientras su papeleo seguía acumulándose en su oficina.

Como si su paciencia no hubiera sido suficientemente puesta a prueba, la habitual ralentización invernal estaba golpeando más fuerte este año. Miró el paisaje árido y sombrío, su aliento formando nubes vaporosas en el aire frío. —Genial, hasta el tiempo está en mi contra —murmuró.

Se admitió a sí misma que no era solo la destrucción de las rosas o los recorridos perdidos o el clima frío. No, estaba inquieta porque echaba de menos estar en medio de un caso. No es que quisiera que hubiera otra pobre víctima asesinada, pero ¿quizás algo emocionante para investigar?

Mientras Rhianne se preparaba para irse a la cama, sonó su alarma perimetral, seguida del ruido de un coche entrando en su camino de entrada. Asomándose por las cortinas, vio un Bentley Continental GT negro detenerse cerca de sus escaleras. El chófer abrió la puerta y su

madre emergió vistiendo un elegante traje pantalón blanco, con el pelo recogido en un moño. Su madre *nunca* venía aquí. Subiendo las escaleras, llegó al umbral justo cuando Rhianne abría la puerta.

Su madre vaciló, una pausa que llenó a Rhianne de más preocupación de lo que cualquier palabra podría haber hecho. —Necesito tu ayuda.

Rhianne abrió más la puerta y su madre entró en su apartamento. Tenerla aquí era más que extraño. Si su madre necesitaba verla, se reunían en su casa o en algún evento. Fuera cual fuera la razón de la visita, ni siquiera comentó sobre su acogedor lugar antes de tomar asiento. El apartamento de un dormitorio presumía de una cocina de tamaño mediano con una mesa pintoresca, una sala de estar con un sofá y dos sillones mullidos. Para Rhianne era cómodo y acogedor, pero todo habría cabido en el gran salón de banquetes de su madre. Permitiéndose a sí misma y a su madre un momento para ordenar sus pensamientos, Rhianne se dirigió a la cocina. —¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó.

—Una taza de té, si tienes —Su madre se sentó con la espalda recta como una vara y miró alrededor.

Rhianne preparó algo de sus propias hojas de té, añadiendo un toque de rosa, y lo sirvió en una elegante taza con platillo que no recordaba tener. Lo llevó y luego fue a buscar su propia taza desgastada, con colores desvaídos y bordes desportillados, antes de tomar asiento frente a su madre. Debería esperar a que su madre hablara. Después de todo, ella tenía la ventaja aquí, en su propia casa, con todo el tiempo del mundo. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la espalda. La tez de su madre estaba más pálida de lo que jamás la había visto.

—¿Qué está pasando? —Sí, tanto para mantener el poder.

Su madre levantó la vista de su taza, un destello de molestia cruzó su rostro, reemplazado por uno de resignación. —¿Has oído hablar de Don Bellmont?

Rhianne luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. Era tan típico de su madre comenzar una conversación con una referencia oscura a alguien supuestamente importante. Hace unos meses, Rhianne no habría sabido la respuesta a su pregunta. Una vez había ignorado felizmente todo sobre el mundo sobrenatural, especialmente la política.

Pero los tiempos habían cambiado, y ella también. Ahora estaba aprendiendo los entresijos de su magia élfica bajo la atenta mirada de Toto, mientras simultáneamente se iniciaba en el negocio de detective. Toto era un poderoso ser feérico que prefería la forma de un perro maltés. Seguía diciendo que necesitaba trabajar más duro en ello. Adaptándose a su nuevo papel como una especie de detective, se encontró sorprendentemente enganchada. Resolver dos casos de

asesinato y frustrar un golpe contra el Alfa Moonshadow —el líder de la manada de hombres lobo más grande del país— había pasado de ser tareas intimidantes a desafíos emocionantes.

Había dos razones principales por las que necesitaba aumentar su astucia sobrenatural. Primero, su magia élfica resultó ser rara y quizás un poco poderosa, una gran sorpresa para todos excepto Toto, quien insistía en que lo había sabido todo el tiempo. Mmm, sí, claro. Esta magia única la ponía en el centro de atención, y no necesariamente de una manera buena. Ser la dueña de un tipo raro de magia era como caminar con un cartel de "Cuidado: Impredecible".

Segundo, si iba a dominar este trabajo de detective, entender la política y las peculiaridades de la comunidad sobrenatural era imprescindible. Era como tratar de navegar por un laberinto con los ojos vendados, pero estaba decidida a comprenderlo, incluso si eso significaba lidiar con reuniones del consejo o dinámicas de manadas de hombres lobo. No es que no hubiera sido divertido descubrir al topo.

Así que Rhianne respondió: —Don Bellmont es el representante vampiro del consejo estatal de Nueva Gales del Sur. Creo que aspira a un ministerio nacional.

Los ojos de su madre se abrieron antes de que rápidamente sofocara su expresión. Rhianne se permitió una pequeña sonrisa. Había logrado sorprenderla.

—En efecto —su madre sorbió de su taza—. Asuntos Exteriores.

Por supuesto que ella sabría todos los detalles. —Estás evadiendo, madre —dijo Rhianne, con impaciencia coloreando su tono.

Su madre frunció los labios. —¿Qué sabes sobre los vampiros?

¿Qué era esto? ¿Un juego de veinte preguntas? Rhianne suspiró pero decidió seguirle el juego por ahora.

Rhianne recitó de memoria: —Son fuertes y rápidos. Sus sentidos son tan agudos que pueden oír tu latido del corazón o eso cree la gente. Tienen un encanto que ayuda con todo el asunto de "necesito beber sangre para sobrevivir". La luz del sol es un gran "no". Y pueden ser asesinados mediante una estaca en el corazón o decapitación.

Su madre le dio un gesto de aprobación y una oleada de calidez recorrió a Rhianne. Se apresuró a reprimirla.

—Cuanto más viejo es el vampiro, menos susceptible es a la luz del sol, pero aún pueden ser asesinados —añadió su madre con un toque de acero—. Don Bellmont tiene varios siglos de edad. ¿Qué sabes sobre la sociedad vampírica?

¡Ah! Debían estar llegando al meollo del asunto. —Las comunidades de vampiros funcionan como una versión sobrenatural de una junta directiva empresarial. En la cima, tienes a los

Maestros o Maestras de Casa, como directores ejecutivos. Luego está el Consejo de Ancianos, básicamente el consejo de administración que representa a las diversas «unidades de negocio» vampíricas. Todo gira en torno al secreto y la etiqueta. La política vampírica a menudo implica complejas luchas de poder y agendas ocultas.

—Muy bien, Rhianne —y ahora la aprobación era inconfundible. Rhianne no pudo evitar la sonrisa que floreció en respuesta.

—Don Bellmont es el jefe de una de las casas más grandes del país y se le considera un candidato en formación para el Consejo de Ancianos. Es poderoso, arrogante y astuto —su madre tomó una profunda bocanada de aire—. Su familiar, que también era su protegido, fue asesinado dentro de su mansión en los suburbios del Este anoche. Don Bellmont había estado en una reunión en las Montañas Azules y regresó para encontrarlo muerto en la biblioteca.

Rhianne se estrujó el cerebro, buscando los significados de «familiar» y «protegido» en el contexto de los vampiros. Para las brujas, esos términos significaban algo diferente. —Un familiar vampírico, como su sirviente principal. Algo sobre un vínculo de sangre. No estoy segura sobre la parte del protegido.

Había anticipado la desaprobación de su madre, pero en su lugar, su madre simplemente asintió. —Un protegido es alguien que está siendo preparado para convertirse en vampiro. Contrariamente a la creencia popular, las conversiones vampíricas son tan raras como secretas. Debido a que tienen una vida tan larga, los vampiros no suelen convertir a otros. Los recursos son, después de todo, escasos.

Rhianne hizo una mueca. —Te refieres a donantes humanos.

Su madre inclinó la cabeza. —No te habría imaginado como una odiadora de vampiros.

—No lo soy —la respuesta salió sin trabas, la defensiva innata. Por supuesto que no los odiaba. Era solo que…— Supongo que me pone nerviosa que nos consideren su comida.

—El consejo vampírico argumenta que hay una relación mutuamente beneficiosa con los donantes. Aparte del subidón que experimentan los donantes cuando un vampiro se alimenta de ellos, se dice que hay beneficios para la salud y la longevidad. Un protegido también obtiene el beneficio adicional de ser inmune al encanto vampírico.

—He oído que evitan consumir la sangre de otros seres sobrenaturales debido a efectos adversos.

Su madre hizo una mueca. —Ese es un rumor que los propios vampiros difunden. No hay mucha información sobre esto. Los vampiros son muy buenos en relaciones públicas y en ser

discretos. Sin embargo, se rumorea que la sangre de una bruja les otorga mayor vitalidad. Por supuesto, para la bruja, puede significar que se vuelva susceptible al encanto del vampiro.

—¿Quieres decir que somos vulnerables a su influencia? —El vello de la nuca de Rhianne se erizó. Los encuentros de Rhianne con vampiros eran tan infrecuentes y fugaces que bien podrían haber sido cameos en la película de su vida. Estos encuentros, probablemente en algún evento de alta sociedad con su madre, no le dejaban nada más que una vaga sensación de haber estado en presencia de alguien… inusualmente pálido. Nel, su mejor amigo íncubo y dueño del mejor club de la ciudad, tenía una estricta política de no vampiros tras un incidente con una de las camareras. Rhianne, sin conocer los detalles, solo podía especular.

Nel tenía una columna vertebral de acero, no se dejaba influenciar fácilmente por el encanto o la persuasión de seres nocturnos, sin importar cuán suaves o sofisticadas fueran sus insinuaciones. Tal vez porque Nel mismo era el príncipe del encanto y su propio atractivo era más potente que el de los vampiros. Un encanto al que Rhianne era inmune. Otro misterio más en la línea de misterios de sus extraños poderes mágicos.

Su madre frunció el ceño. —Cuanto más viejo es el vampiro, mayor es su potencial para influir y seducir, pero eso es principalmente con los humanos.

¿Principalmente? ¿Su madre hablaba por experiencia personal? Se inclinó hacia adelante y quiso preguntar al respecto. Pero su relación no era exactamente del tipo de libro abierto, más bien como uno con las páginas pegadas. Rhianne se mordió el labio inferior, un truco que aprendió para evitar hacer preguntas que pudieran abrir una lata de gusanos… o murciélagos, en este caso. En su lugar, redirigió a un terreno más seguro. —¿Cuál fue la causa de la muerte?

Un destello de satisfacción cruzó el rostro de su madre. Sí, Rhianne había cedido a su curiosidad. Lo que sea.

—Albert Johnson fue encontrado con una estaca atravesándole el corazón.

Rhianne alzó una ceja. —Parece que alguien estaba tratando de enviar un mensaje.

—En efecto, y no uno sutil, lo cual es inusual para los vampiros. Don Bellmont no quiere involucrar ni a la policía ni a la unidad de justicia vampírica.

—Porque cualquiera de las dos opciones sería como transmitir su vulnerabilidad al mundo.

Su madre le ofreció otra pequeña sonrisa. —Ha mantenido esta noticia estrictamente contenida, incluso dentro de su propio hogar. Solo un pequeño puñado de sus vampiros está al tanto de la situación.

—Pero asumo que aún quiere justicia —murmuró Rhianne. Los vampiros se adherían a un código de honor inquebrantable, con la lealtad y la venganza en la cima de la lista. Si Don

Bellmont apreciaba a su protegido, y Rhianne no quería especular demasiado sobre su relación con Albert en este punto, entonces debía estar hirviendo de ira y dolor.

—Ahí es donde entras tú. Estás desarrollando toda una reputación en círculos sobrenaturales —los ojos de su madre brillaron.

Rhianne se sobresaltó al hecho de que hubiera oído sobre su trabajo secundario como detective. —¿Te refieres al caso de Devlin Parkes?

Su madre inclinó la cabeza. —Así como el intento de golpe de la manada Moonshadow y el asesinato de la dama de compañía de la reina elfa. Bien hecho, por cierto. Imagino que navegar por la corte Elfa habría sido un desafío. Aunque tengo la intención de hablar con tu padre por involucrarte en primer lugar.

Rhianne parpadeó dos veces. —¿Cómo te enteraste de eso?

Su madre puso los ojos en blanco. —El incidente de la manada Moonshadow está en boca de todos, sin mencionar que fui testigo del intento de asesinato del Alfa en espera —la boca de su madre estaba torcida y Rhianne se sintió tentada a preguntarle cómo se sentía ahora sobre emparejarla con Brett. Sacudió la cabeza ante el impulso infantil.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, su madre añadió: —Me alegro de que rechazaras a Brett. Pensé que estaba haciendo lo correcto por ti, y no vi venir eso en absoluto.

Era lo más cercano a una disculpa que probablemente iba a obtener, así que Rhianne decidió aceptarla e inclinó la cabeza. En su interior, sin embargo, se permitió una sonrisa de satisfacción. —¿Y cómo te enteraste del caso Elfo?

—Tengo mis fuentes. Los Elfos son… problemáticos. Sin mencionar que tu padre es uno. Quiero asegurarme de que no cause ninguna perturbación cuando visite. O cualquier otro elfo, de hecho.

Rhianne no sabía qué pensar. Las visitas de los elfos eran poco frecuentes, permitidas solo con la aprobación expresa de la reina élfica. ¿Estaba su madre preocupada por las consecuencias políticas para el aquelarre, o estaba preocupada por *ella*? —¡Espera! ¿Sabías de sus visitas? ¿También viene a verte a ti? —No creía que siguieran hablando, pero quizás aún mantenían el contacto.

—Por favor —Su madre hizo un gesto con la mano—. No he visto ni rastro de él desde poco después de que se enterara de tu existencia.

—¿No lo sabía? —La cabeza de Rhianne daba vueltas. La primera vez que había conocido a su padre tenía seis años. Había sido justo después de una fiesta de cumpleaños desastrosa, una a la que se había invitado a niños de otros aquelarres. Había un castillo inflable en el jardín e

incluso ponis. Pero ella había estado miserable porque los otros niños se habían burlado de ella y de sus orejas ligeramente puntiagudas. Había sido la primera vez que se había escapado. Su padre había aparecido cerca de los árboles en un parque cercano y Rhianne había quedado fascinada por este elfo imponente y hermoso que tenía las orejas más puntiagudas que las suyas. Apostaba a que nadie se burlaría de *él*.

El resoplido de su madre la trajo de vuelta a la realidad. —Por supuesto que no. Se fue antes de que supiera que estaba embarazada, y no iba a ir a la corte élfica a perseguirlo. —Apretó los labios y bebió un sorbo de té, pero su mano tembló, derramando un poco. Dejó la taza—. Me enteré de su primera visita y lo rastreé antes de que tuviera la oportunidad de volver por el portal. Tuvimos unas palabras —dijo en un tono que implicaba que podría haber habido *gritos* involucrados. No es que alguna vez hubiera oído a su madre gritar. Alzar la voz tal vez, pero no gritar. Su madre nunca perdía los estribos—. Quedó claro que no podía impedir que te visitara, pero le hice jurar que nunca te llevaría a la corte élfica hasta que tuvieras treinta años. E incluso entonces, tenía que ser tu decisión, libre de influencias indebidas.

Rhianne balbuceó. —¿Treinta? —Se estaba centrando en lo menos importante aquí y no en el punto, pero ¿en serio?

Su madre se metió un mechón suelto de pelo en su perfecto moño. —Las edades significan cosas diferentes en diferentes razas. Quería que estuvieras a salvo. La corte élfica es un lugar peligroso.

Rhianne necesitaba tiempo para procesar esta nueva información, era confusa y estaba inclinando su visión del mundo varios grados.

Rhianne respiró hondo. —De acuerdo, ¿volvemos al caso?

—Por supuesto. —Su madre alisó sus pantalones de traje de seda—. Don Bellmont quiere encontrar al responsable y me lo pidió.

—¿Seguro que mi reputación no es tan buena entre los sobrenaturales? —¿Seguro que mi reputación no es tan buena entre los sobres? —Ante la ceja arqueada de su madre, se corrigió—. Los sobrenaturales.

—Quizás aún no. —Una leve sonrisa cruzó el rostro de su madre—. En realidad, me pidió ayuda. No creo que supiera a dónde dirigirse. —Se ajustó las solapas de la chaqueta y Rhianne entrecerró los ojos. Su madre estaba nerviosa y eso era tanto inusual como aterrador.

—Madre, ¿por qué te pidió ayuda si no sabía de mí?

Su madre respiró hondo. —Porque le debo una deuda de sangre y la está cobrando.

CAPÍTULO 2

El silencio flotaba en el aire mientras Rhianne buscaba frenéticamente en su memoria el significado de una deuda de sangre. La mandíbula apretada de su madre indicaba que no habría explicación alguna. Cuando finalmente la respuesta llegó a Rhianne, se le heló la sangre. Su corazón empezó a latir más lento y cerró los ojos para combatir el repentino mareo. —¿Una deuda de sangre? ¿No es eso cuando si no cumples, quedas sometido al vampiro en cuestión?

Su madre asintió secamente.

—¿Cómo diablos acabaste con una deuda de sangre con un vampiro? Eres la negociadora más cauta y astuta que conozco —dijo Rhianne en un susurro entrecortado.

Eso provocó un temblor en la comisura de los labios de su madre. —Eso fue hace mucho tiempo. Y no, antes de que preguntes, no tenemos tiempo para revisar uno de mis peores y más ingenuos errores. Me ha dado una semana.

Rhianne abrió la boca para protestar indignada, pero luego decidió que se estaría desquitando con la persona equivocada. Se tiró del pelo.

—Necesitaré acceso total para mí y mi equipo. —Su mente ya estaba en pleno modo de investigación.

—Lo tendrás. Don Bellmont quiere justicia. Creo que está desconsolado por el dolor y no está pensando con claridad. Nunca imaginé… —su madre se interrumpió y luego se recompuso —. Tiene honor. Te proporcionará todo lo que necesites para descubrir la verdad. —Sus ojos se suavizaron—. Gracias.

¿Fue ese un destello de genuina calidez en su mirada?

—Cuando dices tu equipo… —indagó su madre.

—Está por determinar. —En su mente, Rhianne ya estaba planeando llamadas a Kai y Nel. También hablaría con Toto. Él era una mina de información sobre cualquier cosa sobrenatural.

—¿Sabe Don Bellmont que yo investigaré? —preguntó.

Su madre negó con la cabeza. —No —dijo, y en voz más baja añadió—: No quería dar por sentado.

El tiempo se detuvo y los pensamientos de Rhianne dieron vueltas. ¿Cómo podía pensar su madre que la dejaría colgada así? Fijó su mirada en ella. Sutiles signos de tensión estropeaban su apariencia habitualmente impecable. La experta aplicación de maquillaje apenas ocultaba las ojeras. Su madre estaba preocupada, posiblemente aterrada, y haciendo todo lo posible por ocultarlo.

—Bueno, será mejor que se lo digas —dijo Rhianne—. ¿Qué hay del cuerpo? —Si lo habían movido y pisoteado toda la escena del crimen, iba a hacer su trabajo difícil.

—Puse el cuerpo en estasis y Don Bellmont cerró la sala con órdenes estrictas de que su gente no entrara. Además de eso, la sellé mágicamente. Está sincronizada contigo, así que podrás desbloquearla. —Su madre se levantó, recogió sus tazas y las llevó al fregadero. Después de enjuagarlas, regresó, su andar firme y la barbilla en alto, antes de volver a sentarse.

Rhianne no pudo evitar admirar su temple. —¿Cuándo espera que empecemos?

Su madre era demasiado digna para resoplar, pero la mirada que le lanzó fue lo suficientemente clara.

—Claro, supongo que antes del asesinato habría sido su preferencia. Déjame hacer algunas llamadas y me pondré en marcha —dijo Rhianne.

—Iré contigo.

El corazón de Rhianne se ablandó. —No tienes que hacerlo. Tendré a Kai conmigo. —Fue una actuación de confianza digna de un premio. En realidad, no le hacía ninguna gracia entrar en la guarida de un vampiro, especialmente uno que asustaba a su madre.

Mientras alcanzaba su teléfono, Toto trotó hacia la sala de estar, lanzándole una mirada que no dejaba duda de que había estado escuchando. Su mirada decidida prácticamente llevaba el subtítulo “Listo para la acción”.

—Hola, Kai —saludó tan pronto como él contestó. Le informó brevemente sobre la situación. La disposición de Kai para involucrarse era tan predecible como la participación no solicitada de Toto.

A continuación, marcó a Nel. Su respuesta, un tapiz de maldiciones creativas, era exactamente lo que había anticipado. Le dijo que llamaría a Isobel y que se encontrarían fuera de la mansión de Don Bellmont. Rhianne hizo una pausa, desconcertada. ¿Desde cuándo Nel tenía el número de la patóloga forense?

Toto puso una pata sobre su rodilla y ladró una vez, su mirada fija en la puerta. Debía querer hablar con ella en privado. Nunca había revelado su naturaleza única frente a su madre, y ella

veía a Toto como nada más que un perro ordinario. Mientras Rhianne se levantaba para salir, la voz de su madre la detuvo, anclándola en su lugar.

—Por el amor de Dios —dijo su madre—. ¡Sé que Toto puede hablar, aunque no estoy completamente segura de qué es!

Rhianne no pudo evitar reprimir una sonrisa, y Toto soltó un resoplido indignado.

—Aun así podría ser una conversación de naturaleza privada —dijo él.

Su madre alzó una ceja y fijó a Toto con sus penetrantes ojos azules. Rhianne dirigió su mirada hacia Toto y esperó.

—Está bien —cedió y se sentó sobre sus cuartos traseros—. Los gárgolas son inmunes a los vampiros.

Rhianne parpadeó sorprendida, pero su madre asintió.

—¿Inmunes cómo? —preguntó Rhianne.

—Está relacionado con su naturaleza rocosa; los encantos de los vampiros no tienen efecto en ellas, y también pueden resistir ataques físicos. Además, una gárgola es uno de los pocos seres lo suficientemente poderosos como para derrotar a un vampiro —explicó Toto.

—Entonces, ¿sugieres que llame a Carl o Alice para que nos acompañen? —preguntó Rhianne. Los hermanos eran sus empleados *y* amigos.

—Sería prudente.

Carl y Marissa —la novia de Carl y formidable abogada— tenían una cita esta noche. O lo que fuera que pasara por una cita para ellos, ya que también involucraba al padre de Marissa y a la madre de Carl. Alice, por otro lado… —Llamaré a Alice y veré si está disponible. —Tomó su teléfono una vez más.

Alice contestó al primer timbre, su voz sin aliento y aguda. —¿Está todo bien?

Rhianne rara vez llamaba a Alice después de horas. A decir verdad, pasaban muchas horas del día juntas en su negocio de paisajismo. Además, después del fiasco de Devlin Parkes, donde Alice fue arrestada por error, Rhianne sospechaba que veía las llamadas inesperadas como una bomba sin explotar. Lo curioso era que Alice se había vuelto sobreprotectora con *Rhianne*. Claro, durante esa investigación de asesinato, un aterrador asesino y espía mantuvo vigilada a Rhianne, y ella y Kai fueron atacados por un trío de matones armados con cuchillos. Pero ella se había defendido *perfectamente*. Además, el espía se había ido y los matones estaban en la cárcel.

—Todo está bien —se apresuró Rhianne a tranquilizarla—. Pero tengo un caso que necesito investigar.

Una pausa y el sonido de pasos llegaron a los oídos de Rhianne. —Excelente, estaba muerta de aburrimiento.

—Ni siquiera has oído de qué se trata —dijo Rhianne, con las comisuras de la boca curvándose hacia arriba.

El chasquido de una cerradura resonó a través de la línea telefónica. —Sea lo que sea, tiene que ser mejor que cuidar a mi padre mientras mi madre sale de chaperona. Su idea de diversión es sentarse en el sofá viendo repeticiones de «Home and Away» mientras come comida para llevar de McDonald's, algo que mi madre nunca toleraría si estuviera aquí.

—¡Pobrecita! —Rhianne exageró un gesto de horror—. Pero aún necesitas saber a qué te estás comprometiendo. Es un caso de asesinato…

—Sí, genial. Cuenta conmigo.

Rhianne tomó aire. —Es un caso de asesinato en una casa de vampiros.

Hubo un breve silencio. —Aún mejor. ¿Dónde nos encontramos?

Rhianne se lo dijo y colgó.

—¿Piensas cambiarte? —preguntó su madre.

Rhianne se erizó y miró su atuendo: vaqueros y una camiseta de manga larga. Su reacción inicial fue discutir con su madre, pero su ropa estaba sucia y tenía restos de vegetación pegados. Dejó escapar un suspiro resignado.

—Los vampiros son muy quisquillosos con la formalidad.

Rhianne asintió y se dirigió a la ducha. Cuando salió, encontró dos conjuntos dispuestos sobre su cama. Su madre debía haber entrado y seleccionado lo que consideraba apropiado. Rhianne puso los ojos en blanco. Después de pensarlo un poco, optó por los pantalones negros de pierna ancha combinados con una blusa verde esmeralda. Por algún impulso desconocido, se puso tanto el anillo como los pendientes de esmeralda que la reina Elara le había regalado.

Cuando volvió a la sala de estar, alguien llamó a la puerta y Rhianne abrió. Kai la saludó con un rápido beso en los labios antes de entrar.

—Madre, ¿recuerdas a Kai? —Rhianne se tensó.

—Por supuesto —sonrió su madre—. Tu novio. —Se levantó y extendió la mano hacia Kai, quien la estrechó—. Encantada de verte de nuevo.

Rhianne ladeó la cabeza. La amabilidad era… inesperada.

—Un placer verte también, Esther —respondió Kai.

Su madre volvió entonces su atención a Rhianne. —¿Quieres que os guíe hasta la casa de los Bellmont?

—No hace falta —dijo Kai—. Tengo la dirección.

Su madre inclinó la cabeza y se marchó, dejando a Rhianne y Kai solos en el apartamento.

Rhianne se frotó los ojos. —Bueno, ten cuidado con lo que deseas. Parece que nos espera una noche interesante.

Los ojos azules de Kai brillaron divertidos. —La noche aún es joven.

—Eso es lo que me temo —murmuró Rhianne.

CAPÍTULO 3

Las imponentes puertas de hierro forjado de la mansión se alzaban altas y elegantes, su diseño una obra maestra de la exageración. Estaban recubiertas de un rico acabado negro y adornadas con patrones y enredaderas que se enroscaban con un aire casual de sofisticación. Dos pilares masivos flanqueaban la entrada, coronados por faroles que proyectaban un cálido resplandor.

Más allá se extendían jardines cuidados hasta donde alcanzaba la vista. Altos setos formaban muros naturales, transmitiendo una sensación de privacidad que susurraba «Exclusivo». La iluminación estratégica a lo largo de los jardines insinuaba un deseo de ser visto, pero solo bajo la mejor luz posible.

El Bentley y el BMW de Nel ya estaban aparcados allí, y el SUV blanco de Alice estaba llegando detrás de ellos. El teléfono de Rhianne sonó, reproduciendo la canción «Winner Takes All».

—¿Sí, madre?

—¿Están todos ahí? —preguntó su madre.

—Sí —dijo Rhianne, y unos segundos después las puertas se abrieron automáticamente.

Condujeron en fila por el largo camino de entrada. Estatuas de figuras clásicas salpicaban el paisaje, su mármol blanco inmaculado contrastando con la vegetación. Majestuosos árboles con copas tan espesas que sugerían que ocultaban secretos proporcionaban una sensación de atemporalidad, como si lo hubieran visto todo y se rieran suavemente de la noción de «nuevo» de cada generación.

Los jardines eran una mezcla de arte y naturaleza, un oasis tranquilo que complementaba la grandeza de la mansión más allá.

No coincidían con la sensación de temor que pesaba en su estómago.

A medida que se acercaban, la finca emergía gradualmente como un orgulloso pavo real exhibiendo sus plumas. La mansión era una maravilla arquitectónica impresionante.

La fachada estaba hecha de piedra envejecida de color miel que había resistido con gracia el paso de los años. Enormes columnas con intrincadas tallas enmarcaban la entrada, sosteniendo

un pórtico gótico. El frente de la mansión estaba diseñado simétricamente, con filas de altas ventanas arqueadas que se asomaban como ancianos con gafas.

La hiedra se aferraba a los lados de la casa con la tenacidad de un Romeo enamorado, añadiendo un toque de drama romántico.

Kai detuvo el coche frente a la entrada principal de la mansión, donde un hombre los esperaba. Vestía un traje negro bien confeccionado con una camisa blanca, pajarita negra y un chaleco negro. Llevaba zapatos negros muy pulidos y guantes blancos.

Rhianne salió del coche y se acercó al hombre. Se erguía a una altura imponente de un metro noventa, con hombros anchos y un cuello tan grueso como sus muslos. El uniforme debería haber parecido ridículo en él, pero de alguna manera lo hacía funcionar.

Detrás de ella, la presencia reconfortante de Kai y los demás la seguía.

Su madre se mantuvo erguida a su lado. —Buenas noches, Oscar. Entiendo que Don Bellmont nos está esperando.

—En efecto, Dama Consejera. —Hizo una reverencia. Si estaba desconcertado por la cantidad de personas en la entrada, no lo demostró—. ¿Puedo obtener los nombres de todos para anunciar su presencia a Milord?

—Esta es mi hija, Rhianne Alkenn.

Rhianne tomó el relevo desde allí. —Este es Kai Wagner. —Señaló a Kai a su lado. Luego se volvió hacia Nel e Isobel—. Allí están Nel Lamont y la Dra. Isobel Dupre.

Oscar asintió a cada uno de ellos.

—Y esta es Alice Vargas. —Rhianne sonrió a Alice.

Los ojos de Oscar se ensancharon, pero cubrió su reacción inclinando la cabeza.

—Y este de aquí es Toto.

Oscar ni siquiera pestañeó al ser presentado a un perro. —Por favor, síganme. —Los guió por las escaleras delanteras hacia las puertas de entrada. La magia de Rhianne detectó un leve aroma a olor terroso y rancio. Oscar debía tener ascendencia sobrenatural. ¿Quizás trol de un par de generaciones atrás?

Al cruzar el umbral de las pesadas puertas, entraron en la luz de las lámparas de cristal que colgaban del alto techo como magníficas medusas. Las paredes tenían paneles de madera tallados a mano que mostraban la pericia de una época pasada. Un rico suelo de mármol oscuro se extendía ante ellos, pulido hasta un alto brillo.

El aire en el vestíbulo llevaba un leve perfume de lavanda. El suave parpadeo de la luz de las velas en los apliques de pared añadía un toque de inquietud, proyectando sombras que bailaban

como tímidos espectros en un baile fantasmal.

Sus pasos resonaban mientras caminaban más adentro de la casa. Oscar los condujo a través de una puerta hacia una sala de espera adyacente al vestíbulo. Esta sala era igualmente impresionante, aunque tenía un sentido de lujo más discreto. Las paredes tenían un papel tapiz de damasco burdeos. Una gran alfombra persa cubría la mayor parte del suelo de parqué, amortiguando cualquier sonido.

En el centro de la sala había una mesa de caoba pulida con un jarrón de rosas frescas. Su fragancia se mezclaba con el sutil olor a cuero de los sillones que rodeaban la mesa. Los sillones estaban tapizados en un verde oscuro y rico, añadiendo un toque de color a la paleta por lo demás sobria.

Mientras se acomodaban en las cómodas sillas, Oscar se disculpó discretamente con una reverencia, dejándolos esperar. Las cortinas eran de elegante terciopelo burdeos, cayendo en lujosos pliegues con bordados dorados. El ocasional crepitar de la chimenea añadía un toque acogedor, a pesar de la opulencia del entorno.

Unos minutos después, Oscar regresó con un hombre tras él. Este hombre irradiaba autoridad y carisma, no porque se alzara sobre nadie —no lo hacía— sino por la forma en que incluso el aire parecía hacer una pausa y tomar nota. Su palidez insinuaba sus raíces vampíricas, y sus rasgos cincelados debían haber sido tallados en mármol por un escultor particularmente dramático.

Su cabello era de un castaño oscuro y rico, cada mechón peinado con precisión. Vestía un traje a medida que abrazaba su figura esbelta, negro como una noche sin luna pero con patrones sutiles que susurraban: «Tengo estilo y la factura para probarlo». La corbata azul profundo contra su camisa blanca impecable era como si un trozo de cielo nocturno hubiera sido anudado pulcramente alrededor de su cuello.

Sus ojos, de un desconcertante tono carmesí, llevaban el peso de los siglos, cautivadores pero inquietantes, como si hubieran leído los términos y condiciones de la vida y los encontraran divertidos. Y al entrar, trajo consigo un aroma tan exótico y misterioso como un mercado de especias marroquí.

Examinó la sala con una mirada fría, sus ojos deteniéndose en cada persona antes de fijarse en la madre de Rhianne. —¿Has traído a una joven débil, un perro y un montón de desconocidos para investigar el asesinato de Albert? —Sus palabras llevaban un leve acento británico.

Nel dio un paso adelante, pero fue Alice quien habló, —¡Un momento! —Apretó los puños y los ojos de Oscar se ensancharon.

La voz de la madre de Rhianne, afilada y fría como una hoja invernal, interrumpió a Alice.

—La debilidad está en los ojos del que mira —dijo—. Y es mi deuda para pagar como yo crea conveniente.

Los ojos de Don Bellmont se iluminaron con un breve destello. ¿Diversión? ¿Suficiencia?

—Don Bellmont —Rhianne intentó canalizar el tono glacial de su madre, aunque quizás solo logró una fresca mañana de otoño—. Mis asociados y yo hemos resuelto con éxito varios casos de alto perfil en los últimos meses. —Kai y Nel intercambiaron una mirada. Bueno, tal vez estaba exagerando, pero los tiempos desesperados requerían exageraciones desesperadas—. Lo correcto es darnos la información y los recursos que necesitamos para hacer nuestro trabajo, independientemente de su opinión sobre mis habilidades.

Don Bellmont la clavó con una mirada penetrante y Rhianne se negó a estremecerse. No iba a acobardarse frente a este arrogante imbécil que estaba haciendo pender una espada sobre la cabeza de su madre.

—Puedo ver que de tal palo, tal astilla —su voz permaneció plana, sin emociones, pero ese mismo destello bailó una vez más en sus ojos.

Kai intervino:

—Usted supervisa una de las casas de vampiros más grandes del país, que abarca cinco propiedades con personal y vampiros en todos los estados. Además, tiene una casa en Londres, un ático en Nueva York y un château en la Costa Azul. Su cartera financiera se extiende a inversiones en quince corporaciones y fondos, principalmente en el sector energético. Aunque los intermediarios pueden oscurecer el rastro, aún se puede rastrear fácilmente hasta su cuenta personal.

Rhianne estaba bastante segura de que la palabra “fácilmente” era una exageración, pero se abstuvo de sonreír con suficiencia.

Nel se aclaró la garganta.

—Albert Johnson aterrizó en su finca como un ladrón en entrenamiento, un fugitivo de quince años. Intentó robar de sus árboles frutales. En lugar de llamar a la ley, le ofreció un trabajo, posiblemente una de las pocas veces en que un hurto menor llevó a una oportunidad laboral. —Nel cruzó los brazos, quizás imaginando un universo paralelo donde la escapada de Albert para robar manzanas hubiera terminado de manera diferente.

—Albert no solo trepó árboles, también escaló la escalera social —continuó Nel—, transformándose de ladrón a mayordomo, y luego floreciendo como su familiar y protegido. Su ascenso meteórico de la calle a mayordomo, un cuento de hadas de la pobreza a la riqueza,

probablemente generó envidia entre el resto de su personal. —Hizo una pausa, su mirada insinuando las corrientes subterráneas que se arremolinaban debajo—. Y luego están los rumores de un amor en la mezcla.

Quizás irritada con Nel, un sentimiento que a menudo mostraba hacia él, Isobel dio un paso adelante con la gracia de alguien acostumbrada a vadear tonterías.

—Doctora Isobel Dupre, a su servicio. Si alguien pudiera amablemente escoltarnos hasta el querido difunto, estaría encantada de realizar un examen inicial.

Don Bellmont entrecerró los ojos y Rhianne adivinó que estaba tratando de averiguar qué tipo de ser sobrenatural era Isobel. Buena suerte con eso. Nel llevaba meses intentándolo y no estaba más cerca que un pingüino de volar.

—Creo que la causa de la muerte será bastante evidente, doctora —dijo.

Rhianne parpadeó. Parecía improbable que Don Bellmont tuviera sentido del humor, pero ya se había alejado antes de que pudiera descifrar su enigmático código.

—Muy bien, síganme —dijo antes de salir de la sala. Rhianne y su madre fueron las primeras en seguirlo, y Rhianne no pudo evitar echar un vistazo a su madre. A pesar de su comportamiento frío, un atisbo de sonrisa curvaba sus labios. Rhianne tomó nota mental de indagar en la saga de la deuda de sangre de su madre.

Don Bellmont y Oscar los llevaron por un gran pasillo, sus paredes un quién es quién de antepasados con expresiones severas. Subiendo por una amplia escalera, llegaron a un rellano que los conducía a una vasta biblioteca. La biblioteca era el sueño de un bibliófilo, o una pesadilla si se trataba de quitar el polvo: estanterías altísimas con libros sobre todos los temas imaginables. Una gran chimenea se alzaba en relativo silencio, sus brasas parpadeando como ojos somnolientos. Un sofá mullido se encontraba bajo una alta ventana, ofreciendo una vista serena del jardín iluminado por la luna.

La sala estaba tenuemente iluminada, el aroma de libros antiguos encuadernados en cuero flotaba en el aire. La atención de Rhianne, sin embargo, fue secuestrada por la visión de Albert Johnson tendido en el suelo con una estaca atravesando su corazón.

Una tenue barrera de luz brumosa rodeaba el cuerpo, sin duda la magia de su madre. Rhianne se acercó y extendió la mano, sus dedos rozando la luz sedosa y efímera. Se disolvió ante su toque, tan fugaz como una burbuja de jabón en la brisa.

Isobel se dirigió inmediatamente al cuerpo y caminó a su alrededor. Sus ojos brillaban con interés profesional mientras analizaba los diferentes ángulos. Todos los demás se quedaron donde estaban, como por un acuerdo tácito.

—Bueno, aunque puede ser que Don Bellmont tenga razón y haya muerto por una estaca en el corazón —dijo Isobel, y el labio de Don Bellmont se curvó con desagrado—, no fue asesinado aquí.

Eso borró la expresión de suficiencia del rostro de Don Bellmont, y por primera vez, Rhianne vio un atisbo de vulnerabilidad cuando echó la cabeza hacia atrás. Sus fosas nasales se dilataron antes de que lograra recuperar su máscara de frialdad.

—Eso es imposible.

Isobel levantó la vista de donde se había inclinado sobre el cuerpo.

—Curioso tal vez, pero no imposible. —Luego se volvió hacia Rhianne, quien entendió la mirada significativa. Necesitaba espacio y tranquilidad para trabajar.

—Voy a pedirles a usted y a Oscar que salgan de la sala ahora. —Rhianne no esperó a ver si Don Bellmont iba a discutir sus instrucciones—. Alice, ¿podrías por favor vigilar la puerta y asegurarte de que nadie entre?

Toto ladró una vez; Rhianne casi había olvidado que estaba allí.

—Nel, ¿podrías ir con Toto a revisar el perímetro exterior, por favor? —Había una pequeña posibilidad de que el perpetrador hubiera entrado desde afuera. Si ese fuera el caso, Toto sería capaz de averiguarlo. Don Bellmont alzó una ceja pero no comentó nada.

Nel no dudó y salió de la sala con Toto pisándole los talones.

Don Bellmont se mantuvo firme, mirando a Isobel y el cuerpo en el suelo.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Isobel no se molestó en levantar la cabeza.

—Una herida como esta habría resultado en una gran pérdida de sangre. No hay ni de cerca suficiente para que el crimen se haya cometido aquí. Por lo tanto, fue asesinado en otro lugar y luego traído aquí —dijo como si fuera obvio, y él estuviera perdiendo su tiempo. En su opinión, probablemente lo estaba.

Su madre se aferró al codo de Don Bellmont. Él parpadeó rápidamente y su cuerpo se tensó, su mirada atraída hacia su mano.

—Venga, Don Bellmont —lo persuadió, su voz suave como la seda—. Necesita permitirles hacer su trabajo, y nosotros solo estamos estorbando.

Sí, Don Bellmont no tenía ninguna oportunidad.

Una expresión fugaz cruzó su rostro antes de que accediera, dejando que su madre lo guiara fuera de la sala. Oscar siguió el ejemplo, quedándose de guardia afuera y lanzando una mirada interesada hacia Alice.

Rhianne examinó la sala antes de acercarse. —¿Cómo lograron traer a alguien grande, pesado y sangrando aquí sin que nadie lo notara o dejara un rastro de sangre por todas partes?

—Esa es una pregunta para la detective —respondió Isobel mientras sacaba algunos instrumentos de su bolso. A Rhianne le tomó un momento darse cuenta de a quién se refería. Cierto, sí. Era ella.

—Kai —dijo Rhianne—. ¿Puedes averiguar cuántas personas viven en la casa? —Nel podría tener la información, pero actualmente estaba en algún lugar del jardín.

Kai levantó la vista de su teléfono. —Hay doce móviles en la mansión, además de los nuestros —dijo—. Pero si sus dueños son residentes permanentes o solo están aquí por el Wi-Fi, es desconocido. Podría confirmarlo con una inspección de los registros oficiales.

Rhianne se tiró de la coleta. Eran demasiados. —Eso es todo un equipo de fútbol de sospechosos.

—Bueno, si asumimos que la víctima tenía uno, nos queda un equipo de cricket —dijo Kai.

—Supongo que también podemos tachar a Don Bellmont de la lista, dado que nos convocó. Así que, un equipo de rugby de diez, entonces.

—Quien haya hecho esto habría necesitado ser bastante fuerte para someter a Albert —intervino Isobel.

Rhianne se acercó de puntillas hacia Isobel y el cuerpo, cada paso era una delicada danza para evitar perturbar posibles pistas. Esperaba a medias un rastro de sangre como migas de pan, pero los perpetradores eran más ordenados de lo que había anticipado. Claramente, no solo arrastraron el cuerpo, debieron haberlo envuelto para transportarlo.

Incluso en la muerte, Albert parecía capaz de levantar un coche pequeño. Su cabello oscuro contrastaba fuertemente con su piel fantasmal. Lo que alguna vez fue un traje elegante estaba arrugado, la camisa blanca era un lienzo de rojo, y los zapatos negros parecían como si hubiera ido a correr por el monte. —No se fue en silencio —dijo.

—No lo hizo —confirmó Isobel, levantando una de sus manos. Sus nudillos estaban desgarrados.

Rhianne se inclinó. —Oh, ¿podemos hacer pruebas de coincidencia de sangre?

Los ojos de Isobel se distanciaron. —Bueno, eso depende de si su puño tocó piel o tela. —Sacando una lupa, escrutó los nudillos—. Ah, podría haber algunas fibras de la ropa del atacante aquí. ¿Tienen un laboratorio al que podamos enviar muestras?

Por supuesto, no podían usar el laboratorio estatal para esta investigación no oficial. —Nel probablemente conoce a alguien, que conoce a alguien, que tiene los contactos de laboratorio

adecuados. —Rhianne esperaba que ese fuera el caso.

Isobel resopló. —Nel tiene el dedo en muchos pasteles.

Rhianne optó por no comentar sobre el hecho de que Isobel estaba usando el nombre de pila de Nel. La observación sobre sus múltiples conexiones era acertada, después de todo.

—También he tomado algunas muestras de sangre para ver qué había en su sistema, pero necesito realizar una autopsia adecuada. —Isobel colocó la mano de Albert con una delicadeza que sorprendió a Rhianne. Isobel era tan… fría no era la palabra correcta, ¿más bien sin rodeos? — Necesitaremos llevarlo a la morgue para eso.

—Seguramente no podemos simplemente entrar a la morgue con un cuerpo, ¿verdad? Dudo que a Don Bellmont le apetezca una charla con las autoridades —dijo Rhianne.

—Por favor —dijo Isobel con desdén—. Soy prácticamente la alcaldesa no oficial de esa morgue. Puedo entrar con un cuerpo para 'investigación' y todos simplemente asienten. Tengo contactos que firmarán el papeleo necesario, sin hacer preguntas.

Rhianne levantó una ceja pero optó por no adentrarse en ese agujero de conejo. —Se lo plantearé a Don Bellmont.

—Si hay otras personas en la mansión, ¿cómo es que no hemos visto a ninguna de ellas? —preguntó Rhianne mientras comenzaba a caminar alrededor de la sala, con los ojos enfocados en el suelo.

—La mayoría de ellos están en una sala en la planta baja, al fondo. Dos de ellos están patrullando los terrenos. Oscar sigue afuera, y Don Bellmont y tu madre están en una sala más pequeña cerca de la que esperamos —dijo Kai.

La iluminación en la sala estaba lejos de ser ideal, así que Rhianne encendió la linterna de su teléfono. Hizo una nota mental para traer una linterna la próxima vez. Al acercarse a una ventana grande y exagerada que se extendía desde el suelo hasta el techo, una pequeña mancha oscura manchaba la alfombra. Acercó la luz de su teléfono. —Isobel —llamó—, creo que he encontrado algunos rastros de sangre por aquí.

—¿En la alfombra? —preguntó Isobel mientras desabotonaba la camisa de Albert.

—Sí —confirmó Rhianne.

Isobel le lanzó un kit, que Rhianne atrapó con una mano. —Corta un pedazo y colócalo ahí. Guantes puestos, por favor —añadió como ocurrencia tardía.

Rhianne regresó y tomó un par de guantes de látex y tijeras. Revisó el área alrededor de la ventana mientras se ponía los guantes pero no notó nada más inusual. Cortó un pedazo de la alfombra, apretando los labios ante la necesidad de dañar la lujosa lana. Colocó la muestra en la

bolsa y la selló. Después, inspeccionó la ventana pero no pudo decir si había sido abierta recientemente. Encontró el pestillo y lo giró hacia un lado. La ventana se deslizó con facilidad, pero al examinarla más de cerca, no creía que pudiera haber sido abierta desde el exterior. Además, alguien tendría que escalar dos pisos para alcanzarla. Incluso si alguien pudiera lograrlo, de ninguna manera podrían hacerlo mientras cargaban un cuerpo. Aun así, tenía que preguntar. —¿Hay ramitas o restos de jardín sobre él?

—Algunos en su espalda, pero tendré que revisar bien —respondió Isobel—. Sus zapatos también tienen pedazos de césped.

Rhianne tomó una respiración profunda y reunió el coraje para hacer la pregunta que ningún patólogo quería escuchar tan temprano en el proceso. —¿Alguna posibilidad de que puedas darnos una estimación aproximada de la hora de la muerte?

El suspiro de fastidio que siguió a su pregunta fue sonoro. —Bueno, a juzgar por los signos de rigor mortis alrededor de los músculos de su cara, diría que llevaba muerto un par de horas cuando tu madre lo puso en estasis.

Rhianne hizo una nota mental para preguntarle a su madre la hora exacta. —Me pregunto si la biblioteca está abierta para todos, o si se necesita una llave para entrar —reflexionó en voz alta.

—La biblioteca tiene una cerradura, que no estaba echada cuando entramos, pero puede que la hayan dejado abierta porque nos esperaban. Por cierto, el teléfono de Albert se ha ido de aventuras sin él —añadió Kai.

—¿Eh? Pensé que habías dicho que uno de los teléfonos era suyo —dijo Rhianne.

—Dije que probablemente uno era suyo —corrigió Kai—. Está registrado a su nombre y actualmente está disfrutando de lo que presumo es un tour culinario en la cocina.

Debía haber conseguido un plano de la mansión. Rhianne sacudió la cabeza. Las cosas que podía hacer con la tecnología la dejaban asombrada.

—Bien, a la cocina entonces —dijo Rhianne.

Oscar se animó cuando salieron. —¿Quiere que la lleve con el señor ahora?

—No, gracias. Vamos a una búsqueda en la cocina —respondió Rhianne, disfrutando del destello de sorpresa que bailó en el rostro de Oscar.

—Por supuesto. —Oscar volvió rápidamente a su mejor papel de mayordomo. Era evidente que alguien le había dado el memorándum de “sé amable con los huéspedes entrometidos”. Lanzó otra mirada inquisitiva a Alice, como si fuera un rompecabezas que estaba decidido a resolver.

—Alice, ¿puedes quedarte aquí, por favor? Isobel aún está realizando su examen.

Alice asintió.

—Por aquí, por favor. —Oscar hizo un gesto hacia las escaleras.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Rhianne.

—Se les ha pedido que esperen en el salón grande, excepto los dos guardias que patrullan los terrenos —respondió Oscar, guiándolos por el pasillo con la confianza de un hombre que conocía cada rincón y recoveco.

Kai asintió con firmeza y sus labios se crisparon. Había acertado sobre dónde estaba todo el mundo. Rhianne sonrió. No había tenido ninguna duda.

Atravesaron las puertas batientes dobles y se encontraron en la cocina. Era una obra maestra culinaria, que combinaba la elegancia atemporal con el tipo de artilugios modernos que harían llorar a un chef. Las encimeras de granito brillaban, los armarios de madera oscura se mantenían en pie con el estoicismo de los guardias del Rey, y los electrodomésticos de acero inoxidable resplandecían con la promesa de un potencial intacto.

Un acogedor rincón para el desayuno ofrecía un lugar para el cotilleo casual sobre el café, mientras que una isla central presumía no de uno, sino de dos fogones, porque ¿por qué conformarse con uno cuando puedes tener un respaldo? Pero fue el refrigerador de tamaño industrial lo que realmente llamó la atención de Rhianne: era tan grande que casi esperaba abrirlo y encontrar un portal a Narnia.

Al notar su interés, Oscar intervino. —Un lado es para el suministro de sangre —explicó.

Kai, con el teléfono en la mano, estaba ocupado rastreando el teléfono de Albert. Se acercó a una puerta abierta a un lado, posiblemente una despensa. Encendió la luz. —¿Os apetece echar un vistazo a nuestra última exposición? —llamó Kai mientras se quedaba de pie en la entrada de la despensa, ahora iluminada.

Rhianne y Oscar se unieron a él. La despensa estaba impecable, excepto por esas tenues sombras oscuras en el suelo. Más revelador, sin embargo, eran las manchas de sangre que Kai estaba destacando con la linterna de su teléfono en uno de los estantes.

CAPÍTULO 4

No había duda, eso era sangre.

—Parece que hemos encontrado dónde asesinaron a Albert. Será mejor que tomemos algunas muestras —dijo Rhianne, agradecida de haber traído el kit con ella.

Rhianne y Kai entraron en la despensa.

El inconfundible aroma a cloro llegó a la nariz de Rhianne. —Parece que la idea de limpieza de primavera de alguien incluyó una fiesta de lejía en el suelo y un fregado a medias de los estantes.

—Debieron tener prisa y se les pasó por alto el estante, además de su teléfono —Kai se tumbó en el suelo, haciendo lo posible por evitar las manchas marrones, y alargó el brazo bajo uno de los estantes. Recuperó un móvil—. ¡Bingo!

—Vamos a peinar el resto de esta escena del crimen culinario, y veamos si aparece algo más —dijo ella.

Los tres echaron un vistazo alrededor, pero para decepción de Rhianne, todo lo demás era normal. Cuando Rhianne le lanzó una mirada interrogante a Kai, este negó con la cabeza.

—Intentemos mantener la cocina fuera de límites por ahora, Oscar.

—Como desee, señorita.

—Por favor, llámame Rhianne.

Oscar le dio un asentimiento vago. Tal vez el trato de «primer nombre» era un faux pas en la etiqueta de mayordomo vampiro. Con el aire de alguien que ha oído peticiones más extrañas, sacó su teléfono y comenzó a dar instrucciones.

—Bueno, supongo que es hora de una encantadora cita con Don Bellmont —dijo Rhianne. La idea era tan atractiva como un baile de aquelarre a medianoche en el bosque para el solsticio de invierno: hace frío, hay un peligro claro de que te entre una ramita en el ojo, y siempre está la bruja demasiado entusiasta que acaba pisando los pies de los demás. Le sorprendió que su madre hubiera mantenido a Don Bellmont alejado de ellos, dado tanto su desprecio por ellos como su furia por el asesinato. Pero, por otro lado, su madre podía ser toda una fuerza con la que lidiar, incluso para un vampiro milenario.

Oscar los condujo a un estudio en la planta baja con un encanto del viejo mundo y aire académico. Tenía paneles de madera oscura, estanterías que se doblaban bajo el peso de tomos polvorientos, y un gran escritorio de roble ahogándose en un mar de papeles. Don Bellmont caminaba cerca de la ventana, todo un señor de la mansión taciturno. Su madre se había acomodado en un sillón, con una bebida ámbar en la mano. Retrataba la indiferencia de alguien que observa una partida de ajedrez lenta.

—Don Bellmont, la señorita Rhianne desea hablar con usted —anunció Oscar.

Don Bellmont se volvió para mirarla, sus ojos carmesí portando el peso de su dolor. —¿Qué ha descubierto?

Vaya, Rhianne llevaba aquí cinco minutos. Este tipo podría competir con su madre cuando se trataba de altas expectativas. —Lo mataron en la despensa de la cocina y luego lo llevaron de alguna manera a la biblioteca —dijo.

Rhianne sospechaba que era muy bueno controlando su expresión, pero ya dos veces había visto un destello de sorpresa en sus ojos. Dudaba que estuviera impresionado, pero alterar su compostura era una pequeña victoria. Y estaba demostrando que no era una «jovencita» inútil. —Eso significa que probablemente fue uno de sus empleados. —Optó por empleados en lugar de «esbirros» o «secuaces», o «comida»—. Tengo algunas preguntas si está dispuesto a responderlas —dijo con una cortesía inquebrantable. Pero el desafío estaba ahí. El sutil asentimiento de aprobación de su madre fue como recibir un choque de manos de un fantasma: inesperado pero satisfactorio.

—Haga sus preguntas. —Don Bellmont se acercó a un carrito de bebidas y se sirvió un doble de whisky. Rhianne dudaba que el alcohol hiciera mucho contra una constitución vampírica, pero puntos por el efecto dramático.

—¿A qué hora encontró a Albert? —preguntó.

—Alrededor de las siete y media de la tarde —respondió Don Bellmont.

Rhianne se volvió hacia su madre. —¿Y cuándo lo pusiste en estasis?

Su madre hizo una pausa, con la bebida a medio camino de sus labios. —Cerca de las ocho en punto.

Ah, así que su madre había corrido al primer aviso murciélago de Don Bellmont. Este vínculo de sangre debía ser un pacto formidable. ¿O había algo más aquí que no estaba viendo?

—¿Estaba cerrada la biblioteca? —preguntó.

Don Bellmont inclinó la cabeza como si no se le hubiera ocurrido la idea. —La puerta usa reconocimiento facial, así que no necesito desbloquearla. —Miró a Oscar.

Oscar intervino: —La puerta de la biblioteca solo permite la entrada a personas específicas: Don Bellmont, el señor Albert, el señor Blackwood y el señor Victor.

—¿Estás diciendo que uno de ellos mató a Albert? —Don Bellmont se inclinó hacia adelante, sus ojos carmesí ardiendo. Oscar dio un pequeño paso atrás.

—No —intervino Rhianne. No iba a ser responsable de que Don Bellmont entrara en algún tipo de frenesí asesino basado en meras evidencias accidentales—. Cuando llegamos, la puerta estaba abierta. Cualquiera podría haber entrado.

Los labios de Don Bellmont se fruncieron como si acabara de morder un limón, pero como se abstuvo de entrar en modo berserker vampírico total, Rhianne lo contó como un plus. —La Dra. Dupre desea llevar el cuerpo a la morgue para una autopsia adecuada —dijo.

—¡Absolutamente no! —Sus ojos ardieron de nuevo—. Nadie debe saber sobre su asesinato, y ciertamente no las autoridades.

Rhianne abrió la boca para discutir, pero la voz de Isobel interrumpió mientras entraba con paso desenfadado. —No te alteres tanto —dijo Isobel. Los ojos de Don Bellmont se hincharon, y Rhianne temió que pudiera explotar—. Nadie identificará a Albert, y yo estaré dirigiendo el espectáculo en la mesa de disección. Entonces, ¿quiere que se encuentre al asesino o no?

Rhianne aplaudió silenciosamente la audacia de Isobel mientras mentalmente preparaba un elogio fúnebre. Don Bellmont inhaló como si estuviera tratando de succionar la tensión de la sala.

Su madre intervino: —Puedo sellar la sala en la morgue para que solo la Dra. Dupre y su equipo puedan acceder.

Ese sería un hechizo bastante poderoso. Era una propuesta intrigante. ¿Tendría Rhianne suficiente poder para lograrlo? Dudoso. Sin mencionar que requeriría pedirle a su madre que le enseñara. Eso no iba a suceder pronto.

—¿No cuestionarán un área sellada? —preguntó Don Bellmont.

Puntos para él. Había perdido la discusión pero aún intentaba salvar algo de dignidad.

—¡No! —Isobel hizo estallar el sonido—. El director sabe que es mejor no intentar acceder a mis laboratorios. Mi equipo sabe dónde pueden husmear y dónde les daré una patada. Y digamos que son muy conscientes de que cruzarme conlleva… consecuencias. —Su voz resonó con convicción, y esa extraña luz flotó sobre su cabeza y luego desapareció. Nadie más reaccionó a ello. ¿Se lo había imaginado Rhianne?

En cualquier caso, Rhianne se propuso mantenerse en el lado bueno de Isobel. La forma en que dijo «consecuencias» sonaba como los cuentos para dormir que no solo enviaban a los niños

bajo las sábanas, sino que los hacían negociar por una mejora de la luz nocturna.

Don Bellmont se ajustó la corbata recta. —Está bien —dijo—, pero impondré mis propias consecuencias si esto se hace público.

Isobel se encogió de hombros, y Rhianne depositó su confianza en ella. No es que tuviera mucha elección en el asunto.

—Bueno, ahora que hemos resuelto la logística —dijo Rhianne con falsa alegría—, podemos continuar con el resto. Hice una lista de diez personas en la mansión. Necesito toda la información que puedan proporcionar sobre cada una, excluyendo a Don Bellmont, por supuesto.

—¿Cómo averiguaste cuáles diez? —preguntó Oscar.

Su arrebato le valió una mirada penetrante de Don Bellmont. Oscar bajó la mirada a sus zapatos, con las mejillas enrojecidas.

—Recopila los detalles y dáselos a la señorita Rhianne —dijo Don Bellmont.

Oscar sacó un portátil de uno de los cajones. Fue un alivio ver que el amo vampiro no era tecnófobo. Aunque en realidad, ¿quién guarda un portátil en un cajón?

—Me gustaría su permiso para hackear su sistema de seguridad —dijo Kai.

Don Bellmont arqueó una ceja. —¿Hackear?

—En este caso, significa el proceso de identificar y acceder a su red de seguridad —dijo Kai sin un ápice de sarcasmo.

—Sé lo que implica el *hackeo*. —Don Bellmont se pasó una mano por el pelo—. ¿Por qué no solicitar las grabaciones de seguridad?

—Porque pueden ser manipuladas —respondió Kai sin perder el ritmo—. El acceso directo me permite descubrir la verdad sin adulterar.

—Está bien —dijo Don Bellmont, prácticamente rechinando los dientes al pronunciar la palabra.

Kai ni se molestó en reconocer la respuesta de Don Bellmont y procedió a sacar un portátil de su bolsa. Era una máquina elegante y moderna con un teclado retroiluminado y una pantalla de alta resolución. Delgado, ligero y tan potente que podría calcular el significado de la vida. Cuando se trataba de gadgets, Kai prefería traer un ordenador cuántico a un concurso de ortografía.

Nel y Toto entraron, y Rhianne le lanzó a Toto una mirada de «¿Y bien?». Él respondió con un movimiento de cabeza tan leve que podría haber sido un tic.

—No hay señales de que alguien haya trepado por el exterior. Pero sospechamos que la víctima tuvo un encuentro con el aire libre, cerca del gran roble —dijo Nel.

Rhianne lo había esperado, así que trató de no mostrar su decepción.

Don Bellmont fijó su mirada en Nel. —¿Por qué se aventuraría en el área del jardín?

—Eso explicaría la césped en sus zapatos —intervino Rhianne.

Don Bellmont se volvió hacia Oscar en busca de respuestas, quien se pasó el dedo por el cuello de la camisa. Rhianne no podía culparlo; la intensa mirada de Don Bellmont era casi tan inquietante como la de su madre.

—No lo sabría, milord. Puedo preguntar a los guardias del exterior si lo vieron —respondió Oscar.

—Esos guardias no entraron en la casa desde las cinco de esta tarde —dijo Kai.

—Eso nos deja con ocho sospechosos. —Rhianne reprimió las ganas de hacer una pequeña celebración.

—Además, otros dos regresaron con Don Bellmont, así que eso también los descarta —dijo Kai.

Don Bellmont, con un toque de ironía, dijo: —¿Estaba yo bajo sospecha?

¡Ahora tenían un equipo de baloncesto! Sin embargo, mantuvo la calma. —Poniendo los puntos sobre las íes. No querría cometer un error de novata, ¿verdad? —Evitó mencionar que ya lo había descartado. Que lo meditara en su antigua y críptica sabiduría.

—Ya veo —dijo Don Bellmont, y algo más que dolor cruzó sus ojos mientras la miraba con… ¿interés?

¡Maldición! Rhianne habría preferido su desprecio. Lo estudió a su vez. Después de todo, había sido bastante conveniente que llegara después del incidente. Entretuvo la idea de que toda la situación podría haber sido una trampa para invocar la deuda de sangre que debía su madre. Pero, tan pronto como la noción tomó forma, la descartó. Su dolor había sido genuino, incluso cuando intentaba ocultarlo. ¿Por qué inventar una excusa para cobrar la deuda? Sin embargo, la gente la había sorprendido antes.

Isobel se volvió hacia Nel con un tono imperioso. —Necesito ayuda para mover el cuerpo. —Si esperaba que Nel vacilara, su sonrisa extendiéndose como un incendio forestal demostró que estaba equivocada—. Por supuesto, lo que sea por usted, querida doctora —ronroneó.

—No me trates con condescendencia —espetó Isobel mientras comenzaba a alejarse, presumiblemente para preparar el cuerpo para el transporte.

—¡Ni pensarlo! —La sonrisa de Nel no vaciló mientras la seguía.

—Estoy segura de que Alice puede ayudar —les gritó Rhianne a sus espaldas. Esperaba que Nel supiera en lo que se estaba metiendo. Si Isobel no le temía a los vampiros, estaba bastante

segura de que podría enfrentarse a Nel. ¿Tal vez eso era parte del encanto? En fin, tenía otras preocupaciones.

—Tengo la lista —interrumpió Oscar sus reflexiones—. Secretario personal de Don Bellmont: Sr. Victor Harrington, el jefe de cocina, Aldo Rossi, la ayudante de cocina, Sra. Emily Bennett. —Oscar se rascó la cabeza—. Creo que debería señalar que la Sra. Bennett tiene ochenta y dos años. —Levantó la vista del portátil—. Tenemos miembros de la casa: Lucius Blackwood, Adriana Nightshade… —Oscar hizo una mueca ante el último nombre—. Y el Sr. Sebastián Thornhill.

—Gracias, Oscar —dijo ella—. Estoy segura de que podemos eliminar a la Sra. Bennett de la lista de sospechosos, pero aún me gustaría entrevistarla. —Hizo una pausa y miró a Don Bellmont—. ¿Podría repasar las funciones y el tiempo de servicio de esas personas?

—Victor ha estado conmigo durante dos años. Es eficiente y competente. La Sra. Bennett ha estado conmigo durante *más de cincuenta* años —respondió Don Bellmont.

Su tono decía que ni siquiera deberían estar mirando en su dirección. Rhianne comprendió la importancia de la lealtad en los círculos sociales de vampiros: era prácticamente un juramento de sangre. En este caso, sin embargo, estaba de acuerdo. En un crimen donde la fuerza muscular importaba, la edad no era solo un número, sino posiblemente una pista. Después de todo, a menos que la Sra. Bennett estuviera secretamente levantando pesas en su tiempo libre, probablemente estaba fuera de sospecha. —¿Son ambos humanos? —preguntó.

—Lo son, al igual que el Sr. Rossi, que ha estado conmigo durante veinte años —respondió Don Bellmont.

—Excepto que el Sr. Victor es un brujo —intervino Oscar, su voz encogiéndose al tamaño de un ratón mientras la mirada de Don Bellmont se clavaba en él como un láser.

Rhianne se obligó a mantener un tono neutral. —¿No pensó que eso era relevante?

Don Bellmont hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Es un brujo de nivel medio, apenas vale la pena mencionarlo.

—Gracias, Don Bellmont, pero yo seré quien juzgue qué es significativo —Se erizó ante la implicación de que las brujas de nivel medio no podían representar una amenaza.

A su lado, su madre reprimió una risita, llevándose la mano a la boca mientras sus ojos brillaban.

Don Bellmont le lanzó una mirada penetrante a su madre antes de volverse hacia ella. —Bien —masculló, una palabra que parecía favorecer, quizás un vestigio de su herencia británica. Por supuesto, el sutil acento podría no ser más que una afectación—. Lucius es mi segundo al

mando; ha estado en mi casa por más de cien años. Me asiste en la gestión de mis asuntos financieros y otros temas.

¿Bastante vago, no? ¿Acaso «críptico» era parte de la descripción del trabajo en esta casa? Pero no presionó para obtener más detalles sobre las funciones de Lucius, archivándolo en su cajón mental de «podría ser importante más tarde». Tenía la corazonada de que podría convertirse en una pieza clave del rompecabezas, aunque la imagen en la caja aún estuviera bastante borrosa.

—Adriana es una de mis vampiras más recientes. Ha estado conmigo durante casi dos años. Fue convertida ilegalmente por su sire —Sus labios se curvaron hacia arriba—. Vino a vivir conmigo después de que el Consejo de Vampiros impartiera justicia.

Rhianne no preguntó sobre los detalles de la sentencia; sonaba permanente.

Don Bellmont bebió un sorbo de su bebida y añadió: —Por si es relevante.

—Me alegra que sea un alumno rápido, Don Bellmont —dijo Rhianne, esbozando una dulce sonrisa.

Oscar comenzó a toser y a atragantarse.

—¿Y el último nombre? —preguntó Rhianne como si no se hubiera dado cuenta.

—Sebastián es mi ayuda de cámara y también es un vampiro. Era bastante joven cuando fue convertido y aún conserva algunos de sus impulsos juveniles. Sin embargo, sobresale en sus deberes —explicó Don Bellmont.

¿Sería demasiado ignorante preguntar cuáles eran esos deberes?

Don Bellmont debió haber percibido su pregunta no formulada y dijo: —Se encarga de mi vestuario y puede hacer algunos recados por mí. Es raro que salga de la casa a menos que yo también esté presente.

—Ya veo —respondió Rhianne, con la curiosidad sobre los deberes exactos de Sebastián aún cosquilleándole en la mente—. ¿Y cuánto tiempo lleva con usted?

Él se encogió de hombros. —Casi dos siglos.

Claro, porque acumular doscientos años con tu jefe es solo un martes típico en el mundo de los vampiros. Pero ser un adolescente perpetuo durante siglos… Menuda fase incómoda prolongada. Tendría que conocer la opinión de Sebastián sobre la eterna juventud, aunque más tarde. Por ahora, pensó que hablaría primero con los cocineros, ya que la cocina era la escena del crimen. Tal vez hubieran visto algo picante entre los salteados.

—Empezaré con la señora Bennett —dijo Rhianne—. ¿Hay un lugar apropiado para las entrevistas?

—¿Quizás el saloncito? —sugirió Oscar.

Don Bellmont asintió. —Allí hay espacio suficiente para varias personas.

Las alarmas internas de Rhianne se dispararon. —Creo que sería mejor si manejáramos las entrevistas en solitario, Don Bellmont —Apuntó a lo diplomático, pero sonó brusca—. Es probable que su gente se sienta más cómoda respondiendo preguntas personales sin su presencia.

Don Bellmont entrecerró los ojos, pero la madre de Rhianne intervino. —¿Por qué no aprovechamos la oportunidad para ponernos al día sobre los asuntos del consejo, Don Bellmont? —sugirió con una brillante sonrisa.

Era una estratagema tan obvia que Rhianne esperaba que Don Bellmont se burlara y descartara la sugerencia de su madre. Para su sorpresa, sin embargo, sus ojos adquirieron un brillo calculador. —Qué idea tan encantadora, Esther, y llámeme Raphael —Sus palabras llevaban un desafío tan palpable que podría haberse servido en bandeja de plata. La sonrisa de su madre se volvió frágil, una clara señal de que estaba leyendo entre líneas. Y por las pintas, no era su capítulo favorito.

CAPÍTULO 5

Oscar condujo a Rhianne, Kai y Toto a la pequeña sala de estar. Una acogedora chimenea sugería un lugar perfecto para noches contemplativas o —dados los acontecimientos actuales— revelaciones dramáticas. Sillones de felpa y un sofá se agrupaban a su alrededor, creando un círculo de confort sobre la alfombra persa que añadía un toque exótico al suelo de madera. Las arañas proyectaban un suave resplandor, su luz jugando coquetamente con las sombras de la sala, mientras una pequeña mesa aguardaba lista con bebidas.

—¿Le apetece algo de beber? —ofreció Oscar.

—Una taza de té estaría genial —respondió Rhianne—. Necesitamos empezar. —Se frotó los ojos, deseando un impulso de cafeína para navegar las inminentes entrevistas. Lamentablemente, ella y el café no se llevaban bien. Echando un vistazo a su reloj, hizo una mueca. ¿Ya pasadas las diez? El tiempo volaba en una casa de misterios —vale, una guarida de vampiros— lo mismo daba.

—Por supuesto, señorita. —Oscar hizo una reverencia antes de cerrar la puerta tras de sí.

Rhianne se volvió hacia Toto.

—¿Estaba Albert solo afuera?

Toto negó con la cabeza.

—Los terrenos son atravesados por muchos, y entre los invitantes bancos de piedra y los altos robles, se entremezclan múltiples aromas. Determinar el aroma de quien estaba allí con él será difícil. Haré algunas investigaciones adicionales.

—Al menos sabemos algunos de sus movimientos antes de su asesinato y también sabemos que era inusual que estuviera en el jardín —dijo Kai.

—Cierto, pero no estoy segura de cómo nos ayuda una afición por paseos repentinos por el jardín —dijo Rhianne.

—Aún no —dijo Kai—. Lo que sea que se discutió podría haber sido el detonante del asesinato. No creo que fuera planeado.

—Tienes razón —la mirada de Rhianne se desvió hacia las llamas danzantes en la chimenea —. Este asesinato grita “crimen pasional” seguido de un momento de “Oh no, ¿qué hago ahora?”

inducido por el pánico —reflexionó. Comenzó a esbozar un perfil en su mente. El asesino era alguien que podía pasar de la furia descontrolada a un nivel de sangre fría digno de Sherlock Holmes cuando la adrenalina se disipaba.

Un golpe en la puerta interrumpió su línea de pensamiento.

—¡Adelante!

Entró una mujer mayor, apenas visible sobre una bandeja con un juego de té de porcelana demasiado grandioso para su baja estatura. Su cabello plateado estaba pulcramente recogido, y llevaba un sencillo vestido estampado de flores que bailaba alrededor de su figura regordeta. Debía medir un metro cuarenta, un pequeño tornado de eficiencia. A pesar de su edad y corpulencia, sus movimientos eran firmes y gráciles mientras dejaba la bandeja. La sala se llenó con el aroma de té recién hecho y scones.

Oscar la siguió, con el ceño fruncido.

—Señora Bennett, supongo. —Rhianne le ofreció una cálida sonrisa.

La señora Bennett alisó la parte delantera de su vestido y ejecutó una pequeña reverencia. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Encantada de conocerla, señorita. El señor Winston me dice que desea hablar conmigo sobre… Albert. —Su voz tembló.

Mmm. Mientras Oscar era el señor Winston, Albert era simplemente Albert.

—Así es, señora Bennett, ¿por qué no toma asiento? —Rhianne señaló uno de los sillones.

Mirando la bandeja como si contuviera los secretos del universo, la señora Bennett no se movió.

—He traído té y scones. Tenemos una pequeña cocina en la parte de atrás y horneé más temprano hoy. Todavía están frescos.

—Me encantaría una taza.

En terreno más firme ahora, la señora Bennett le sirvió un poco de té.

—¿Leche y miel?

—Solo leche, gracias —respondió Rhianne.

Rhianne pensó que no había daño en hacer que la señora Bennett se sintiera cómoda, ya que parecía que manejar una tetera era su versión de una pelota antiestrés.

—¿Y para el caballero? —preguntó, mirando a Kai.

Kai negó con la cabeza, y el rostro de la señora Bennett decayó.

—Tengo menta.

—A Kai le encantaría un té de menta —intervino Rhianne antes de que Kai pudiera protestar, ganándose una mirada desconcertada que ella respondió con un encogimiento de hombros inocente. A veces, simplemente había que tomar una por el equipo.

Las manos de la señora Bennett temblaron mientras servía el té de Kai, pero se recuperó lo suficiente como para traer la bandeja con sus bebidas calientes. Toto eligió ese momento para saltar sobre sus patas traseras y realizar un pequeño baile. El ceño fruncido de la señora Bennett se invirtió, apareciendo una sonrisa.

—¿Quién es este adorable muchachito? —Devolvió la bandeja a la mesa lateral y se inclinó para acariciar a Toto. Toto le lamió la mano y danzó alrededor de sus pies, guiándola hacia uno de los sillones hasta que la señora Bennett se sentó. Rhianne tomó el asiento frente a ella.

Rhianne decidió ir con cuidado con la primera pregunta.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Don Bellmont? —Una vez había leído que solo deberías hacer preguntas cuyas respuestas ya conoces, pero encontraba ese consejo tan útil como una tetera de chocolate. La señora Bennett podría no ser el "quién", pero ciertamente podría arrojar luz sobre el "por qué". La gente a menudo subestimaba a los ancianos, pero eran como cámaras de seguridad vivientes con años de metraje.

Oscar le trajo una taza de té a la señora Bennett, que ella tomó con un asentimiento de agradecimiento.

—He estado en la casa de Don Bellmont durante cincuenta y tres años —la espalda de la señora Bennett se enderezó. Rhianne imaginó que el mandato de la señora Bennett en la casa solo terminaría cuando la llevaran a la funeraria—. Ascendí de pinche de cocina a ayudante de cocinera. Su Señoría tiene bastante debilidad por mis scones.

Ese comentario sobre Don Bellmont picó la curiosidad de Rhianne porque no había pensado que los vampiros comieran, bueno, comida. Pero por supuesto, incluso los vampiros necesitaban mantener las apariencias, ofreciendo platos más tradicionales para sus invitados y personal vivos. Era literalmente "alimento para el pensamiento" en una casa donde la cadena alimenticia tenía un significado completamente diferente.

—Estoy segura de que sus scones son deliciosos. Me serviré algunos más tarde —añadió mientras la señora Bennett comenzaba a levantarse de su asiento—. Vi su cocina principal. ¿Son solo usted y el señor Rossi quienes trabajan allí?

—Oh, tenemos una pinche de cocina y un chico para lavar platos, pero solo vienen durante el día —dijo—. Si hay una gran cena, el señor Rossi contratará algunos cocineros adicionales para el día.

—¿Es común que alguien más entre a la cocina además de los que ha mencionado? —preguntó Rhianne.

—Bueno, algunos entran a hurtadillas por bocadillos, principalmente el señor Victor, el señor Winston y Albert —se le escapó un sollozo.

—¿Conocía bien a Albert? —preguntó Rhianne con toda la delicadeza que pudo.

La taza de la señora Bennett tintineó, y Toto chocó su nariz contra sus pantorrillas. Ella respiró hondo, y una lágrima solitaria rodó por su rostro. —Albert era como un nieto para mí —susurró—. No paraba de decirme que me jubilara. Que me compraría una casa con mi propio jardincito. Muchacho tonto, como si fuera a dejar la casa alguna vez. ¿Qué haría yo si no cocinara para los demás? Ahora nunca podré hornear sus galletas favoritas con chispas de chocolate y verlo devorarlas. Siempre iba con prisa, sí. Tenía que estar en todas partes, saberlo todo, conocer a todos los que iban y venían. Se hizo indispensable para Don Bellmont. —En ese momento, la señora Bennett se animó.

—¿Sabía usted que iba a convertirse en vampiro? —preguntó Rhianne.

La señora Bennett negó con la cabeza, y una sombra nubló sus ojos. —No entiendo por qué quería eso. Albert era como un hijo para mí. Un muchacho sano como él podría haberme dado lo más parecido a bisnietos que jamás podría tener. Ya estoy mayor, ¿sabe?

Rhianne dedujo que el movimiento de cabeza no era porque no lo supiera, sino porque no lo aprobaba. Espera, ¿qué acababa de decir? —Ha dicho que podría haberle dado bisnietos —la animó.

—Habría sido maravilloso. Tendría un pequeñín al que mimar. —Su acento se hacía más marcado mientras se paseaba por el carril de los recuerdos. Y entonces su rostro se puso serio—. Pero si hubiera sido un vampiro, ¿quizás seguiría vivo?

—Señora Bennett —la persuadió Rhianne, intentando que volviera al tema—. ¿Tenía novia?

—Por supuesto que sí. Un chico como él, todas las chicas iban detrás de él, incluso las poco apropiadas. —Frunció los labios.

Oscar se aclaró la garganta pero no dijo nada. Kai se inclinó hacia delante.

—¿Conoció usted a esa novia suya? —preguntó Rhianne.

La señora Bennett negó con la cabeza. —No, Albert dijo que estaba esperando a que llegara el momento adecuado.

—¿Qué quería decir con eso? —Rhianne ladeó la cabeza.

—No lo sé a ciencia cierta —dijo la señora Bennett—. Pero si la encuentra, ¿le dirá que me gustaría conocerla?

—Por supuesto —la tranquilizó Rhianne—. Pero ha dicho que algunas poco apropiadas iban detrás de él. ¿A quién se refería?

La señora Bennett miró fijamente a Oscar.

—Oscar —dijo Rhianne—. ¿Podrías ir a ver si Nel y Alice necesitan ayuda, por favor?

Oscar dudó, pero su entrenamiento se impuso. —Ciertamente, señorita Rhianne —dijo y se marchó.

—Muy bien, señora Bennett, ¿quién era la dama que perseguía a Albert?

—Esa no es ninguna dama. Tiene el mal de ojo. —La señora Bennett se santiguó. Irónico, dado el lugar ocupado por vampiros—. Adriana era toda sonrisas empalagosas cuando él estaba cerca y trataba al resto de nosotros como si fuéramos la mugre de sus zapatos el resto del tiempo. Pero Albert la calaba, me lo dijo. Me dijo que no me preocupara y que ella no sería un problema por mucho más tiempo. —Se deshizo en lágrimas.

Rhianne le dio unas palmaditas en el hombro, pero eso solo abrió las compuertas aún más. Con algo de persuasión suave y la presencia terapéutica de Toto —¿quién sabía que lamer manos podía ser tan reconfortante?— la señora Bennett recuperó la compostura. —Lo siento mucho, señorita. Voy a echar terriblemente de menos a mi Albert.

—Lo entiendo, señora Bennett. ¿Podría decirme dónde estaba esta noche, por favor? —A Rhianne le dolía preguntar, pero necesitaba ser minuciosa.

—Estuve en la cocina desde las cinco, preparando la cena y los aperitivos, como siempre. El cocinero estuvo conmigo media hora pero luego dijo que no se encontraba bien y se fue. Oscar echó una mano un rato. Después de eso, me retiré a mi habitación a ver la tele. —Sus palabras se apagaron como un eco perdido.

—Gracias, señora Bennett. ¿Por qué no va a echarse un rato? —sugirió Rhianne.

La señora Bennett asintió y arrastró los pies hasta la puerta. Alcanzó el pomo pero luego se dio la vuelta y miró a Rhianne, con los hombros tensos. —¿Descubrirá quién le hizo esto a Albert?

Por supuesto, quería justicia. Rhianne asintió, con un nudo en la garganta. —Haré todo lo posible —prometió Rhianne. Mejor que lo posible. De ninguna manera iba a permitir que se cobrara la deuda de sangre de su madre.

Cuando la señora Bennett abrió la puerta para salir, Oscar se materializó, con las mejillas de un llamativo color rojo. Sin embargo, la señora Bennett pasó sin mirarlo, o bien sin darse cuenta de su presencia o demasiado envuelta en su propio dolor para que le importara.

—¿A quién debo traer ahora? —preguntó Oscar.

—Mmm —dijo Rhianne—. Trae a Adriana, por favor.

Oscar asintió y desapareció.

Rhianne se acercó a la mesa y cogió un scone. —¿Quieres uno? —le preguntó a Kai. El dolor genuino de la señora Bennett la había dejado agotada y necesitaba algo de terapia de azúcar y grasa.

—Sí, por favor —dijo Kai.

—¿Y qué hay de mi parte? —dijo Toto con fingida ofensa—. ¿Acaso soy solo un adorno decorativo?

Rhianne sonrió, lo cual seguramente había sido su intención. —Tendrás el scone más grande de todos, Toto. Tus servicios de apoyo emocional han sido invaluables.

Toto se hinchó y trotó hacia la bandeja, meneando la cola.

Cuando Rhianne iba por la mitad de su scone, Adriana entró con aire desenvuelto. Sí, era el equivalente vampírico de una modelo de pasarela. Con su metro setenta y cinco, su piel de alabastro era tan impecable que hacía que la porcelana pareciera manchada. Su cabello negro azabache fluía como un río oscuro, en marcado contraste con su piel pálida, y sus ojos brillaban con un suave tono carmesí.

Sus rasgos eran el sueño de un escultor, con pómulos lo suficientemente afilados como para cortar el hielo. Vestida con una blusa negra ajustada y vaqueros oscuros, lucía una "elegancia casual" con la facilidad de alguien acostumbrada a hacer que todos giraran la cabeza. Las botas negras hasta el tobillo añadían un toque de actitud de "podría patearte, pero me lo agradecerás". Un delicado collar de oro con un pequeño colgante descansaba sobre su cuello.

—Vaya, hola, ¿qué tenemos aquí? —ronroneó Adriana, posando su mirada en Kai.

Kai sostuvo la mirada de Adriana y luego miró su teléfono como si estuviera aburrido. En su interior, Rhianne aplaudió su indiferencia.

—¿Por qué no se sienta, señorita *Nightshade*? —dijo Rhianne. Estaba dispuesta a apostar su último scone a que "Nightshade" era un apodo elegido por ella misma para lograr el máximo efecto gótico—. Soy Rhianne Alkenn, y Don Bellmont me ha pedido que investigue el asesinato de Albert Johnson.

Adriana arqueó una ceja, y Oscar intervino. —Don Bellmont insiste en que la señorita Rhianne reciba nuestra máxima cooperación.

—Ya veo —dijo Adriana con voz arrastrada, acomodándose en uno de los sillones—. Tráeme una copa de O negativo, Oscar, ¿quieres?

Ni "por favor" ni "gracias". Con clase.

El rostro de Oscar se sonrojó. —Por supuesto, señorita —. Por la manera en que salió corriendo de la sala, se notaba que estaba contento de marcharse.

Rhianne intentó recordarse a sí misma que el hecho de que no le agradara Adriana no significaba que fuera culpable. Aun así, no tenía que preocuparse por sus sentimientos, eso seguro. —¿Cuál era tu relación con Albert? —preguntó sin rodeos.

Adriana mostró un juego de colmillos alargados. ¿Estaba intentando interpretar el papel de «vampiro intimidante»? Tal vez ese había sido el propósito de enviar a Oscar fuera. Se burló, Adriana ni siquiera había mirado en dirección a Toto y él era la mayor amenaza.

Rhianne masticó su scone. Era un buen scone, y ni siquiera un vampiro con mala actitud podría arruinarlo. Esperó la respuesta de Adriana, quien se reclinó y cruzó las piernas con un toque teatral. Toto eligió ese momento para acercarse y Adriana apretó sus piernas más cerca de sí misma. No era amante de los perros, entonces.

Toto resopló y con la cabeza en alto se alejó trotando.

—Era el familiar de Don Bellmont —dijo Adriana.

—Eso no es lo que pregunté —dijo Rhianne.

—¿Alguien ha sugerido que había algo… entre nosotros? —Adriana tiró de sus mangas.

—¿Estás diciendo que lo había? —contraatacó Rhianne. Intentó ignorar las tácticas dilatorias de Adriana y mantener la calma. Se estaba volviendo difícil.

Adriana hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Por favor, no había nada. Era más un «soldado raso» que un «caballero de brillante armadura». No exactamente material vampírico de primera clase, aunque tenía su… encanto —. Su tono se volvió nostálgico.

—¿Así que tuvieron una aventura casual? —insistió Rhianne. Extraer información de Adriana era como intentar sacar una muela del juicio con un par de pinzas.

—Nada importante, en realidad. Quizás una o dos veces después de haber bebido un poco de más.

Vaya. Rhianne había asumido que los vampiros no se emborrachaban. Tendría que ponerse al día con su conocimiento sobre cosas «murciélaguescas». Una lástima que no hubiera guías de «Vampiros 101». El pensamiento provocó una pequeña sonrisa en sus labios, un gesto que debió ser notado por Adriana, quien apretó los labios.

—¿Una o dos veces? —presionó Rhianne—. Sería bueno ser precisa para la investigación —añadió, manteniendo la misma pequeña sonrisa. Si irritaba a Adriana, tanto mejor. Después de todo, un vampiro irritado podría dejar escapar algo. Nada que ver con el hecho de que le había tomado antipatía a Adriana. No. Rhianne era una profesional.

—Una vez —admitió Adriana, su rostro tensándose.

Esta pequeña confesión coincidía con los chismes de la hora del té de la señora Bennett sobre un afecto vampírico no correspondido.

Rhianne tenía que profundizar más. —¿Hace cuánto tiempo?

—¿Esto es relevante?

—Podría serlo, y es en el mejor interés de todos resolver esto lo más rápido posible.

Excepto para el culpable, por supuesto.

—¿No estarás insinuando que yo tuve algo que ver, verdad? —El siseo de Adriana podría haber congelado el cristal—. ¿Qué podría ganar yo con su muerte?

—Bueno, menos encuentros incómodos en el pasillo, para empezar. Pero investigaré más —. Rhianne dio otro mordisco a su scone. La mermelada de fresa debía ser casera y estaba bastante buena. Suspiró. Las palabras y acciones de Adriana no coincidían. Había más en su historia de lo que estaba revelando.

—No encontrarás nada —dijo Adriana.

—¿Porque no hay nada que encontrar o porque crees que no lo encontraré?

Adriana se erizó. —Eres grosera incluso para una bruja. No sé en qué estaba pensando Don Bellmont cuando te consiguió a *ti*… —Adriana curvó el labio— para investigar un crimen vampírico. Esto debería haberse quedado en casa y haber sido asignado a alguien más… experimentado.

Estaba alterada y Rhianne saboreó el momento como un té de mezcla especial. —Bueno, estoy segura de que a Don Bellmont le encantaría escuchar tus sugerencias. ¿Tal vez preferirías discutir esto directamente con él?

Un tic parpadeó en el ojo de Adriana, su boca abriéndose ligeramente antes de que se mordiera el labio.

Bueno, era inteligente temer a Don Bellmont, así que Rhianne no podía culparla por ello.

—Fue hace un par de meses, en marzo.

Rhianne esperó mientras Adriana descruzaba las piernas y comenzaba un baile impaciente con su pie. —Don Bellmont estaba organizando una fiesta para otras casas. Estaba presumiendo de Albert. Es parte de las formalidades antes de la ceremonia final.

Vaya. Así que ahora estaba tan parlanchina como una urraca. Rhianne hizo una nota mental para mencionar el nombre de Don Bellmont más a menudo.

—Albert estaba feliz pero nervioso. Es un gran honor y no uno al que muchos Lores estén dispuestos a comprometerse —. Su mirada se volvió distante y Rhianne recordó la mención de

Don Bellmont sobre el origen vampírico menos que legal de Adriana. Cayó en la cuenta. Los celos eran un brebaje tan potente en los círculos vampíricos como en cualquier otro drama. Necesitaba averiguar más sobre la transformación de Adriana. ¿La habían convertido contra su voluntad? ¿O había manipulado a su Sire para que la convirtiera?

Justo entonces, Oscar se deslizó con una bandeja de plata y una copa de cristal, interrumpiendo sus pensamientos. Adriana la tomó sin decir palabra y bebió de ella. Se reclinó en su silla, una sonrisa presumida jugando en sus labios, sus dientes manchados de sangre. —Tal vez quieras hablar con su novia —dijo—. Quizás ella no estaba entusiasmada con que lo convirtieran.

—¿Sabes quién es su novia? —Rhianne ladeó la cabeza.

—No —. Trazó su colgante con un dedo—. Pero sé que era humana.

CAPÍTULO 6

—¿Y cómo sabes que la novia de Albert era humana? —El pulso de Rhianne se aceleró. Encontrar a esta novia podría ser la clave del caso.

—Porque se jactó de ello cuando nosotros… —Adriana miró a Oscar, que estaba de pie en silencio cerca de la puerta, con la bandeja bajo el brazo.

Rhianne podía entender la incomodidad de Adriana frente a Oscar. No habría sido por el acto en sí, sino por el hecho de que se hubiera jactado en medio de ello. Puede que a Rhianne no le gustara Adriana, pero eso era algo insensible de hacer. Y entonces algo le pareció extraño. —¿Por qué se jactaría de eso?

No tenía sentido. Si estaba orgulloso de haberse convertido en vampiro, se supondría que pensaría que los simples humanos estaban por debajo de él. Aunque según la señora Bennett, había sido bastante amable con ella.

Adriana se encogió de hombros, pero había un sentido de vulnerabilidad en el movimiento. —Dijo que los humanos eran de sangre caliente y capaces de reproducirse. —Negó con la cabeza y continuó—: Estaba borracho en ese momento. Es posible que no estuviera pensando con claridad.

De alguna manera, Rhianne no lo creía así. —¿Dónde estuviste esta noche?

—Estuve dormida hasta las seis y media de la tarde. Todavía soy demasiado joven como vampira y no puedo tolerar nada de sol. Después de eso, Lucius y yo estuvimos entrenando en el patio durante una hora más o menos.

Así que ella y Lucius tenían una coartada parcial. Pero eso aún dejaba media hora en la que cualquiera de ellos podría haber matado a Albert.

—¿Viste a Albert en algún momento durante la noche?

—Creo que lo vi entrar en el bosque cuando bajé al gimnasio, pero no puedo estar segura. —Adriana bebió más de su bebida de sangre y miró por la ventana.

No es que hubiera mucho que ver en la oscuridad, pero la visión nocturna de los vampiros era mejor, tal vez equivalente a las gafas de visión nocturna.

Rhianne asintió y le dijo que era libre de irse, y Adriana salió arrastrando los pies. Rhianne envió a Oscar a buscar a la siguiente persona.

—Esta misteriosa novia sigue apareciendo. —Rhianne se tiró del pelo.

—Es posible que no exista en absoluto —dijo Kai.

Rhianne lo miró bruscamente. —¿Qué quieres decir?

—Bueno —Kai se reclinó y juntó las puntas de los dedos—, me parece curioso que hablara de ella, pero nadie la haya conocido nunca. Así que, o es algún tipo de romance prohibido, o se la inventó.

—Supongo que es posible, pero es mucho problema y ¿con qué propósito? Podría entender que usara una novia ficticia para rechazar los avances de Adriana, pero ¿por qué mentirle a la pobre señora Bennett?

—Tal vez quería proporcionarle algo de consuelo o quizás disfrutaba del drama —dijo Toto.

Rhianne levantó las manos. —¿Estamos hablando de un mentiroso en serie? ¿Alguien que inventa personas como un niño con un amigo imaginario, excepto que menos lindo y más engañoso?

—Mucha gente dice mentiras piadosas todo el tiempo —dijo Kai—. Una vez convencí a mi hermano de que yo era el Conejo de Pascua.

—Esto parece más enrevesado que simplemente mentir sobre esconder huevos de chocolate. Inventar historias así… bueno, necesitarías una hoja de cálculo para llevar un registro. Y si estaba mintiendo sobre esto, ¿sobre qué más estaba mintiendo? —preguntó.

Parecía haber mucho más en Albert que el hombre agradable, tranquilo y curioso que la señora Bennett creía que era.

La puerta se abrió y entró un vampiro que parecía un adolescente. Llevaba una camiseta roja oscura, combinada con vaqueros desgastados y botas de combate. Su camiseta estaba estampada con las palabras: “Los vampiros lo hacen en la oscuridad… ¡porque odian la luz del sol!”

¡Vaya! Un vampiro con un sentido del humor retorcido.

Su cabello era rubio platino, y su piel lucía una complexión similar a la porcelana. Sorprendentemente, sus ojos eran de un marrón profundo, en marcado contraste con el rojo carmesí que había visto hasta ahora. Estaba bastante relajado, lo que apoyaba su teoría de que el carmesí significaba una emoción intensificada. Rhianne archivó ese detalle para analizarlo más tarde. No era alto, tal vez unos diez u once centímetros más alto que Rhianne. A pesar de su apariencia juvenil y su ropa moderna de “soy moderno”, un destello de astucia brillaba en sus

ojos. Por alguna razón, le recordaba a Rhianne al Gato de Cheshire de Alicia en el País de las Maravillas.

—Señor Thornhill —dijo Rhianne.

—Llámame Seb, todos lo hacen. Excepto Raphael.

Oscar jadeó y Rhianne levantó las cejas. Estaba claro que a Seb le gustaba agitar el avispero.

Sebastián sonrió con suficiencia. —Raphael, Don Bellmont, está atrapado en las viejas costumbres.

—Bien, Seb —dijo Rhianne, luchando contra una sonrisa—. ¿Por qué no tomas asiento?

Se paseó y, de camino, agarró un vaso y se sirvió un whisky. Evidentemente, los vampiros tenían afición por esa bebida. Se dejó caer en el mismo sillón que había ocupado Adriana.

—Pregunta lo que quieras —dijo, agitando la mano que sostenía el whisky. Rhianne miró la mano con inquietud pero, a pesar del gesto casual, tenía un control absoluto y no derramó ni una gota.

—Háblame de Albert. —Rhianne decidió que un enfoque directo sería lo mejor con Seb.

Seb sonrió y removió su whisky dejando que atrapara la luz. —Ah sí, el chico dorado. —Se volvió hacia Oscar, que lo miraba con el ceño fruncido—. No me mires así. Lo sabías tan bien como yo.

—¿Te importaría elaborar? —preguntó Rhianne.

—Me caes bien. —Seb bebió un sorbo de su bebida—. Eres fácil de leer. —Hizo una pausa, estudiándola—. Eres honesta y directa y tienes algo que demostrar, pero también eres valiente. Debes serlo, para entrar en una casa de vampiros desarmada. Eso o tienes el sentido común de un lémur en un paseo por un acantilado. Determinada, también. Me pregunto si es por eso que Raphael te eligió, o tal vez simplemente disfruta de una buena apuesta.

Rhianne se cruzó de brazos.

—Mis disculpas, el psicoanálisis es uno de mis pasatiempos. —Seb le dirigió otra sonrisa, esta vez radiante—. Responderé a tu pregunta ahora e intentaré comportarme. —Se acomodó en su asiento y se inclinó hacia adelante.

¿Este Seb de lengua de plata se había quedado atascado en modo adolescente o había cultivado esa imagen porque le daba ventaja? Imaginó que necesitarías cualquier ventaja que pudieras obtener en el despiadado mundo de la política vampírica, donde «despiadado» probablemente fuera un cumplido.

—En cualquier caso, lo que quiero decir es que Albert sabía qué decir a quién para mantenerlos de su lado, ¿sabes? —La mirada de Seb se desvió hacia el techo como si estuviera

leyendo los subtítulos de la historia de vida de Albert. La sonrisa había desaparecido, reemplazada por un ceño pensativo—. Era encantador y podía salirse con la suya en cualquier situación.

—¿De qué se salía con la suya?

—Mayormente cosas pequeñas. Llegaba tarde a una reunión, pero su coche se había averiado. El dinero que Victor guardaba en el estudio fue robado, pero debió de ser el chico del lavavajillas, que fue despedido de inmediato. Los viales del suministro especial de sangre de Lucius desaparecieron en una ocasión. El cocinero se libró de esa porque, sin que Albert lo supiera, había estado enfermo y había ido al médico cuando ocurrió —Hizo un gesto con la mano—. Ya te haces una idea.

Esta era una imagen muy diferente de la que todos los demás habían pintado de Albert. —¿Por qué estás tan seguro de que era él?

Seb tamborileó con los dedos sobre su rodilla y miró a Rhianne como si evaluara su preparación para lo que estaba a punto de decir. —Usaba mentiras y engaños para lograr sus objetivos, y estoy bastante seguro de que tenía una agenda oculta. Era mezquino y se esforzaba mucho para conseguir las cosas que quería, algunas implicando esquemas enrevesados.

Kai alzó las cejas y Rhianne imitó su expresión.

Seb ladeó la cabeza. —No pareces convencida, así que déjame explicarte. El chico del lavavajillas había manchado accidentalmente sus zapatos de ante favoritos el día antes de que los doscientos dólares fueran «robados» del estudio. Un estudio que se mantiene bajo llave, ¿y adivina quién tiene las llaves? —Movió las cejas sugestivamente.

—¿Cómo explicó que el chico entrara en el estudio?

—Forzando la cerradura, por supuesto. Lo creas o no, encontraron al chico con un billete de cincuenta dólares y una ganzúa en el bolsillo. Conveniente, ¿no crees? —dijo Seb—. El chico lo negó, pero fue en vano. Albert lo echó a la calle. La señora Bennett estaba disgustada porque le tenía cariño al chico, pero, por supuesto, su Albert no podía hacer nada mal.

—Ya veo —dijo Rhianne—. ¿Y Lucius?

Seb se frotó las manos. —Oh, ese fue aún mejor, en mi opinión. Don Bellmont le regaló a Lucius un Mustang amarillo después de negociar un excelente trato con una de las otras casas. El trato había requerido meses de esfuerzo. Si alguna vez conoces a alguien de la Casa Rowland, sabrás cuán merecida era su recompensa. En fin, estoy bastante seguro de que Albert no quería un Mustang, pero estaba molesto porque Raphael solo le había dado un SUV Toyota. Imagínate, el horror de estar atrapado con un vehículo de eficiencia de combustible confiable.

—¿Cómo sabes que estaba enfadado?

Seb sonrió. —Cuando tienes este aspecto —Hizo un gesto que lo abarcaba a sí mismo—, la gente tiende a decir cosas porque piensan que no estás prestando atención. Estaba en su móvil, hablando con alguien sobre ello.

—¿Sabes con quién hablaba? —Esa podría ser una buena vía para investigar.

—Ni idea, pero aproximadamente una vez al mes, tomaba copas con algunos de los familiares de las otras Casas —Se encogió de hombros—. Tienes que entender que Albert no tenía *amigos* —dijo con desdén—. Cultivaba personas que le fueran útiles, así que dudo que puedan decirte mucho. Puedo darte una lista de los que asistían a las copas, si eso ayuda.

Rhianne lo estudió con renovado interés. —¿Qué es lo que haces exactamente como ayuda de cámara? —No iba a aceptar «solo doblar ropa». Era confiado, inteligente y sus observaciones eran tan agudas como una tachuela, si eran precisas.

—Me encargo de las necesidades personales de Don Bellmont, su ropa, sus citas y hago recados para él de vez en cuando —Seb la miró a los ojos—. ¿Te preguntas por qué me conformo con una posición tan humilde?

—De hecho, sí —Era como descubrir que un gran maestro de ajedrez estaba feliz siendo un peón; algo no cuadraba a menos que estuviera jugando un juego completamente diferente.

—Sí, Don Bellmont eligió bien.

—Te equivocas ahí —corrigió Rhianne, con su irritación burbujeando—. No estaba contento de que mi madre me trajera para investigar. Creo que esperaba que ella lo hiciera.

Seb se rio entre dientes. —Oh, él sabía de ti, por supuesto. Yo se lo dije.

Rhianne frunció el ceño. —¿Qué quieres decir con que se lo dijiste? El asesinato ocurrió solo hoy.

—Parte de mi papel invisible es asegurarme de que Raphael esté al tanto de las noticias relevantes tanto en las comunidades humanas como sobrenaturales —Dejando su vaso, se reclinó y entrelazó las manos detrás del cuello. Parecía demasiado joven para estar bebiendo alcohol, y Rhianne tuvo que sacudir la cabeza para disipar la noción de juventud. Sin embargo, cuando fijó su mirada en sus ojos conocedores, la impresión cambió: podría ser el sabio anciano de la montaña, si la montaña tuviera un bar de moda en la cima.

—He estado por aquí durante dos siglos, Rhianne. ¿Puedo llamarte Rhianne?

Rhianne le dio un breve asentimiento.

—Me he vuelto bastante bueno estudiando comportamientos y eventos. Raphael confía en mí para mantenerlo informado de cualquier cosa que sea o pueda volverse relevante. Tus

impresionantes éxitos hasta ahora han significado que he estado prestando atención a ti y a tu equipo —Seb miró a Kai. Le dio cierta satisfacción que ignorara a Toto. Seb no sabía tanto como creía—. Y, a su vez, Raphael también.

—¿Entonces por qué la muestra de desdén? —Algo se retorció en su interior.

—Tendrías que preguntarle eso a Raphael —Seb miró sus uñas.

Rhianne lo miró fijamente y frunció el ceño.

Él levantó las manos en aparente rendición. —No lo sé con seguridad.

El ceño de Rhianne se profundizó.

—Tal vez no quiere que tú o tu madre se confíen demasiado sobre el resultado.

—¿Dónde estabas esta noche?

—¿Soy sospechoso? —Los ojos de Seb brillaron.

—Todos lo son hasta que se demuestre lo contrario.

—Estuve en el estudio de Raphael desde las cinco hasta las siete aproximadamente. Luego bajé al garaje para hablar con Oscar sobre algunas tareas. No vi a Albert en absoluto. No es una muy buena coartada, ¿verdad? —Sonrió con sarcasmo.

—Necesito una lista de los conocidos de Albert y sus números de teléfono. Por favor. —A pesar del «por favor» añadido, su tono sonó cortante.

—Por supuesto, cualquier cosa que necesite, estoy a su disposición. —Seb se puso de pie y recitó los nombres y números desde su teléfono.

Kai asintió y Rhianne asumió que había registrado la información.

Agarrando su bebida de nuevo, Seb dio un largo trago. Con una profunda reverencia hacia Rhianne, se alejó con paso despreocupado, dejando tras de sí una estela de intriga y un leve aroma a Polo Red de Ralph Lauren.

—¿A quién traigo ahora, señorita Rhianne? —El tono de Oscar era comedido. Era difícil decir si las revelaciones habían sido una sorpresa para él o una confirmación de sus creencias.

—¿Por qué no te sientas, Oscar? —Rhianne se masajeó el cuello.

—¿Yo, señorita? —Los ojos de Oscar se agrandaron.

—Sí, a menos que tengas una coartada infalible.

Arrastró los pies y se sentó. —No, señorita. Por supuesto, señorita.

—¿Qué pensabas de Albert, Oscar?

—Era el familiar y protegido de Don Bellmont. Es un gran honor, señorita. —Oscar se enderezó la corbata.

—Esa no fue mi pregunta, Oscar.

Oscar sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara, luego juntó las manos. Parecía un wombat asustado —aunque grande— atrapado en los faros de una pregunta inminente.

—Mira, si no lo mataste, cualquier cosa que discutamos aquí se quedará entre estas paredes, tienes mi palabra.

Oscar asintió. —Albert estaba bien mientras uno hiciera lo que él decía, señorita. Era muy exigente, eso sí. Y también pensaba que el chico no había hecho nada malo. Fue… excesivo.

—¿Le tenías miedo a Albert?

Oscar dudó y eso en sí mismo ya decía mucho.

—No quiero hablar mal de los muertos, señorita.

—Necesito saberlo, Oscar. Es importante entender a la víctima, con todos sus defectos, si voy a encontrar a su asesino.

—Podía ser cruel y enfadarse si no se salía con la suya. Una vez me gritó durante veinte minutos porque no encontraba las llaves de su coche y pensó que las había puesto en el lugar equivocado. Al final las encontré en el bolsillo de su chaqueta y se calmó. Después de eso estaba perfecto y encantador.

—¿Y se disculpó? —Estaba bastante segura de que conocía la respuesta.

—No, señorita, no lo hizo.

—¿Tienes algún deseo de convertirte en vampiro?

Oscar negó con la cabeza y arrugó la nariz. —No, señorita. Eso no es para mí.

—¿Por qué no?

Oscar apartó la mirada y le tembló el labio. —Quiero disfrutar de la luz del sol, señorita, y algún día espero tener una familia propia. —Su suave sonrisa fue reemplazada por un ceño fruncido y se frotó el pulgar sobre la mano—. No le mencionará esto a Don Bellmont, ¿verdad?

—No, no creo que sea necesario mencionarlo. ¿Por qué no quieres que lo sepa?

—No quiero que se ofenda, señorita. Podría pensar que soy desagradecido por el trabajo que me ha dado. Ha sido amable conmigo, con todos nosotros. Nos paga bien, nunca levanta la voz y se encarga de que buenos médicos nos revisen de vez en cuando.

Rhianne se preguntó a qué se refería Oscar con «buenos médicos».

—Aunque la señora Bennett no dejó que el último se le acercara —añadió, con un brillo de diversión en los ojos—. Insistió en que estaba perfectamente sana y que no necesitaba que un hombre con la mitad de su edad le dijera qué hacer. —Negó con la cabeza, pero una pequeña sonrisa jugaba en sus labios—. Todos sabemos que la verdadera razón es su amor por los dulces. No los dejará por nada.

Rhianne asintió. —¿Puedes dar cuenta de tu paradero entre las cinco y media y las ocho de esta tarde?

Oscar estaba preparado con una respuesta rápida. —Pasé cerca de una hora con la señora Bennett, y luego fui al garaje. Los coches necesitaban ser pulidos, y fue entonces cuando el señor Sebastián bajó a hablar conmigo.

—Gracias, Oscar. ¿Podrías traer al señor Rossi, a Lucius o a Victor, por favor?

Oscar se levantó de su asiento como si estuviera en llamas. —Enseguida, señorita.

Rhianne soltó un largo suspiro y se volvió hacia Kai y Toto. —Eso todavía deja alrededor de media hora en la que podría haber cometido el hecho. —Había esperado poder exculparlo. Era tan humilde y agradable que no podía evitar sentirse protectora.

Kai consideró el marco de tiempo. —Ten en cuenta que también tuvo que limpiar la despensa, refrescarse, probablemente cambiarse de ropa y luego llegar al garaje a tiempo para su conversación con Sebastián. Es un horario muy ajustado, considerando que el garaje está en el extremo opuesto de la casa.

—Entonces, ¿podemos eliminarlo como sospechoso? —Rhianne se inclinó hacia adelante.

—Es el menos probable hasta ahora —dijo Kai.

CAPÍTULO 7

Eso dejaba cinco sospechosos, pero al menos el número se estaba reduciendo. La puerta se abrió y un hombre entró con Oscar siguiéndole de cerca. Aparte del hecho de que el hombre carecía de los signos reveladores de un vampiro —sin ojos carmesí, sin colmillos y, sobre todo, sin actitud—, Rhianne lo habría identificado entre la multitud como el cocinero.

Era un hombre regordete y alegre, de unos cincuenta y tantos años. Un delantal blanco manchado cubría su ropa. Su rostro redondo lucía un tono rosado, enmarcado por un pelo canoso y escaso que parecía tener vida propia.

Toto se acercó trotando al cocinero y este se inclinó para acariciarlo. Cuando se enderezó de nuevo, una cálida sonrisa adornaba su rostro. Fijó sus ojos en el bollo que Rhianne sostenía.

—Está saboreando uno de los famosos scones de la señora Bennett, signorina. Ojalá tuviera yo sus habilidades para la repostería —dijo.

—Está delicioso —dijo Rhianne—. ¿Le gustaría sentarse, señor Rossi?

Él negó con la cabeza y agitó un dedo.

—No hace falta lo de "señor Rossi", ese era mi padre, signorina. Llámeme Aldo —dijo mientras tomaba asiento.

—De acuerdo —Rhianne le devolvió la sonrisa—. Siempre que tú me llames Rhianne.

—Muy bien —La sonrisa de Aldo se atenuó—. Quieres hacerme algunas preguntas sobre el signor Albert, ¿no? Una verdadera tragedia. Él apreciaba mi cocina.

Interesante. Hasta ahora, solo Seb y Oscar tenían opiniones menos que brillantes sobre Albert. ¿Cuál era la verdad?

—Háblame de Albert —dijo Rhianne.

—No hay mucho que contar. Tenía un gran apetito y disfrutaba de la buena comida. A veces pedía una cena completa a medianoche, y yo se la preparaba. Le encantaba mi tiramisú; decía que era mejor que el de la señora Bennett, pero no se lo digas —Aldo guiñó un ojo—. El hombre podía oler el postre a kilómetros de distancia.

—¿Sueles trabajar hasta tan tarde? —preguntó Kai.

—Oh, no. Normalmente me acuesto a las once. Ya no soy tan joven, pero si el signor Albert quería su comida, pues… —Se encogió de hombros.

Rhianne intercambió una mirada con Kai.

—Ya veo. ¿Podrías decirme dónde estabas esta noche, Aldo?

Se rascó la cabeza.

—Empecé ayudando a la señora Bennett en la cocina, pero no me sentía muy bien, así que me fui a mi habitación y me quedé dormido. Ahora me siento mucho mejor —Se dio una palmada en su impresionante barriga—. Estoy preparando una pizza diavola y estará lista en unos minutos. Es la favorita del Maestro. ¿Te apetece una porción? Está diabólicamente buena, si me permites decirlo.

—Eso sería encantador. Gracias, Aldo. No tengo más preguntas por ahora —dijo ella.

Él sonrió radiante y salió de la sala contoneándose. Una vez que la puerta se cerró, Toto habló:

—¿Qué es esa pizza diavola?

—Es una pizza con salami y guindilla sobre una masa crujiente —dijo Kai—. Algunas versiones pueden ser bastante picantes y quemar un poco en el paladar.

—¿Quemar? —Toto hizo una mueca—. Eso no suena muy atractivo, ¿verdad? Tal vez esa sea la verdadera razón por la que se sentía mal. No probaré ese tipo de infierno culinario.

Rhianne contuvo una risa.

—Bien, volviendo a sus respuestas. Su coartada es más débil que la de Seb, aunque no parecía tener problemas con Albert.

—O quizás quería que creyéramos que no los tenía —dijo Kai.

—Cierto. Si el arma del crimen hubiera sido un cuchillo de cocina, podría imaginar que tendría la fuerza suficiente para usarlo —dijo ella—. Pero no habría pensado que una estaca fuera su arma de elección. Esperaba que pudiéramos eliminarlo como sospechoso también.

Un tímido golpe en la puerta interrumpió su conversación, y se volvieron al unísono. Durante unos segundos de suspenso, no pasó nada, excepto algunos murmullos ahogados de Oscar.

Finalmente, la puerta se abrió y apareció una figura. Tenía rasgos poco llamativos —del tipo que un testigo olvidaría tan pronto como apartara la mirada— con una constitución delgada pero fibrosa. Su baja estatura le daba una apariencia algo modesta. Su tez era de un rico tono marrón rojizo. Cada mechón de su cabello oscuro y peinado obedecía a alguna estricta ordenanza capilar. Sus gafas redondas se balanceaban al borde de su nariz, amenazando con caer en cualquier momento. Vestía unos pantalones bien planchados combinados con una camisa abotonada,

complementada con una simple corbata azul. Sobre esto, llevaba un discreto cárdigan azul. Rhianne no pudo evitar pensar que si “apacible” tuviera un modelo a seguir, sería este hombre.

Se detuvo en la puerta, y Oscar se quedó detrás de él, arrastrando los pies.

—Adelante —llamó Rhianne, intentando sonar amistosa—. Victor, ¿verdad?

Victor asintió y dio un par de pasos dentro de la sala. Oscar aprovechó la oportunidad para entrar y cerró la puerta silenciosamente detrás de ellos.

Victor se acercó y se sentó en el sillón que Rhianne le había señalado. Oscar se dirigió a la mesa y le sirvió un vino blanco, que le puso en la mano. Victor lo tomó sin decir palabra. Sus ojos eran grandes y redondos mientras miraba a cada uno de ellos. Cuando su mirada se posó en Toto, su postura tensa se suavizó.

Rhianne no estaba por encima de usar la ternura de Toto.

—Ese es Toto.

Toto se acercó trotando a Victor y puso sus patas sobre sus rodillas. La expresión de Victor se transformó y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola, Toto —dijo con una voz de barítono mucho más profunda de lo que Rhianne había esperado. Acarició la cabeza de Toto y este le lamió la mano. Victor se rió.

—Yo soy Rhianne, y este es Kai —dijo Rhianne.

Victor movió una rodilla nerviosamente.

—¿En qué puedo ayudar?

—¿Qué tan bien conocías a Albert? —preguntó ella.

Si no hubiera estado observándolo, se habría perdido la fugaz sombra que pasó por sus ojos.

—No muy bien —Su voz bajó un tono, como si sus palabras intentaran pasar desapercibidas —. No creo que él pensara que yo valía la pena conocer.

Así que Victor no estaba en la lista VIP de Albert.

—¿Qué opinabas de él? —preguntó Rhianne.

Victor tomó un sorbo de su bebida.

—No estoy seguro…

Rhianne levantó la mano.

—Lo que digas quedará entre estas paredes. Si lo prefieres, Oscar puede salir de la sala.

Oscar intervino:

—Prometo no decir nada tampoco, pero estoy dispuesto a irme.

Victor miró a Oscar, luego volvió a mirar a Rhianne. Ella pudo ver el momento en que tomó su decisión. —Era muy egocéntrico. Podía ser encantador un minuto cuando quería algo de ti, y

luego indiferente si no lo necesitaba.

La palabra “encantador” era un tema recurrente. —¿Y si no estaba contento?

—Tuve la suerte de no experimentar eso, pero lo escuché gritarle a Oscar por unas llaves extraviadas el otro día —dijo Victor, haciendo que Oscar se sonrojara intensamente. La mirada de Victor se volvió distante—. Creo que estaba algo protegido porque le caía bien a Don Bellmont, y no me interponía en los asuntos de Albert.

La evaluación de Victor era brutalmente honesta y coincidía con el relato de Seb.

—¿Alguno de ustedes mencionó algo a Don Bellmont sobre este comportamiento? —preguntó Rhianne.

Albert había sido un abusador, pero Don Bellmont no se daba cuenta.

Mirando hacia arriba, Victor negó con la cabeza. —La última persona que dijo algo negativo sobre él fue despedida. Albert era muy bueno ocultando sus huellas. Siempre iba dos o tres pasos por delante de todos los demás. —Ahora que Victor se había abierto, demostró ser tan observador como Seb.

—¿Dónde estabas esta noche? —Rhianne mantuvo su enfoque suave pero persistente.

—Fui con Don Bellmont a su primera cita de la noche pero regresé a la casa alrededor de las seis y media —dijo Victor. Esta vez sin vacilación.

Toto lamió la mano de Victor y este le sonrió.

—¿Viste a Albert cuando regresaste?

—Cuando estacioné el coche, creí verlo entrar a la casa desde el jardín y a alguien más poco después. Estaba oscureciendo, así que no puedo estar seguro.

—¿Pudiste ver quién era ese alguien más? —Rhianne tuvo cuidado de mantener un tono uniforme. ¿Podría Victor haber visto a la misteriosa persona con la que Albert se reunió cerca del roble?

—No estoy seguro, pero parecía un hombre alto o al menos tan alto como Albert.

—¿Y luego qué hiciste?

—Estuve en el estudio de Don Bellmont hasta que él entró.

—¿Quieres decir que estabas en el estudio cuando encontró el cuerpo? —aclaró Rhianne.

—Sí —dijo Victor—. Estaba muy angustiado y me pidió que buscara el número personal de tu madre. —Rhianne archivó el misterio de cómo Don Bellmont había obtenido el número de su madre junto a “El Triángulo de las Bermudas”. Su madre era *muy* reservada.

—El estudio está cerca de la biblioteca —señaló Kai—. ¿Escuchaste algo?

Victor negó con la cabeza. —Nada. La mansión estaba tranquila esa noche, con Don Bellmont fuera.

—¿Por qué Lucius no acompañó a Don Bellmont? ¿No es él el segundo al mando? —preguntó Kai.

—Eso es correcto. —Victor ajustó el puente de sus gafas, empujándolas firmemente hacia arriba. Su voz se volvió más firme y dejó de mover la rodilla—. Pero evitan asistir juntos a ciertos eventos. Es una forma de seguro.

Rhianne cruzó las piernas y se inclinó hacia adelante. —¿Quieres decir que si uno de ellos es asesinado, aún habría un sucesor para la Casa? —Vaya, ¿no era eso lo que hacían algunas de las casas reales en Europa?

—Exactamente. —Victor asintió—. La Casa tiene prioridad. Solo están juntos cuando hay suficientes medidas de seguridad, y ciertamente no si el evento es organizado por una de las otras casas.

—¿Cómo llegaste a trabajar para Don Bellmont? —preguntó Kai.

Esa era sin duda una buena pregunta, y Rhianne se reprendió por no haberlo pensado primero. Nunca había oído hablar de una bruja trabajando dentro de una casa de vampiros antes. Kai, con su habilidad para descubrir cosas, probablemente tendría la primicia sobre el contrato de trabajo de Victor si se hubiera presentado ante el Consejo.

Y debería estarlo. Los sobrenaturales desconfiaban unos de otros. Cuando una especie trabajaba para otra, las condiciones de empleo tenían que registrarse. Un poco como declarar tus intenciones en una oficina de aduanas sobrenatural. Por supuesto, esta meticulosa burocracia convenientemente se olvidaba de los humanos o híbridos. Se les dejaba navegar solos por las turbias aguas del empleo sobrenatural.

El rostro de Victor se sonrojó con lo que podría haber sido vergüenza o tal vez ira.

—Soy una bruja de nivel medio. Ninguno de los aquelarres me aceptaría, así que mis oportunidades de empleo eran limitadas. —Le lanzó una mirada que decía que no creía que ella pudiera entenderlo y Rhianne se resistió a decirle lo bien que lo entendía—. Soy muy bueno organizando asuntos y mi magia es lo suficientemente útil para pequeños trabajos en la oficina. —Se movió en su asiento, su bebida intacta en su mano—. Hace dos años, me enteré por ahí que Don Bellmont buscaba un secretario y, para mi sorpresa, accedió a entrevistarme. Y aquí estoy.

Kai asintió como si eso coincidiera con su información.

—Gracias, Victor, puedes irte ahora —dijo Rhianne.

Victor parpadeó como si le acabaran de decir que sus multas de biblioteca estaban perdonadas y podía irse. Ajustó sus gafas una vez más, se puso de pie y, con una última mirada hacia atrás, se fue.

—Iré a buscar al Sr. Blackwood ahora —dijo Oscar y lo siguió.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de Oscar, Kai intervino: —Actuó como si esperara que un verdugo se materializara.

Rhianne asintió. —Puede que esté ocultando algo. No sé qué o si es relevante para la investigación. No lo veo como un asesino, sin mencionar que no tendría la fuerza para someter a alguien como Albert. O eso, o sufre de ansiedad. Probablemente ha sido traumatizado y acosado antes.

Más que probablemente. La vida de una bruja de bajo nivel era tan divertida como encontrar una piedra en tu zapato durante una larga caminata. Y era solo un poco mejor para una de nivel medio, dependiendo de sus conexiones y talentos específicos. Rechazados por los aquelarres y vistos con sospecha por los humanos, era difícil para ellos encontrar su lugar en el mundo.

Rhianne pertenecía al aquelarre, a pesar de su magia de bajo nivel. Pero eso era porque su madre era la Gran Bruja y líder del aquelarre. Lo que su madre no sabía era que ella había reprobado deliberadamente la prueba de niveles. A pesar de sus mejores intentos de hacerse pasar por mediocre, aún terminó como nivel 2; su objetivo había sido deslizarse hasta el nivel 1.

La puerta se abrió y Lucius entró a grandes zancadas. Sus llamativos rasgos insinuaban un origen del sur de Asia. Tenía una piel morena clara y cálida que brillaba con un resplandor saludable. Su cabello era de un negro intenso, llevado en una elegante coleta que caía por su espalda. Sus ojos, de un tono marrón oscuro con destellos rojizos, escanearon la sala como si estuvieran catalogando todo.

Vestía una chaqueta Nehru gris carbón hecha a medida sobre un kurta blanco impecable, combinado con pantalones negros ajustados. El conjunto se completaba con zapatos de cuero negro bien pulidos.

Lucius inclinó la cabeza.

—Buenas noches —su voz resonó con una riqueza suave y aterciopelada y el leve rastro de un acento que ella no pudo ubicar.

—Buenas noches, señor Blackwood —dijo Rhianne—. Por favor, tome asiento.

Lucius se sentó en el sillón, los hombros relajados. Se reclinó, cruzando una pierna sobre la otra, como quien se prepara para una conversación informal. Sus codos descansaban en los reposabrazos, con los dedos entrelazados, en un gesto de aplomo natural. Tenía lo que Madame

—la fabulosa diseñadora de vestidos de su madre— llamaría un «je ne sais quoi». Hermoso, sí, pero algo más… ¿gentil?

—¿Qué puede decirnos sobre Albert? —preguntó Rhianne.

La expresión de Lucius no cambió, pero su pie golpeó el suelo.

—Teníamos perspectivas y personalidades diferentes. Albert era una persona muy sociable y podía encantar a casi todo el mundo.

Ahí estaba de nuevo esa palabra: «encantar».

Toto se acercó y olfateó sus piernas. Rhianne observó, esperando a medias que Lucius reaccionara con enojo, pero Lucius bajó la mirada y sus ojos se arrugaron. Sin embargo, no hizo ningún movimiento para acariciarlo.

—Pero a usted no —dijo Rhianne.

Un pequeño tic en la boca de Lucius, quizás el equivalente vampírico de una carcajada, confirmó las sospechas de Rhianne.

—Como dije, éramos muy diferentes. No suscribo a la plena superioridad de la raza vampírica, a la que él estaba tan ansioso por unirse.

Así que Albert también era un poco esnob en cuanto a las especies. Rhianne empezaba a entender por qué alguien podría llegar a sentir un extremo desagrado. Lucius, por otro lado, rezumaba civismo y buenos modales. Era como comparar un arbusto espinoso con un caniche bien arreglado. Este marcado contraste empujó a Rhianne a dejar sus prejuicios en la puerta, o al menos a asegurarse de que se limpiaran los pies primero.

—¿Y en qué más estaban en desacuerdo? —preguntó.

Lucius le ofreció una pequeña sonrisa.

—No tuvimos muchas oportunidades de estar de acuerdo o en desacuerdo en muchas cosas. Nuestras obligaciones hacían que no nos cruzáramos a menudo.

Rhianne respiró hondo. Malditas fueran las habilidades diplomáticas de Lucius.

—Mire, entiendo que el tipo no era el más agradable y que Don Bellmont no se daba cuenta de ello.

Los ojos de Lucius se ensancharon, pero logró controlar su expresión.

—Aun así, necesito saber cómo era. A menos que sea relevante para el asesinato en sí, no tengo intención de revelar los detalles de las entrevistas a Don Bellmont.

—Él esperará una total transparencia —advirtió Lucius.

—Entonces tendrá que ajustar sus expectativas —dijo Rhianne.

Un destello de sorpresa y quizás una pizca de respeto brilló en los ojos de Lucius.

—Ahora, necesito saber cómo se llevaban.

Lucius asintió.

—Por supuesto, estoy aquí para ayudar.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Albert? —preguntó ella.

Él desvió la mirada y luego volvió a enfocarse en Rhianne.

—Lo vi más temprano por la tarde. Estaba en el gimnasio. En cuanto lo vi allí, me fui.

—¿Y dónde estuvo esta noche? —preguntó ella.

—Estuve en mi estudio trabajando desde alrededor de las cinco y media en adelante.

—¿Quiere decir que después de ver a Albert, volvió a su estudio?

—Eso es correcto.

Lucius tenía una complexión delgada y atlética, muy propio del cuerpo de alguien que se esforzaba por mantenerlo.

—¿Cuánto tiempo pasa en el gimnasio? —preguntó ella.

Lucius frunció el ceño.

—Voy allí todas las tardes y entreno durante un par de horas más o menos.

—Entonces, ¿por qué no volvió?

—¿Perdón? —Lucius arqueó las cejas.

—Después de ver a Albert allí y marcharse para evitarlo. ¿Por qué no volvió si eso es lo que suele hacer?

CAPÍTULO 8

El pie de Lucius comenzó a golpetear de nuevo y su mirada se desvió hacia la izquierda antes de volver a centrarse en Rhianne. —Albert podría haber estado allí un par de horas o más y yo me quedé absorto en mi trabajo. Poco después de las seis y media, bajé al patio. Adriana ya estaba allí y practicamos esgrima durante un rato.

—¿Habló con alguien mientras estaba en su estudio? —preguntó ella.

—No.

Rhianne vio el momento en que se dio cuenta de cómo sonaba eso para el caso de asesinato.

—Si lo hubiera querido muerto, lo habría retado a un duelo.

—¿No es un poco injusto retar a un humano a un duelo? —preguntó ella, curiosa sobre el código de honor vampírico del que tanto oía hablar.

—No iba a ser humano por mucho más tiempo —respondió Lucius.

Ah, así que estaba esperando a que Albert se uniera a la élite colmilluda antes de lanzar el guante. Rhianne no podía imaginar que se lanzara un desafío por ofensas menores. Había habido malas vibras entre ellos, más densas y pegajosas que un desacuerdo promedio. Y estaba decidida a descubrir la causa.

—¿Iba a lanzar un desafío entonces?

Lucius tiró de sus puños. —No lo había decidido, no.

No es que no lo fuera a hacer, solo que no lo había decidido.

—¿Oyó o vio algo inusual esta noche? —preguntó ella.

—No.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Kai.

Lucius se volvió para mirarlo y frunció los labios, la señal universal de alguien que no está acostumbrado a ser cuestionado.

—No.

—Si se le ocurre algo relevante, le agradecería que me lo hiciera saber —dijo Rhianne.

Lucius dejó de golpetear con el pie y se encogió de hombros. —Por supuesto.

—Gracias, señor Blackwood. Eso es todo por ahora.

Él asintió y se levantó con la gracia de un bailarín de ballet. Inclinando la cabeza en un gesto que era parte despedida, parte «ocúpese de sus asuntos», salió.

—Oscar, ¿nos darías unos minutos, por favor? —pidió ella.

—Por supuesto, señorita —dijo Oscar y salió de la sala.

—Lucius está ocultando algo —dijo Rhianne.

—¿Crees que él lo asesinó? —preguntó Kai.

Rhianne negó con la cabeza. —Le creo cuando dijo que si lo hubiera querido muerto, habría lanzado un desafío o lo habría hecho una vez que se hubiera convertido. Me parece del tipo de vampiro honorable, el tipo que enviaría una «reserva la fecha» para un duelo. También creo que sabe algo relevante, pero por alguna razón, no lo compartirá. —El peso sobre sus hombros era como una pesada capa de preguntas sin respuesta—. ¡Espera! Las cámaras de la mansión, ¿no nos dirán quién estaba dónde?

Kai dejó escapar un pesado suspiro. —Ya lo comprobé. Las cámaras solo están en los terrenos exteriores y enfocadas en el perímetro del muro, la puerta principal y la verja. Probablemente estén más preocupados por los intrusos que por cualquier incidente dentro de la casa.

Por supuesto que ya lo habría comprobado.

Ella se burló. —Bueno, eso no resultó ser una buena evaluación, ¿verdad? Es como tener una alarma de humo que solo funciona cuando no estás cocinando. —El ceño fruncido de Kai sugería que tendría palabras más fuertes que decir al respecto. Ella tiró de su coleta—. Vamos a terminar esto con Don Bellmont. No creo que vayamos a sacar nada más de nadie esta noche.

El pasillo exterior estaba vacío. ¿Dónde estaba Oscar? Se encogió de hombros y se volvió hacia Kai. —No sé dónde está Oscar, pero no quiero esperar. Estoy segura de que nos encontrará en el estudio de Don Bellmont. —Su estómago gruñó, recordándole las largas horas de interrogatorio y la creciente presión por resolver el asesinato.

Llegaron al estudio y, sin llamar, Rhianne abrió la puerta de golpe. Se detuvo en seco ante la escena que tenía delante. Su madre tenía una mano restrictiva en el pecho de Don Bellmont, su expresión feroz. Don Bellmont, por otro lado, tenía una pequeña sonrisa en los labios, como si la ira de su madre fuera tan divertida como un gatito persiguiendo su propia cola.

—¿Qué está pasando? —Rhianne entró a zancadas.

Su madre dio un paso atrás, con las mejillas sonrojadas. Don Bellmont reemplazó su sonrisa con una máscara de neutralidad que haría envidiar a un campeón de póker.

—Nada —respondió su madre, un poco demasiado rápido.

—Eso no parecía nada…

—He traído mi pizza diavola —dijo una voz jovial detrás de ella. El cocinero entró con una bandeja, y Oscar lo siguió con otra. La sala se llenó inmediatamente con el tentador aroma de queso derretido y orégano.

Rhianne lanzó una mirada de preocupación a su madre, pero su estómago gruñó, y los tentadores olores le hicieron la boca agua. Oscar le entregó un plato con una generosa porción de la pizza, cuyo queso burbujeante y salami picante le guiñaban como viejos amigos. Dio un mordisco y los sabores explotaron en su boca. Don Bellmont también había dado un bocado, sus ojos cerrándose por un momento mientras una sutil sonrisa de satisfacción adornaba sus labios. ¿Era posible que un vampiro experimentara el éxtasis de la comida?

Rhianne se volvió hacia Aldo, que la observaba a ella y a los demás como si esperara su juicio.

—Esa fue, sin duda, la mejor pizza diavola que he probado en mi vida —dijo Rhianne, sus papilas gustativas todavía bailando un tango.

—Es una receta familiar. —Aldo se balanceó en sus zapatos y sonrió.

—Está deliciosa —dijo Kai, su habitual estoicismo desmoronándose bajo el peso de la excelencia culinaria.

Toto se cubrió los ojos con sus patas y negó con la cabeza.

Después de una segunda porción, el hambre de Rhianne finalmente agitó la bandera blanca. La expresión de su madre se había asentado en una de esas miradas de «agradable pero podría volverme helada en cualquier segundo», y Rhianne dudaba que pudiera sacarle algo sobre la tensión anterior.

—¿Ha averiguado algo importante de las entrevistas? —preguntó Don Bellmont.

—Sí —dijo Rhianne, golpeando el pie—. Que todos podrían haberlo hecho, pero algunos tenían motivos más obvios que otros.

—¿Así que aún no tiene un sospechoso específico?

Rhianne hizo un punto de mirar su reloj. —Bueno, han pasado tres horas desde que empecé el caso y, sorprendentemente, aún no he descubierto quién es el culpable. ¡Muérdame! —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Se mantuvo firme y cruzó los brazos.

Para su total sorpresa, Don Bellmont se rió entre dientes. —Es sin duda tu hija —dijo, lanzando una mirada a su madre.

—Mira —dijo Rhianne—. Todavía es muy pronto, *horas* apenas, y hemos interrogado a los sospechosos en un corto periodo de tiempo. No han tenido mucho tiempo para inventarse sus

coartadas, así que lo que hemos averiguado hoy está recién salido del horno. —Sabía que lo que habían descubierto era importante. De alguna manera—. Quiero ir a echar un vistazo a la habitación de Albert y llevarme todos sus dispositivos electrónicos.

—Adelante, por favor. ¿Debería preguntar cuándo informará de sus hallazgos? —dijo Don Bellmont con una sonrisa sardónica.

—Cuando tenga algo que informar.

—Pero antes de los siete días, supongo —preguntó Don Bellmont.

La ira borboteaba en su interior como el caldero de una bruja. ¿Acaso creía que necesitaba recordarle el plazo? —¿Se supone que eso es un incentivo? Porque lo único que está consiguiendo es irritarme y tentarme a informar mediante danza interpretativa. —Entrecerró los ojos mirándolo.

—¿Es eso lo único que le importa, Don Bellmont? —intervino su madre, clavando los ojos en él—. ¿La deuda de sangre? —Su tono era engañosamente suave, pero el aguijón de sus palabras podría rivalizar con un enjambre de abejas.

Don Bellmont parpadeó, alternando su atención entre Rhianne, que ahora se inclinaba hacia adelante con los puños apretados, y su madre, que permanecía de pie con la barbilla alzada. Hizo una reverencia. —Mis más sinceras disculpas —dijo. Sus ojos se detuvieron en su madre; su expresión intensa pero indescifrable. Su madre, impasible bajo su escrutinio, bien podría haber sido de piedra.

—Yo la llevaré a la habitación de Albert —ofreció Oscar, rompiendo la tensión.

—¿Me necesitas, querida? —preguntó su madre, y el corazón de Rhianne dio un vuelco. No podía recordar la última vez que su madre había usado un término cariñoso con ella.

—No, madre. Por favor, vete a casa. —Y en una concesión que la sorprendió, Rhianne añadió—: Te avisaré de cómo me va.

—Esther… —comenzó Don Bellmont.

—Buenas noches, Don Bellmont —dijo ella y, con la barbilla en alto, se marchó. La mirada de Don Bellmont le quemaba la nuca mientras Rhianne le indicaba a Oscar que les guiara.

Oscar los condujo escaleras arriba hasta el tercer piso y, al llegar al rellano, señaló a la izquierda. Rhianne, Kai y Toto le siguieron por el pasillo hasta que llegaron a una habitación en particular. Oscar abrió la puerta.

La habitación era un santuario al ego de Albert. En una de las paredes colgaban retratos enmarcados de Albert en varias etapas de su vida, cada uno más grandioso que el anterior. Un retrato prominente mostraba a un Albert más joven con guantes de boxeo, posando triunfalmente

en un ring. Sus músculos estaban tan pronunciados que Rhianne esperaba que empezaran a flexionarse por sí solos en cualquier momento. Otro retrato mostraba a Albert de pie junto a un conocido político, con las manos entrelazadas. Un gran espejo dominaba otra pared, su elaborado marco dorado era un tributo al mal gusto. Debía de susurrarle dulces halagos sobre su buen aspecto.

El mobiliario era una mezcla de piezas antiguas y modernas. Una gran cama con dosel y ricas cortinas de terciopelo azul profundo ocupaba el centro de la escena. Un tocador estaba repleto de un arsenal de colonias, artículos de aseo y una variedad de cosméticos. Sí, Albert se preocupaba por sí mismo. Mucho.

Cada objeto de la habitación estaba colocado con precisión, sugiriendo la obsesión de Albert por la perfección. Las estanterías presumían de libros clásicos que parecían intactos, más como un testimonio de su "gusto refinado" que de cualquier hábito de lectura real. La habitación tenía un tenue aroma persistente a 1 Million de Paco Rabanne.

Rhianne se acercó a un escritorio de madera tallada ubicado en una de las esquinas de la habitación. La superficie del escritorio estaba pulida hasta brillar —tal vez Albert también lo usaba como espejo— y sus bordes estaban adornados con intrincados grabados. Varios objetos estaban esparcidos sobre el escritorio como si estuvieran en exhibición en un museo.

Un cuaderno de cuero yacía abierto, sus páginas llenas de notas manuscritas meticulosas. La elegante caligrafía cursiva era tan elaborada que parecía tener su propio nombre de fuente. Junto al cuaderno, descansaba un pequeño portátil. Su protector de pantalla mostraba un paisaje montañoso pintoresco.

—A Albert no le gustaba mucho la tecnología, señorita —explicó Oscar mientras ella examinaba la pantalla del portátil—. No como al señor Blackwood.

—Pero tenía un móvil y un portátil. —Rhianne señaló los dispositivos.

—Sí, pero creo que era más que nada para aparentar —dijo Oscar—. Quiero decir, un móvil es esencial hoy en día, pero nunca lo vi usar el portátil, y no lo llevaba consigo a ningún otro lugar.

Kai intervino, confirmando las observaciones de Oscar. —Solo hay un puñado de documentos guardados ahí dentro.

Rhianne cogió el cuaderno encuadernado en cuero mientras Kai alcanzaba el portátil. Suspiró. —Bueno, ya sé lo que estaré haciendo mañana. No es precisamente el tipo de lectura que me mantiene en vilo.

—Revisaré los dispositivos. ¿Sabes si estaba en redes sociales? —Kai le preguntó a Oscar.

—Creo que tenía una cuenta de Instagram que le creó un amigo suyo, pero no sé si la usaba activamente —respondió Oscar—. Como dije, no era un fan. Pensaba que la tecnología era para los débiles y los de mente frágil.

Kai hizo una mueca.

—Déjame adivinar —dijo Rhianne—. Su cuerpo era un templo.

Los ojos de Oscar se agrandaron. —¿Cómo lo supo, señorita?

Rhianne señaló los diversos retratos que mostraban a un Albert sin camisa levantando pesas como si estuviera tratando de salvar al mundo de una escasez de mancuernas. —Es bastante obvio que tenía una opinión muy alta de su destreza física. —Rhianne echó otro vistazo alrededor, pero no vio nada más que pareciera significativo. Para ser minuciosa, revisó los cajones y el armario de Albert, esperando descubrir alguna pista u objetos ocultos. Sin embargo, sus esfuerzos dieron poco más allá de lo esperado. Los cajones contenían una variedad de prendas de ropa caras y dobladas. Camisas de seda, trajes a medida y corbatas de diseñador llenaban los espacios. También tenía una impresionante colección de calzado de cuero italiano.

Toto, que había estado olfateando por la habitación, se sentó a sus pies, lo que significaba que tampoco había encontrado nada de interés.

—Creo que tengo todo lo que necesito por ahora. —Consultó con Kai, quien asintió—. ¿Puedes asegurarte de que la habitación quede cerrada, por favor? Puede que quiera echar otro vistazo y no quiero que nada sea perturbado.

—Por supuesto, señorita —dijo Oscar.

Rhianne comenzó a salir por la puerta cuando Oscar se aclaró la garganta. Ella giró y arqueó una ceja. —¿Sí?

Oscar se movió de un pie a otro, pero luego levantó la cabeza. —La escuché cuando le preguntó al señor Thornhill sobre los nombres de sus amigos. —Su rostro se sonrojó como si se avergonzara de confesar que había estado escuchando a escondidas. Rhianne le hizo un gesto para que continuara—. Soy amigo de uno de ellos y toman copas una vez al mes, con regularidad. Bueno, ese día es mañana y puedo llevarla al pub al que van y presentárselos si quiere.

Rhianne sonrió. Eso era realmente bueno. Una introducción ayudaría mucho a soltar las lenguas. Eso esperaba. —Eso sería genial, Oscar. ¿Dónde nos encontramos?

Los hombros de Oscar se relajaron. —Es uno de esos pubs elegantes de la ciudad. Solo he ido una vez, pero tienen una cerveza de barril excelente. Se llama el Rose.

Rhianne había oído hablar de él, pero nunca había ido.

Kai intervino. —Es el que está cerca de The Rocks en la ciudad. Tienen una fabulosa zona en la azotea y la comida es estupenda. En el último piso hay una piscina infinita con vistas al puerto.

—Vale —dijo Rhianne, imaginándose a los clientes borrachos confundiendo la piscina con un cóctel gigante—. ¿A qué hora?

—Se reúnen a las ocho de la noche, señorita. Si llegamos a las ocho y media, todos deberían estar allí, con ese retraso elegante y todo eso —dijo Oscar con un guiño.

—¡Espera, no podemos decirles que Albert está muerto! —Si no podían decírselo, ¿cómo iban a formular las preguntas? Los amigos de Albert seguramente sospecharían.

Oscar se inclinó y bajó la voz. —Bueno, Don Bellmont ya se ha puesto en contacto con las otras casas, explicando que Albert sufrió un desafortunado accidente y falleció.

Rhianne frunció el ceño, su mente trabajaba a toda velocidad. —Pero si no estamos investigando su asesinato, ¿cuál es nuestra excusa para hacer preguntas?

Oscar se rascó la nuca y luego su rostro se iluminó. —Lo confirmaré con Don Bellmont, pero podemos decir que nos topamos con unos esteroides sospechosos y que quiere rastrear la fuente.

—¿Crees que se lo creerán?

—Oh, absolutamente —dijo Oscar—. Sabían que consumía esteroides. Don Bellmont está totalmente en contra del uso de drogas, así que tendría sentido que quisiera ponerle fin.

Kai intervino: —Podríamos decir que lo hacemos en su memoria.

Tendría que servir. La simplicidad era la clave.

—De acuerdo. Nos vemos entonces —dijo Rhianne con un firme asentimiento.

Oscar los guió escaleras abajo hasta el vestíbulo. Alice estaba allí, pero no había señales de Nel ni de Isobel.

En respuesta a la pregunta no formulada de Rhianne, Alice habló: —Isobel y Nel se fueron con el cuerpo.

Las cejas de Rhianne se alzaron. —¿En el coche de Nel? —La idea de un cuerpo en los prístinos asientos blancos del coche de Nel era tan probable como que un vampiro organizara un brunch al amanecer.

Alice asintió, con una pequeña sonrisa divertida en los labios. —Nel insistió en usar su coche para transportar el cuerpo e Isobel levantó los brazos al aire y se subió al asiento del copiloto. Una vez que doblaron los asientos, había suficiente espacio. ¿Qué sigue? —Se frotó las manos.

—Nos vamos a casa por ahora. Mañana por la noche, Oscar y yo nos reuniremos en el Rose en la ciudad para entrevistar a algunos de los amigos de Albert de las otras casas. —Miró a Kai, quien asintió, su confirmación la envolvió como una brisa fresca en un día caluroso.

—Excelente —dijo Alice. Se volvió hacia Oscar y preguntó—: ¿A qué hora?

Oscar, que había estado bastante callado, se sonrojó.

—Nos reuniremos allí a las ocho y media de la noche —respondió Rhianne por él—. ¿Estás segura de que quieres venir?

La oferta quedó suspendida en el aire. Rhianne no quería imponerse. Eran amigas, por supuesto, pero Rhianne también era la jefa de Alice, y los límites entre lo profesional y lo personal a veces eran tan claros como una mañana londinense con niebla. No quería que Alice se sintiera presionada a unirse por obligación. Las amistades, un desarrollo reciente para Rhianne, eran difíciles de navegar.

—¿Bromeas? Es la mayor emoción que he tenido en mucho tiempo. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Bueno, la mayor emoción que he tenido en la que no me han arrestado, eso sí.

Los ojos de Oscar se agrandaron y se inclinó hacia adelante. —¿Te arrestaron? —Parecía más fascinado que escandalizado.

—Sí. —Alice estudió a Oscar, sus largas y oscuras pestañas enmarcando su mirada—. Es una larga historia —dijo con un gesto casual, pero el brillo en sus ojos traicionaba su indiferencia.

—Me encantaría escucharla.

—Entonces, si tenemos tiempo, te la contaré mañana por la noche. —Alice le guiñó un ojo.

¿Estaba Alice coqueteando? Eso en sí mismo era notable. Rhianne no creía haberla visto interesada en un hombre antes, a pesar de los esfuerzos de su familia por encontrarle pareja. ¡Pero ahí estaba, batiendo sus pestañas a Oscar, un hombre que actualmente estaba en su tarjeta de bingo de sospechosos de asesinato! Para ser justos, Rhianne no creía que él lo hubiera hecho, pero podía estar equivocada. Aun así, Alice podía cuidarse sola y estarían en un lugar público. Argh, estaba demasiado cansada para pensar con claridad.

—Vale, vámonos. Gracias por tu ayuda, Oscar —dijo.

Oscar les hizo un gesto de despedida.

Toto también se despidió; no le gustaba viajar en las “ruidosas máquinas de metal”, como las llamaba. Probablemente se transformaría en águila y llegaría a casa antes que Rhianne.

Kai se ofreció a dejar primero a Alice, lo que hizo de camino a casa de Rhianne. Charlaron sobre los desconcertantes hallazgos de la noche, llenando el coche con sus tonos contemplativos y esporádicos murmullos de incredulidad mientras diseccionaban los giros y vueltas de la investigación del asesinato.

Cuando llegaron, los faros del coche iluminaron sus familiares escaleras. Una vez aparcado, el zumbido del motor se desvaneció, dejando un cómodo silencio. Se giraron el uno hacia el otro y, sin decir palabra, se inclinaron. Sus labios se encontraron en un tierno beso de buenas noches.

Rhianne sonrió a Kai. —Nos vemos mañana.

—Por supuesto, detective. —Su voz era tan cálida como una manta acogedora.

Se quedó allí hasta que ella desapareció en su apartamento.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Rhianne se sentó frente a su portátil y comenzó a escribir las cronologías. Cualquiera de ellos podría haberlo hecho. El dolor de la señora Bennett era crudo y genuino, así que Rhianne la movió al final de la lista. El posible marco de tiempo de Oscar para el asesinato era ajustado, así que quedó en penúltimo lugar.

Después de eso, todo se volvía algo confuso. Adriana podría haber albergado sentimientos por Albert, y el amor a veces llevaba a las personas a cometer actos atroces. En cuanto al cocinero, no había un motivo claro para querer a Albert muerto, pero tenía la ventana de oportunidad más amplia. Victor había estado nervioso e inquieto durante la entrevista, pero dado su constitución delgada, no podría haber sometido a Albert. Esto la dejaba con dos sospechosos principales: Lucius y Seb.

Apostaría a que Lucius era un luchador formidable. Añade la ventaja vampírica y Albert no habría tenido oportunidad. Y no se dejaba engañar por el cuerpo escuálido de adolescente de Seb. Su fuerza y velocidad de vampiro le habrían dado la ventaja.

Rhianne rememoró la cocina. Por suerte, no necesitaba confiar en su memoria. Kai, siendo Kai, había tomado fotos y las había catalogado. Al abrir las imágenes en su portátil, examinó cada una. Algo sobre la escena del crimen la inquietaba. Pasó por las fotos de nuevo y entonces lo comprendió.

La despensa no era espaciosa. El espacio confinado no permitiría mucha maniobra. Si hubiera habido un altercado físico, habría esperado ver frascos rotos, líquidos derramados o estantes abollados. Sin embargo, aparte de unas gotas de sangre, todo parecía intacto.

Rhianne se masajeó la nuca y cerró los ojos por un momento, sumida en sus pensamientos. Los nudillos heridos de Albert eran una pista importante. Isobel había sugerido que podría haberse defendido, pero si eso hubiera ocurrido dentro de la despensa, debería haber más signos de lucha. Esto significaba que la pelea debió haber tenido lugar antes en el día. Pero, ¿había sido con el asesino o con alguien completamente diferente?

Isobel podría decir cuán recientes eran las heridas. Rhianne miró su reloj. Era demasiado temprano para preguntarle a Isobel sobre la autopsia. A Rhianne le gustaba su cabeza donde

estaba, muchas gracias.

Kai había prometido revisar los dispositivos electrónicos esta mañana, así que habían acordado reunirse para almorzar y repasar sus hallazgos. Después, podrían pasar a ver a Isobel. Rhianne traería algunos pasteles para endulzar el trato.

Rhianne pensó en llamar a su madre, pero se contuvo. Honestamente, no tenía grandes novedades que compartir sobre el caso del asesinato. Ellas no tenían *conversaciones*. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Llamarla y decir: "Aún no tengo pistas sobre el caso y, oh, ¿no es este clima frío simplemente espantoso?" Y no es como si pudiera preguntarle a su madre cómo se había metido en una deuda de sangre —lo cual inquietaba a Rhianne— o podría, pero su madre no respondería de todos modos. No tenía sentido. Su madre siempre había sido cautelosa, nunca revelaba demasiado ni se comprometía con nada sin estar absolutamente segura.

Aunque, por otro lado, había tenido una aventura con su padre. Su cerebro aún luchaba por reconciliar la imagen de su padre elfo orgulloso, intenso y honorable con su madre fría y astuta. Era como imaginar a un árbol digno enamorándose de una tormenta feroz.

Al bajar al vivero para revisar las cosas, encontró a Alice ocupada podando algunos arbustos. Había un aroma terroso de hojas recién cortadas, mezclado con las notas dulces y florales de las flores en flor.

—Hola, Alice.

Alice hizo una pausa, con las tijeras de podar a medio corte, y se volvió hacia ella con una cálida sonrisa. Trozos de ramas y hojas se pegaban a su cabello rubio despeinado.

—Hola. —Alice se quitó los guantes—. Anoche fue toda una aventura, pero yo no se lo mencionaría a Carl. Desde el último incidente, se ha vuelto bastante sobreprotector.

¿Era eso como una bruja acusando a un brujo de usar demasiada magia?

—¿Está por aquí? —Rhianne inspeccionó el área pero no lo vio.

—Está en la parte de atrás. Hay una entrega de arenisca y rocas de monte. —Alice se inclinó hacia adelante—. Entonces, ¿alguna teoría sobre quién podría ser el responsable?

Rhianne suspiró. —Lamentablemente, no. Todos tuvieron la oportunidad, aunque Oscar tuvo el menor tiempo para cometer el asesinato.

—Eso es bueno porque el chico no está mal, ¿verdad?

—Sigue siendo un sospechoso de asesinato, Alice. Esto no es "El próximo gran sospechoso de Australia".

Alice se encogió de hombros. —Dije que era agradable a la vista, no que planeara casarme con él. ¿Cuál es tu opinión sobre él, sin embargo?

—Parece una persona decente. Fue bastante servicial y educado.

—Pero, ¿notaste sus hombros? ¡Son tan anchos como los de Carl! ¡Está bien formado! Y esos ojos oscuros de ensueño…

Riendo, Rhianne cedió. —Bueno, ciertamente te notó, diría yo.

—¿Ah, sí? ¿Preguntó por mí?

—No, pero te robó muchas miradas.

Durante el caso de los Parkes, Alice había pasado por mucho. Todavía se estaba recuperando y no había vuelto completamente a su naturaleza despreocupada. Si el coqueteo inofensivo era lo que Alice necesitaba para relajarse y disfrutar, Rhianne estaba feliz de complacerla.

—Bueno, espero que tengas un buen atuendo preparado para esta noche, entonces. Si es que quieres impresionarlo aún más.

Alice arqueó las cejas. —No creo que tengas que preocuparte por mí. El Rose prefiere a los clientes bien vestidos. Tal vez *tú* deberías llamar a Nel.

Rhianne dejó escapar un suspiro exasperado. —Estoy bastante segura de que puedo rebuscar algo adecuado en el tesoro de moda que Nel insiste en llamar mi guardarropa. —Nel tenía una afición por la moda. Se preguntaba si era un rasgo que venía con su naturaleza de íncubo o una peculiaridad única de su personalidad. Con tan pocos íncubos alrededor para comparar notas, era difícil saberlo. Toto había mencionado una vez que originalmente no eran de este lugar. Eso había despertado la curiosidad de Rhianne sobre el propio salto interdimensional de Nel a la Tierra. Había estado pensando en preguntarle sobre su historia de origen: ¿era un cuento de dimensiones separadas por el destino o simplemente un giro equivocado en las encrucijadas cósmicas?

De todos modos, Nel disfrutaba el acto de hacerle regalos, a menudo desesperándose por su típico atuendo de trabajadora de vivero. “¿Vaqueros y camiseta otra vez, princesa?”, se lamentaría. Ahora, con el invierno mordiéndoles los talones, se había puesto una chaqueta con el logo de su empresa, ‘Las Hojas de Té’. El logo era más expresivo que todo su guardarropa. Le gustaba, pero dudaba que ganara alguno de los premios de moda no solicitados de Nel.

—¿Estás segura de que podrás encontrar algo adecuado? —Alice inclinó la cabeza.

—Sí, bueno, dado el astronómico precio de la entrada, creo que me dejarían entrar vistiendo un saco de patatas si tuviera una etiqueta de diseñador.

—Mmm. Si tú lo dices.

—Voy a hacer algo de trabajo en el vivero privado —gruñó Rhianne. Sus plantas, al menos, nunca juzgaban su sentido de la moda o la falta de él.

Mientras cuidaba sus plantas medicinales, Toto apareció en un destello de energía etérea.

—Hola —Rhianne le acarició la cabeza.

Toto se inclinó hacia su mano y luego saltó a uno de los bancos. —He realizado una vigilancia en los terrenos de los Bellmont.

—¿Ah, sí?

—Como sin duda recordarás, tenía algunos hallazgos sin resolver —Toto hizo una pausa para lamerse una pata—. Después de concluir nuestros interrogatorios con los sospechosos relevantes, me tomé la molestia de memorizar los olores de todos, así que volví para otra ronda de identificación.

—¿Alguien te vio? —Un perrito como Toto seguramente llamaría la atención. Ella no había visto otros animales en la propiedad, pero eso no significaba que no los hubiera.

Toto y Rhianne tenían un entendimiento tácito. Para la mayoría de la gente, él era solo un perro, tal vez el familiar de una bruja. Era mucho más que eso, pero Toto seguía siendo tan misterioso como los ingredientes exactos de una poción de bruja. A pesar de sus persistentes intentos por descubrir su verdadera naturaleza, solo había logrado averiguar que era un ser feérico exiliada muy poderosa. En su último caso de asesinato, habían ido al reino de los elfos, y Toto había hecho grandes esfuerzos para evitar a la reina elfa. Eso significaba que Toto y la reina tenían alguna historia y, tarde o temprano, ella descubriría de qué se trataba.

—Fui como águila, sobrevolando para explorar los terrenos. Me aseguré de que no hubiera nadie alrededor. Luego, me volví invisible y fui en busca de un rastro de olor. Desafortunadamente, había algunos perros guardianes patrullando, así que no me quedé mucho tiempo. Había muchos olores, pero pude discernir los recientes —Meneó la cola. Como águila, su sentido del olfato no era mejor que el de ella, pero como perro, era excepcional. Quizás lo mejoraba con un poco de magia, o tal vez simplemente tenía olfato para los problemas.

—Vale, no me tengas en vilo —dijo ella cuando él no se ofreció a dar más información—. ¿Qué encontraste?

A Toto le gustaba crear un sentido de dramatismo.

—Los olores incluían a Albert, por supuesto, Lucius, Adriana y Oscar.

Su corazón se hundió. Habría sido bueno poder eliminarlo de la lista por completo. Estaba desarrollando un punto débil por Oscar y, peor aún, también Alice.

—También pude determinar que no lo mataron en el jardín.

Rhianne sopló un mechón de pelo de su cara. —Eso ya lo sabíamos.

—Sí, en efecto. Pero gracias a mis *extraordinarias* habilidades detectivescas, podemos confirmar que no hubo derramamiento de sangre significativo allí.

Los engranajes en la cabeza de Rhianne empezaron a girar. Si no había sangre en la escena, significaba que el altercado podría no estar relacionado con el asesinato. —¿Nada de sangre en absoluto? ¿Ni de la víctima ni del atacante?

Toto chasqueó la lengua. —¿Por qué asumir que la otra parte era un atacante? Tal vez deberías considerar la posibilidad de que Albert fuera el agresor aquí. Además, es concebible que más de una persona estuviera presente durante la confrontación. Y para responder a tu pregunta, rastros mínimos.

¡Maldición! Toto tenía un buen punto. Era hora de considerar todos los ángulos, incluso los obtusos y agudos. Si Albert era el agresor, entonces significaba que la otra parte se habría estado defendiendo. Adriana o Lucius habrían sometido a Albert, pero si la otra parte era Oscar, habría terminado con moretones. —¿Qué tan rápido sanan los vampiros?

—Depende de la edad del vampiro. Don Bellmont y Lucius no habrían tenido moretones en cuestión de un par de horas, pero Adriana aún llevaría las marcas después de un día o dos —dijo Toto.

Rhianne comenzó a caminar de un lado a otro, concentrando todos sus pensamientos en las posibilidades. —Estamos asumiendo que les habría golpeado en la cara donde podríamos verlo —Estaba haciendo de abogada del diablo, o en este caso, de abogada del asesino.

—La mayoría de los luchadores irán instintivamente a por la cabeza, ya sea un jab o un puñetazo directo. Albert era un boxeador entrenado, ¿no es así?

—Sí, vimos todas las fotos en su habitación y Lucius mencionó que entrenaba al menos un par de horas al día.

—Por supuesto, si pensaba que estaba en peligro, podría haber intentado ir al hígado —añadió Toto.

Rhianne se pasó una mano por el pelo. —Muy bien, supongamos que fue un puñetazo en la cara. Eso debería exculpar a Oscar porque no tenía moretones ni arañazos en la cara.

Toto asintió. —Ni en las manos.

Rhianne giró la cabeza para mirarlo. —¿Te fijaste en sus manos?

Toto arqueó las cejas. —Pues claro. El Dr. Dupre había anunciado que sus nudillos habían sido heridos, por lo tanto, la explicación lógica es que había estado en una pelea, así que estaba observando si había lesiones visibles. Sin embargo, no había anticipado la posibilidad de que Albert fuera el atacante y la otra parte eligiera no participar.

Un dolor de cabeza se estaba formando en la base del cráneo de Rhianne, amenazando con evolucionar a una migraña en toda regla con un toque de angustia existencial. —Lo que nos lleva de vuelta a eliminar a Oscar, a menos que le golpearan en el hígado.

—Si Oscar hubiera recibido un puñetazo en el hígado, habría estado con un dolor insoportable y le habría resultado extremadamente difícil ocultar su malestar. Me estás causando algo de mareo con tu constante ir y venir, niña.

Rhianne se detuvo y sonrió. —Entonces podemos eliminar a Oscar.

—De la pelea, sí.

Su sonrisa se desvaneció. —Aun así, su marco de tiempo es ajustado, así que sigue hacia el final de mi lista —Era peligroso ir con ideas preconcebidas a la investigación, pero también tenía que confiar en sus instintos para guiarla. Siempre que no fueran tan poco fiables como el pronóstico del tiempo.

—Puede que no sea prudente asumir que Albert no golpearía a una mujer, pero tengo la sensación de que el altercado en el jardín, o lo que fuera, involucró a Lucius. Además, Adriana afirmó que no se despertó hasta las seis y media, lo que la excluiría —El hecho de que Lucius hubiera mentido sobre ver a Albert antes inquietaba a Rhianne. ¿Por qué lo negaría? ¿Era culpa o un deseo de proteger a alguien más? Si es así, ¿a quién?

—Sabes —continuó Rhianne—, estamos confiando únicamente en la palabra de Adriana sobre su coartada —La frustración por la multitud de posibilidades estaba pasando factura, y había pasado por alto los fundamentos. Siempre hay que comprobar las coartadas—. Necesito volver a la Casa Bellmont y hablar con los demás.

—¿Qué otros? —preguntó Toto.

—¿Recuerdas cómo la Sra. Bennett mencionó que tienen una criada de cocina y un chico lavaplatos durante el día? Podrían tener información relevante, aunque no se den cuenta. La gente tiende a pasar por alto al personal. ¿No es eso lo que Victor mencionó sobre Albert? Albert no se preocupaba de que Victor escuchara a escondidas. A sus ojos, Victor no contaba. Para ser justos, Don Bellmont probablemente habría tomado la palabra de Albert sin cuestionarla por encima de todos los demás. Quiero tener una conversación con su Señoría sobre Albert. Quiero decir, ¿cuán intencionadamente ignorante podría haber sido?

Toto preguntó en un tono suave: —¿Estás asumiendo que alguien de su edad sería más sabio?

Rhianne se detuvo e inclinó la cabeza. ¿Era eso tristeza en la voz de Toto? Intentó inyectar un toque de humor. —¿No es eso lo que me recuerdas constantemente? ¿Que tú eres viejo y

sabio, y yo no? Aunque debo decir que ocultas muy bien tu edad bajo esa fachada peluda.

En un rápido cambio de humor, Toto sacó pecho. ¿Quizás se había equivocado respecto a la tristeza?

—Bueno, soy excepcional. Pero incluso los mejores podemos caer en la trampa de confiar en la persona equivocada. La edad no te hace inmune al engaño y la arrogancia no se preocupa por cuántos inviernos hayas visto.

CAPÍTULO 10

Toto se había negado rotundamente a responder las preguntas entrometidas de Rhianne sobre su críptico comentario. Era tan misterioso como terco, pero incluso la nuez más dura podía romperse con suficiente presión. Con un asentimiento mental de “desafío aceptado”, estaba preparada para esperar. Tarde o temprano, armaría el rompecabezas del pasado de Toto, aunque fuera pieza por pieza.

Montar en moto en invierno significaba que Rhianne tenía que abrigarse con sus fieles botas gruesas y su chaqueta negra de cuero. Mientras navegaba por las sinuosas carreteras, el factor de enfriamiento por el viento le hacía apreciar aún más su voluminosa ropa.

Su destino era un acogedor café al aire libre en el corazón de la ciudad. El sol invernal de Sídney era como un chef tímido, que ocasionalmente aparecía para servir un plato caliente antes de retirarse de nuevo a la cocina. Hoy, los cielos despejados añadían un toque de calidez al aire frío.

Kai había llegado temprano y ya estaba sentado en una mesa soleada. Llevaba su atuendo típico de vaqueros y una camisa de manga larga, con una chaqueta añadida. Absorto en su portátil como de costumbre, una bebida ya fría reposaba olvidada a su lado.

—Hola, genio alfa —dijo ella, inclinándose para darle un rápido beso en los labios.

—Hola, Rhi. ¿Cómo dormiste anoche? —Kai escrutó su rostro.

—No muy bien —admitió mientras se acomodaba en un asiento junto a él—. Mi cerebro decidió conjurar teorías que sonaban brillantes en la oscuridad pero se volvieron bastante aburridas a la luz del día.

Kai alcanzó su mano, acariciando el dorso con el pulgar.

Una camarera apareció con un cuaderno en la mano y una amplia sonrisa. —¡Hola! ¿No es un día de invierno absolutamente glorioso? Parece que necesitáis un poco de alimento para recargar todo ese intenso poder cerebral. Tenemos nuestros mundialmente famosos sándwiches y porciones de pizza que harán bailar vuestras papilas gustativas. Os recomiendo el sándwich de prosciutto y mozzarella de búfala, o para todos los amantes de las verduras, la pizza de berenjena está para morirse. Y por supuesto, no os olvidéis de dejar espacio para nuestros pasteles. Resulta

que tenemos la tarta de limón más deliciosa —adoptó una pose con la mano sobre su cuaderno como si estuviera entregando la noticia más tentadora del día.

—Bueno —respondió Rhianne, devolviendo la sonrisa—, estoy convencida de que esa tarta de limón merece una prueba, pero empezaré con esa pizza de berenjena y una taza de té negro, por favor.

—Yo tomaré el sándwich —dijo Kai.

—¡Excelentes elecciones! Me aseguraré de guardaros una porción de esa tarta de limón. ¡Esas se agotan rapidísimo! —Chasqueó los dedos, hizo algunas notas rápidas y se alejó.

—Por favor, dime que encontraste algo —la voz de Rhianne estaba llena de una esperanza que ya se preparaba para la decepción. Después de todo, Oscar había dicho que Albert era un poco tecnófobo.

Los labios de Kai se crisparon y Rhianne se inclinó hacia adelante. —¿Lo hiciste?

—Encontré algunas búsquedas interesantes en Google, aparte de "cómo inyectarse esteroides para obtener el máximo beneficio" y "golpes más letales", eso es.

Rhianne le dio un golpecito juguetón en el brazo. —Suéltalo ya. ¡Me estás matando!

—Albert buscó "Relaciones entre vampiros y humanos" —Kai tecleó en su portátil—. También "Cómo clavar una estaca a un vampiro" y "Relaciones tabú de vampiros".

—¿Estáis hablando de vampiros? —La camarera colocó una tetera y un poco de leche frente a Rhianne—. La mejor amiga de mi hermana está saliendo con un vampiro —se abanicó con su cuaderno—. Me enseñó una foto y ¡estaba buenísimo! Perdón por el lenguaje.

Kai descartó la disculpa con un gesto.

—¿Y? —preguntó Rhianne, interesada a pesar de sí misma—. ¿Qué pasó?

—Bueno, al principio no podía parar de hablar de él, ¿sabes? Y déjame decirte, ¡estaba positivamente radiante! Yo estaba súper celosa. Pero luego se volvió reservada y cuando le hacíamos preguntas, se quedaba callada —hizo un gesto de cerrar la boca con cremallera—. Su hermana cree que la dejó plantada o algo así, pero yo no estoy convencida, y cuando mencionasteis eso del tabú, pensé en ella. Es como Romeo y Julieta, ¿no? Tan romántico y trágico. Bueno, quizás no trágico porque ella está bien y todo. Pero ya sabéis, como si no pudieran estar juntos porque los otros vampiros no la aceptarían o algo así. Eso sí, no creo que su familia, no su hermana por supuesto, pero los padres lo aprobarían tampoco —dejó escapar un gran suspiro—. Como dije, ¡tan romántico! Volveré en un momento con vuestra comida —se alejó.

—Interesante —dijo Rhianne.

—¿El romance casi trágico?

Rhianne le dio un golpecito a Kai en el brazo. —¡No, las búsquedas! —Y entonces vio a Kai luchando por contener su sonrisa—. ¡Oh, qué gracioso! —Rhianne hizo una pausa—. ¿Crees que Albert tenía novia?

Kai se frotó la nuca. —Encaja, ¿no? Quería comprobar si aún podían tener una relación después de que él se convirtiera.

—Tal vez. Pero ¿por qué? ¿Iba a romper con ella de antemano? Porque no hay manera de que fuera a renunciar a convertirse en vampiro.

—No, yo tampoco lo creo. Por lo que parece, lo veía como su próximo gran paso. Mucha gente mataría o moriría por ser inmortal.

—Honestamente, hoy estás en plena forma —Rhianne puso los ojos en blanco—. No creo que ese fuera un objetivo mío. Si todos tus amigos y familia son mortales, sería devastador perder a todos una y otra vez —Se estremeció ante la idea y se preguntó si así era como se sentían Nel y Toto. No creía que ninguno de los dos fuera realmente inmortal, pero habían estado por ahí durante siglos al menos—. Supongo que los vampiros pueden ser asesinados, así que eso significa que no son realmente inmortales.

—Pero eso plantea la pregunta, ¿no? ¿Por qué Albert buscaría cómo matar a un vampiro si estaba a punto de convertirse en uno?

Rhianne vertió el té y añadió un poco de leche. —Tal vez quería matar a un vampiro, y si es así, ¿a quién? ¿Lucius, Seb, alguien más? —Dio un sorbo a su té—. O estaba preocupado de que alguien intentara matarlo una vez que se convirtiera en vampiro y quería saber cómo defenderse —Decirlo en voz alta hizo que la idea sonara aún más absurda de lo que había sido en su cabeza.

—Si alguien hubiera querido matarlo, habría sido mejor hacerlo mientras aún era humano. Mucho más fácil —dijo Kai—. Que es exactamente lo que alguien hizo.

—Me parece interesante que lo asesinaran con una estaca. Es como matar a un muerto.

Kai soltó una carcajada. —¿Quién es la graciosa ahora?

—Sí —dijo ella, con una sonrisa en los labios. No había pretendido hacer el juego de palabras—. Continuando. No es el arma más fácil de usar, aparte de la fuerza que se requiere.

—No, tienes razón. En un empalamiento real, tendrías que ser preciso. Si fallaras el corazón, terminarías con un vampiro muy enojado.

Frunció los labios. —Pero en el caso de Albert, podrían haberle dado en el estómago y probablemente también habría muerto, así que ¿por qué el corazón? Quizás haya un simbolismo aquí que estamos pasando por alto.

—O necesitaban hacerlo rápido para evitar ser descubiertos.

—¿Crees que guardan estacas en la casa? —¿Qué tan fácil habría sido para alguien conseguir una y meterla en la casa sin ser detectado?

—Podemos echar un vistazo esta tarde. Estoy seguro de que podrías comprar una estaca en algún lugar, pero requeriría planificación. No es como si estuvieran en el pasillo tres junto al ajo y el agua bendita.

—Y ninguno de nosotros piensa que esto fue planeado.

Kai asintió.

Rhianne comenzó a enumerar con los dedos. —Preguntar a los amigos de Albert esta noche sobre una novia humana, comprobar si hay estacas en la casa y quién tenía acceso, y averiguar más sobre la política en torno a las relaciones vampiro-humano.

Kai tomó un sorbo de su bebida y frunció el ceño. —La información en línea no es fiable. Es un desastre ahí fuera. Tienes entusiastas y detractores de vampiros, cada uno con sus propias… interpretaciones creativas.

—Sería inútil preguntarle a Lucius. Simplemente evitaría responder y Don Bellmont podría hacer lo mismo. Además, no quiero mostrar nuestras cartas revelando la conexión de la novia humana todavía. —¿Sería Toto una buena fuente de conocimiento vampírico?

La camarera llegó con sus platos. —¡Que aprovechen, y volveré más tarde para tomar sus pedidos de postre!

La pizza de berenjena estaba generosamente espolvoreada con queso sobre una base gruesa. El sándwich de Kai era enorme, y Rhianne se sintió aliviada de no haberlo pedido.

—¿Qué tal si le preguntas a tu madre? —preguntó Kai tan pronto como la camarera se fue.

Rhianne casi se atraganta con su bocado de pizza. Kai le dio palmaditas en la espalda hasta que dejó de toser. Bebió un sorbo de su té y una vez que se controló, tomó otro bocado.

—Piénsalo. Ella es la que tiene la deuda de sangre.

Al mencionar la deuda de sangre, la pizza en la boca de Rhianne bien podría haberse convertido en cartón. Su primer instinto fue discutir, impulsada por la vena terca que heredó de la misma madre a la que ahora intentaba ayudar. La idea de acudir a su madre en busca de información se sentía como admitir la derrota en un juego de toda la vida de “¿Quién es la más independiente?”

Pero esto no se trataba solo de orgullo. Se trataba de detener a un asesino y asegurarse de que su madre evitara un destino horrible. ¿Estar bajo el dominio de un vampiro? Eso era un “no” con mayúsculas.

Eso *no* iba a suceder bajo su vigilancia. Ella misma pelearía con Don Bellmont si fuera necesario. El pensamiento la tomó por sorpresa. Rhianne no esperaba ponerse su armadura metafórica en defensa de su madre, pero aquí estaba, lista para justar con un señor vampiro si fuera necesario. La idea era tan absurda que casi la hizo sonreír. Casi. Tomó otro bocado de su pizza, que ahora sabía un poco menos a fatalidad inminente.

—¿Tierra llamando a Rhianne?

Sacudió la cabeza, volviendo a la realidad. —Tienes razón. Debería hablar con ella. Es solo que se siente extraño y va en contra de todos mis instintos hacerlo. Luché muy duro por mi libertad.

—¿Por qué hacerle una pregunta como esa pondría en peligro tu libertad o independencia? —El tono de Kai era neutral.

Y ahí estaba. Había dado en el clavo. No amenazaba su libertad, pero no podía sacudirse el hormigueo en la nuca. —Si terminamos temprano en la casa Bellmont, iré a hablar con ella.

El pastel de limón fue un éxito y Rhianne decidió comprar uno extra para Isobel y un brownie para Nina, la recepcionista. —¿Crees que a Isobel le gustará?

Kai se rio. —Tiene azúcar. Estarás a salvo.

Se aseguró de dejar propina a la camarera, ganándose una gran sonrisa y un alegre "¡Vuelvan pronto!"

Dado el notorio tráfico de la ciudad, Rhianne sugirió que tomaran la motocicleta para ver a Isobel. Con Rhianne al mando y Kai aferrándose por su vida, se deslizaron por las calles de la ciudad. Serpentearon a través del tráfico mientras la constante sinfonía de bocinas de coches sonaba de fondo.

La brisa fresca despeinó sus cabellos mientras pasaban junto a las aguas brillantes del puerto de Sídney y los rascacielos que se alzaban ambiciosamente hacia el cielo.

Luego vino el desafío urbano por excelencia: encontrar un lugar para estacionar. Rhianne divisó un hueco apenas lo suficientemente grande para su moto, anidado entre dos coches que parecían haber sido estacionados lanzando una moneda. Maniobró la motocicleta en el estrecho espacio.

Entraron de la mano a la Morgue.

—¡Hola! —Nina les ofreció una cálida sonrisa.

—Hola Nina, te trajimos un brownie —Kai agitó la bolsa en su mano.

Kai colocó la bolsa en su escritorio, y ella la tomó con deleite, su rostro redondo iluminándose.

—¡Oh, ustedes dos son tan encantadores! Algunos de nuestros otros visitantes ni siquiera dicen buenos días y no me refiero a los familiares.

Rhianne tenía un as bajo la manga, uno que no tenía nada que ver con placas de detective o técnicas de interrogatorio sofisticadas. Sabía de al menos dos detectives de policía desafortunados que habían fallado en encantar a Isobel para su detrimento. Pero Rhianne había descubierto el arma secreta, una que había funcionado maravillas en el caso Parkes. No se trataba de untar manos; se trataba más bien de endulzar el trato, bastante literalmente. El camino al corazón y la experiencia de la Dra. Dupre era a través de su estómago. El dulce.

—La doctora Isobel dijo que no quería que la interrumpieran. Está en la sala de autopsias, pero estoy segura de que eso no se aplica a ustedes dos —les indicó que pasaran con un gesto.

Se dirigieron a las grandes puertas dobles y oyeron el clic que las desbloqueó.

—Giren a la izquierda al final del pasillo, es la tercera puerta —les gritó Nina desde atrás.

Las paredes del lugar lucían un tono verde pálido que hacía mucho había abandonado la lucha por la vivacidad. Estaban marcadas con innumerables rayones y desportilladuras, pareciendo más una libreta de garabatos de un gigante aburrido que otra cosa.

El leve aroma antiséptico flotaba en el aire como un invitado no deseado, persistiendo incómodamente en los rincones. Filas de puertas idénticas bordeaban el pasillo, firmes como soldados que hubieran olvidado por qué estaban allí.

Llamaron a la tercera puerta y el silencio los recibió. Kai abrió la puerta con cautela.

—¡Fuera, estoy trabajando! —gritó Isobel desde dentro.

—¿Dónde quieres que dejemos la tarta de limón? —dijo Kai a la puerta aún entreabierta.

—¿Tarta de limón? ¿Fresca o artificial?

—Fresca y deliciosa.

—¡Entonces entrad!

Kai no esperó más indicaciones y entró con Rhianne pisándole los talones.

Isobel se erguía en medio del caos, su bata blanca de laboratorio ahora lucía una colección de manchas de sangre y diversas sustancias sin nombre que parecían inspiradas en Jackson Pollock. Llevaba el pelo recogido en un moño y sus manos estaban enfundadas en guantes protectores que parecían haber visto de todo. Era la viva imagen de la concentración científica, observando a través de su microscopio.

El cuerpo sin vida de Albert yacía sobre la mesa de autopsias, con una pulcra sutura en forma de Y en el torso. La fría e impersonal iluminación de la sala proyectaba un resplandor pálido sobre él, acentuando la quietud de la muerte.

Isobel levantó la mirada, reina de su dominio. —Dejad la tarta de limón en el banco de allí —dijo y volvió a su trabajo. Después de unos minutos de silencio, Isobel garabateó algunas notas —. Dejadme que me lave y volvamos a mi despacho —Se deshizo de los guantes tirándolos a una papelera y la bata de laboratorio a un conducto. Rhianne no envidiaba a quien se encargara de la lavandería de este lugar.

Con las manos lavadas con la minuciosidad de un cirujano, Isobel se volvió hacia ellos con una sonrisa. —Ojalá vinierais más a menudo, vosotros dos.

Era el tipo de comentario que te hacía dudar si eras un invitado o un repartidor de comida.

De vuelta a su abarrotado despacho, realizaron el ritual de despejar las sillas, desplazando suficiente papel como para justificar su propio sistema de archivo. Se sentaron, conteniendo la respiración colectivamente mientras Isobel daba el primer bocado a la tarta de limón.

—Tenéis razón, esta es la mejor tarta de limón que he probado en mucho tiempo y no es de la Rueben.

Rueben’s era una famosa pastelería cercana. Isobel estaba obsesionada con sus croissants de almendra.

Otro bocado e Isobel se reclinó, cerrando los ojos en un momento de nirvana inducido por la tarta. —¿Queréis las buenas noticias o las malas?

CAPÍTULO 11

Rhianne arqueó una ceja. —Empecemos con las malas noticias —contuvo su impaciencia. Sabía que era mejor no presionar a Isobel.

—Las malas noticias —comenzó Isobel— son que no había fibras de tela en sus nudillos, y tampoco pude detectar sangre de nadie más. Debió haberse lavado las manos después de la pelea. La mayoría de la gente no se lava bien las manos; digo, ¿has visto los recordatorios en los baños públicos? En fin, esperaba encontrar al menos algunas fibras. Si golpeó a alguien, probablemente fue en la cara y no en otra parte del cuerpo. Por supuesto, esto asume que la otra persona estaba vestida, pero considerando que la pelea ocurrió al aire libre en invierno, es una suposición razonable.

—¿Los vampiros sienten frío? —preguntó Rhianne.

Isobel se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes. —No son completamente inmunes, pero tienen una alta tolerancia. Todo está en su fisiología, ¿sabes? Tienen esta fascinante mezcla de órganos muertos y vivos trabajando juntos. Aunque tienen corazón, creo que funciona de manera diferente, con un ritmo y una acción de bombeo únicos. Siempre he querido estudiar uno de cerca, pero el problema es que a menudo se convierten en cenizas después de morir.

Isobel puso los ojos en blanco como si estuviera ofendida por la dramática salida mortal, aunque probablemente tenía más que ver con el inconveniente para su investigación. —Y los vivos se niegan a someterse a exámenes médicos por parte de cualquiera que no sea de su propia especie.

¡Ja! Eso sonaba como si hubiera intentado examinarlos antes. Muy valiente de su parte.

—¡Espera! —dijo Rhianne—. ¿Cómo sabes que la pelea fue afuera?

—Había césped bastante fresco en la suela de sus zapatos, pero principalmente había trozos de césped en su mano cortada. Mi suposición es que después de un dramático episodio de puñetazos con una persona o vampiro, lo empujaron y dio un inesperado paseo por la flora local. También encontré trozos de césped en la parte trasera de sus pantalones —Isobel tomó un bocado del pastel de limón.

—Empujarlo refuerza el hecho de que la otra persona era un vampiro —dijo Kai—. Albert era demasiado corpulento para que otro humano lo empujara hacia atrás.

—También habla de contención —agregó Isobel—. Un vampiro le habría roto los huesos si hubiera usado toda su fuerza. La otra posibilidad es que alguien, no un vampiro, le haya barrido las piernas a Albert.

Rhianne negó con la cabeza. —Eso es más difícil de lo que parece, y un luchador entrenado como Albert habría esperado tal movimiento y se habría preparado para ello.

—Un empujón entonces —dijo Isobel.

—Bueno, eso no fue tan malo —dijo Rhianne—. Al menos tenemos confirmación de que la pelea tuvo lugar afuera, probablemente con Lucius.

Isobel inclinó la cabeza. —¿Sabes de qué se trataba la confrontación?

—Ni idea, pero parece que el agresor fue Albert, así que tal vez Lucius lo provocó.

—¿Con qué fin? —preguntó Isobel.

—Buena pregunta —Rhianne se tiró del pelo—. Él no nos dirá que hubo siquiera una confrontación, mucho menos de qué se trataba. Francamente, no tiene mucho sentido. Lucius es como un monje zen con colmillos, así que eso encaja con el lado de la contención de tus hallazgos. Mi teoría es que Albert podría haber sido un psicópata encantador, y Lucius amenazó con exponerlo ante Don Bellmont.

—¡Ja! Como si fuera posible —dijo Isobel—. Los matones como Albert son como el teflón, nada se les pega. Estoy segura de que tenía a Don Bellmont comiendo de su mano. El hecho de que Don Bellmont aceptara convertir a Albert en vampiro es significativo.

—¿Y si Lucius tuviera pruebas irrefutables de las fechorías de Albert? —dijo Kai.

—Si las tuviera, ¿por qué no nos lo cuenta? —Rhianne frunció los labios.

—¿Para qué remover el avispero ahora? —dijo Kai—. Albert está fuera del juego y exponer lo que sea podría no servir de nada.

—Tal vez —Rhianne se mordió el labio. Su teoría se sentía débil—. La otra posibilidad es que Lucius supiera quién era la misteriosa novia humana y estuviera usando eso como palanca para chantajear. ¿Sabes si hay algún tabú sobre vampiros saliendo con humanos?

Isobel era una especie de enigmática potencia. Nadie sabía lo que era y ella no lo decía. Probablemente también era longeva, lo que significaba conocimiento. Y si ella tenía la respuesta, Rhianne no tendría que ir a hablar con su madre.

—Los vampiros son notorios por su secretismo y reticencia a compartir —Isobel negó con la cabeza—. Además, no es el tipo de tema que me interese.

—No le darías una oportunidad a un vampiro, ¿eh? —preguntó Rhianne, dejándose llevar por su curiosidad. Era un raro vistazo a la vida personal de Isobel.

—Son demasiado serios y pomposos para su propio bien —Isobel resopló—. Además, estoy demasiado ocupada para citas. Ya lo he vivido, lo he hecho, conseguí la inmortalidad. Ya lo superé —hizo una pausa—. Por supuesto, eso es porque soy vieja y estoy hastiada. Vosotros dos, jóvenes, deberíais seguir adelante y disfrutar de todo ese drama romántico.

Isobel se había equivocado con eso de la inmortalidad. Interesante.

—¿Quieres las buenas noticias? —preguntó Isobel.

Rhianne podía reconocer un cambio de tema cuando se lo ponían enfrente. —Sí, veamos qué tienes.

—No lo llamaría necesariamente 'buenas noticias', más bien 'noticias fascinantes' —sus ojos brillaron.

—¿Qué es? —A pesar de la aclaración de Isobel, las esperanzas de Rhianne aumentaron.

—Albert no fue asesinado con una estaca en el corazón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rhianne—. Vimos la estaca, y estoy bastante segura de que atravesaba su corazón.

—Oh, sí, interesante eso. Pero esa estaca fue clavada en su corazón después de que ya estaba muerto —Isobel lucía una sonrisa triunfante.

—Entonces, ¿qué lo mató? —preguntó Kai.

—Un cuchillo, también directo al corazón. Lo habría pasado por alto si la estaca hubiera sido igual de precisa, pero no lo fue y encontré las diferentes marcas —Isobel prácticamente bailaba de emoción.

Rhianne sonrió. —Trabajo impresionante, Dra. Dupre. ¡Eres una genio total!

—Lo sé, ¿verdad? ¿Deberíamos informar a mi jefe? Mejor aún, ponerlo por escrito… Pensándolo bien, si no lo ha descubierto hasta ahora, no merece que se lo digamos.

—¿Qué tipo de cuchillo era? —preguntó Kai.

—Un cuchillo largo y afilado, de unos cuatro centímetros de ancho y veinte de largo. Si tuviera que aventurar una suposición, y ojo, esto es puramente hipotético —dijo Isobel—, diría que se parece a un cuchillo de chef. Bastante distinto de una estaca tosca, que sí causó un daño considerable. Además, como fue post mortem, el impacto en el tejido es diferente.

—Un cuchillo de cocina —repitió Rhianne.

Esto cambiaba las cosas.

—Aldo Rossi no tiene mucha coartada, ¿verdad? —reflexionó Rhianne en voz alta—. Aunque, considerando que el asesinato ocurrió en la cocina, cualquiera podría haber cogido uno. Parece más un crimen de oportunidad que un acto premeditado.

—Y luego, después de darse cuenta de lo que habían hecho, decidieron encubrir sus huellas clavándole una estaca en el corazón y trasladando el cuerpo —dijo Kai—. Entiendo lo de la estaca en el corazón. Es bastante astuto. Quizás diseñado para desviar la culpa hacia intrusos. Pero, ¿mover el cuerpo?

—No solo eso pone en duda la teoría del intruso —intervino Rhianne—, sino que tampoco tiene sentido. Habría aumentado las posibilidades de ser atrapado. ¿Qué había en la cocina que pudiera contener pistas potenciales?

—Bueno, el cuchillo de cocina, para empezar. Es posible que quisieran deshacerse del arma por completo —dijo Kai.

—O pensaron que el arma y la escena del crimen conducirían directamente al perpetrador —Rhianne caminaba de un lado a otro—. Y eso apunta un dedo sospechoso hacia los cocineros, la señora Bennett y Aldo Rossi.

Y, sin embargo, ninguno de ellos era un buen culpable. Simplemente no eran lo suficientemente fuertes. Claro, los cocineros necesitaban algo de músculo, con eso de lidiar con pavos para meterlos en el horno y amasar pan. Pero trinchar un cordero y arrastrar un cuerpo de ciento veinte kilos eran tan diferentes como tejer y hacer pulsos.

Luego estaba el irritante problema de la falta de motivo. Sin una buena razón para cometer el acto, acusarlos sería como culpar a tu perro de comerse tu tarea cuando ni siquiera tienes un perro.

—Volvemos al dilema original —dijo Kai, haciéndose eco de sus pensamientos—. Aún necesitarías ser lo suficientemente fuerte y rápido para apuñalar a Albert. Los cocineros podrían haber sido lo suficientemente fuertes para manejar el cuchillo, pero clavar la estaca habría sido bastante difícil.

—El cuchillo habría sido más fácil —Isobel dio otro bocado a la tarta de limón.

—Sin embargo, también tenían que ser lo suficientemente fuertes para mover el cuerpo, a menos que alguien les ayudara a moverlo. Tenemos a algunos de ellos que se dan coartada mutuamente.

—¿Estás sugiriendo que dos de ellos podrían estar involucrados? —preguntó Kai.

—Es una posibilidad. Los que tienen coartadas compartidas incluyen a Adriana y Lucius. En realidad, ¡olvida eso! Todos pasaron algún tiempo juntos. Podría ser casi cualquier combinación

—Rhianne dejó escapar un suspiro exasperado—. De hecho, si uno de los vampiros estuviera involucrado, podría haber transportado a Albert arriba a la sala sin problema. Entre los humanos, solo Oscar tiene la fuerza para intentarlo, pero dudo que pudiera haberlo hecho solo. Supongo que el cocinero y Victor podrían haberle ayudado.

Kai negó con la cabeza. —No creo que Victor pudiera. El cocinero… Es posible.

Rhianne asintió. Lo más pesado que Victor probablemente levantaría sería una pila de libros de tapa dura. —Entonces, lo que estamos diciendo es que nuestro sospechoso es muy probablemente un vampiro y él o ella —incluyó a Adriana porque podría haber mentido sobre la hora a la que se despertó—, puede haber recibido ayuda de otro vampiro o de uno de los empleados.

—Y si esa ayuda requería algo de músculo, entonces Oscar —señaló Kai.

Rhianne frunció el ceño. No quería estar de acuerdo, maldita sea. —Por mucho que me duela admitirlo, tienes razón. Dos de ellos habrían hecho la tarea de mover el cuerpo mucho menos incómoda. Albert era un tipo grande; arrastrarlo probablemente era como intentar maniobrar un refrigerador a través de un laberinto de setos. ¿Y una persona cargándolo por las esquinas y subiendo las escaleras? Eso es un entrenamiento para el que ninguna clase de gimnasio te podría preparar —Miró al techo por un momento—. Deben haber usado algunas sábanas o toallas para evitar que se derramara sangre por el camino. Toto olisqueó bien alrededor y no detectó nada. La única otra sangre que encontramos fue cerca de la ventana, lo cual es extraño porque esperarías un poco de rastro.

Isobel recogió las migas restantes del pastel y se las metió en la boca. Miró la bolsa como si pudiera conjurar otro. Tal vez podría. —Y esa sangre cerca de la ventana era de la víctima. Le daré otra búsqueda exhaustiva a la ropa de Albert. El examen inicial no reveló ninguna fibra inusual.

Kai tecleó en su teléfono y mostró una imagen de los planos de la casa. —Deberíamos preguntar sobre la posibilidad de pasadizos secretos.

—¡Gran idea! Eso podría explicar cómo movieron el cuerpo sin que nadie lo notara.

Rhianne tendría que preguntarle a Don Bellmont. Lucius también podría saberlo, pero dudaba que se lo dijera, especialmente si él era el asesino. —Esta situación se siente como una de esas novelas de misterio de ‘habitación cerrada’ donde el cuerpo es descubierto en una habitación cerrada desde dentro.

—Mi favorita es el ‘Orient Express’.

¿Eh? Rhianne no habría imaginado a Isobel como lectora de ficción. Esto solo demostraba que el viejo dicho tenía razón: 'Cuando asumes, te haces un imbécil'. Y aquí estaba Rhianne, haciendo suposiciones.

—Si vuelves a la casa Bellmont, ve si puedes encontrar el arma homicida. Sería bueno estudiarla.

—Lo haré —Rhianne sospechaba que las posibilidades de encontrar el cuchillo eran escasas a estas alturas.

Rhianne y Kai se dirigieron hacia la puerta.

—Oh, casi se me olvida mencionar —les llamó Isobel—. El cuchillo fue clavado hacia arriba en su corazón, no hacia abajo. Una vez que encuentres el cuchillo, lo sabré con seguridad.

Rhianne se volvió, con la boca abierta. —¿Oh?

—No te hagas muchas ilusiones. Apuñalar a través de la caja torácica sería bastante difícil. Así que podría significar que la persona se acercó y clavó hacia arriba, o…

—Que la persona que lo apuñaló era más baja que él —dijo Rhianne.

Salieron del edificio, despidiéndose de Nina con un gesto antes de salir a la calle. —Creo que la única persona más alta que Albert era Lucius —dijo Rhianne cuando llegaron a su motocicleta.

—Y aun así, no podemos descartarlo —Kai aseguró su casco—. Tal vez estaba ocultando el cuchillo para sorprender a Albert, como sugirió Isobel.

Rhianne se puso su propio casco. —Pero no puedo imaginarlo recurriendo a tácticas sucias. Lo percibiría como deshonroso. ¡Es exasperante! ¡Es simultáneamente el sospechoso más probable y el menos probable!

Se acomodó en la moto y los brazos de Kai la rodearon. Encendiendo el motor, arrancó. Dejando a Kai en el lugar donde había aparcado su coche, se dirigió hacia la casa de los Bellmont. Kai tenía que asistir a una visita corporativa para su negocio, y Rhianne insistió en que fuera. Él tenía un próspero negocio centrado en la investigación de delitos cibernéticos y financieros, pero siempre priorizaba las investigaciones de ella. En cualquier caso, iba a recogerla más tarde en la noche para encontrarse con los amigos de Albert en el Rose.

Cuando Rhianne se acercó a las imponentes puertas, estas se abrieron. Debería haberle pedido a Toto que la acompañara en este viaje. No es que no fuera capaz de defenderse sola, pero sus sentidos extra agudos podían ser muy útiles. Además, tenía que admitir que se sentía más segura con él cerca. Había visto chispas de magia en él que sugerían que podía ser un pequeño guerrero peludo bastante competente cuando las cosas se ponían difíciles. Él se consideraba su

guardián, lo cual era entrañable y un poco irritante. Después de todo, ella era una adulta, como les recordaba frecuentemente a él y a su sobreprotector padre.

Al aparcar frente a la casa, no pudo sacudirse la espeluznante vibra que emitía. El sol de media tarde difícilmente era amigable para los vampiros, pero ¿quién sabe? Tal vez Don Bellmont era capaz de soportarlo. Lo añadió a su creciente lista de preguntas para su madre.

Oscar salió de la casa con una amplia sonrisa en su rostro, y Rhianne desmontó su motocicleta para saludarlo con un apretón de manos.

—Hola, Oscar. Lamento no haberte avisado de mi visita.

Una pequeña mentira piadosa. No había querido que se prepararan para su llegada o arreglaran las cosas. Aun así, deberían haber esperado su regreso para reexaminar la escena del crimen.

—Siempre es bienvenida, señorita. Y no solo porque Don Bellmont dijo que le diéramos lo que necesitara. —Oscar le estrechó la mano con la delicadeza de un gigante tratando de manejar una taza de té. Dada su corpulencia general, convertir su mano en un panqueque era una posibilidad real.

—¿Espero no haberte despertado?

—Oh no, está bien, señorita. Me quedo despierto hasta alrededor de las dos de la mañana, pero Don Bellmont prefiere que estemos funcionales durante el día para asegurarnos de tener cobertura las veinticuatro horas en la casa. Me levanto a las nueve de la mañana, fresco como una lechuga. Pero también tenemos otros guardias de seguridad humanos desde el amanecer hasta las cinco de la tarde.

—¿Podría hablar también con el personal de seguridad que estaba de servicio el día del asesinato?

Subieron los escalones y entraron en la casa. Mientras se adentraban en el bien iluminado vestíbulo, se sintió aliviada al escuchar voces. No iba a admitir cuánto prefería la compañía humana al eco vacío de una casa llena de vampiros. Al menos no habría vampiros despiertos aún para escuchar a escondidas su suspiro de alivio.

—Por supuesto. No están aquí hoy, pero puedo proporcionarle sus nombres y números de teléfono. A todos se les ha instruido para que le ayuden con cualquier información que necesite.

—¿Son parte del personal de la casa o de una empresa externa?

Oscar resopló. —Don Bellmont nunca permitiría que alguien que no sea de la casa proporcione seguridad para la misma. ¿Forasteros? Ni hablar. No viven con nosotros, pero residen cerca en un edificio de apartamentos que Don Bellmont compró.

Eso la sorprendió. ¿Cuántas personas estaban en la nómina? Sacudió la cabeza, no era relevante. —Pero solo diez viven aquí. ¿Albert interactuaba mucho con los que no vivían aquí?

—No realmente, señorita. Aparte de darles órdenes o criticarlos si no creía que estaban haciendo un trabajo lo suficientemente bueno, pero eso era todo.

—Porque Albert los veía como inferiores —dijo Rhianne.

—Albert era justo con todos —resonó una voz profunda desde lo alto de las escaleras.

Don Bellmont descendió.

CAPÍTULO 12

Rhianne giró para enfrentar a Don Bellmont, cuya expresión era tan indescifrable como jeroglíficos antiguos.

Con un aire calculado de indiferencia, se encogió de hombros. —Estoy formando mi propia opinión sobre el carácter de Albert.

—¿Alguien ha sugerido que no fuera justo? —desafió Don Bellmont.

—Necesito que la gente responda a mis preguntas libremente, así que no responderé a eso. —Su ritmo cardíaco se disparó. Él podría haberlo detectado, pero de todos modos mantuvo su cara de póker.

Don Bellmont llegó al pie de las escaleras y avanzó hacia ellos. Se movía con una gracia fluida que le recordaba a Rhianne a una pantera, cada paso calculado y silencioso. —Tomaré eso como una confirmación tácita.

Rhianne no iba a confirmar ni negar. Además, hacer una pausa antes de responder la hacía parecer dura —esperaba— incluso si era para recuperar el aliento y calmar su corazón palpitante. —No me di cuenta de que estaría despierto tan temprano. ¿Es así para todos los vampiros de la casa? —Ella era la que hacía las preguntas, maldita sea.

Don Bellmont sostuvo su mirada pero inclinó la cabeza como si magnánimamente le permitiera cambiar de tema. A su lado, Oscar exhaló.

Se sintió tranquilizada al ver que los ojos de Don Bellmont no eran carmesí hoy, sino más bien de un marrón claro. ¿Significaba eso que no estaba enojado?

—Soy el único lo suficientemente viejo. Varía con la edad, por supuesto. Lucius se levanta alrededor de las cinco. Los demás no estarán despiertos antes de las seis.

—¿Y Adriana? —La vampira había mencionado no levantarse hasta mucho más tarde. ¿Había mentido?

Don Bellmont negó con la cabeza. —Adriana es un bebé según los estándares vampíricos. Puede que no lo admita, pero le cuesta despertarse antes de las seis y media o las siete.

—Gracias por aclararlo. —Tomó una respiración profunda y estabilizadora. Se había desconcertado por su presencia inesperada. No solo el sol aún estaba alto, sino que había

asumido que si estaba despierto, estaría encerrado en su estudio haciendo lo que sea que hicieran los vampiros. Ahora, necesitaba reunir su ingenio y dejar de lado el miedo. —Me alegro de que esté aquí ahora. —Eso era estirar la verdad un poco. Bueno, mucho. —¿Hay pasadizos secretos en la casa?

—Ya veo. Por favor, sígame. —Con eso, dio media vuelta. Rhianne lo siguió, pero Oscar se quedó atrás. Ella le gritó por encima del hombro: —Te buscaré cuando termine.

Don Bellmont se detuvo frente a su estudio y abrió la puerta, haciéndole un gesto para que pasara primero. Tan pronto como entraron, se dirigió al carrito de bebidas. —¿Puedo ofrecerle algo?

Rhianne no sabía qué pensar de esta nueva versión de anfitrión amable de Don Bellmont. —Gracias, pero es demasiado temprano para mí. Soy más bien una chica del té.

—Como su madre. —Se sirvió un whisky. La boca de Rhianne se abrió de par en par y fue una suerte que al servir su whisky, Don Bellmont se perdiera su reacción. Era cierto que su madre prefería el té, pero no mucha gente era consciente de ese hecho. Su madre era bastante hábil para mezclarse con la buena sociedad, lo que a menudo implicaba beber el último pinot gris. La evidencia de este conocimiento personal hizo que se le erizara el vello de la nuca.

¿También sabía sobre el alijo secreto de chocolate de su madre —Rhianne había encontrado todos los escondites para su undécimo cumpleaños— o su afición por las interpretaciones de medianoche de clásicos de la ópera? ¿Qué más *sabía*?

Se acomodó en uno de los sillones, haciéndole un gesto para que hiciera lo mismo. Rhianne eligió una silla con respaldo abotonado. —¿Pasadizos secretos? —le recordó.

—Debo empezar disculpándome por mi comportamiento de ayer. Estaba angustiado, y sinceramente espero no haberles causado a usted o a Esther ninguna angustia indebida.

Rhianne se abstuvo de decir que su madre probablemente lidiaba con cosas mucho peores sin pestañear. En su lugar, inclinó la cabeza en aceptación de la disculpa inesperada. Una parte de ella, sin embargo, permaneció cautelosa y alerta. No iba a confiar en un vampiro centenario que podría considerarla un aperitivo potencial.

—Efectivamente hay pasadizos secretos en la casa. —Hizo girar su bebida. —Sin embargo, no recorren toda la casa y no hay conexión con la cocina.

—Pero hay uno que lleva a la biblioteca. —Si no hubiera conexión con la biblioteca, lo habría mencionado. Don Bellmont era muy preciso con su lenguaje.

—Sí, va a la biblioteca.

Rhianne esperó mientras él bebía. Se tomó su tiempo. Tal vez la estaba probando para ver hasta dónde llegaba su paciencia. Ella no se inquietó, las lecciones de su madre resultaron útiles. Si alguna vez superaba todo el "maniobrar político y la falta de habilidades maternales", Rhianne podría aprender a apreciar su entrenamiento.

El reloj en la pared marcaba el paso de los minutos con un constante tic-tac mientras su bebida disminuía, sorbo a sorbo pensativo. —Supongo que quiere saber a dónde conduce.

Rhianne le dedicó una sonrisa completa, como si acabara de lograr algo increíblemente inteligente. Estaba destinado a ser sarcasmo, y por el leve tic de su boca, lo captó. Interesante. Era… refrescante después de lidiar con todo el "no entiendo el sarcasmo" en el reino élfico. El sarcasmo y la ironía requerían esfuerzo e ingenio agudo, y era divertido tener una audiencia perspicaz.

—Se parece a su madre en muchos aspectos, pero también es diferente. —Inclinó la cabeza. —Aguda como una tachuela, usando las palabras como armas e imparable.

—¿Y en qué aspectos soy diferente? —Rhianne se arrepintió de las palabras en cuanto salieron de su boca. En primer lugar, no le importaba lo que él pensara. En segundo lugar, no tenía absolutamente ningún interés en explorar similitudes con su madre. Pero no retiró sus palabras y una vez más se encontró esperando.

—Es más transparente. Esther es… difícil de leer. Usted lleva sus emociones en la manga y no duda en emplearlas para lograr sus objetivos.

—¿Está diciendo que mi madre está emocionalmente atrofiada? —Alzó una ceja. Podría ser cierto, pero no iba a ponerse del lado de un perfecto extraño en contra de su madre.

Aparecieron arrugas en las comisuras de sus ojos. —Nunca lo expresaría así. —Intentó ocultar su reacción divertida detrás de un sorbo de whisky.

Se encogió de hombros, un gesto que podía significar cualquier cosa desde «Estoy levemente interesada» hasta «Me importa un bledo». —Entonces, ¿qué palabras usarías tú? —Él había empezado. Ella sentía curiosidad por ver adónde iba esto. No había forma de que alguien como Don Bellmont perdiera el tiempo en charlas triviales.

—Diría que tiene miedo de exponerse, quizás temiendo la posibilidad de formar conexiones significativas.

Rhianne se dio cuenta de que debería haber aceptado esa bebida. Le habría dado algo que hacer con las manos en lugar de intentar parecer casual mientras se aferraba a los reposabrazos. Y un momento para ordenar sus pensamientos en lugar de lidiar con las emociones que sus palabras habían despertado.

¿Su madre, asustada? Su primera reacción fue burlarse, dejar escapar una risa tan afilada que podría cortar papel. Sin embargo, una pequeña parte insistente de ella pensó que podría tener razón.

Este no era el momento ni el lugar para desempacar esa pequeña bomba. No, necesitaría su propio carrito de bebidas, un sillón cómodo y posiblemente un terapeuta en marcación rápida para esa sesión.

—Te aconsejaría que no compartieras eso con mi madre. Si es que aprecias tu cabeza, claro.

Don Bellmont se rio y Rhianne se quedó momentáneamente sin palabras.

—Lo hago —dijo con una expresión irónica—, como tú tan elocuentemente lo has expresado, «aprecio mi cabeza», así que seguiré tu consejo.

Sus hombros se relajaron. —Excelente. Ahora, ¿pasajes secretos?

—Ah, sí, por supuesto —dijo como si no hubiera dicho nada extraño que insinuara un conocimiento íntimo de su madre. Rhianne estaba feliz de seguir con la farsa.

Dejó su bebida en una mesa auxiliar cercana y se levantó de su asiento, dirigiéndose a una de las estanterías. Sacando un libro, insertó su mano en el hueco. Toda la estantería se movió, revelando un espacio oculto. —¿Vamos?

¿Entrar en un pasaje secreto oscuro con un vampiro? Sí, eso sonaba como una jugada inteligente… en una película de terror. Había visto suficientes de esas para predecir el resultado. Sin embargo, considerando que ella era quien había pedido información sobre los pasajes, negarse ahora sería descortés. Se consoló con el pensamiento de que si Don Bellmont pretendía hacerle daño, ya había tenido muchas oportunidades. Reuniendo todo el coraje que pudo, se levantó y se aventuró en el espacio.

Se encontró en un corredor tenuemente iluminado bajo el suave resplandor de luces eléctricas. Vaya, ¿dónde estaba la luz parpadeante de las velas, las dramáticas telarañas colgando de las paredes como decoraciones de Halloween descuidadas? En su lugar, elegantes paneles de madera revestían el corredor, mostrando una elegancia y encanto que pertenecían más a un spa de lujo que a una casa de vampiros.

El corredor serpenteaba y giraba, llevándolos hacia arriba en un patrón espiral. Después del recorrido en zigzag, llegaron a una pesada puerta de madera. Don Bellmont la empujó, revelando la biblioteca. Durante el camino, Rhianne había estado buscando gotas de sangre, pero la luz no era muy brillante, así que podría habérselas perdido. Entonces recordó con quién estaba. —Si hubiera habido algo de sangre allí, ¿habrías…? —Rhianne hizo una pausa. ¿Olido? ¿Detectado?

Don Bellmont la salvó de su vaguedad. —No había sangre allí.

—Claro, bueno saberlo. Gracias.

Fue hacia donde se había encontrado el cuerpo. La sangre había manchado la costosa alfombra, y se arrodilló para inspeccionarla. No estaba completamente segura de qué estaba buscando, pero a la luz del día y sin la presencia de un cuerpo, la pequeña mancha marrón confirmaba que el asesinato no había ocurrido aquí.

Don Bellmont se agachó junto a ella y resistió el impulso de alejarse. —No he permitido que nadie entre aquí. ¿Qué estás pensando?

¿Qué estaba pensando? Buena pregunta. Sus pensamientos estaban todos enredados y diferentes teorías competían por espacio en su cabeza. —Es posible que usaran el pasaje para bajar sin usar la escalera. Seb dijo que no entró en tu estudio hasta las seis y media, así que el asesino tuvo tiempo de traer el cuerpo. —O el asesino era Seb, pero no expresó ese detalle en voz alta.

—Solo Lucius y Seb conocen este pasaje —dijo Don Bellmont.

La respuesta no sorprendió a Rhianne. Desafortunadamente, tampoco reducía la lista de posibles sospechosos. Se puso de pie. La mancha no iba a revelar nada más sin importar cuánto la mirara fijamente. —Los secretos tienen una forma de salir a la luz.

Don Bellmont también se levantó. —Puedo asegurarte que ni Lucius ni Seb revelarían jamás la ubicación a nadie.

Rhianne puso los ojos en blanco, moviéndose hacia la ventana donde encontró la mancha de sangre. Un gesto que se perdió completamente porque estaba de espaldas a él. —Claro, porque los vampiros son infalibles y nunca cometen errores ni revelan nada por accidente.

Había estado esperando otra réplica rápida sobre la honorabilidad vampírica y cuando no llegó, miró por encima del hombro.

Su mirada se había perdido en la distancia, y permanecía perfectamente inmóvil. Por un momento, Rhianne se preguntó si había entrado en algún tipo de trance. Luego, habló, su voz cargada de un tono sombrío. —Me encantaría decir que te equivocas, pero me temo que eso no solo mostraría arrogancia, sino que también sería evidentemente falso. —Su voz había bajado de volumen, haciendo que a Rhianne le costara escucharlo—. Uno podría argumentar que lo contrario es cierto, y que tener una vida larga te da más oportunidades para cometer errores. El tiempo es ineludible, pero la sabiduría no es inevitable.

Rhianne había vuelto a examinar la ventana pero se detuvo ante la fuerte corriente subyacente en sus palabras. ¿Qué era? ¿Arrepentimiento? ¿Tristeza? ¿Qué haría que un vampiro dejara de lado su habitual arrogancia? Sacudió la cabeza. Tenía un reloj en marcha y una espada

figurativa colgando sobre la cabeza de su madre, una espada colocada allí por este mismo vampiro. Apartando esos sentimientos, le dio la espalda una vez más.

Si habían transportado el cuerpo a través del pasaje, ¿por qué había sangre cerca de la ventana?

Don Bellmont interrumpió sus pensamientos. —¿Sospechas de Lucius o Seb?

—Sospecho de cualquiera con oportunidad, y no, aún no he descartado a nadie.

—¿Ha habido alguna actualización del patólogo?

—Isobel aún está realizando algunas pruebas —No tenía intención de revelar la causa de la muerte, por si hubiera posibles escuchas. Ese pensamiento la llevó a otra preocupación—. ¿No le preocupa que la gente use el pasaje secreto para escuchar a escondidas sus conversaciones?

—Sentiría si alguien, vampiro o no, estuviera cerca. Lucius y Seb son muy conscientes de ello, así como de las consecuencias de intentar algo así —Se había esfumado la vulnerabilidad que había vislumbrado antes. Su tono gélido la hizo creer que nadie se atrevería a arriesgarse a sufrir sus consecuencias. Reprimió un escalofrío.

—De acuerdo, es justo. ¿Sabría también si alguien ha usado el pasaje recientemente?

—Usamos el corredor con regularidad. Tampoco puedo determinar quién puede haber estado en el corredor a menos que haya sangrado en él, por supuesto —dijo Don Bellmont con seriedad.

¿Quién lo hubiera pensado? El aterrador y temible Don Bellmont podría tener sentido del humor.

—Cierto. ¿Estoy en lo correcto al suponer que no hay otros rastros de sangre aparte de los que están en la alfombra? —preguntó Rhianne. Toto ya había hecho una evaluación, pero cuando se trataba de sangre, era posible que Don Bellmont tuviera un sentido más agudo. No es que fuera a dejar que Toto lo supiera.

—¿Aparte de la sangre cerca de la ventana, quieres decir?

¡Rayos! No había planeado revelar ninguna de las pistas, pero para ser justos, esa podría haberla deducido por sí mismo. —¿Podría mantener eso en secreto, por favor?

—¿Yo? ¿Guardar un secreto en mi propia casa? —bromeó.

Argh. Rhianne casi levanta las manos exasperada. —Si no es demasiada imposición para su honorable moral, por supuesto.

Para su sorpresa, un atisbo de sonrisa cruzó su rostro, pero desapareció como si nunca se hubiera atrevido a aparecer. —Déjeme dar una vuelta y podré decírselo —Dio pasos deliberados; con los ojos entrecerrados y las fosas nasales dilatadas. La ventana fue su última parada, y la abrió, inclinándose. Sin previo aviso y con un movimiento tan rápido que su cuerpo se difuminó,

saltó. Con un toque de alarma, Rhianne corrió a la ventana y asomó la cabeza. Había saltado a uno de los salientes de abajo y estaba bajando sistemáticamente. Una vez que llegó al fondo, realizó una inspección minuciosa del lugar y luego, con igual gracia, comenzó a subir de nuevo.

Rhianne retrocedió mientras él pasaba por encima del alféizar de la ventana. No había ni una mota de suciedad en su traje, y su cabello seguía impecable. Ni siquiera estaba sin aliento. No estaba segura si era cosa de vampiros o cosa de Don Bellmont. Se inclinaba por lo segundo.

—No encontré nada —dijo Don Bellmont.

—Si hubiera encontrado algo, ¿habría podido identificar de quién era la sangre? —Rhianne no pudo contener su curiosidad.

Él se encogió de hombros. —Si la hubiera probado antes.

Vale. Demasiada información.

—¿Eso ayuda? —preguntó él.

—En cierto modo —dijo Rhianne—. No puedo descartarlo, pero dudo que hayan subido el cuerpo por la pared. Habría sido difícil dado el volumen de Albert. Además, no encontró sangre.

Don Bellmont cerró la ventana y Rhianne se lo agradeció. El aire se había vuelto bastante frío.

—Un vampiro podría haberlo hecho, pero no dejar rastros… —Negó con la cabeza—. No es imposible, pero sí difícil.

El asesino había demostrado nervios de acero para lograr esto, como si fuera el centro tranquilo en la tormenta de su propia creación. Pero tampoco habían sido tan cuidadosos. Habían tenido prisa, y la gente con prisa tendía a dejar rastros. Un planificador, entonces, con mentalidad estratégica, pero uno que podía estallar y matar en un arrebato de ira.

O podría haber habido dos personas involucradas. Tal vez una de ellas era el maestro de sangre fría, y la otra era un solista apasionado que dio la nota equivocada. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué el de sangre fría no intervino antes? Podría haber sido algo del momento, y la otra persona no había sido lo suficientemente rápida para detenerlo. Esta línea de pensamiento no estaba ayudando. Quizás hablar con los demás arrojaría más pistas.

—Iré a buscar a Oscar ahora para poder realizar más entrevistas.

—Oscar está esperando fuera de la puerta.

Chulo.

Rhianne asintió y comenzó a caminar hacia la puerta. —Señorita Alkenn —la llamó y ella se volvió con una ceja arqueada.

—Envíe mis saludos a su madre.

CAPÍTULO 13

Con el eco de las palabras de despedida de Don Bellmont, Rhianne salió de la sala.

—Eso no fue nada espeluznante —murmuró Rhianne.

¿Fue eso una indirecta no tan sutil sobre la infame deuda de sangre? Su pulso se aceleró. ¿Qué pasado escandaloso compartía su madre con Don Bellmont? Su madre podía ser despiadada, pero seguramente no habría cometido un crimen digno de tanto drama. ¿Y haber aceptado una deuda de sangre? Quizás no tuvo elección en el asunto. Lo que fuera que hizo debió requerir una retribución significativa. Tal vez fue un acto desesperado. Maldita sea, el misterio estaba matando a Rhianne. Aunque no tenía sentido preguntarle a su madre. Cuando se trataba de secretos, su madre podría darle una buena competencia a Don Bellmont.

Oscar estaba rondando cerca de la puerta cuando ella salió del estudio, manteniendo una distancia respetuosa. Cuando la vio, dejó escapar un gran suspiro.

—Estoy viva —Rhianne hizo una reverencia teatral—. Toda la sangre sigue en sus lugares internos apropiados, aunque podría necesitar urgentemente algo de zumo de naranja para recuperarme.

El rostro de Oscar perdió el color, y apretó los labios con tanta fuerza que podrían fusionarse. Su mirada se dirigió hacia la puerta como si pudiera brotar colmillos. —Don Bellmont no…

—Relájate. Estaba bromeando. Solo charlamos.

Era realmente dulce que Oscar se preocupara por ella.

Oscar logró esbozar una débil sonrisa. —Por supuesto, señorita. El amo no suele participar en… refrigerios directos.

¿Se suponía que eso la hiciera sentir mejor? Porque todo lo que hizo fue hacerla pensar que debería empezar a llevar una mini estaca. Por si acaso.

—¿Entonces por qué estabas preocupado? —preguntó Rhianne.

Deambularon hacia la parte trasera de la casa, navegando por un pasillo que parecía pertenecer a un especial de televisión sobre “Antigüedades Embrujadas”. Pinturas pastorales antiguas con elaborados marcos dorados y sillas georgianas con mesas laterales se apretujaban contra las paredes.

—No estaba preocupado.

Sí, claro. —¿Debería evitar estar a solas con Don Bellmont? —Rhianne no tenía intención de evitar a Don Bellmont. El vampiro era un enigma, y ella nunca retrocedía ante un desafío. Además, era un cliente y ella estaba en el caso. Sin mencionar que algo en él la intrigaba tanto como la irritaba. Pero Oscar claramente se estaba conteniendo. Estaba decidida a averiguar por qué.

Oscar siguió caminando, pero después de unos momentos de silencio, habló. —Está de luto. Adoraba a Albert.

—Pero hay algo más, ¿verdad?

Oscar tropezó, casi enviando un jarrón de 200 años a un final prematuro. —No puedo precisarlo, pero hay algo más, algo sobre usted y su madre.

Bueno, ¿no era eso la guinda del pastel críptico?

Al entrar en la segunda cocina, Rhianne la contrastó con el grandioso teatro culinario que llamaban la “cocina principal”. Esta era más “chic utilitaria”, el tipo de lugar donde las ollas y sartenes conocían su lugar y las especias no eran solo para exhibición. Los azulejos blancos brillaban bajo las luces fluorescentes, y las encimeras de acero inoxidable reflejaban una vibra seria.

Los estantes eran un desfile bien organizado de utensilios de cocina, cada uno aparentemente en posición de firmes. La gran mesa de madera en el centro, rodeada de sillas que claramente no habían sido compradas como un conjunto, sugería un enfoque democrático en los arreglos de asientos. Era fácil imaginar al personal reuniéndose aquí, intercambiando chismes sobre tazas de té. El tenue aroma de especias flotaba en el aire como una invitación susurrada a un festín. Era evidente que esta cocina era el corazón del hogar, donde ocurría la verdadera magia, el tipo que resulta en comidas comestibles en lugar de solo las aptas para Instagram.

Sentado a la mesa había un chico adolescente. Sus dedos eran un borrón de movimiento, tecleando en su móvil con el tipo de velocidad y precisión que sugería que podría posiblemente enviar mensajes de texto más rápido de lo que la mayoría de la gente podría hablar.

La mesa era un paisaje caótico de libros escolares y papeles, una venta de saldo académica. Estaba cumpliendo una doble función como lugar para comer y centro de mando para las conquistas educativas del chico.

Con su melena de cabello indomable y ojos color avellana que destellaban con picardía, era la imagen de la indiferencia adolescente. Vestido con jeans y una camiseta que había visto días

mejores, estaba absorto en el mundo digital al alcance de sus dedos. Su expresión era una mezcla de concentración y destellos ocasionales de diversión mientras interactuaba con el dispositivo.

Tenía auriculares puestos. Oscar se aclaró la garganta, un intento de empujón educado hacia la realidad, pero fue tan efectivo como susurrar en un huracán. Recurriendo al Plan B, Oscar puso una mano en el hombro del adolescente. El contacto repentino sobresaltó al chico, casi haciendo que su teléfono saliera volando.

—Oscar, lo siento tío, no te vi —Los ojos del chico se habían enfocado en Oscar pero luego aterrizaron en Rhianne.

—Hola, señorita —Tenía una gran sonrisa, toda exuberancia y asombro—. Soy Josh.

Oscar le apretó el hombro y el adolescente lo miró, con los ojos muy abiertos. Entonces la comprensión se hizo evidente y Josh se levantó y extendió su mano.

Rhianne la estrechó y sonrió. —Soy Rhianne Alkenn. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—¿Eres la detective? ¿Estás tratando de averiguar quién se cargó a Albert, verdad? ¡Eso es genial!

Oscar se aclaró la garganta de nuevo. —¡Josh! Sabes lo afligida que está la señora Bennett, cuida tu lenguaje.

Josh hizo una mueca. —Sí, es verdad. Está bastante afectada por eso.

Rhianne se sentó a la mesa. —¿Qué pensabas de Albert?

—Soy el lavaplatos, ¿sabes? —Se encogió de hombros—. Albert no tenía ni un segundo para mí, y cuando lo tenía, era todo “limpia esto” y “trae aquello”. Solo se portaba bien con los cocineros, especialmente con la señora Bennett. Creo que es porque ella lo trataba como si el sol brillara de su… —Se contuvo—. Hacía todo por él. —Se enderezó en su asiento—. Aunque no voy a quedarme como lavaplatos para siempre. Don Bellmont está pagando para que vaya a la escuela y es un fastidio, ¿sabes?, pero quiero ser el primero en la familia en terminar la secundaria.

—Y lo harás, si mantienes tus notas. Eso significa más estudio y menos TikTok —dijo Oscar con el tono autoritario de alguien que acababa de descubrir qué era TikTok ayer.

Los labios de Rhianne se crisparon ante el intercambio, pero logró evitar que apareciera una sonrisa.

Josh hizo una mueca. —¡Creo que yo también podría convertirme en detective!

—Estoy de acuerdo —dijo Rhianne—. Dijiste “se portaba bien”…

—Albert siempre andaba con cosas como «Gracias Emily» —ese es el nombre de pila de la señora Bennett, por cierto— y «¿Qué haría yo sin ti, Emily?». Ese tipo de cosas. Pero si ella se

enfermaba, como el mes pasado, apenas se tomaba la molestia de asomarse a su habitación para ver si necesitaba algo. Una cosa es preocuparse y otra es fingir, ¿sabes? Albert sabía de qué lado estaba untada su tostada.

—Ya veo —dijo Rhianne—. ¿Hablaste con Albert el día que murió?

—¿Quieres decir si tengo una coartada? —Se animó.

Rhianne le siguió el juego.

—Bueno, ¿la tienes?

—Me largué como a las cinco y veinte. La señora Bennett estaba en la cocina con el señor Rossi —la miró con una expresión expectante.

—Eso te deja fuera de sospecha —Rhianne reprimió una sonrisa cuando Josh bajó los hombros.

—Cuando me iba, lo vi salir por el sendero. A Albert, quiero decir. Entonces, ¿eso significa que fui como el último tío en verlo antes de… ya sabes?

—Bueno, en realidad ese sería el asesino —respondió Rhianne—. ¿Te refieres a que lo viste en el jardín? ¿Hacia dónde se dirigía?

—Estaba fuera de la casa como si esperara a alguien, ¿sabes? Así que me quedé un rato porque eso no es lo habitual en él. Normalmente estaría en el gimnasio o quizás en el garaje, no en el jardín. Pero entonces me vio, y no quería meterme en líos, así que me fui. Justo cuando pasaba por las puertas, lo vi dirigirse hacia el gran roble.

—¿Viste a alguien siguiéndolo?

—Nah, pero vi al señor Blackwood mirando por su ventana. Hacia los jardines.

—¿Estás seguro de que era él? —mantuvo un tono ligero.

Josh se echó el pelo hacia atrás.

—Bastante seguro. Es su despacho, ¿sabes? Me deja tomar prestados algunos de sus libros.

—Gracias, Josh. Eso ha sido muy útil.

—¿Crees que el señor Blackwood es el que lo hizo? —Sus ojos se iluminaron con la emoción del chisme—. Pero, no sé, no creo que tenga madera para eso, ¿sabes? Es un tío bastante tranquilo, todo libros y esas cosas del honor.

—Seguro que tienes razón —dijo Rhianne.

Lucius Blackwood, el improbable héroe a los ojos de un adolescente, ¿quién lo hubiera pensado? Lucius se había ganado a un miembro de su club de fans. ¿Habría sido su amor por los libros o su encanto caballeresco lo que había conquistado a Josh? Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, y se despidió de Josh con un gesto, con Oscar siguiéndola.

—Oye, señorita —llamó Josh, y Rhianne se volvió—. No sé si es importante o algo, pero cuando me iba, había una tía dando vueltas por ahí fuera.

Rhianne estaba sumida en sus propios pensamientos, y le llevó un momento asimilar las palabras de Josh.

—¿Una mujer? ¿Cómo era? ¿La habías visto antes por aquí?

—Era como de tu edad —respondió Josh con cierta incertidumbre. Para él, probablemente todas las mujeres de entre veinte y cuarenta años podrían tener la misma edad. Más de cuarenta, y probablemente pensaría que pertenecían a un museo—. Y sí, la he visto antes.

—¿Con Albert?

Josh negó con la cabeza.

—No, señorita, está sola, pero dando vueltas y normalmente al final de la tarde. Quizás viene después de su trabajo. Era, como un poco más alta que tú, pero no mucho —la miró de arriba abajo con ojo crítico—. Llevaba una falda larga y una chaqueta. No sé por qué, pero me recordaba a mis profesoras del colegio, tal vez por las gafas. Parecía una tía guapa, ¿sabes? Pelo rubio medio y delgada. Pero estaba un poco lejos, y cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, salió corriendo en la otra dirección, así que me fui.

—Muy observador por tu parte, Josh.

Josh sonrió de oreja a oreja.

—Tal vez pueda trabajar contigo como detective.

—Espera a terminar el colegio y entonces hablaremos —Rhianne le guiñó un ojo.

—Pero eso es como tres años más. ¡Una eternidad! —se quejó Josh.

—Pasará más rápido de lo que crees, confía en mí —dijo Rhianne, pero Josh no parecía convencido. Le hizo un gesto de despedida y esta vez salió.

—Llamaré a los otros guardias mañana para organizar una charla —dijo Rhianne.

—Les avisaré, señorita —respondió Oscar.

Oscar la acompañó hasta la puerta principal y vio su moto aparcada.

—¡Buen vehículo!

—¿Verdad que es una preciosidad? ¡Y tiene una velocidad impresionante!

—No te tomaba por una adicta a la velocidad, señorita.

—Las apariencias engañan.

Oscar se rio.

—Cuídese, señorita, y nos vemos más tarde esta noche.

Rhianne se puso el casco y los guantes, despidiéndose de Oscar con un gesto mientras arrancaba el motor. Con un giro confiado del acelerador, salió disparada. Las puertas de la finca se abrieron suavemente para dejarla pasar mientras se dirigía a la propiedad de su madre. El viento silbaba a su alrededor y el zumbido del motor de su moto la tranquilizaba.

Casi se había convencido a sí misma de no ir a casa de su madre. Se estaba haciendo tarde y la temperatura bajaba. Pero, ¿a quién quería engañar? Su procrastinadora interior estaba haciendo gimnasia mental tratando de encontrar una razón válida para no ir. Desafortunadamente, la lógica era una compañera obstinada e insistía en que el sol aún tenía una buena hora en el cielo y la casa de su madre estaba a un sprint temerario de distancia. Nunca se lo confesaría a nadie, pero había veces en que la lógica simplemente apestaba.

Refunfuñó. En un mundo ideal, visitar a su madre sería tan simple como entrar a una cafetería para tomar un café rápido: entrar, charlar, salir, sin indigestión emocional persistente. Pero a medida que las casas familiares con sus alegres e ingenuas vallas de madera comenzaban a transformarse en intimidantes fortalezas de media manzana, era como si estuviera entrando en un reino diferente. Los muros imponentes y los árboles gigantes susurraban: «Bienvenida a la tierra de las complejidades familiares y las verdades no dichas». Y a pesar de sus mejores intenciones, esa pequeña sensación ardiente se alojaba en su pecho como un invitado no deseado.

Redujo la velocidad de su moto al acercarse a la gran puerta y presionó el botón. Sonó el timbre.

—Rhianne Alkenn —omitió la parte de «hija». Era una pequeña prueba, un juego personal de «Adivina quién» con los guardias. Si no la reconocían, disfrutaría del breve teatro de verlos apresurarse para verificar su identidad. Si lo hacían, bueno, debería pasar como una VIP. Mientras esperaba, un destello de incertidumbre bailó en su estómago. No había estado aquí en lo que parecía una eternidad. Los recuerdos eran como viejas repeticiones de televisión: familiares, pero distantes. Ahora, aquí estaba, sin saber si sería recibida con los brazos abiertos o con un educado pero firme «¿Quién eres tú otra vez?»

—Bienvenida, señorita Alkenn —dijo una voz incorpórea, y las puertas se abrieron.

A diferencia de la casa de los Bellmont, aquí la seguridad era visible. Un guardia, sentado en una caseta, parecía que preferiría estar en cualquier otro lugar. Le hizo un saludo tan casual que rozaba la expresión artística. En cualquier caso, no se levantó.

Rhianne aparcó su moto, tomándose un momento para apreciar la elegancia atemporal de la casa de su madre. Era como algo sacado directamente de una novela de Jane Austen, si Jane

Austen hubiera estado interesada en reformas del hogar y tuviera una inclinación por el diseño interior moderno.

Los ladrillos rojos de la casa irradiaban un «chic vintage». Las ventanas altas y estrechas eran como los ojos de la casa, observando con un aire de superioridad de cristal emplomado. El recorte blanco y los acentos eran los accesorios perfectos.

El tejado, con su pronunciada pendiente y tejas de pizarra oscura, añadía un toque de dramatismo, como un sombrero de copa bien colocado. Las chimeneas se elevaban con la gracia de bailarines de ballet estacionarios.

El jardín delantero era un desfile de moda botánico, con flores luciendo sus colores vibrantes y setos de boj bordeando el camino como guardaespaldas asegurándose de que las plantas no se descontrolaran. El amplio porche, con sus detalles tallados, decía: «Bienvenidos, pero mantengamos la clase».

Todo era tan sofisticado y bien coordinado que Rhianne casi esperaba que la casa comenzara a darle consejos de moda o a darle una lección sobre los puntos más finos de la etiqueta del té. Mientras se acercaba a la gran entrada, recordó las innumerables veces que había entrado y salido furiosa por esas puertas, su yo adolescente ajena a la grandeza arquitectónica que la rodeaba.

Un mayordomo que no había visto antes estaba de pie en lo alto de las escaleras. Vestía un traje negro a medida con corbata, su postura era erguida. Incluso llevaba guantes blancos. Con un gesto cortés, le dio la bienvenida e indicó a Rhianne que subiera la gran escalinata que conducía a la entrada. Sí, este era definitivamente el dominio de su madre.

Cada paso que daba era como caminar de vuelta en el tiempo, a un mundo de etiqueta y expectativas que ella había cambiado por su motocicleta y la emoción de lo desconocido. Era irónico, realmente. Podía enfrentarse a misterios y peligros con una sonrisa burlona, pero la casa de su madre, con su fachada impecable y la bienvenida almidonada del nuevo mayordomo, la ponía más nerviosa. Fuera de lugar.

Era como visitar un museo donde solías vivir: reconoces todo, pero no se te permite tocar. Al llegar a lo alto de las escaleras, Rhianne se preparó para sumergirse de nuevo, esperando que su madre no notara el barro metafórico en sus botas.

Cuando alcanzó la cima de las escaleras, el mayordomo le hizo una reverencia.

—Señorita Alkenn, si gusta pasar al solárium, dispondré algunos refrigerios para usted mientras espera la llegada de la señora Broadwater.

—Gracias…

—Es Walter, señorita —abrió la gran puerta para ella.

—¿Qué pasó con James? —preguntó Rhianne, recordando al hombre de cabello gris con un semblante severo pero ojos brillantes.

—El mayordomo anterior se jubiló hace un par de años —Walter extendió una mano para tomar la chaqueta de Rhianne.

Ella le entregó su chaqueta.

—Conozco el camino, Walter. La esperaré allí —sin esperar una respuesta, Rhianne continuó con pasos decididos mientras se adentraba en la casa. Era una pequeña forma de afirmar su independencia en un mundo donde cada cojín estaba esponjado hasta el límite.

Tendría que bastar.

CAPÍTULO 14

El aire estaba quieto y pesado, como si la casa misma contuviera la respiración, preparándose para otra acalorada discusión. El aroma de libros viejos y el tenue perfume de la flor favorita de su madre, la lavanda, era un recordatorio de una relación que nunca había encontrado su equilibrio.

La luz del sol se colaba tímidamente a través de las cortinas de encaje, intentando un heroico rescate del ambiente con su danza moteada de luz y sombra. Sin embargo, incluso el sol estaba teniendo un día difícil penetrando los infelices recuerdos de infancia de Rhianne.

Al acercarse al solárium, su ánimo se elevó. Era su sala favorita, después de todo. Un lugar donde había planeado numerosas escapadas al jardín y aventuras en interiores. La puerta, con su pomo de cristal vintage, parecía pertenecer a una pintoresca tienda de antigüedades.

Dentro, las grandes ventanas enmarcaban un jardín que parecía estar albergando un levantamiento floral, con las camelias y las margaritas mostrando sus caras más valientes, como pequeñas rebeldes.

Nunca antes le había quedado claro a Rhianne, pero aunque su madre no era una bruja verde como ella, su herencia de dríada debía ser fuerte. Esta sala, un oasis verdoso, era un guiño a sus poderes inherentes, un pulgar verde alzado por el mundo natural. Era como si cada planta y flor fuera parte de una conspiración botánica, prosperando bajo la influencia silenciosa pero formidable de su madre.

En el centro, dos sillones de mimbre con cojines mullidos se sentaban como viejos amigos, cotilleando sobre los visitantes anteriores de la sala. Una pequeña mesa sostenía un jarrón de Waterford con gardenias; su dulce aroma impregnaba la sala.

En una de las mesas laterales, una fotografía de la graduación de Rhianne llamó su atención. Estaba radiante, con el birrete en el aire, un momento de alegría congelado. Era curioso, sin embargo, porque su madre no había estado allí. ¿Cómo había llegado esta foto aquí?

Un ruido detrás de ella devolvió a Rhianne al presente. Walter entró en la sala, equilibrando con envidiable habilidad una bandeja que era un verdadero zoológico de porcelana de teteras y tazas, todas adornadas con intrincados motivos verdes y dorados que gritaban ‘elegancia’. Dejó

la bandeja, revelando una variedad de panquecitos y pasteles en miniatura que parecían haber sido horneados por un hada. Junto a ellos había pequeñas jarras de leche y miel.

—¿Puedo servirle un poco de té? —ofreció—. Tenemos té negro o té Earl Grey.

—Té negro, por favor. Con leche —Rhianne se acomodó en su asiento y aceptó la taza de té que él le sirvió.

—La señora Broadwater no tardará —dijo Walter antes de salir. Probablemente iba a hacer malabares con los platos o a domar la cubertería o algo así.

Se puso cómoda para lo que podría ser unos minutos o una mini era glacial. Para su sorpresa, poco después apareció su madre, como si hubiera sido convocada por la mera fuerza de Rhianne sorbiendo su té.

—Hola, Rhianne —su madre tomó asiento frente a ella. El maquillaje de buen gusto no podía ocultar la palidez de su rostro.

Como si fuera una señal, Walter se deslizó de vuelta, tan silencioso como eficiente. Sirvió una taza de té Earl Grey para su madre y una vez más se marchó. La discreción no era solo parte del valor cuando se trataba del personal de su madre, era una forma de arte.

—Hola, madre —Rhianne tenía todo un guion de preguntas listo, pero las líneas tensas alrededor de la boca de su madre y el cansancio en sus ojos eran como un gran letrero parpadeante de 'Proceda con precaución'—. La investigación está progresando —se encontró diciendo—. Aún no he descartado a ningún sospechoso, pero estamos siguiendo activamente algunas pistas que deberían llevarnos al culpable.

La expresión de su madre cambió, frunciendo los labios. —No necesitas endulzar las cosas.

—Oh, por el amor de Dios, madre. Solo te estoy diciendo lo que he encontrado y lo que estoy haciendo —espetó Rhianne—. ¡No te suavizo las cosas para ti más de lo que tú has hecho por mí!

—¿Y acaso eso no te ha ayudado a convertirte en la exitosa empresaria que eres ahora? —Las palabras de su madre quedaron suspendidas en el aire como un desafío.

—No tuve elección, ¿verdad? —Rhianne saboreó la amargura en sus palabras—. No es como si te hubieras sentado y me hubieras dicho lo que estaba haciendo bien. Tuve que averiguar las cosas por mí misma o Nel me ayudó —Eso podría haber sido un golpe bajo, pero qué más daba.

—¿Por qué te diría todas las cosas que estabas haciendo bien? Era más importante resaltar aquellas cosas que no hacías bien para que pudieras corregirlas —El volumen de la voz de su madre era constante, pero su mandíbula estaba tensa.

—¡Sí, hiciste eso en abundancia!

Se miraron fijamente, ninguna cediendo. El silencio se extendió por lo que pareció una eternidad, aunque probablemente solo fue cuestión de segundos.

Su madre soltó un suspiro. —Entiendo que estas cosas llevan tiempo. Quise decir… no quiero que sientas que el peso de esto está sobre tu cabeza. Entré en la deuda de sangre sabiendo lo que hacía.

—Lo entiendo —No, Rhianne *realmente* no lo entendía. Estaba a punto de preguntarle a su madre de qué se trataba la deuda de sangre, pero el acero en sus ojos le dijo que no tenía sentido. Tal vez podría sacarle algo de información a Don Bellmont. Sí, el mismo Don Bellmont que era tan hablador como un mimo. Aunque la última vez se había abierto un poco. Valía la pena intentarlo.

—También quiero que sepas que tengo fe en ti y en tus habilidades, y no solo por los casos anteriores —dijo su madre.

Rhianne respiró hondo y parpadeó. ¿Había oído bien a su madre?

—Hazme saber si necesitas ayuda. Supongo que hay más en tu visita que solo ponerme al día sobre la situación, ¿no? —La voz de su madre había recuperado su autoridad habitual y un toque de 'Ya lo he visto todo antes'.

—Sí, la hay —respondió Rhianne. Detrás de esa afirmación estaba el hecho de que las visitas eran tan frecuentes como los años bisiestos, a menos que fueran absolutamente necesarias—. Necesito saber más sobre vampiros.

—Parecías bien informada la última vez que lo discutimos y yo no sé mucho —Su madre arqueó una ceja, pero luego hizo un gesto con la mano—. Adelante, haz tus preguntas.

Rhianne no se creyó el disimulo de conocimientos. Sospechaba que sabía mucho más sobre vampiros de lo que dejaba ver. Y tenía la intención de poner a prueba esa teoría. —¿Pueden comer los vampiros?

Su madre inclinó la cabeza, como si estuviera a punto de preguntar por qué diablos Rhianne estaba planeando una cena para vampiros, pero lo pensó mejor. —Los vampiros realmente viejos pueden.

—¿Qué tan viejos estamos hablando? ¿Qué pasa con los más jóvenes? —Disparó sus preguntas. No podía explicar exactamente por qué la respuesta a esta pregunta se sentía importante, pero no la había hecho por capricho.

—Cuando son jóvenes, digamos menores de un siglo, puede ser tentador consumir comida humana, pero tiende a enfermarlos gravemente. No es hasta que alcanzan su primer siglo que

comienzan a desarrollar tolerancia a la comida humana. A medida que envejecen, sus cuerpos se adaptan aún más, y eventualmente, no solo pueden tolerarla, sino que también la disfrutan.

—Como Don Bellmont.

—Sí, tiene casi trescientos años.

Mmm, así que su conocimiento no era tan bueno, ¿verdad? —¿Qué hay de la luz solar?

Su madre asintió. Sin duda, había anticipado esta pregunta. —La misma regla de edad se aplica, y es incremental. Don Bellmont, por ejemplo, podría estar despierto y al aire libre al mediodía en un día de invierno. Sin embargo, un vampiro menor de un siglo no solo sería incapaz de despertar hasta una hora después de la puesta del sol. También permanecería en un estado nebuloso y débil durante un tiempo.

—¿Dijiste 'podría estar'?

—Sus poderes sufren un golpe considerable durante el día. Sus niveles de energía disminuyen, dejándolos agotados y letárgicos. Así que, a pesar de su tolerancia a la luz solar, la mayoría de los vampiros prefieren operar bajo el manto de la noche, donde sus poderes están en su máximo esplendor.

—Don Bellmont estaba despierto más temprano cuando fui a la casa —dijo Rhianne.

Hubo un breve destello de algo en los ojos de su madre, pero desapareció antes de que Rhianne pudiera estar segura de haberlo visto.

—¿Oh? —Su madre sorbió de su té, dejando leves marcas de lápiz labial en su taza.

—Te envía sus saludos. —Rhianne estaba siendo provocativa, aunque sus motivos no estaban claros ni siquiera para ella misma.

Pero que su madre bajara los ojos y su boca se curvara hacia arriba no era lo que había esperado.

Al momento siguiente, su madre se había recuperado. —Estoy segura de que sabré más de él antes de que termine la semana. —Con ese comentario críptico, alcanzó uno de los pasteles y dijo—: Cuéntame más sobre los sospechosos.

Así que Rhianne se encontró relatando las diversas coartadas y su sospecha de que Albert tenía una novia humana. Le contó sobre la pelea que Albert había tenido ese día y su creencia de que Lucius podría haber sido la otra parte. Durante su explicación, su madre permaneció como una oyente atenta, solicitando solo aclaraciones ocasionales u ofreciendo un ocasional "Ya veo" o "mmm". Cuando Rhianne terminó de hablar, su madre dejó su taza vacía y se reclinó en su silla, con la mirada fija en el jardín más allá. Una pequeña sonrisa adornaba sus labios. —Creo que estás haciendo un progreso significativo.

No fueron las palabras las que enviaron una sacudida de conciencia a través de Rhianne, sino más bien el hecho de que su madre sonaba… ¿orgullosa?

Se despidieron con el cuidado de técnicos de la brigada antiexplosivos manejando un cable particularmente peligroso. Rhianne hizo su salida, sus pensamientos arremolinándose.

En la entrada, Walter estaba allí, sosteniendo su chaqueta. —Su chaqueta, señorita —dijo, como si fuera una capa real en lugar de algo que había comprado en una oferta.

El viaje de regreso a casa de Rhianne se sintió como una expedición polar en motocicleta, el aire frío mordisqueándola como un cachorro demasiado entusiasta. Se alegró cuando llegó a casa. Al desmontar, los olores familiares de hojas, eucalipto y mirto limón la recibieron como viejos amigos en una reunión.

Solo tenía un cuarto de hora antes de la llegada de Kai, así que se apresuró a prepararse. Se deslizó en un vestido de cóctel, tacones y un abrigo que era más una declaración de moda que una prenda de invierno. Su cabello fue recogido en un moño alto casual y una pasada de rímel completó el look. Lista o no, el club Rose, allá va.

El sonido de la alarma del perímetro fue su señal. Para cuando agarró sus llaves y abrió la puerta, lo encontró con el puño levantado, listo para tocar. Se sonrieron mutuamente, su propio mundo privado pausando el caos del día. Luego él se inclinó, la besó, y Rhianne se sintió más ligera.

De la mano bajaron las escaleras y entraron en su Tesla. El coche los transportó a la ciudad más rápido de lo que tomó descifrar los secretos del laberinto del estacionamiento. Rhianne sospechaba que la función principal del estacionamiento era confundir incluso a las mentes más brillantes, o al menos a cualquiera que intentara estacionar dentro de sus fronteras.

El camino hasta el Rose era corto, una pequeña bendición considerando que el viento mostraba una vendetta personal contra sus piernas. Rhianne se aferró a su abrigo como un escudo, pero el frío era un enemigo decidido.

Al entrar en el Rose, un híbrido bar y restaurante de moda que era el epítome del chic moderno, el calor la envolvió como un amigo perdido hace mucho tiempo. El interior era una publicación curada de Instagram cobrada vida. La iluminación tenue arrojaba un resplandor halagador sobre todo, como si el lugar mismo estuviera tratando de seducir a cada cliente.

Las paredes ostentaban arte moderno que parecía haber sido pintado por un elefante con un pincel, y grandes espejos ornamentados parecían guiñarle desde todos los ángulos. Mesas de madera pulida con elegantes sillas negras les hacían señas.

El aire estaba lleno del suave murmullo de conversaciones y risas, la banda sonora de una buena noche de salida. *Mad World* de Gary Jules sonaba de fondo.

Rhianne comenzó a escanear la multitud, y pronto, divisó a Oscar. Estaba sentado en una de las mesas, bebiendo una cerveza. Se acercaron.

—Hola, señorita Rhianne y señor Wagner. —Se levantó de su asiento—. ¿Puedo ofrecerles una bebida, o prefieren unirse primero a los demás?

—Supongo que ya están aquí —preguntó Rhianne. Ante el asentimiento de Oscar, tomó una decisión táctica—. Creo que es mejor si nos acercamos a ellos con bebidas en mano. Además, Alice aún no ha llegado.

Como si fuera invocada por sus palabras, una voz llamó: —¡Ey, Rhianne! —Alice se unió a ellos en la mesa.

Rhianne tuvo que mirar dos veces. Nunca había visto a su amiga gárgola Alice en nada que no fueran sus monos de mezclilla ‘estilo vivero’. El vestido que Alice lucía era una dramática desviación de su atuendo habitual.

El vestido, de un rico tono cereza profundo, tenía intrincados patrones tejidos por todo. Fluía a su alrededor como una alfombra roja hecha solo para ella, la tela fundiéndose con su piel pétrea como si hubiera sido hecho a medida por un diseñador con una inclinación por la arquitectura gótica. Los ojos de Alice brillaban con un destello travieso como si fuera conocedora de un secreto.

—Te ves absolutamente impresionante —dijo Rhianne.

Si Rhianne estaba impresionada, no era nada comparado con la expresión en el rostro de Oscar. Sus ojos se ensancharon, y su boca se abrió y cerró como un pez fuera del agua. Después de un momento, logró hablar, su voz más aguda de lo habitual.

—Hola, señorita Alice —balbuceó Oscar—. ¿Puedo ofrecerte una bebida? —Su piel estaba sonrojada y sus ojos parpadeantes no dejaban a Alice.

Alice sonrió radiante y Oscar se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Me encantaría una cerveza. Tú eliges —dijo Alice.

—Yo también tomaré una cerveza —intervino Kai.

—Para mí un cabernet, por favor —dijo Rhianne.

Oscar asintió, con la mirada aún fija en Alice mientras ella se acomodaba en su asiento. Se sacudió de su trance y se apresuró hacia la barra.

—Tú también te ves muy bien, chica. Me alegro de que hayas encontrado un vestido adecuado —dijo Alice.

—¿No es el burro hablando de orejas? Porque nunca te he visto con otra cosa que no sean vaqueros o pantalones cortos.

—¿Oh, esta pequeña prenda? —se rió—. Puede que haya pasado una hora o cuatro buscando la perfecta.

Ah, así que se había arreglado para Oscar, a pesar de sus anteriores negativas sobre solo estar «mirando».

—Creía que habías dicho que tenías vestidos y que era yo quien debía preocuparse —preguntó Rhianne.

Alice se inclinó con una sonrisa pícara.

—Bueno, sí tengo vestidos, pero todos eran demasiado… aburridos y destinados a ocasiones formales, principalmente esos terribles eventos de buscar pareja.

Alice estaba bajo el tipo de presión que haría que una olla a presión se sintiera relajada. En el mundo de los gárgolas, cumplir cien años desencadenaba el equivalente a un programa de realidad extrema de búsqueda de pareja, cortesía de padres *entusiastas*.

El historial de citas de Alice era un poco como un vuelo turbulento. Se había enfrentado al rechazo de pretendientes anteriores que encontraban su franqueza intimidante. En la comunidad de los gárgolas, sus expectativas anticuadas para las mujeres estaban atascadas en los años 50, y Alice, con su costumbre de decir lo que pensaba, era tan tradicional como un teléfono inteligente en una feria renacentista.

Alice siempre se encogía de hombros ante los rechazos como si no fueran más que un inconveniente menor. Pero Rhianne se preocupaba. Esperaba que Alice no estuviera simplemente cayendo rendida ante el primer chico que no salía corriendo cuando ella compartía sus opiniones.

CAPÍTULO 15

Oscar llegó con una bandeja que llevaba sus bebidas. —Bueno, ¿dónde están? —Rhianne dio un sorbo a su vino.

—Allí —Oscar señaló otra mesa más a su izquierda. El grupo había optado por una disposición de asientos estilo banco de esquina. Tres hombres y una mujer estaban sentados allí, riéndose de algo.

Rhianne arqueó una ceja y comentó: —No parece que estén muy afligidos. Saben lo de Albert, ¿verdad? —Miró a Oscar buscando confirmación.

—Sí, deberían estar al tanto a estas alturas —respondió Oscar—. El mensaje oficial se envió anoche, haciendo referencia a un «desafortunado accidente» en la Casa Bellmont.

—¿Los conoces a todos? —Rhianne intentó decidir quién era el cabecilla de esta alegre banda de no dolientes.

—Sí, los conozco. Son los mayordomos de nuestras casas vampíricas locales. Primero, está Ethan, el mayordomo jefe de la Casa Dracul. —Oscar señaló al hombre en cuestión. Por suerte, ninguno de ellos estaba mirando en su dirección—. Es el que está vestido de traje. Creo que nunca lo he visto llevar otra cosa. Tiene un ojo agudo para los detalles. La Casa Dracul confía en su autoridad y habilidades de observación. Puedes ver que es el que menos se ríe.

Incluso en sus posiciones sentadas, era evidente que Ethan era el más alto entre ellos. Su cabello sal y pimienta y su nariz prominente añadían a su apariencia distintiva. Le recordaba a Rhianne a un ave de presa con su mirada aguda y penetrante.

—Luego, tenemos a Charlotte, la mayordoma jefe de la Casa Van Helsing. Es una pensadora rápida y dedicada a sus amos vampiros.

Charlotte tenía el cabello oscuro recogido en un moño pulcro, complementando su rostro angular pero hermoso. Su risa era contenida, como si no estuviera divertida pero fuera educada. Había algo atractivo en su postura seria y su elegancia silenciosa. Exudaba competencia, como alguien que podría organizar un baile de vampiros dormida y aún tener tiempo para ahuyentar a una turba enfurecida con horcas antes del desayuno.

—A su izquierda está Samuel, el mayordomo jefe de la Casa Carmilla. Tiene un encanto cálido que pone a todos a gusto. Sam conoce todos los entresijos del mundo vampírico y quién es quién en el zoológico. Es con el que tengo más amistad. —Oscar sonrió.

Sam era de estatura media, con cabello rubio arenoso y una sonrisa amistosa.

—Y por último, pero no menos importante, está Marcus, mayordomo jefe de la Casa Bathory. Es el confiable y estoico. Los otros sirvientes dicen que es un poco quisquilloso con las reglas y que las cosas tienen que estar perfectas. Un poco abusón, ese.

La cabeza calva de Marcus brillaba bajo la iluminación ambiental. Su complexión robusta parecía ser un rival para la de Oscar, aunque podría haber sido un poco más bajo. ¿Una personalidad exigente con un temperamento corto, eh? Lástima que no estuviera en la lista de sospechosos. Parecía que podría haberse enfrentado a Albert y ganado.

—Bueno, supongo que es hora de que hagamos nuestro movimiento y veamos qué pasa —dijo Rhianne.

Los cuatro se acercaron al grupo, y el primero en verlos fue Ethan. Su sonrisa se desvaneció. Cuando sus ojos se posaron en Oscar, inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Daba la impresión de que Oscar era un espécimen ligeramente interesante bajo su mirada microscópica.

—Hola, Ethan —dijo Oscar.

—Hola, Oscar. —Ethan miró al resto con el mismo interés moderado. La charla cesó en la mesa.

—Esta es Rhianne Alkenn, Kai Wagner y Alice Vargas —dijo Oscar—. Don Bellmont les ha pedido que lleven a cabo una investigación en nombre de la casa.

—¿Es sobre Albert? —preguntó Ethan.

Ah, así que él era el líder del grupo.

Al mencionar a Albert, Charlotte se estremeció, y Sam colocó una mano tranquilizadora en su brazo. Interesante.

—Sí —dijo Rhianne—. ¿Les importaría responder algunas preguntas?

—Pero pensé que había sido un accidente —soltó Charlotte.

Sam apretó su agarre en el brazo de ella, luego ofreció una cálida sonrisa a Rhianne. —Estamos aquí para ayudar a la Casa Bellmont en todo lo que podamos. ¿Por qué no traéis algunas sillas para que todos estemos más cómodos?

Muy astuto. Sam quería que alinearan sus historias. Estaba a punto de decir que estaba bien de pie, pero Oscar habló primero. —Iré a buscar las sillas, señorita. —Oscar se fue con Alice siguiéndolo.

—Soy Sam de la Casa Carmilla. La hermosa dama es Charlotte de la Casa Van Helsing, el chico feo de allá. —Agitó su brazo hacia Marcus, quien frunció el ceño—. Es Marcus de la Casa Bathory.

Oscar y Alice regresaron con sillas. El hecho de que las hubieran encontrado en esta multitud bulliciosa era nada menos que un milagro. Por supuesto, Rhianne sospechaba que la vista de sus imponentes figuras podría haber inspirado a algunos clientes a desocupar sus sillas bastante apresuradamente.

Mientras se acomodaban en sus sillas, Rhianne fijó su mirada en Charlotte. Parecía ser el eslabón débil. —¿Tienen alguna razón para pensar que fue algo más que un accidente?

—No lo sé —tartamudeó—. Albert era… ¿qué quieres decir? —Se volvió para mirar a Sam.

—¿Albert era qué? —insistió Rhianne mientras Sam abría la boca para intervenir.

Si Ethan era el líder severo y taciturno, entonces Sam era el mediador. El equivalente sobrenatural de un susurrador de gatos, calmando plumas alborotadas y egos siseantes por igual. Pero Rhianne no estaba en el mercado de un hablador suave. Quería la verdad, sin pulir y sin disculpas, no alguna versión endulzada envuelta en un lazo.

—Nadie quiere hablar mal de los muertos —dijo la voz profunda de Ethan.

—Me parece que a los muertos ya no les importa, y estamos llevando a cabo una investigación en nombre de Don Bellmont, así que sus respuestas sinceras serían muy apreciadas. —Rhianne miró a cada uno de ellos por turno—. A menos que sean los no muertos, por supuesto.

La boca de Kai se torció y Alice y Sam se rieron. Fue suficiente para romper el estancamiento.

Ethan miró a Sam y le dio un sutil asentimiento. Sam palmeó la mano de Charlotte. —Podría ser mejor responder a su pregunta.

—Albert y yo estábamos en una relación hasta hace poco —dijo ella.

Rhianne parpadeó. ¿Era esta la novia humana? ¿Quién era entonces la acosadora rubia? —¿Cuándo dices recientemente?

—Rompimos hace un par de semanas. —Charlotte desvió la mirada.

Rhianne apostaría a que Charlotte podría decirle los días y horas exactos de la ruptura. —¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Charlotte se volvió para mirarla. Sus ojos habían sido maquillados a la perfección, pero no ocultaba del todo el enrojecimiento alrededor de los bordes.

—¿Por qué rompieron y cuánto tiempo estuvieron juntos?

—¿Es esto necesario? —Ethan ajustó sus puños.

Rhianne miró a Ethan directamente a los ojos. —No te lo preguntaría si no lo fuera. —Eran muy protectores con Charlotte. O tal vez simplemente se protegían entre ellos, una brigada unida de sirvientes humanos de vampiros en un mundo donde un paso en falso podía llevar a una conversación incómoda con un vampiro sobre cómo quitar manchas. Pero ¿cómo encajaba Albert en este grupo tan unido?

—Un año —Charlotte levantó la barbilla—. Él lo terminó. Supongo que sabes que iba a convertirse en vampiro. Dijo que una novia humana se interpondría en sus ambiciones. Habíamos estado intentando tener un bebé. —Su voz tembló—. Dijo que si me quedaba embarazada, entonces se casaría conmigo.

Oscar desvió la mirada, pero su mandíbula estaba tensa; los demás se sentaron en posturas rígidas.

¿Había estado Albert contando cuentos, o simplemente jugando una compleja partida de ajedrez? Había afirmado que las novias humanas eran la mejor opción por su capacidad de tener hijos. ¿Se había cansado de intentarlo con Charlotte y había lanzado su red a otra parte? Quizás como un último esfuerzo antes de su gran transformación vampírica.

Charlotte se sentó, con los hombros caídos y los labios temblorosos como si estuviera contemplando la ópera más trágica del mundo. ¿Estaba su corazón destrozado por perder a Albert, o estaba hirviendo de rabia por su insensibilidad? Toda la situación era suficiente para que cualquiera quisiera llorar o, al menos, lanzar algo contra el cráneo presumiblemente grueso de Albert. Si hubiera estado vivo, claro.

—¿Eso cambió la dinámica del grupo de alguna manera? —preguntó Rhianne.

—No lo supimos hasta la semana pasada. —Sam lanzó una mirada a Charlotte. Debía haberlo mantenido en secreto.

—No tenía nada que ver con los demás —intervino Charlotte—. No quería ser la fuente de un problema.

—Ya había cambiado, muñeca, ¿no es así? No tiene sentido culparte por ello. —La voz de Marcus era como papel de lija deslizándose sobre madera vieja.

—¿Cómo cambió? —preguntó Rhianne.

Marcus frunció los labios.

—Una vez que Albert supo que iba a convertirse en vampiro, empezó a dar pistas, como alardeando sobre nosotros. No lo soltó todo de golpe, supongo que estaba esperando estar seguro

de que la conversión ocurriría. Pero cuando faltaba solo un mes… —Sam imitó un redoble de tambores.

—Ya veo. ¿Pero era generalmente apreciado? —preguntó Rhianne.

—¿Entonces no fue un accidente? —interrumpió Ethan.

—Nunca dije que lo fuera. —Mejor ir con cautela—. Pero encontramos algunas sustancias ilegales en su posesión.

Marcus sonrió, una sonrisa extendiéndose por su rostro como mantequilla en una tostada caliente. —Oh, a Don Bellmont no le habría gustado nada eso. Quizás se habría caído de su pedestal eventualmente.

—No, no le habría gustado. Nos engañó tanto como a Don Bellmont. Albert era muy hábil. —El comentario de Sam borró la sonrisa del rostro de Marcus—. A todos les caía bien.

No, no a todos. Alguien lo odiaba lo suficiente como para apuñalarlo hasta la muerte. Tampoco había mucho amor perdido en este grupo, pero Rhianne no podía ver a ninguno de ellos asesinando a Albert por ser un imbécil. Mejor terminar esto sin revelar los secretos de Don Bellmont.

—¿Alguno de ustedes sabe quién era su proveedor? No revelaré mi fuente de información a Don Bellmont. —No le importaba, pero tenía que mantener la fachada.

Marcus resopló. —No conoces muy bien a Don Bellmont, ¿verdad? Te lo sacará. —La combinación de su voz áspera y sus ojos entrecerrados envió escalofríos por la espalda de Rhianne. Puede que Marcus no hubiera asesinado a Albert, pero algo le decía que no dudaría en matar si el trabajo lo exigiera.

Rhianne mostró los dientes. —Yo diría que tú no me conoces muy bien a mí. ¿Debo entender que sí sabes quién era el proveedor?

Marcus frunció los labios e hizo ademán de levantarse, pero una sola mirada severa de Ethan actuó como un ancla, devolviéndolo a su asiento.

—Díselo. —Ethan no levantó la voz y su expresión no cambió, pero Marcus asintió.

—Albert era el proveedor —dijo Marcus.

¿Él era el proveedor? Rhianne hizo una pausa, tan inmóvil como una estatua con un secreto. Lo cierto es que encajaba en su perfil. ¿El encanto estudiado? Era su herramienta, como una gema multifacética, hábilmente tallada para deslumbrar y persuadir en cada interacción social. Arrogante hasta la médula y amante del riesgo, vender esteroides ilegales le habría atraído. Alimentaba su propio hábito, que probablemente surgía de su necesidad de ser el alfa en donde

estaba. Pero ser traficante también le daba poder, el tipo de poder que viene con conocer los pequeños secretos sucios de todos.

Y vaya que era un riesgo. Don Bellmont aborrecía las drogas. Si lo hubiera sabido, ¿habría sido suficiente para convertir su favor en furia? ¿Habría otros a quienes les vendía, tal vez alguien en la casa? Quizás eso llevó a una disputa, una acalorada discusión sobre una poción particularmente potente que terminó con más que solo palabras duras. Era posible que el negocio secundario de Albert lo hubiera convertido de depredador a presa en un juego oscuro y mortal.

Si el asesinato no hubiera ocurrido en los terrenos de la casa, la lista de sospechosos de Rhianne estaría creciendo rápidamente. ¿Debía Albert dinero a una banda de narcotraficantes, lo que llevó a un asesinato por encargo? Pero ese escenario no concordaba con el estilo del asesinato. No fue una ejecución calculada; más bien un arrebato de ira incontrolada. Quizás si lo hubieran golpeado hasta la muerte, encajaría, pero no con apuñalamiento. No, esto era algo más, algo más desordenado e impulsivo.

Sacudiéndose de su ensimismamiento contemplativo, encontró varios pares de ojos fijos en ella.

—Gracias por la información. —Rhianne se levantó, olvidando su copa de vino a medio beber.

Su antigua mesa estaba ahora ocupada, pero cuando Oscar y Alice se acercaron paseando, los otros clientes se dispersaron como hojas al viento. Inteligente. Rhianne, cansada y más interesada en la practicidad que en la dinámica de su improvisado juego de sillas musicales, no objetó.

—Don Bellmont estallaría si se enterara de esto. —Oscar bebía su cerveza con intención.

—¿No quieres decírselo? —Rhianne había captado el “si”.

—¿Estás bromeando? —Oscar casi volcó su cerveza y solo un rápido reflejo la salvó de derramarse—. ¿Quién en su sano juicio quiere contarle al amo que su precioso prodigio no solo estaba consumiendo sustancias recreativas sino que también tenía un acogedor negocio secundario vendiéndolas? ¡Vamos! El tipo no necesitaba el dinero extra. Tenía toda la casa a su disposición, y si le hubiera pedido dinero a Don Bellmont, ¡el amo le habría ofrecido una gallina de los huevos de oro también! —La voz de Oscar había estado ascendiendo constantemente en la escala musical con cada frase.

Alice puso su mano sobre la de Oscar. —Don Bellmont te asusta.

Su rostro se suavizó. —Gracias. No quiero que os llevéis una idea equivocada. El amo nunca me haría daño, ni a ninguno de nosotros, físicamente. Pero digamos que es un vampiro aterrador en el sentido de ‘te daré una reprimenda verbal’, no en el de ‘te drenaré la sangre’. Y sus

reprimendas verbales son legendarias. Una vez lo hizo con el señor Blackwood y se le quedó una cara así de larga —Oscar lo demostró colocando sus manos a medio metro de distancia—. Durante días.

Una sensación de hormigueo comenzó en la base de la columna de Rhianne y subió hasta su cuello, donde empezó a hacer sonar las alarmas. —¿Sobre qué fue la reprimenda?

La sonrisa de Oscar se desvaneció. —No lo sé con certeza, señorita, pero Albert tenía una gran sonrisa cada vez que veía al señor Blackwood después. Era escalofriante.

—¿Cuándo fue eso?

Oscar se rascó la cabeza y tomó un sorbo de su cerveza. —¿Tal vez hace un par de meses? No hace mucho, de todos modos. —Hizo una pausa por un momento, y luego añadió—: ¿Sospecha usted del señor Blackwood? Quiero decir, señorita. Es un buen tipo. Sé que no se puede saber quién es un asesino por su apariencia o comportamiento. Los vecinos salen y dicen: "Pero si era un tipo tan agradable". Lucius nos cuida y… No pretendo enseñarle a usted cómo hacer su trabajo, señorita.

Alice frunció el ceño y le dio unas palmaditas en la mano. —A Rhianne no le importa. —Alice se volvió hacia Rhianne—. ¿No te importa, verdad?

Las comisuras de la boca de Rhianne se crisparon. —No me importa en absoluto.

Era como un soplo de aire fresco ver a Alice volver a su habitual forma de ser. Después de haber sido acusada injustamente de asesinato, se había vuelto apagada, como un fantasma que hubiera olvidado cómo asustar. Aunque había mostrado destellos de su antiguo yo, esta era la primera vez que Rhianne veía la chispa de su amiga completamente reavivada. Y estaba enfocada como un láser en Oscar. Tal vez él sería bueno para ella.

Rhianne le guiñó un ojo. —Además, si Oscar alguna vez decide darte problemas, sabremos a quién acudir para una charla "amistosa".

Oscar balbuceó. —Yo nunca… —Volvió sus ojos suplicantes hacia Alice—. ¡Siempre la trataría como la dama que es, señorita Alice, lo juro!

Un rubor se extendió por las mejillas de Alice; un bonito color rosado que se asemejaba a las primeras etapas del atardecer. —Eso es muy amable de tu parte, Oscar, pero si me faltaras al respeto, tendrías que vértelas *conmigo* y en segundo lugar… —Su voz se suavizó mientras Oscar sacudía la cabeza con suficiente vigor como para desencajarla—. Llámame Alice o me veré obligada a desatar mi arma secreta.

—Por supuesto, seño… Alice —dijo Oscar—. No hay necesidad de armas secretas ni nada por el estilo.

Cuál era esa arma secreta quedó sin decir. Rhianne tenía suficiente sentido de autopreservación para mantenerse alejada de ese misterio en particular. Después de todo, ¿quién quiere descubrir el arma secreta de su amiga por las malas?

CAPÍTULO 16

Rhianne y Kai se despidieron fuera del Rose, pero Oscar y Alice apenas les dirigieron una mirada. Absortos el uno en el otro, con las cabezas inclinadas como si estuvieran compartiendo secretos de estado y con medias sonrisas, sus gestos de despedida gritaban: —¡Ahora estamos en nuestro propio mundo!

Mientras Kai conducía hacia la casa de Rhianne, ella observaba las luces de la ciudad realizando una danza vertiginosa fuera de la ventana.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó Kai.

Rhianne contempló las luces brillantes del puente del puerto. —Vale la pena investigar el ángulo de las drogas. No fue un asesinato al estilo de una ejecución, pero tampoco es que los traficantes de drogas sean conocidos por enviar cartas de recordatorio amables. Si Albert les estaba engañando, no dudarían en usar un poco de persuasión dramática.

—Se necesitaría valor para hacer un ataque en una casa de vampiros —Kai cambió de carril —. Sin mencionar que sería difícil.

—Lo sería, pero si consiguieran que los vampiros miraran hacia otro lado… Cualquier banda que se precie sabría que Albert ocupaba un lugar prominente en la casa de los Bellmont. Sería el colmo de la estupidez asesinarlo públicamente. Si lo hicieran, Don Bellmont emprendería un camino de venganza sin dejar piedra o sospechoso sin revisar —Se encogió de hombros—. Así que podría ser una cortina de humo.

—Normalmente querrían hacer un ejemplo de aquellos que les engañan, sin embargo. No es que una banda de narcotraficantes grite discreción, pero ¿qué sé yo?

—No, *nosotros* no sabemos, pero conozco a alguien que sí sabría —dijo ella.

Un profundo suspiro recibió esa declaración. —Te refieres a Nel.

—Sí, me refiero a él.

Era un tema delicado. Por mucho que Rhianne lo intentara, los problemas de confianza entre Kai y Nel se aferraban como una mancha obstinada. Habían dado pequeños pasos durante el caso de sucesión de la manada Moonshadow, pero el desagrado persistía. Kai era honesto hasta la médula, tranquilo, reservado y meticuloso con las reglas y los detalles. Nel, por otro lado…

bueno, digamos que la honestidad no era su característica más prominente. Ni siquiera estaba entre las diez primeras. Si fuera una carrera, la honestidad aún estaría atándose los cordones en la línea de salida. Pero lo que a Nel le faltaba en franqueza, lo compensaba con diversión, una lealtad que haría sonrojar a un golden retriever y un profundo cuidado por aquellos bajo su imprevisible paraguas.

Nel era su mejor amigo, el hermano que deseaba haber tenido. Habían sido uña y carne desde que ella logró entrar en su club a los dieciséis años. El hecho de que su atractivo de íncubo no tuviera efecto en ella significaba que podía bajar la guardia a su alrededor, una rareza en su mundo. Por supuesto, ella ya no era la única inmune estos días. Isobel se había unido al club, y Nel estaba más que un poco intrigado, provocando un juego del gato y el ratón entre los dos.

Miró a Kai, su perfil iluminado por las farolas, su cabello rojo captando el resplandor como brasas en una sala oscura. Había atravesado sus defensas como si fueran meras telarañas, no los formidables muros que ella había imaginado. La primera prueba de fuego fue cuando mencionó a su famosa madre. No solo Kai desconocía su estatus de celebridad, sino que tampoco le importaba. Luego estaba su condición de híbrida. Claro, no era tan frágil como había dejado entrever, pero él no lo sabía en ese momento y aun así pensaba que ella era algo especial. Solo habían pasado unos meses, pero dicen que la calidad supera a la cantidad, ¿no? Quizás esta cosa de la relación no era el equivalente a entrar en una casa embrujada después de todo. Tal vez, solo tal vez, era más como encontrar un rincón acogedor en un mundo lleno de caos.

Sacudió esos pensamientos, como un perro que se sacude el agua después de nadar. ¿Cómo había vagado por ese camino mental en particular? Ah, claro, Nel. —Estará despierto, así que lo llamaré cuando llegue a casa.

Kai asintió, su ceño frunciéndose solo un poco —un indicio de una arruga— pero nunca le diría que no lo hiciera.

Llegaron al apartamento de ella y Kai estacionó el coche cerca de las escaleras.

—¿Quieres entrar?

Él negó con la cabeza. —Estoy trabajando en un caso, pero estaré disponible mañana por la tarde. ¿Tuviste la oportunidad de hablar con tu madre?

Rhianne trató de ignorar la sensación hueca en su estómago. Centrándose en su pregunta, suspiró, una ráfaga de exasperación que podría haber volado una pila de papeles de un escritorio. —Ella sabe muchísimo sobre vampiros. Es decir, es como una enciclopedia vampírica andante y parlante con actitud. Se dedica a averiguar todo lo posible sobre otros seres sobrenaturales, especialmente la política. Pero esto… esto iba más allá de su intromisión habitual. Incluso

Isobel, que está bastante al tanto, no sabía mucho sobre los vampiros, así que ¿cómo diablos consiguió mi madre esa información? Luego está esa deuda de sangre. Todavía no puedo creer que fuera lo suficientemente tonta como para hacer algo así.

—Habría sido bastante joven y no lo habría sabido mejor —dijo Kai.

Kai siempre examinaba todos los ángulos posibles, pero cuando se trataba de Nel… No, eso no era justo; Kai sí analizaba todo imparcialmente. Tal vez la mente de Kai era parcialmente cibernética por todo ese tiempo pasado con la tecnología, porque era tan lógica y metódica. Admitió que ver todo como un 1 o un 0 tenía el potencial de simplificar decisiones y acciones. No solo funcionaba para él, sino que se había vuelto útil en sus investigaciones muchas veces. Lo miró y sonrió. Su propio mago tecno con el cerebro binario increíblemente brillante.

Pero entonces recordó lo que él había dicho y resopló. —Mi madre nació con un sombrero político y una mente calculadora. Es tan astuta como cualquiera y sus poderes de negociación la verían gobernar un bazar marroquí.

—Entonces sería interesante escuchar cuál era la alternativa a la deuda de sangre.

Sí, confía en Kai para ir al meollo del asunto. Su madre nunca habría aceptado la deuda de sangre a menos que las apuestas fueran altas. ¿Qué había hecho o querido que pudiera explicar eso?

—Lo sería, excepto que no me lo dirá. Tengo que ver si puedo sacárselo a Don Bellmont de alguna manera.

—Sabes, parece que él tiene una alta estima por tu madre —dijo Kai.

Rhianne, que se había perdido en sus pensamientos mientras miraba por la ventana, giró bruscamente la cabeza para mirar a Kai. Su reacción inicial fue de negación. —¡La amenazó con una deuda de sangre! ¡No haces eso a menos que no tengas ninguna consideración por la persona!

Pero en cuanto las palabras salieron de su boca, otros fragmentos de información comenzaron a surgir de los rincones oscuros de su cerebro. Seb diciendo que Don Bellmont sabía quién era Rhianne y los casos que había resuelto. La forma en que Don Bellmont miró a su madre cuando le pidió que lo llamara Raphael. El anhelo en su voz cuando dijo que le enviara sus saludos a su madre. En su momento, lo había interpretado como una amenaza descarada para presionarla a obtener resultados. ¿Y si se hubiera equivocado? Por otro lado estaba su madre. Ella había justificado abiertamente las acciones de Don Bellmont, con el pretexto de que estaba *de luto*.

Kai permaneció sentado en silencio, como un bastión de paciencia, dejando que ella procesara todo a su propio ritmo. Su atención estaba fija en su teléfono, dándole el espacio que

necesitaba para organizar su torbellino de pensamientos.

Entonces, ¿por qué recurrir a la deuda de sangre? ¿Por qué no simplemente llamar a Rhianne y pedirle que investigara? Vale, quizás habría dudado en sumergirse en el drama vampírico. Después de todo, cualquiera con un ápice de sentido común evitaba los asuntos de vampiros como un picnic evita la lluvia. Estaba bastante segura de que habría aceptado el caso, pero Don Bellmont no conocía su potencial entusiasmo. Quería que el caso se resolviera, y rápido. El duelo hacía cosas extrañas a la gente, y aunque técnicamente los vampiros no eran personas, seguían cayendo en las mismas trampas emocionales. Resopló, y Kai levantó la mirada. Ella negó con la cabeza y él volvió a su teléfono.

Era triste lo fácil que resultaba pensar en los demás como, bueno, otros. Como si etiquetarlos les quitara su esencia solo porque eran diferentes. Ella, de entre todos los seres, debería entender ese sentimiento, siendo una híbrida con poderes débiles… bueno, quizás inusuales era una palabra más adecuada.

Exhaló. —Puede que tengas razón. Es un misterio y tal vez cuando esto termine, pueda investigarlo —. Porque estaba decidida a resolver este caso, aunque eso significara adentrarse en la guarida de vampiros hambrientos o jugar al escondite con narcotraficantes homicidas.

Kai asintió antes de inclinarse, acortando la distancia con un suave beso. Ella correspondió con igual fervor, sus manos encontrando un lugar acogedor en la nuca de él. Mientras hacían una pausa, sin aliento, ella apoyó su frente contra la de él, sus ojos encontrándose: una tempestad de emociones arremolinándose en los azules tormentosos de él.

—Soy una chica con suerte —susurró ella.

—Entonces yo tengo el doble de suerte —respondió Kai.

Ella sonrió, sus dedos trazando el contorno de su mejilla. Luego, con una vacilación que la envolvió como un suave chal, se apartó, dejando un susurro de espacio entre ellos cargado de una promesa silenciosa.

Cuando Rhianne salió del coche, la sinfonía del monte la rodeó: los grillos cantando su recital nocturno, las hojas susurrando como un suave aplauso en la brisa gentil, y el lejano ulular de un podargo como un viejo y sabio director. El aroma terroso del monte llenó sus fosas nasales, un recordatorio fragante de la calma de la naturaleza en medio del caótico concierto de la ciudad. Al llegar a su puerta y despedirse con la mano, solo entonces Kai se alejó conduciendo en la noche.

Al entrar en su apartamento, vio a Toto dormitando en su sillón favorito.

—Hola, Toto —lo acarició—. Me muero de hambre.

En la cocina, comenzó a preparar una tostada con queso, untando el pan con mantequilla antes de agregar una generosa capa de queso rallado. Lo extendió uniformemente, asegurándose de que cada rincón estuviera cubierto, como una pintora asegurándose de que su lienzo estuviera perfectamente recubierto. Colocando el pan bajo el parrilla, observó cómo el queso burbujeaba y se doraba deliciosamente.

—¿La entrevista a los amigos de Albert arrojó algo importante? —Toto bostezó a mitad de la pregunta, por lo que su voz sonó como un globo desinflándose.

—Bueno, descubrimos que traficaba con drogas y que no era un buen tipo.

Procedió a contarle a Toto sobre las perspectivas de Charlotte, pintando una imagen del carácter poco ejemplar de Albert.

—Ese hombre no tenía honor. Habría sido un vampiro aterrador —Toto había salido de su estupor y se estaba sacudiendo. Un escalofrío recorrió la espalda de Rhianne. Un vampiro inmortal encantador que te dejaría seco mientras le agradecías por hacerlo. ¿En qué estaba pensando Don Bellmont?

Cogió su teléfono y llamó a Nel. —Hola, Nel.

—Hola, princesa —su voz llegó acompañada por el retumbar de los bajos y las risas estridentes del club de fondo—. ¿Cómo está mi investigadora favorita? —El ruido disminuyó como si hubiera envuelto el club en una capa insonorizada, indicando que se había movido a un lugar más tranquilo.

—Eso depende. ¿Cuántos detectives tienes en tu marcación rápida? —Le dio un mordisco a su sándwich, saboreando el queso derretido.

Su risa se derramó por la línea, rica y cálida. —Eres mi única y exclusiva, ¿lo sabes, verdad?

—Oh, no creo que puedas decir eso ya —esbozó una sonrisa—. Creo que hay cierta patóloga que podría estar a punto de destronarme.

Hubo un silencio estruendoso al otro lado, seguido de un poco de tos. —Eso es puramente interés científico.

¡Interés científico y un cuerno! —Ajá, por eso de alguna manera conseguiste su número personal, la convenciste para que nos ayudara con otra investigación, y casi te envenenaste para impresionarla cuando estábamos trabajando en el caso del asesinato de Dama Celestia.

—Estaba ayudando a aclarar la causa de la muerte. Deberías estar contenta por eso. Además, hay algunas ventajas en mi constitución de íncubo.

Puso los ojos en blanco. —Como señaló Isobel, no eres inmune a todo. De todos modos, me parece que “el caballero protesta demasiado”.

—No sé a qué te refieres —resopló.

—Lo que sea. Vive en la negación. Tu vida, tu elección —dio otro mordisco a su sándwich goteante y lo tragó.

—¿Es por eso que me llamaste, princesa?

—Mmm, no, lo siento. Te llamaba porque encontré información interesante sobre Albert.

—¿Oh? —Su tono se volvió más agudo.

—Al parecer —susurró a medias en el teléfono. A Nel le gustaba un poco de teatralidad—, estaba traficando con caramelos de gimnasio.

—Hay algunas bandas de drogas en Sídney que se ocupan de eso. ¿Sabes exactamente qué esteroides estaba vendiendo? —Su tono cambió a uno más profesional. Nel conocía a todos los que valían la pena en la ciudad y más allá. Su club, «El Abogado del Diablo», solía albergar a la crema y nata de la sociedad de Sídney. Aunque no se limitaba a la alta sociedad. No, Nel tenía muchos contactos menos *recomendables*, como los llamaba Kai. Nel comerciaba con secretos y recopilaba información. Y era muy bueno en ello. De hecho, ella apostaría a que podría decirte la talla de zapatos del alcalde y la marca de café preferida de la mitad de los detectives de la ciudad.

—Tendremos que preguntarle a Isobel; ella lo encontró. Puedo llamarla si quieres —sonrió. Uno, dos…

—No hace falta —se apresuró a decir Nel—. Iré a visitarla mañana.

Rhianne optó por la vía diplomática y se abstuvo de señalar que habría sido más fácil simplemente llamar a Isobel.

—Vale, ¿y cómo nos va a ayudar eso?

—La composición química de la droga me dirá la probable banda que la maneja. Hay un puñado de las grandes en la ciudad —dijo Nel.

—¿Estás diciendo que tienen especialidades?

—Las tienen, de lo contrario tendríamos muchas más guerras territoriales —dijo Nel—. Piensa en ello como una forma retorcida de especialización del crimen organizado. Te sorprendería el nivel de sofisticación que tienen. Lo manejan como un negocio, con servicio al cliente y programas de fidelización incluidos. Es nuestra mejor apuesta porque si es un traficante de poca monta, es poco probable que lo encontremos en los próximos días.

No es que no lo fuera a encontrar, solo que tardaría más en hacerlo. Pero el reloj corría y Rhianne no confiaba en ningún repentino cambio de corazón honorable de Don Bellmont para extender el plazo.

—¿Puedes llamarme cuando lo sepas?

—¿Qué vas a hacer con la información? —replicó Nel.

Rhianne se tiró del pelo. Buena pregunta. Pero solo había una cosa que pudiera hacer. —Preguntarle a quien esté al mando. —Sí, porque era muy inteligente acercarse al líder de la banda y decir: «Oye, ¿ordenaste un asesinato contra Albert?»

Una risa respondió a esa declaración. —Sabes, con cualquier otra persona lo tomaría como falsa bravuconería, pero contigo… empiezo a preocuparme por el otro bando. —Su tono cambió de ligero a serio—. Antes de que te lances allí como un toro en una cacharrería, nos sentaremos y lo planearemos. Y definitivamente no irás sola.

Rhianne reconoció ese tono. No iba a ceder en esto. Si discutía, se negaría a decirle lo que descubriera. —De acuerdo.

—Excelente. Nos vemos en el club mañana, digamos a las siete, y repasaremos todo.

Rápido, suéltalo. —Kai vendrá.

La pausa al otro lado hablaba por sí misma, pero era mejor para todos si Nel se acostumbraba a la idea de que Kai era ahora una constante en su vida. Mejor para ella, de todos modos. Pero estaba segura de que llegarían a gustarse. Bueno, tal vez «gustar» era apuntar muy alto. ¿Qué tal tolerar? ¿Reconocer sin hacer muecas? De todas formas, desde su actual punto muerto, el único camino era hacia arriba, ¿no?

—Por supuesto —dijo finalmente Nel—. Nos vemos entonces.

—Yo también voy —dijo Toto.

Rhianne se llevó la mano al corazón; se había olvidado de que aún estaba allí. Toto iba y venía a su antojo, desapareciendo con un movimiento de su cola solo para reaparecer más tarde como si siempre hubiera estado allí.

Le envió un mensaje a Kai para avisarle y recibió un emoji de pulgar arriba como respuesta. Ese único dígito bien podría haber sido el juramento de lealtad de un caballero: breve, directo y extrañamente tranquilizador. Ahora, con su variopinto equipo reunido, se sentía menos como si se dirigiera a una sesión de planificación y más como si se preparara para una fiesta de té muy peculiar y posiblemente peligrosa.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, Rhianne encontró a Alice cantando mientras arrastraba un enorme fardo, tosco y abultado por las costuras.

Aparte de su piel con aspecto de piedra, nadie la tomaría por una gárgola a primera vista. Con solo un metro ochenta de altura, Alice no tenía la corpulencia ni la estatura de sus congéneres, a diferencia de su hermano Carl, que estaba construido como un gorila de discoteca. Si el gorila también trabajara como montaña a tiempo parcial, claro está.

Era una gárgola «menuda». Pero las apariencias engañan. Esa bolsa que transportaba, tratándola como si fuera un insignificante saco de harina, pesaba la friolera de cien kilos.

—¡Eh, Alice! Estás de buen humor —¡Ups! No pretendía insinuar que solía estar gruñona, aunque, en ocasiones, su humor tendía más hacia lo «tormentoso» que hacia lo «soleado».

Alice sonrió.

—Hola, Rhianne. Apuesto a que estuviste despierta media noche pensando en el asesinato.

Era cierto, se había pasado la noche dando vueltas, con la mente convertida en un torbellino de pistas y teorías.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, además del hecho de que eres tan tenaz como un sabueso tras una pista, tienes ojeras.

¡Ay! Rhianne se frotó los ojos cansados.

—Eso va a empeorarlas —Alice dejó su cargamento geológico y lo abrió de un tajo.

Rhianne le lanzó una mirada de falso enojo a Alice.

—Sí, gracias por el consejo de cuidado ocular. Estaba pensando en el asunto de las drogas.

Alice colocó las rocas alrededor de un pintoresco arreglo de jardín, con palmeras y un estanque tranquilo en el centro.

—Ah, sí, ese es un buen enfoque. Pero ¿cómo consiguieron entrar en la casa?

—Existe la posibilidad de que ordenaran matarlo y quizás contrataran a uno de los miembros actuales de la casa.

—Así que si averiguas quién de la casa lo hizo, probablemente encontrarás a sus jefes.

Sonaba bastante sencillo, pero había un fallo en el argumento.

—Creo que a Don Bellmont le interesa más la mente maestra detrás del asesinato y no solo el títere que lo llevó a cabo —levantó una mano para adelantarse a la respuesta de Alice—. Además, sin conocer el motivo, va a ser bastante difícil averiguar quién lo hizo.

Alice asintió, con la atención dividida entre la conversación y su paisajismo. El efecto de sus esfuerzos era bastante pintoresco.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ir a la calle a buscar quién se lo vendió? No encontramos nada en su habitación, ¿recuerdas?

Rhianne se frotó la nuca.

—Existe la posibilidad de que escondiera parte del alijo en algún lugar de la casa. Le pediré a Oscar que lo busque o veré si Toto puede olfatearlo —debería haberlo pensado antes—. ¿Tendría Albert un cómplice en la casa, quizás uno de los sirvientes?

Encontrar el alijo era una cosa, pero no es como si viniera con una nota conveniente adjunta diciendo: «Propiedad del Malo de la película». ¿Albert haciendo equipo? Improbable. Era más bien del tipo lobo solitario, o quizás una comadreja solitaria. Aunque sería muy propio de él usar a alguien sin que este lo supiera siquiera.

Negó con la cabeza.

—Para responder a tu pregunta, Nel está en una misión de identificación de bandas, y luego planeo hacer una visita amistosa al vecindario.

Alice dejó de arreglar las rocas y se acercó a Rhianne, colocándose como un rascacielos preocupado.

—*No* vas a ir sola.

Rhianne suspiró. Alice había estado agradecida cuando Rhianne resolvió el caso Parkes. Pero en algún momento entre las investigaciones y los enfrentamientos, habían tropezado con la amistad, un concepto algo extraño para Rhianne. Su instinto le gritaba que fuera sola, pero la postura de Alice era inamovible. Pies plantados, brazos cruzados y una mirada que podría durar más que una auditoría fiscal.

—Y Carl también viene.

* * *

La pequeña sala de conferencias de Nel estaba abarrotada pero en silencio. Tan pronto como Rhianne y Kai llegaron al club, Charles —su portero favorito— los hizo pasar antes de

desaparecer. La sala contenía una mesa oblonga de madera negra pulida en el centro, rodeada de sillas que gritaban «comodidad ejecutiva». Grandes ventanales cubrían un lado de la sala, ofreciendo una vista panorámica del horizonte de la ciudad. Por la noche, parecía una discoteca para edificios insomnes, con cada ventana brillando como si fuera parte de un elaborado espectáculo de luces. Una colección ecléctica de arte colgaba de las paredes. El techo estaba salpicado de luces halógenas lo suficientemente brillantes como para hacer entrecerrar los ojos a un girasol. Una gran pantalla estaba montada en una de las paredes, lista para aburrir a todos con gráficos y diagramas. Quién sabe qué habría preparado Nel para este «plan» de abordar a los narcotraficantes.

En un extremo de la mesa, Alice, Carl y Oscar habían formado una versión humana de una nube de tormenta. Carl le lanzaba miradas afiladas a Oscar, con los brazos cruzados. Alice, entre ellos, fruncía el ceño a Carl. La tensión era tan densa que se podría cortar con un tenedor de plástico.

Rhianne parpadeó cuando vio a Isobel en el extremo opuesto de la mesa, disfrutando de un croissant de almendras hojaldrado. No podía ser un croissant cualquiera. Rhianne estaba dispuesta a apostar que Nel había hecho de las suyas para conseguir uno de esos raros y preciados pasteles de Reuben. Nel tenía un don para lograr lo imposible cuando estaba motivado. La verdadera pregunta era si este soborno mantecoso sería suficiente para cambiar la postura de Isobel.

Isobel tenía una mirada soñadora en el rostro mientras tragaba un bocado y una sonrisa astuta se dibujaba en los labios de Nel. En sus juegos de alto riesgo, Nel se estaba llevando sus victorias miga a miga.

—Ah, aquí estás, princesa —dijo Nel, reconociendo a Kai con un gesto que podría haberse confundido con un decreto real.

Rhianne saludó con la mano.

—Hola a todos. Eh, Oscar. ¿Cómo es que estás aquí? —Rhianne miró a Alice, que parecía absorta en sus uñas—. No es que no me alegre de verte, claro.

—Eh… —Oscar lanzó una mirada rápida e incómoda a Alice—. Alice mencionó que ibas a tener una charla amistosa con los narcotraficantes, y pensé que podría pasarme para ofrecer mi ayuda.

Rhianne se volvió entonces hacia Isobel.

—Tampoco esperaba verte aquí.

Isobel se encogió de hombros, concentrada en las migas del pastel como si fueran parte de una importante excavación arqueológica.

—Es aburrido estar en el laboratorio escribiendo informes y lidiando con el papeleo. Además, no hay muchos cadáveres que examinar por el momento, lo que no anima precisamente las cosas. Juego de palabras intencionado.

Rhianne había visto una vez el Everest de papel en la oficina de Isobel, así que entendía perfectamente por qué querría escapar. La pila de papeleo era tan alta que probablemente tenía su propio sistema meteorológico. Pero Rhianne no había imaginado a Isobel como alguien que disfrutara de este tipo de emoción de capa y espada.

Toto soltó un solo ladrido y luego saltó a una de las sillas. La rodeó un par de veces antes de acomodarse. Parecía listo para echarse una siesta, aunque sus orejas permanecían erguidas.

Nel se aclaró la garganta y se frotó las manos. —Empecemos entonces. Isobel tuvo la amabilidad de aislar el tipo de droga que estaba en el sistema de Albert —lanzó una mirada hacia Isobel, quien continuó masticando sin reconocer el cumplido de Nel.

No, Nel tendría que esforzarse más. El pequeño tic en sus labios le dijo que estaba disfrutando. Rhianne se encogió de hombros; era su funeral. No sabía qué tipo de ser sobrenatural era Isobel y ella no lo estaba diciendo. El exterior delicado y femenino de Isobel era como una hermosa caja envuelta con un regalo desconocido, posiblemente explosivo, dentro. El acero en los ojos de Isobel y la magia que intentaba suprimir —pero seguía filtrándose— indicaban que era una fuerza a tener en cuenta.

Nel se levantó y caminó hacia la pantalla. —Esto es lo que sé. Los chicos de Loki tienen un monopolio virtual sobre el mercado de esteroides, y este tipo en particular es una de sus adiciones más recientes.

El proyector cobró vida, revelando una foto de dos hombres conversando fuera de un restaurante. El contraste entre ellos era marcado: uno era alto y delgado, con cabello oscuro y liso peinado hacia atrás. Su cabeza era tan ovalada que parecía un huevo. El otro tipo era más bajo y calvo, pero construido como un refrigerador. Eran el tipo de dúo que te haría mirar dos veces.

El ceño fruncido de Carl se tomó un descanso mientras prestaba atención, e incluso Isobel hizo una pausa en su demolición de pasteles para mirar hacia arriba. Nel siempre había sido bueno captando la atención de la gente. Era el ritmo invitador de su voz, como una suave melodía de jazz a la que no puedes evitar moverte, y su personalidad, tan cálida y acogedora como una fogata en la playa. Por supuesto, su ofensiva de encanto rebotaba en Isobel como la

lluvia en el lomo de un pato, pero nadie podía ganarlos a todos. Aunque conociendo a Nel, lo veía como un desafío.

—El alto es Gary Johnson, Gazza para sus amigos, "El Martillo" para todos los demás. No hace falta decir que no tiene muchas personas que lo llamen Gazza. El otro tipo es Benito Lewis, "El Carnicero", y es el matón, aunque su gente teme más a Gazza.

—¿Estás seguro de que son la banda que le suministró a Albert? —preguntó Oscar.

Alice asintió. —Buena pregunta.

Carl se burló, pero Rhianne estuvo de acuerdo. Albert podría haber tratado con una banda diferente o con un intermediario. Y tal escenario ciertamente habría herido su ego. A pesar de que Albert se veía a sí mismo como el pez gordo, no necesariamente significaba que otros compartieran su alta opinión.

Nel le ofreció a Oscar una gran sonrisa como si hubiera ganado puntos por hacer la pregunta correcta. —Lo estoy, de hecho. Mi informante me dice que Albert cenó nada menos que con Gazza dos días antes de su asesinato.

—¿Dónde fue la cena? —preguntó Kai.

—En Galileo's en la Ópera —respondió Nel.

Kai escribió en su teléfono, y momentos después, la imagen en la pantalla cambió. El video mostraba a dos hombres fuera de un edificio, uno significativamente más corpulento que el otro. Mientras la figura más grande se giraba y bajaba las escaleras, Kai hizo zoom en el video, revelando una imagen borrosa pero inconfundible de Albert.

—¡Caramba! —dijo Oscar—. Ese es Albert, sin duda. No puedo creer que cenaría en un lugar público con un jefe del crimen.

Rhianne no estaba de acuerdo y vio la ironía en la situación. Albert pensaba que era intocable. La idea de que su muerte fuera un golpe planeado tenía sentido de una manera extraña. Ser apuñalado era una cosa, pero ¿añadir una estaca a la mezcla? Parecía que alguien estaba tratando de hacer un punto, tal vez insinuando alguna banda de vampiros o simplemente haciendo que pareciera un trabajo interno.

Se preguntó si los gángsters eran realmente tan inteligentes o dramáticos.

—En efecto, serían capaces —respondió Toto, y Rhianne se dio cuenta de que debía haber dicho la última frase en voz alta—. Gestionar una empresa extensa mientras se evade la detección de las fuerzas del orden requeriría un nivel de sofisticación y astucia.

—Lo último se logra principalmente untando algunas manos —dijo Nel—. Pero sí, tienen que lidiar con importaciones y logística. Algunos de ellos tienen departamentos completos de

Recursos Humanos.

—Entonces, ¿cómo hacemos para hablar con ellos y preguntarles si tuvieron algo que ver con el asesinato de Albert? —preguntó Rhianne—. ¿Les enviamos una invitación a una fiesta de té y esperamos que se les escape algo entre scones y crumpets?

—Estoy bastante segura de que no hablarían con nosotros —dijo Alice.

Isobel resopló, limpiándose las migas y el azúcar glas de la barbilla. —Y si lo hicieran, mentirían descaradamente.

—Aun así, vale la pena intentarlo —dijo Rhianne.

—La cosa con los narcotraficantes —Nel prolongó el suspenso como un narrador experimentado—, es que son tan defectuosos como cualquier otra persona. Tienen hábitos y preferencias específicas.

—¡Por el amor de Dios, basta de drama. Dinos! —dijo Isobel.

—Una vez al mes, salen a cenar. El restaurante no cambia, pero el día sí. La próxima cena es esta noche.

—¿Cómo sabes…? No importa —dijo Rhianne.

La red de Nel era tan ecléctica como extensa. En un extremo, estaba el VIP del club, un político o funcionario del gobierno cuyos labios se soltaban con cada sorbo de whisky caro. Estos peces gordos, vestidos de respetabilidad durante el día, se convertían en fuentes de información por la noche, todo bajo la influencia de una buena malta.

Luego estaba el trabajador de oficina poco llamativo, el quintaesencial “hombre gris” que se mezclaba con el fondo. De día, un empleado modelo, de noche, el informante estratégico de Nel, cambiando el tedio de las hojas de cálculo por la emoción del espionaje.

Y luego estaban aquellos que Rhianne nunca había conocido y solo podía adivinar. El hacker, que probablemente se consideraba un Robin Hood moderno, el pequeño traficante de drogas que se imaginaba a sí mismo como un futuro capo, o la pareja agraviada, usando el chisme como herramienta para una dulce venganza.

Algunos de los informantes lo hacían por la emoción, una desviación bienvenida de sus rutinas mundanas. Otros buscaban retribución, impulsados por los celos o el deseo de ajustar cuentas. Era un grupo variopinto, unido no solo por la persuasión de Nel, sino por el reconocimiento de un beneficio mutuo.

La eficacia de la red de Nel era difícil de ignorar. En cuanto a si era mejor que la de su madre, era como comparar manzanas con naranjas: ambas eran efectivas por derecho propio, pero muy diferentes en su enfoque. No se apresuraría a apostar cuál era superior.

—¿Y qué? ¿Vamos y asaltamos el restaurante? —preguntó Alice.

Nel sonrió. —Como dije, todos somos criaturas de costumbres. Después de terminar su plato principal, salen a fumar y charlar en el patio.

Alice sonrió. —¿Entonces, asaltar el patio en su lugar?

Rhianne entrecerró los ojos. Alice estaba demasiado cómoda con la idea de confrontar a estos narcotraficantes con fuerza.

—Tendrían guardias en el patio y si el patio conecta con la calle, también tendrían guardias allí —dijo Oscar.

Pero la sonrisa de Alice se ensanchó, Carl asintió como si fuera algo obvio y, ¿qué más daba? E Isobel curvó los labios hacia arriba. Nel, por otro lado, daba brincos de emoción.

Como jefe de la casa Bellmont, Oscar se encargaría de algunos de los arreglos de seguridad. Rhianne agradecía tener al menos una persona sensata en la sala. Bueno, dos, por supuesto, contando a Kai.

—¿Estamos hablando de armas? —el tono de Rhianne se elevó—. Es decir, ¿ellos irían armados, verdad? Porque si vamos a enfrentarnos a ellos con globos de agua, necesito saberlo con antelación.

Alice se encogió de hombros.

—Bah.

Fácil decirlo cuando tu piel es de piedra.

—Alice y yo podemos ir en primera línea y desarmarlos.

El tono pragmático de Carl era el mismo que usaba cuando hablaba de podar un árbol o discutía sobre el mejor fertilizante para el jardín. ¿Dónde estaba el gárgola tranquilo que se sonrojaba con solo mencionar el nombre de Marissa? ¿Acaso Nel había echado un chorro de suero de héroe de acción en su café? Le lanzó una mirada acusadora a Nel.

—No se lo esperarán —dijo Nel—. Puedo usar mi encanto con los guardias de fuera para abrirnos paso con palabras dulces. Carl y Alice pueden hacer su magia con los de dentro.

Nel era cauteloso con su encanto, consciente de que a menudo traía consigo una serie de consecuencias no intencionadas y a veces extrañas. Con frecuencia, aquellos a quienes seducía acababan enamorándose perdidamente de él. Los resultados iban desde el típico corazón roto, digno de una balada triste, hasta escenarios que fácilmente podrían inspirar un thriller, completo con tácticas de acosador en toda regla.

Rhianne lo fulminó con la mirada.

—Solo tengo que tocarlos —dijo Nel—. Es un encanto muy simple, ni siquiera me recordarán después de unas horas, como aquella vez que convencí al barista para que me diera un chupito extra de café. Sin daños, ¿verdad?

Kai negó con la cabeza. Eso, justo ahí, era una ilustración perfecta de las marcadas diferencias entre los dos hombres. Kai era la encarnación de los principios y lo que Nel a menudo llamaba «cuadrado». Nel, por otro lado, tenía un concepto bastante flexible de lo correcto e incorrecto, generosamente sazonado con una dosis de diversión.

Nel frunció el ceño.

—¿Algún problema?

—Debería poder desactivar cualquier cámara o equipo de vigilancia que tengan en el restaurante —dijo Kai—. También puedo bloquear cualquier señal telefónica para evitar que llamen refuerzos. ¿Tenemos información sobre cuántos guardias los acompañan?

—Ciertamente es un deleite tener mentes tan brillantes entre nosotros —dijo Isobel.

La pulla era inconfundible, pero Nel le sonrió como si fuera el cerebro detrás de la formación del equipo. ¡Ja! No había estado tan contento cuando ella trajo a Kai.

—¿Qué restaurante es? —preguntó Kai.

—El Arpeggio’s —respondió Nel—. Empiezan a cenar alrededor de las nueve de la noche y probablemente estarán en el patio hacia las diez y media. Y para responder a tu pregunta anterior, normalmente tienen un equipo de unos ocho con ellos.

Apenas Nel mencionó el nombre del restaurante, la imagen en la pantalla volvió a cambiar. El restaurante, situado en una zona arbolada que lindaba con un Parque Nacional, parecía más una casa espaciosa de una planta, pero con el añadido glamuroso de una piscina. Como si fuera una señal, la imagen cambió una vez más. La puerta principal de cristal del restaurante se abrió. En el interior, las mesas estaban dispuestas en una elegante danza, como participantes en un ballet silencioso, colocadas para evitar invadir el espacio de las demás.

—Está en Cherrybrook. Nos llevará unos cuarenta y cinco minutos llegar en coche, suponiendo que no haya cambios en las condiciones del tráfico —Kai miró su reloj—. Son las siete y veinte, así que tenemos tiempo.

Nel, que se había acercado, le dio una palmada en el hombro. Una expresión fugaz cruzó su rostro mientras miraba su mano. Con pasos rápidos, volvió a su posición frente a la pantalla.

—¿Habrá civiles allí? —preguntó Oscar.

¿*Civiles*? Rhianne casi esperaba que Nel sacara a continuación un equipo de camuflaje oculto.

—En la parte delantera del restaurante, sí, habrá civiles —los ojos de Nel escanearon la pantalla—. Pero no en el patio. El restaurante lo cierra los días que ellos están allí. Mi suposición es que dejan que sus clientes habituales cenen en el área principal para disuadir a las bandas rivales de hacer algún movimiento.

Ah, eso tenía sentido. Así debió ser como el informante de Nel había determinado el día exacto. El restaurante necesitaba un aviso previo para cerrar la zona. Como solía decir su madre, siempre había un punto débil en la armadura. «Encuentra el punto débil de los demás, protege el tuyo».

Un escalofrío recorrió la espalda de Rhianne. No tenía un buen presentimiento sobre esto.

CAPÍTULO 18

Kai movió la muñeca y una nueva imagen reveló el plano del restaurante. El área del comedor era lo suficientemente espaciosa para acomodar a unas cuarenta personas. Junto a ella había una cocina sustancial y un par de áreas más pequeñas, probablemente designadas para almacenamiento o el área de descanso del personal. Además del comedor, el patio podía albergar a otras veinte personas.

—¿Cómo obtuviste el plano de los asientos? —preguntó Isobel.

—Para obtener su licencia, el restaurante tiene que presentar su disposición de asientos —dijo Kai.

—¡Impresionante! ¿Estás planeando donar ese brillante cerebro tuyo a la ciencia en tu testamento? Porque reclamo el primer derecho —dijo Isobel.

Nel frunció el ceño y Rhianne lanzó una mirada curiosa a Isobel. ¿Había sido ese comentario un intento de irritar a Nel? Porque había un destello de triunfo en los ojos de Isobel cuando Nel reaccionó. Y sí, Kai era brillante, pero ella había visto cosas mucho más impresionantes de él que simplemente sacar un plano de la nada, o bueno, de un teclado.

Kai, por supuesto, era imperturbable. —Me aseguraré de hacértelo saber.

—Hay una puerta en la valla del patio —dijo Oscar—. Estará cerrada desde adentro.

Alice se encogió de hombros. —No sería más alta de seis pies.

—¿Cuántas vallas has saltado casualmente? —preguntó Rhianne—. Además, no eres tú quien necesita saltarla. —Se señaló a sí misma.

Nel sonrió con suficiencia. —Seré tu entrenador de salto de vallas. Estás en buenas manos.

—Mmm. —Rhianne negó con la cabeza y miró a Kai—. ¿Tú?

Kai mostró una sonrisa. —La escalada en roca fue uno de mis pasatiempos por un tiempo.

Kai le había dicho a Rhianne que había vuelto locos a sus padres cuando era más joven. Había cambiado de intereses *mucho*. En un momento, se había aventurado en las artes marciales, lo que había resultado útil cuando tuvieron un encuentro con algunos individuos poco amistosos en un callejón hace unos meses.

Isobel se echó el pelo hacia atrás y golpeó la mesa con los dedos. —Yo abriré la puerta para ustedes, no hace falta ninguna acrobacia.

—¿Te refieres a después de que Alice y yo inmovilicemos a los guardias? —preguntó Carl.

Isobel sonrió. —Tú preocúpate por tu preciosa carga; yo me encargaré de abrir la puerta, grandullón.

Nel extendió los brazos. —¡Bienvenidos a la Operación 'Parlamento de Medianoche'!

—No va a ser medianoche —señaló Alice.

—Pero vamos a hablar con ellos —dijo Carl.

Isobel resopló. —Más bien exigir respuestas.

Rhianne miró al techo antes de tomar un gran respiro. ¿Era la única que pensaba que esto era un poco peligroso? —¡Chicos! ¿Podemos continuar con el plan?

El plan era tan simple como el pastel, al menos en el tablero que Nel preparó. Se dividirían en dos grupos. Oscar, Alice y Carl se encargarían de la entrada principal. Identificar a los guardias debería ser fácil: serían los que parecieran recién salidos de una revista de 'Rudos y Duros', menos la sonrisa. Cualquier arma probablemente estaría oculta, pero los bultos reveladores los delatarían. Mientras tanto, Kai había desenterrado un par de fotos granulosas de los guardias que habían escoltado a Gazza a su reunión con Albert, por si acaso eran los mismos.

Nel, Kai y Rhianne, por otro lado, navegarían por el patio a través del Parque Nacional. Las habilidades encantadoras de Nel serían puestas a buen uso, persuadiendo a los guardias para que abrieran las puertas y luego convenciéndolos de tomar una siesta improvisada. Rhianne no se había dado cuenta de que el carisma de Nel tenía tal potencial de noqueo.

El tiempo era crucial, asegurándose de que Kai tuviera suficiente tiempo para desactivar todos los teléfonos móviles, excepto los suyos, por supuesto. No querían que los matones llamaran pidiendo refuerzos, ni querían que un ciudadano bien intencionado marcara a los servicios de emergencia.

Dado que Kai y Rhianne consultaban con la policía ocasionalmente, no podían permitirse ser asociados con traficantes de drogas o arriesgarse a ser arrestados por agresión. Pasar una noche en la celda local ciertamente no estaba en la lista de deseos de Rhianne.

Con todos de acuerdo, se dividieron en tres coches, excepto Toto, que tomó el aire en su forma de águila. Nel de alguna manera convenció a Isobel de que se uniera a él en su coche. Era eso o quedar apretujada entre tres grandes compañeros en otro coche, o peor, hacer de mal tercio en el vehículo de Kai. Isobel refunfuñó su aceptación. Aun así, Rhianne pensó que podría haber opuesto más resistencia.

Nel e Isobel estaban encerrados en un juego impredecible, y Rhianne empezaba a preguntarse si incluso ellos sabían hacia dónde se dirigía.

Decidieron estacionar a una manzana de distancia para evitar levantar sospechas. No querían que Gazza y Benito desaparecieran antes de que pudieran acercarse. Excepto Nel y Oscar, que estaban vestidos con jeans y chaquetas negras, nadie más se tomó la molestia con el camuflaje. Estaban apostando por el elemento sorpresa, escondiéndose a plena vista, como dijo Nel.

Aun así, era imposible ignorar la imponente presencia de Carl y el igualmente corpulento Oscar. Alice, por otro lado, podría pasar por una mujer alta normal, pero nadie confundiría su expresión actual con algo remotamente amistoso.

Toto ya había aterrizado y vuelto a su forma de perro. —Esos artefactos metálicos son bastante lentos —dijo mientras se lamía una pata.

Rhianne lo ignoró mientras se frotaba las manos sobre su pecho tenso y se mordía el labio. Bueno, se había dicho a sí misma que entraría voluntariamente en una guarida de drogas para ayudar a su madre. Y aquí estaban.

Carl y Alice estaban discutiendo su estrategia de entrada.

—¡Argh! —Alice levantó las manos al aire—. Está clarísimo. Rhianne, ¡apóyame en esto!

—¿Qué está clarísimo? —Rhianne solo había captado algunas de las palabras de su discusión.

—Si todos entramos juntos, esos matones van a sospechar. Así que propongo que entremos como parejas.

—He hecho dos reservas —aportó Kai.

Rhianne sintió que parte de la tensión en su pecho se aliviaba. Todo estaría bien. Tenía apoyo completo.

—Ahí está, Kai lo ha arreglado —dijo Rhianne con más convicción de la que sentía.

—Perfecto —dijo Alice—. Oscar y yo formaremos una pareja, e Isobel y Carl entrarán como otra.

Carl refunfuñó, pero sabiamente decidió no insistir más en el asunto.

—¿No les parecerá extraño que cenen tan tarde? —preguntó Rhianne.

—Son poco más de las ocho y media. Hay gente que no empieza a cenar hasta después de las diez. Necesitas salir más —dijo Alice.

Isobel se aferró al brazo de Carl.

—Bueno, yo, por mi parte, me muero de hambre —declaró. Con paso decidido, encabezó la marcha hacia el restaurante, arrastrando a un desconcertado Carl.

Formaban una pareja bastante contrastante. Isobel, que era más bien pequeña, apenas llegaba al hombro de Carl. Sin embargo, de los dos, Rhianne decidió que Isobel era la más aterradora. Evidentemente, Carl compartía su perspectiva porque no ofreció resistencia mientras ella lo arrastraba.

—La reserva está a nombre de Pérez —gritó Kai.

Isobel agitó la mano en el aire. Estaba en una misión. Si esa misión implicaba pasar por la puerta o zambullirse en la comida (Rhianne la había visto ojeando el menú en su móvil) era difícil de decir.

Después de una espera prudencial, Alice entrelazó su brazo con el de Oscar y los siguieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rhianne.

—Estoy rastreando todos los teléfonos dentro y alrededor del restaurante —Kai tecleó en su portátil durante unos minutos—. Vale, estoy listo para activar la interferencia cuando sea necesario.

—Excelente —asintió Nel—. Vamos a posicionarnos en la parte de atrás.

—Pero ¿no nos verán los guardias cuando nos acerquemos? —preguntó Rhianne.

—Nos mantendremos cerca pero fuera de la vista, listos para movernos cuando Oscar nos dé la señal —Nel empezó a caminar hacia el sendero del bosque.

Habían acordado que Oscar enviaría un mensaje cuando Gazza y Benito se dirigieran al patio.

—Si es necesario, puedo usar mis habilidades para ocultarnos —dijo Toto.

Un estrecho callejón, apretujado entre dos casas, servía como su pasaje no tan secreto hacia el parque. La luz de la luna, haciendo el papel de un improvisado foco, se filtraba a través del dosel de arriba, proyectando patrones plateados en el suelo del bosque que guiaban su camino. Arriba, el cielo estrellado ofrecía un espectáculo digno de un Oscar, con constelaciones parpadeando como paparazzi celestiales.

Adentrándose más en el parque, fueron recibidos por la propia orquesta de la noche. El ‘tuit-tuit’ de un Willie Wagtail marcaba el ritmo, mientras que los pulsos chirriantes de los grillos añadían una armonía percusiva, creando una banda sonora que ni el mejor DJ podría igualar.

La fresca brisa nocturna agitaba las hojas en lo alto, creando un suave susurro en el aire. Rhianne respiró profundamente, el aroma de los eucaliptos mezclándose con el perfume terroso del suelo del bosque, y el aire fresco y limpio de la noche llenando sus pulmones como una sesión natural de aromaterapia.

Se sentía… en casa.

Los árboles se estiraban como si intentaran chocar los cinco con su alma. El corazón de Rhianne dio un vuelco, y no de emoción. Recordó aquel desafortunado incidente con un helecho, una planta que accidentalmente había 'amado' hasta la muerte después de aceptar su regalo de energía. Con un gesto mental, levantó algunas barreras mentales. Al instante, lo sintió: no solo decepción, sino lo que parecía un berrinche silvestre de los árboles ante su rechazo. Tropezó y Kai la alcanzó a tiempo para estabilizarla.

—Lo siento —murmuró. Intentó transmitir su remordimiento, pero no sabía si los árboles podían comprender sus torpes intentos. Podría haber sido su imaginación, pero escuchó un suspiro colectivo. No era exactamente perdón, pero tal vez… ¿comprensión? Como la que los adultos reúnen hacia el niño que acaba de lanzar sus fideos por todo el comedor y se disculpa mientras se ríe.

Todo este asunto del 'robo de energía de los árboles' era un giro sorprendente en el repertorio mágico de Rhianne. Descubrir que tenía una pizca de magia de dríada en ella era como encontrar un bolsillo en un vestido: inesperado y ligeramente extraño. Sus intentos de dominar la magia de dríada bajo la tutela del abuelo Angelo habían sido como tratar de tejer con espaguetis. Como el resto de su popurrí de talentos mágicos, había empujado este al fondo del armario de su mente. Pero su accidental espectáculo de magia con el helecho era un letrero de neón que indicaba que tal vez, solo tal vez, era hora de desempolvar sus raíces de dríada. Era hora de atreverse a hacer otra visita al bosque de caos mágico del abuelo Angelo y profundizar en este curioso poder.

Llegaron a un claro y fueron recibidos por una valla de estacas que parecía haber conocido días mejores. El murmullo del arroyo cercano era como una máquina natural de sonido, ahogando el ruido de sus pasos.

Nel levantó el brazo para detener al grupo. Adelante, uno de los guardias disfrutaba de un descanso para fumar. Estaba tan absorto en cualquier fascinante drama que se desarrollaba más allá del arroyo que no los notó. Tal vez estaba meditando sobre el significado de la vida, o quizás solo trataba de recordar dónde había dejado sus llaves. De cualquier manera, su distracción era su boleto dorado para pasar desapercibidos.

Evitando hacer demasiado ruido, retrocedieron hacia el dosel y se deslizaron hacia un lado, encontrando cobertura detrás de un sustancial arbusto de murraya y esperaron.

El guardia, terminadas sus reflexiones filosóficas o su búsqueda mental de llaves extraviadas, arrojó su cigarrillo al arroyo con un gesto casual. Luego se alejó despreocupadamente hacia la puerta, ajeno a su presencia como si fueran parte del paisaje.

—Hay otro guardia en la puerta —susurró Toto.

Nel asintió. Todo esto era parte del plan, o eso esperaban.

Rhianne cerró los ojos, tomándose un momento para sintonizar con la sinfonía natural del monte. Los árboles tarareaban una melodía, la brisa le hacía cosquillas en la cara como si jugara al pilla-pilla, y el leve golpeteo de una zarigüeya ascendiendo por un árbol añadía un ritmo a la nana del monte. Por un momento, en medio de su escurridiza escapada, la naturaleza ofrecía una serena banda sonora.

La vibración de su teléfono la devolvió a la realidad. Mientras abría los ojos, Nel y Kai intercambiaron un gesto afirmativo. Nel *se movió*. Era como observar a una pantera en movimiento: grácil, sugerente, pero irradiando un aura innegable de peligro. Rhianne se encontró incapaz de apartar la mirada de su figura que se alejaba. Esperaba escuchar una exclamación de sorpresa, algún tipo de desafío ante su aproximación, pero todo lo que llegó a sus oídos fueron los sonidos del matorral. Unos minutos después, Nel regresó, con una sonrisa en el rostro, y les hizo un gesto para que lo siguieran.

Dejando la seguridad del arbusto de murraya, Rhianne y Kai se acercaron sigilosamente a Nel. La escena ante ellos era casi cómica: dos guardias, cada uno con barbas tupidas y cabezas tan brillantes como bolas de boliche, yacían desparramados en el suelo, serenando la noche con sus suaves ronquidos.

Su atención se desvió por un alboroto del otro lado de la puerta: una sinfonía de gruñidos, el golpeteo rítmico de cuerpos y el ocasional chasquido de un puñetazo bien colocado. Nel retrocedió y saltó la valla, mientras Kai encontró un punto de apoyo y se impulsó para pasarla.

Con un gesto dramático, la puerta se abrió de par en par revelando a Isobel, luciendo una sonrisa.

Rhianne entró en una escena que podría haber salido directamente de una película clásica del oeste, completa con guardias esparcidos como juguetes descartados. Algunos gemían mientras otros estaban tan quietos como estatuas. Rhianne esperaba que estuvieran disfrutando de una siesta muy profunda e imprevista y nada más serio.

La iluminación en el patio era tenue, proyectando una atmósfera sombría sobre el desorden. Las sillas volcadas yacían dispersas, luciendo tan dramáticas como actores en una telenovela. Desde dentro del restaurante, los gritos resonaban como un coro de cantantes de ópera desafinando, acompañados por el repiqueteo de pasos apresurados. El corazón de Rhianne se aceleró mientras examinaba la escena en el patio.

Gazza y Benito se pusieron de pie a trompicones; el caos debía haberles dado un recorrido no planificado por el suelo. Ahora, se dirigían hacia la puerta, solo para encontrar su ruta de escape

bloqueada por la imponente figura de Carl, parado allí como una Gran Muralla humana. Sus ojos iban de Carl a Oscar. Tenía sentido que los consideraran como las mayores amenazas: Carl, con su estatura que podría rivalizar con un árbol pequeño, y Oscar, casi tan grande, exudando la calma amenazante de un gato observando a un ratón.

—Queremos hacerles unas preguntas —dijo Rhianne en el repentino silencio. Dio un paso adelante y se acercó a Gazza y Benito.

—¡Espera! —gritó alguien y podría haber sido Oscar, pero llegó demasiado tarde.

Tan pronto como Rhianne se acercó a un par de pasos de Benito, este sacó una pistola y apuntó a su cabeza. Gazza actuó con igual rapidez, agarrándola por la cintura y presionándola contra él. Él también tenía un arma en la mano, apuntando a su abdomen.

El corazón de Rhianne latía con fuerza y su boca se sentía tan seca como una galleta de jengibre. En una típica película de acción, este sería el momento de zafarse a codazos. Pero con las armas del dúo tan cerca, cualquier movimiento repentino quedaba descartado.

Nel y Kai, parados a cinco pies de distancia, no podrían intervenir a tiempo, con magia o sin ella. La expresión de Kai era dura e indescifrable, mientras que los ojos de Nel estaban enfocados como un láser en el arma.

Estaban en un punto muerto.

CAPÍTULO 19

—Déjennos pasar o ella muere —ladró Benito.

Nel asintió a Carl, quien se apartó de la puerta con pasos reacios y forzados. El ruido de los clientes en pánico en el restaurante se había apagado, dejando solo silencio a su paso. Rhianne podía oír cada una de sus respiraciones entrecortadas, y su corazón palpitante resonaba fuertemente en su pecho.

—Si la matan, no tendrán nada con qué negociar —dijo Nel.

—Pero ustedes no quieren que la lastimemos, ¿verdad? Así que harán lo que se les diga —dijo Gazza—. Nos vamos a ir de aquí con ella y ustedes no nos seguirán. Si hay alguna señal de que nos están persiguiendo, le meteré una bala. —Gazza presionó el arma con más fuerza contra el estómago de Rhianne, haciendo que se mordiera la lengua para ahogar un gemido de dolor.

—¿Cómo sabemos que no la lastimarán de todos modos? —La voz de Kai era fría como el hielo.

Gazza se rio entre dientes.

—¡No lo saben!

Carl dio un paso hacia ellos, y Gazza respondió dando un paso cauteloso hacia atrás, arrastrando a Rhianne con él. Habló con un toque de amenaza:

—Tendrán que confiar en nuestra palabra. Ella es valiosa como rehén, por ahora. Benito aquí —echó un vistazo a su compañero— es un tipo nervioso. Les sugiero que se queden exactamente donde están. Sin movimientos bruscos, y todos podremos conseguir lo que queremos.

Lo que Rhianne quería era alejarse de estos matones, y si pudiera salirse con la suya, lo haría después de darles una patada rápida donde más les doliera. Gazza apestaba a tabaco, lo que le hacía picar la nariz. Sus manchas de sudor, que delataban su actitud lejos de ser serena, eran tan grandes y obvias como vallas publicitarias.

La arrastró hacia atrás, y en la puerta, Gazza le indicó a Benito que pasara primero. Mientras cruzaban el umbral, antes de que Rhianne pudiera pensar en aprovechar la momentánea reducción en el número de armas apuntadas hacia ella, Benito volvió a apuntar su arma hacia su

cabeza. Continuaron su cautelosa retirada, casi tropezando con una silla volcada mientras se abrían paso por el restaurante.

Rhianne podía distinguir a los demás congelados en su lugar, reducidos a meras siluetas contra las luces más brillantes del restaurante. Ahora estaban afuera, y algunos de los miembros de la pandilla se habían recuperado, con sus armas ahora apuntando de vuelta al restaurante. Esperaba que el resto de su grupo no saliera por esta salida. ¡Sería menos una gran entrada y más una fiesta sorpresa llena de plomo!

Antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, la empujaron al asiento trasero de un gran Mercedes, su cabeza haciendo una brusca presentación con la ventana. El mareo la invadió por un momento mientras Gazza tomaba el asiento del conductor y Benito se acomodaba en el asiento del pasajero.

Benito volvió a apuntarle con el arma.

—Nada de trucos —advirtió su voz áspera.

En un golpe de genialidad, o quizás una leve conmoción cerebral, Rhianne decidió fingir que estaba inconsciente, sin ofrecer respuesta.

—Intenta no dañar el coche, Benito. Acabo de llevarlo a detallar —dijo Gazza mientras encendía el motor y salía del estacionamiento.

Benito gruñó.

La repentina sacudida de la aceleración la lanzó hacia adelante, y chocó contra la puerta. Apretó los dientes y no gritó. Los seguros de las puertas se cerraron.

Gazza estaba violando todos los límites de velocidad. ¡Maldición! ¿Dónde estaba la policía cuando se la necesitaba? A este ritmo vertiginoso, saltar del coche habría sido una idea temeraria, pero si Gazza no hubiera cerrado las puertas, Rhianne podría haberlo intentado.

—¿Alguien nos sigue? —preguntó Gazza.

—No, y nuestros chicos deberían estar encargándose de ellos ahora —respondió Benito.

Gazza debió haber aflojado el acelerador porque Rhianne ya no se sacudía tanto. Se le secó la boca y le costó tragar mientras la ansiedad se apoderaba de ella. Cerró los ojos, tratando de calmarse. No era el momento de entrar en pánico. Bueno, tal vez sí era el momento de entrar en pánico, pero no tenía ese lujo. Entonces, ¿cuáles eran sus opciones?

Antes de que pudiera empezar a enumerar mentalmente sus opciones, unas manos ásperas la agarraron, cacheándola. Benito encontró su teléfono, y ella escuchó cómo se bajaba la ventanilla, lo que significaba que probablemente lo había arrojado fuera.

Rhianne maldijo para sus adentros. Esto significaba que Kai no podría rastrear su ubicación. Rhianne permaneció quieta cuando Benito la manejó bruscamente, manteniendo su silencio y sus ojos cerrados. Con suerte, si pensaban que estaba inconsciente, podría abrirse algún tipo de oportunidad.

—¿Está inconsciente? —la voz de Gazza cortó el aire hacia atrás.

Benito la pinchó con el arma, y Rhianne mantuvo su actuación, sin reaccionar en lo más mínimo.

—Parece que sí —dijo—. Creo que se golpeó la cabeza bastante fuerte cuando la arrojé dentro.

—Cuando lleguemos al almacén y se despierte, le sacaremos la información. No hará falta mucho para hacerla cantar —dijo Gazza.

—Oh, vamos. Déjame divertirme un poco primero —dijo Benito—. Siempre es bueno jugar con los blandos.

Alguien, presumiblemente Benito, hizo crujir sus nudillos, enviando escalofríos por su columna vertebral.

Con los ojos cerrados, era difícil para Rhianne orientarse. Condujeron a través de una cacofonía de sonidos de la ciudad, motores rugiendo y bocinas sonando como una orquesta afinando antes de un concierto, pero pronto estos ruidos se desvanecieron en un telón de fondo más silencioso. El coche finalmente se detuvo, y ella escuchó cómo se abrían las puertas delanteras. La idea de hacer una carrera por la libertad cruzó por su mente, pero sin saber su paradero, era como considerar un juego de escondite en un laberinto.

Sintió que la levantaban, claramente Benito, a juzgar por el hombro que se sentía tan sólido e inflexible como una losa de concreto. Colgando sobre su hombro como un saco de patatas, Rhianne se arriesgó a echar un vistazo furtivo. Debajo de ella, se extendía un duro cemento, mientras que el lejano ulular de un búho proporcionaba una banda sonora que sugería un entorno natural cercano.

Rhianne recurrió a sus incipientes sentidos mágicos mientras cerraba los ojos, tratando de captar las vibraciones de la naturaleza como un operador de radio novato sintonizando una frecuencia. La sutil energía de los árboles y las plantas, cada una con su propia melodía e incluso un sabor peculiar, era única. Un leve hormigueo, imbuido de la esencia del bosque, confirmó sus sospechas. Estaban en un lugar aislado, probablemente con más árboles como vecinos que personas. Era el escenario perfecto para un escondite secreto.

El ruido metálico de una puerta al abrirse rompió su concentración. Se golpeó el hombro contra ella, provocando una punzada de dolor que intentó reprimir. A pesar de sus esfuerzos, un pequeño jadeo escapó de sus labios, pero afortunadamente Gazza eligió ese preciso momento para hacer de narrador, ahogando su sonido amortiguado.

—Llevémosla a la oficina. Quiero respuestas primero, y luego podrás divertirte —dijo Gazza.

O bien encendió un interruptor o el lugar ya estaba tan brillante como un día de verano, porque incluso con los ojos cerrados, Rhianne pudo percibir el marcado cambio del sombrío exterior a la luminiscencia interior. El zumbido y ronroneo de la maquinaria cercana sugería que estaban en un lugar donde se trabajaba, o quizás más precisamente, donde se llevaban a cabo acciones siniestras.

Benito refunfuñó y maldijo entre dientes, pero no discutió.

—Además, alerta a los chicos de la nave industrial y pide refuerzos. No me gusta que no hayamos tenido noticias de nuestras tropas en el restaurante. Ya deberían haber informado —añadió Gazza.

Mientras ascendían por lo que parecía el Monte Everest de las escaleras, a juzgar por el movimiento rebotante, Rhianne se arriesgó a echar otro vistazo furtivo. Efectivamente, estaban en un almacén, y era enorme: probablemente se podría albergar un pequeño circo dentro, con espacio de sobra para puestos de palomitas. Notó varios contenedores de envío alineados contra la pared del fondo, dando al lugar el aspecto de un set de Lego gigante y desordenado. Cerca, los trabajadores se afanaban, incluyendo uno que maniobraba una carretilla elevadora.

—¿Crees que son los chicos de Mana? —la voz áspera de Benito provocó que una oleada de adrenalina recorriera su cuerpo.

No era de extrañar que Benito no hablara mucho. Cada palabra tensaba sus cuerdas vocales. Las cuerdas vocales de Benito agradecerían un descanso de los cigarrillos. Aunque, dado su estilo de vida actual, la salud pulmonar probablemente estaba en lo más bajo de su lista de prioridades.

—Podría ser —dijo Gazza—. Aunque me sorprende que enviaran a un montón de locos y a una chiquilla.

El sonido de metal chocando y un ruido mecánico indicaron que estaban abriendo otra puerta.

—Déjala en el sofá por ahora. No irá a ninguna parte —dijo Gazza.

Benito la depositó en un gran sofá de cuero, a juzgar por la textura de la tela y su forma. No fue gentil, pero ella agradeció no tener que familiarizarse con el suelo, así que lo consideró una victoria.

Luego se oyó el retroceso de pasos y un gruñido que podría haber sido una despedida o una queja sobre el clima; con Benito, era difícil saberlo.

—Ya puedes abrir los ojos —la voz de Gazza rompió el breve silencio—. No te golpeaste tan fuerte la cabeza, y más vale que aproveches que Benito no está aquí. A él le gusta ponerse rudo.

¡Maldición, la habían pillado! Pero las palabras de Gazza no ofrecían mucho consuelo. La calma helada en su voz no hizo más que convertir su estómago en un pretzel.

Sin embargo, Gazza parecía el más razonable de los dos, y también significaba que solo había uno de ellos. No tenía ilusiones de poder someterlo, pero quizás podría incapacitarlo o distraerlo lo suficiente para escapar.

Esa esperanza se desvaneció en el momento en que abrió los ojos y se incorporó. Al sentarse, parpadeó para aclimatarse al brillo, reminiscente de un topo emergiendo a la luz del día. Su mirada se posó en el cañón de una pistola, sostenida con firmeza por unos ojos azul hielo detrás de un escritorio. No era un comienzo prometedor para sus planes de escape.

Escaneó la oficina. No era ninguna suite ejecutiva grandiosa, sino más bien un apretado espacio de 9 metros cuadrados que se sentía tan acogedor como un armario de escobas. El gran escritorio de metal se alzaba imponente en el espacio, sugiriendo una preferencia por la función sobre el estilo. El viejo sofá de cuero que ocupaba tenía historias que contar, ninguna de ellas alegre. Las paredes estaban desnudas, desprovistas de estanterías o decoración, con solo un solitario archivador de pie como un centinela solitario. Una ventana ocupaba la mitad de la pared a su izquierda, ofreciendo una vista de la nave industrial: un panorama poco pintoresco, pero al menos no era otra pared.

—Empecemos con las preguntas fáciles —dijo Gazza—. ¿Quién eres?

No tenía sentido mentir, pero aún así optó por ser cautelosa. —Soy Rhianne.

Gazza ignoró la omisión del apellido. —No tenemos mucho tiempo antes de que Benito regrese, así que te sugiero que hables rápido. ¿Qué fue esa pequeña artimaña que tú y los otros locos llevaron a cabo?

—Me contrató Don Bellmont —dijo Rhianne, y el ojo izquierdo de Gazza tuvo un tic.

Sí, toma eso. Alguien más aterrador que tú.

—Fuisteis tras su protegido y familiar —añadió—. No fue una movida inteligente.

—¿Estás hablando de Albert? —Se pasó la mano por el pelo.

Ah, interesante. El imperturbable Gazza sí tenía algo de instinto de supervivencia después de todo. Desafortunadamente, la pistola seguía apuntándola, y la puerta parecía estar a kilómetros de distancia para una carrera loca. Rhianne asumió que él era un tirador decente y ella apreciaba bastante sus partes del cuerpo.

—¿Qué hizo Albert? ¿Prometió pagarte y nunca lo hizo? —preguntó.

Gazza frunció los labios y Rhianne esperó que no se cerrara en banda. Esta era su oportunidad de oro para descubrir la identidad del misterioso contratista detrás de la caída de Albert. Por supuesto, un escape rápido y con estilo también estaba en lo alto de su lista de tareas pendientes, justo al lado de “comprar leche” y “salvar el mundo”. Pero por ahora, la practicidad dictaba que se quedara quieta.

—Pensó que podía montar su propia operación —dijo Gazza—. Y no tuvo las agallas para decírmelo. No, fue a mis espaldas, encontró a nuestro contacto africano y le hizo una oferta directamente.

Sí, el clásico Albert. Su ego había sido más grande que un globo aerostático. Mientras que Gazza lo veía como una falta de agallas, engañar a una banda requería cierto nervio. No decírselo a Gazza era una muestra de un mínimo de instinto de supervivencia.

Pero Gazza se había quedado callado y ella necesitaba que siguiera hablando.

—Así que ordenaste un golpe —dijo. Esperaba que él tomara el anzuelo y siguiera. Cruzó los dedos.

—Lo hicimos —dijo Gazza.

El agarre de la pistola se relajó y el arma bajó ligeramente.

Rhianne posicionó su cuerpo, con los brazos apoyados en las piernas, que ahora estaban firmemente plantadas en el suelo. Todo lo que necesitaba era una distracción.

—Pero alguien se nos adelantó —dijo Gazza.

—¿Que hicieron qué? —soltó Rhianne. Pero su momento de asombro le costó caro, pues los ojos de Gazza se estrecharon y la pistola en su mano se elevó como la batuta de un director.

Un fuerte estruendo contra la ventana hizo que ambos giraran la cabeza bruscamente. El cristal se hizo añicos, enviando fragmentos volando como confeti. Rhianne se agachó y se cubrió la cabeza con las manos.

Cuando se atrevió a levantar la cabeza, Gazza, que había tenido la mala suerte de estar junto a la ventana, lucía un nuevo accesorio para el cuello hecho de cristal. Aprovechando este giro inesperado, Rhianne salió disparada. Abrió la puerta de golpe y bajó las escaleras corriendo. El fragmento de cristal no lo retrasaría mucho, así que necesitaba poner distancia entre ellos. No

sabía qué había roto la ventana, pero no podía permitirse desperdiciar la oportunidad que se le presentaba. Su mente corría con pensamientos sobre Kai y los demás. Seguramente ya estarían tras su pista. Kai la encontraría. La pregunta ardiente era, ¿llegaría a tiempo?

Cuando Rhianne llegó al pie de las escaleras, apareció Benito con el rostro contorsionado. ¡Agh! Justo su suerte. Detrás de ella, los pasos de Gazza retumbaban cada vez más cerca, haciendo imposible la retirada. Mientras Benito apuntaba su arma, un borrón de movimiento descendió sobre él. Era Toto, que se abalanzó como un superhéroe, haciendo que Benito tropezara y cayera.

Rhianne no perdió un segundo, saltó por encima del cuerpo caído de Benito, echando un rápido vistazo a su rostro ensangrentado. Sonó un disparo y el dolor atravesó su brazo. Un chillido de águila —el grito de batalla de Toto— llenó el aire. Debía haber alzado el vuelo y seguido su coche. Gazza y Benito nunca pensaron en mirar hacia arriba.

Otro disparo perforó el aire, seguido por el grito de Gazza. Rhianne no pudo resistir echar un vistazo atrás y vio que Toto también había atacado a Gazza, haciéndolo desplomarse a mitad de las escaleras, con las manos cubriéndose el rostro. Toto se dirigió hacia ella como un misil emplumado y ella continuó corriendo.

Pero entonces, su corazón se hundió. El variopinto grupo de hombres de Gazza, armados con barras de metal y palos de madera, convergió en la escena. Si tenían armas o no era una incógnita, pero Rhianne no tenía ganas de averiguarlo. Bloqueaban la salida como una barricada humana, un desafío incluso para ella y Toto. Era como estar acorralada en un juego de damas humano, y necesitaba un salto doble hacia la libertad, y rápido.

CAPÍTULO 20

Mientras Toto se lanzaba hacia la refriega, dos de los miembros de la pandilla sacaron sus armas. Probablemente la única razón por la que no le habían apuntado todavía era porque no sabían si sus jefes la querían como un rompecabezas o en una sola pieza.

Sonaron disparos, haciendo eco como palomitas en un microondas, pero Toto ya se había elevado lejos. A su alrededor, la magia arremolinaba en tonos naranjas y rojos. Rhianne, sin embargo, estaba demasiado preocupada por el asunto más urgente de esquivar balas como para apreciar plenamente este improvisado espectáculo de luces. Habría sido una gran publicación de Instagram en circunstancias diferentes y menos peligrosas.

Dos de los matones se acercaron, moviéndose con un aire despreocupado. Debían pensar que ella no iba a ofrecer mucha resistencia y no esperarían a una luchadora de capoeira, una maestra de las artes marciales brasileñas similares a la danza. Su exceso de confianza era un regalo con lazo incluido. Por el rabillo del ojo, Rhianne notó que otros corrían para ayudar a Gazza y Benito.

Eso era bueno. Menos miembros de la pandilla a los que enfrentarse. Mientras no la atacaran por la espalda, tenía una oportunidad.

El dúo que tenía enfrente estaba armado con barras de metal, porque por supuesto, el universo no le concedería la pequeña misericordia de palos de madera.

—Llama a tu amigo y no te haremos daño —dijo uno de ellos.

El hombre lucía una perilla y un mohawk. Rhianne lo bautizó como “B1”. Su compinche, de ahora en adelante conocido como “B2”, golpeó la barra contra su palma.

Rhianne casi sonrió, pero sus labios temblorosos no cooperaron. Sí, eres grande, aterrador y duro, concedió su corazón acelerado. Respirando profundamente, estrechó su enfoque.

—Acércate, no puedo oírte —Rhianne se enorgulleció de que su voz solo tuviera un ligero temblor.

B1 dio un paso adelante y levantó su barra de metal como si la estuviera desafiando a un duelo medieval. Rhianne, sin embargo, no estaba a punto de ser nombrada caballero. Se agachó, su pierna barriendo en un amplio arco, como un péndulo oscilando en un gran reloj. El

movimiento lo pilló desprevenido, enviándolo al suelo con un golpe sordo. Su mente se sincronizó con el flujo de los movimientos y dejó que tomara el control.

B2 avanzó, apuntando a la cabeza de Rhianne con toda su fuerza. Rhianne se hizo a un lado, la barra pasó silbando junto a ella, perdiendo por centímetros un nuevo peinado. Usando el impulso de su esquiva, giró en una ginga de capoeira, su cuerpo bajo y enroscado.

B2, recuperando el equilibrio, balanceó la barra de nuevo en un movimiento amplio y arqueado. Rhianne se agachó bajo el golpe, su cuerpo doblándose hacia atrás en un movimiento suave y similar a la danza. Giró, con las manos plantadas en el suelo por un momento mientras lanzaba una patada rápida al abdomen de B2, obligándolo a tambalearse como un marinero borracho.

Su estrategia era descontrolar a B2, hacerlo bailar a su ritmo. Con cada movimiento fluido y esquiva calculada, la adrenalina corría por ella como electricidad por un cable vivo, agudizando sus sentidos.

Su mente ahora estaba fría y desapegada. Esto también era un combate mental, con sus pensamientos bailando alrededor de las intenciones de B2. Leía su lenguaje corporal como un libro abierto, prediciendo sus golpes antes de que estuvieran completamente formados. Cada esquiva, cada contraataque, era parte de un debate cinético, una conversación de movimientos, y ella estaba decidida a tener la última palabra.

Podía sentir la frustración de B2 creciendo con cada fallo, sus golpes volviéndose más desesperados, menos calculados. Rhianne aprovechó esto, usando su impulso en su contra, su cuerpo y mente en perfecta sintonía. Cada defensa y ataque exitoso traía una satisfacción primaria.

Sin perder el ritmo, se levantó fluidamente, su cuerpo balanceándose rítmicamente de lado a lado.

—Inténtalo con más ganas —dijo.

Él mordió el anzuelo, lanzando la barra hacia ella en una estocada. Rhianne se retorció, dejando que la barra cortara el aire donde había estado solo un momento antes.

Aprovechando la apertura, se acercó, desatando una rápida secuencia de patadas: una patada circular a su torso, una patada media luna de dentro hacia fuera como un ballet enloquecido, golpeándolo en la mejilla. El agarre de B2 sobre la barra flaqueó, y Rhianne aprovechó la oportunidad para ejecutar una “armada”, su cuerpo girando en un círculo completo, su pierna extendida. El talón de su pie conectó con su mandíbula, enviándolo al suelo con un golpe que decía “buenas noches”.

Su sentimiento de triunfo duró poco. Los hombres que habían estado respaldando a Gazza y Benito ahora formaban un comité poco acogedor a su alrededor, completo con armas que brillaban en la luz tenue como los ojos de un gato en la oscuridad. Pero entonces, el sonido estridente de una alarma le ofreció el segundo que necesitaba. Lanzó una patada rápida, enviando al hombre más cercano tambaleándose hacia atrás, y corrió hacia la puerta. Una bala pasó silbando junto a ella, errando su objetivo como si también hubiera sido tomada por sorpresa por su rápida salida.

La puerta de enfrente parecía un faro de esperanza, pero justo cuando se acercaba, se abrió de golpe revelando a dos matones más. —¡Oh, vamos! —murmuró Rhianne. Girando bruscamente, buscó una escapatoria, pero era como buscar una opción vegana en una barbacoa: nada.

Una repentina cacofonía la hizo mirar atrás para ver a Kai y Nel saltando a la pelea como invitados tardíos a una fiesta. Eran un torbellino de puños y pasos elegantes. Kai, con su táser de mago tecno, estaba repartiendo descargas como si fueran caramelos después de la cena, electrocutando a cualquiera que se atreviera a acercarse demasiado.

¡Habían llegado! El peso que había estado presionándola se levantó.

Cambió de rumbo, corriendo hacia el alboroto, su mente buscando una estrategia. Los otros matones también se estaban acercando. Sus ojos recorrieron el lugar en busca de un arma improvisada: ¿dónde estaba una sartén cuando la necesitabas?

Una mano la agarró, tirando de ella hacia atrás. Tropezó pero se recuperó, convirtiendo el impulso de su casi caída en una maniobra defensiva y le dio una patada en la entrepierna. Burdo pero efectivo.

Corrió hacia donde estaban Kai y Nel, mientras Benito soltaba un rugido y se metía en la pelea, con los puños listos. Hizo un recuento rápido: quince tipos malos contra tres de ellos, no exactamente una noche de juegos justa. Pero entonces, el sonido de alas y un grito de batalla desde arriba corrigió su cuenta. Cuatro. Aún no eran buenas probabilidades, pero mejores.

Con Kai y Nel ahora en la pelea, Rhianne podía sentir que su adrenalina disminuía y el dolor en su brazo comenzaba a gritar por atención.

La estridente alarma se cortó, reemplazada por el resonante estruendo del metal. Los tipos malos hicieron un giro sincronizado de cabeza hacia la puerta, que temblaba y se sacudía. Su espera fue corta. La puerta, decidiendo que ya había tenido suficiente, salió volando de sus bisagras cuando Carl hizo su gran entrada. Algunos de los matones dieron un paso atrás, probablemente replanteándose sus elecciones de vida, pero Benito se mantuvo firme.

Entonces Don Bellmont atravesó la ahora desprovista de puerta entrada, y el lugar estalló en caos.

Si Rhianne pensaba que Nel y Kai se movían rápido, no eran nada comparados con Don Bellmont. Él se movía como un torbellino, un borrón de destreza vampírica, dejando un rastro de matones inconscientes a su paso. Alice, Oscar e Isobel se habían unido a la refriega, pero Rhianne estaba ocupada defendiéndose de un atacante para prestarles más que una mirada fugaz. Llegaron más refuerzos de la banda, pero con Don Bellmont y Carl en medio, la pelea empezaba a parecer equilibrada.

O, considerando cómo les estaba yendo a los recién llegados, quizás un poco injusta… para los miembros de la banda.

Un disparo más cercano atravesó el caos, su agudo estallido cortando el estruendo. Todos los instintos de Rhianne se activaron y levantó un brazo inútilmente. La magia arremolinó alrededor de Rhianne y Kai, brillando con oro y verde, colores que tiraban de la memoria de Rhianne. La bala se dirigió hacia ellos como una abeja a la miel mientras Rhianne saltaba frente a Kai. La bala golpeó la telaraña dorada y verde enviando una ondulación a través de su intrincado patrón, acompañada de un estallido de chispas, antes de caer al suelo. Rhianne giró, con el corazón latiendo fuertemente. Allí estaba su madre, con los brazos levantados y extendidos, los ojos entrecerrados en concentración: la arquitecta de su resplandeciente fortaleza.

La boca de Rhianne formó una ‘O’ mientras se quedaba mirando fijamente.

Esa era una magia genial, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Pero, ¡vaya! ¡Su madre las había protegido a ella y a Kai de una *bala* voladora!

El enfrentamiento terminó tan abruptamente como había comenzado. Los miembros de la banda yacían inconscientes en el suelo, pareciendo una alfombra humana. Don Bellmont tenía a Benito en un agarre de estrangulamiento con una sola mano, sus pies temblando en el aire. Los ojos de Don Bellmont se habían vuelto carmesí, haciendo sonar las alarmas en el cerebro exhausto de Rhianne.

—¡Espera! —gritó y se acercó trotando—. Ellos no lo hicieron.

Benito parecía un pez fuera del agua, con los ojos desorbitados mientras jadeaba por aire.

Don Bellmont no parecía haberla escuchado, así que, mordiéndose el labio, Rhianne puso una mano temblorosa en su brazo.

Él giró para mirarla como si fuera una mosca que se atrevía a molestarlo.

Rhianne tragó saliva. —Albert estaba invadiendo su territorio y ordenaron un ataque contra él, pero…

Don Bellmont le dio a Benito una sacudida que haría que una muñeca de trapo lo compadeciera.

—¡Alguien se les adelantó! —gritó Rhianne, saltando y agitando los brazos para llamar su atención.

Los párpados de Don Bellmont parpadearon y soltó su agarre. Benito se desplomó en el suelo, un montón de jadeos y toses.

Rhianne relató lo que había obtenido de Gazza. Don Bellmont, que se había quedado inmóvil como una roca cuando le contó sobre las ambiciones del imperio de drogas de Albert, ahora fijó su intensa mirada carmesí en el dúo. El interrogatorio de Gazza y Benito fue menos 'policía bueno, policía malo' y más 'señor vampiro intenso todo el tiempo'. Ni Gazza ni Benito ofrecieron resistencia alguna. Benito mayormente gruñía y asentía, mientras se frotaba los nuevos y desagradables moretones en su cuello.

La voz de Gazza estaba tensa. —Albert ha estado traficando durante un par de años, pero antes de eso, ¿sabe? Era consumidor, y no solo casualmente, durante mucho tiempo. Ha cambiado de bando, de consumidor a traficante, pero no se trata solo del dinero para él. Tenía planes más grandes, quería apoderarse de todo. Estaba robando a nuestros chicos, intentando construir su propio imperio. ¿Y sabe cómo me enteré? Uno de los nuestros me dio el aviso —Gazza sacudió la cabeza y frunció el ceño.

Don Bellmont parpadeó una vez pero permaneció en silencio. Rhianne lo contó como algo positivo. Estaba bastante segura de que, con él, las aguas tranquilas no solo corrían profundas, sino que ocultaban un volcán submarino.

Gazza se inquietó, sus palabras saliendo atropelladamente: —No podía creerlo, ¿sabe? Después de todo, Albert nos traicionó. Así que sí, ordené un ataque contra él. No solo nos estaba traicionando, estaba robando en grande. ¿Sus números? Estaba haciendo el sueño de un contable corrupto. Quiero decir, escuche esto… —Soltó una serie de cifras, gesticulando salvajemente con las manos. Hizo una pausa y levantó la mirada—. Solo quería arreglar las cosas, Don Bellmont, ¿lo entiende, verdad?

Era evidente que quería ganarse el favor de Don Bellmont. En opinión de Rhianne, eso era como poner una tirita en un jarrón roto: algo optimista y definitivamente demasiado tarde.

Según Gazza, Albert debería haber acumulado una buena cantidad de ganancias para ahora. El plan era llevar a cabo el ataque la semana siguiente. El tiempo corría. Necesitaban actuar rápido porque Albert iba por ahí alardeando de que se volvería completamente inmortal en el próximo mes y la gran ceremonia secreta que tendría lugar.

En este punto, Don Bellmont desarrolló un tic notable en el cuello.

No podía descifrar si estaba más enojado por el tráfico de drogas o por la traición de los secretos vampíricos.

Una vez que Gazza terminó su relato, siguió un breve silencio. Don Bellmont se volvió entonces hacia Rhianne y los demás.

—Me gustaría un informe detallado de vuestra investigación esta noche —dijo Don Bellmont.

—Mañana —respondió Rhianne.

La calma helada de Don Bellmont era desmentida por sus ojos carmesí y su postura rígida. La clavó con una mirada.

—Mañana —La voz de su madre llenó el espacio—. Rhianne fue secuestrada, maltratada y le dispararon. Necesita curarse y descansar —Había estado de pie en la parte trasera de la nave y se movió hacia adelante para pararse junto a Rhianne.

Don Bellmont abrió la boca, presumiblemente para discutir, pero la madre de Rhianne cruzó los brazos, y su magia comenzó a crepitar, enviando chispas. La exhibición era una flexión deliberada de poder y Rhianne la animó silenciosamente.

—Bien —Su tono decía que era todo lo contrario. Había sido superado y no estaba contento con ello—. Mañana por la noche —Se volvió hacia Gazza y Benito.

Rhianne se aclaró la garganta. —Creo que todos deberíamos irnos ahora.

—Tengo algunos asuntos que concluir aquí —respondió Don Bellmont. No se volvió en su dirección, su atención enfocada en los dos traficantes de drogas, sus manos apretadas en puños.

Rhianne debatió qué hacer. La fatiga se estaba apoderando de ella, y su brazo, donde le habían disparado, pulsaba de dolor. Sin duda, también lucía una colección de moretones por la experiencia del coche. Estas lesiones esperaban entre bastidores, listas para tomar el centro del escenario una vez que la adrenalina abandonara el edificio y su brazo dejara de acaparar la atención. Lo más fácil era simplemente irse, permitiendo que Don Bellmont dispensara cualquier forma de justicia que considerara adecuada para su honor, o lo que fuera su equivalente en términos vampíricos. ¿Lo inteligente? Salir, ir a casa, intentar algo de auto-curación y tomarse un tiempo para un muy necesario descanso. Sí, eso era lo inteligente.

Sus pies no se movieron.

Los rostros de Gazza y Benito estaban ensangrentados por el ataque previo de Toto. Luchando contra la niebla en su mente, se preguntó distraídamente dónde estaría Toto. Mientras

Benito estaba ocupado cuidando su cuello magullado, Gazza temblaba y sus ojos iban de ella a Don Bellmont. En su cabeza, esos ojos suplicaban por su vida.

—No —dijo Rhianne.

Don Bellmont giró la cabeza para mirarla, parpadeando. —¿Perdón?

—No voy a dejarte aquí para que los asesines —dijo ella.

Su madre, que se había acercado y ahora estaba junto a Rhianne, frunció los labios pero no dijo nada. Se preguntó si su madre, siendo del tipo práctico, había llegado a la misma conclusión que ella antes. Sin estar obstaculizada por la molesta moral de Rhianne, probablemente estaba de acuerdo en dejar que Don Bellmont se encargara. Sin embargo, estaba de pie junto a ella, en una silenciosa muestra de apoyo.

Su madre no era la única. Por el rabillo del ojo, Rhianne vio a Nel acercándose, y podía sentir la presencia tranquilizadora de Kai detrás de ella. No necesitaba comprobarlo para estar segura de que Alice y Carl también estaban allí, formando un escuadrón de solidaridad que haría sentir orgulloso a cualquier entrenador de formación de equipos.

Luego estaba Oscar, metido en un aprieto. Su lealtad hacia Don Bellmont era incuestionable, pero su incipiente romance con Alice apenas estaba saliendo del cascarón. No todos los días tu vida amorosa se enreda en un lío de lealtad vampírica. Pero Rhianne tenía preocupaciones más grandes que arruinar las perspectivas amorosas de su amigo.

Don Bellmont estudió a Rhianne como un científico que acababa de encontrar una nueva especie de insecto: interesante, pero inferior a él. Permaneció en silencio e inmóvil durante lo que pareció horas, pero probablemente no fue más de un par de minutos.

Rhianne soportó su mirada, sin moverse.

Podía sentir las ondas de aprobación provenientes de su madre. Está bien, después de todo, ella la había entrenado. Se necesitaría mucho más que una intensa mirada fija, ojos carmesí o no, para hacerla ceder.

Don Bellmont suspiró. —Tienes mi palabra de que no los mataré ni les causaré más daño.

Rhianne se mordió el labio, luego hizo algo que negaría bajo juramento si alguna vez se lo preguntaran. Miró a su madre.

Su madre le devolvió la mirada con un rápido asentimiento. Eso era todo lo que Rhianne necesitaba saber: Don Bellmont era un hombre de palabra y cumpliría su promesa.

Rhianne giró sobre sus talones y se fue, con los demás siguiéndola.

CAPÍTULO 21

Al salir de la nave industrial, Rhianne identificó tres vehículos familiares: el Tesla de Kai, el Alfa Romeo de Nel y la camioneta de Carl. Luego estaba el BMW, el mismo en el que la habían secuestrado. Aparcado a cierta distancia había un elegante Mercedes Benz negro, que Rhianne supuso que pertenecía a Don Bellmont. Sin embargo, no había rastro de un Bentley. ¿Cómo había llegado su madre a la nave industrial entonces?

Como si respondiera a la pregunta, su madre sacó su teléfono. —Walter, ¿podrías enviar a alguien a recogerme de…? —Escaneó sus alrededores y frunció el ceño.

Ahora que no la llevaban como un saco de patatas, Rhianne observó el entorno. Altos eucaliptos bordeaban la nave industrial y podía oír el sonido distante de un vehículo pasando. Estaban en un aparcamiento abierto y anodino, a juego con el frío aspecto industrial de la nave industrial que acababan de dejar.

—Te llevaremos nosotros —soltó Rhianne. Miró a Kai en busca de confirmación, y él asintió en señal de acuerdo.

La mirada de su madre recorrió el terreno bordeado de arbustos como si sopesara la oferta. Suspiró y volvió a hablar por teléfono. —No importa, Walter. Ya tengo transporte.

Rhianne se volvió hacia Carl, Alice, Nel e Isobel. —Muchísimas gracias por venir a rescatarme.

Carl sonrió, con algo de suciedad manchando su mejilla. —No hay problema, jefa. Ha sido la mayor acción que he tenido en mucho tiempo. Aunque todos eran humanos, así que tuve que contener un poco mis golpes.

El cabello de Alice era un desastre, con mechones sobresaliendo por aquí y por allá, y sus vaqueros ahora lucían un desgarro cerca de la rodilla. Pero bueno, ese desgarro probablemente se convertiría en la nueva declaración de moda de Alice con algunos derechos de fanfarronería bastante serios adjuntos.

Alice soltó un resoplido despectivo. —Se lo merecían. ¡Secuestrarte, qué descaro!

—Fue divertido —dijeron Isobel y Nel al unísono, provocando que Isobel frunciera el ceño.

Su madre dio una pequeña y deliberada tos.

—Gracias a ti también, madre —Rhianne entendió la señal. Una vida descifrando las sutiles expresiones de su madre había hecho que tales interpretaciones fueran una segunda naturaleza para ella, muy parecido a los grabados en una roca: una vez hechos, no se olvidan ni se ignoran fácilmente. Y entonces surgió la pregunta sin querer—. ¿Cómo es que estás aquí? —Rhianne no pretendía que la pregunta sonara como una acusación, pero como los grabados en las rocas, sus reacciones hacia su madre también estaban grabadas permanentemente.

—Estoy segura de que estaremos más cómodas hablando de camino —dijo su madre, mirando a Carl y Alice con una expresión interrogante.

Su madre nunca había conocido a Carl y solo había visto brevemente a Alice en la casa de Don Bellmont. No sabría quiénes eran. —Este es Carl y esta es Alice. Chicos, esta es mi madre.

Carl y Alice mostraron sonrisas amistosas y saludaron, mientras su madre daba un educado asentimiento.

—Trabajan para mí —añadió Rhianne.

—Lo sé —dijo su madre, con la barbilla alzada.

Rhianne ladeó la cabeza. ¿Estaba su madre vigilándola? Escaneó el cielo oscuro y dejó escapar un suspiro resignado. Por supuesto que lo estaba. No podría evitarlo. Cualquier cosa que Rhianne hiciera se reflejaría en ella, después de todo. No había nada personal en su interés. Pero entonces, una extraña sensación la invadió al recordar la barrera mágica que su madre había creado justo a tiempo. Los había salvado a ella y a Kai. De hecho, pensándolo bien, había venido con el grupo de rescate.

—Conoces a Nel —dijo.

Nel ofreció su característica sonrisa traviesa. Sabría que irritaría a su madre, quien lo ignoró.

Isobel y su madre deberían intercambiar notas sobre cómo ignorarlo. No es que eso disuadiera a Nel de ninguna manera.

—Y puede que recuerdes a Isobel de la noche en que mataron a Albert.

—Hola —dijo Isobel.

—Dra. Dupre.

—Nos vemos mañana, chicos —se despidió Rhianne con un gesto.

—Hasta luego, jefa —respondió Carl mientras él y Alice se dirigían a su coche, charlando animadamente.

Nel e Isobel se dirigían hacia su Alfa Romeo, con Nel haciendo una broma que pareció activar el músculo de los ojos en blanco de Isobel. La risa de Nel resonó, sin inmutarse por la mirada aguda que recibió.

Kai se acercó a su Tesla y abrió la puerta del conductor. Rhianne y su madre hicieron un amago de agarrar el tirador de la puerta del copiloto, convirtiéndolo en un enfrentamiento silencioso. Se miraron a los ojos, y su madre arqueó una ceja en señal de desafío. Rhianne respondió con una sonrisa burlona y un gesto dramático para que pasara.

Mientras el coche salía del aparcamiento y entraba en una calle bordeada de arbustos, se vieron envueltos en un túnel de hojas, la versión de la naturaleza de una entrada dramática. El arbusto eventualmente retrocedió, dando paso a una autopista donde su coche se unió a la danza del tráfico más rápido. Las luces de la ciudad, antes distantes, comenzaron a parpadear como un cúmulo de estrellas, acercándose mientras avanzaban a toda velocidad.

—¿Y bien, madre? —preguntó Rhianne.

Su madre estaba ajustando su moño bajo que, a pesar de la reciente refriega, seguía pareciendo que no había visto un pelo fuera de lugar. Su ropa estaba recién lavada y planchada, sin duda una creación especial de Madame Marchant, una elegante diseñadora francesa que tenía el don de hacer ropa mágicamente resistente *y* hermosa.

—No fue nada dramático. —El tono de su madre era casual pero preciso—. Estaba en medio de una discusión con Don Bellmont, quien, por cierto, no había mencionado que estabas planeando y ejecutando una tonta… escapada. —Sus palabras eran cortantes, sugiriendo que Don Bellmont podría recibir una reprimenda más tarde. Mejor él que Rhianne—. Entonces Oscar lo llamó, le informó sobre lo que estaba sucediendo, y Don Bellmont decidió ayudar a rescatarte. Naturalmente, yo no iba a quedarme al margen.

Algo en su relato no cuadraba y Rhianne finalmente lo descifró. —¿Por qué no trajiste tu propio coche?

—Don Bellmont insistió en que nos apresuráramos, alegando que el tiempo era crucial.

Rhianne miró fijamente la parte posterior de la cabeza de su madre, esperando encontrar alguna pista de la verdad allí, pero su expresión en el espejo delantero era ilegible.

Entonces sus palabras comenzaron a calar. Habían estado juntos.

—¿Estaba en tu casa? —preguntó Rhianne.

Hubo una larga pausa. —Lo estaba.

¿Qué? ¿Su madre iba a dejarlo así? ¿Sin explicación de por qué viajó en el coche de Don Bellmont y no en el suyo? A medida que el silencio se prolongaba, Rhianne se dio cuenta de que sí, no lo haría.

Afuera, el Puente del Puerto de Sídney dominaba la escena, su gran arco de acero extendiéndose sobre las aguas brillantes debajo: un símbolo sólido e inquebrantable de la

destreza en ingeniería y pura determinación. Dentro del coche, sin embargo, la conversación era tan estable y majestuosa como un castillo de naipes en una brisa.

Rhianne apretó los dientes. —¿Por qué estaba en tu casa? ¿Estaba allí para amenazarte?

—No, por supuesto que no —su madre se burló. Su tono sonaba sincero.

Rhianne esperó, pero a medida que pasaban los minutos, suspiró. Se estaba enfrentando a una maestra de la evasión y el secreto. Ganar esta conversación usando las estrategias que le habían enseñado era tan inútil como intentar vencer a un gran maestro de ajedrez que le había enseñado personalmente cada estrategia. No, esto requería audacia. Y terquedad.

—¿Por qué estaba allí entonces? —insistió.

Silencio.

El coche se deslizó sobre el Puente del Puerto de Sídney. La icónica estructura siempre lograba verse impresionante. Sin embargo, su magnificencia pasó desapercibida para Rhianne, quien estaba más concentrada en el laberinto conversacional con su madre que en la maravilla arquitectónica que estaban cruzando. Su mente trabajaba a toda velocidad, estrategizando como una jugadora de ajedrez, todo para superar a la reina de las respuestas crípticas sentada frente a ella.

—Quería remover el pasado —su madre rompió el silencio.

¿En serio? Esto era como sacar una muela, pero con más evasión y menos novocaína. Tenía un nuevo respeto por los dentistas de todo el mundo.

—Vaya, eso es totalmente esclarecedor —respondió Rhianne—. ¿Puedes ser más específica?

—No es relevante.

Rhianne respiró hondo, luego otra vez. No, seguía frustrada. Su irritación también se alimentaba del dolor palpitante de su brazo.

—Madre, a estas alturas cualquier información es útil. ¡Tengo demasiados sospechosos y solo cuatro días para encontrar al culpable!

—Tendrás que confiar en mí cuando te digo que no tiene relación con la investigación. Todo es historia antigua y… dolorosa.

Eso fue una concesión. Y esa última parte era tanto curiosa como alarmante, pero hizo poco para aliviar el nudo de ansiedad en su estómago. Había algo latente entre Don Bellmont y su madre. Pero Rhianne no podía enredarse en eso ahora; tenía su propio lote de problemas en ebullición, y estaba a punto de desbordarse.

—¿Tiene algo que ver con la deuda de sangre? —preguntó.

Su madre dudó mientras lanzaba una mirada a Kai. —Hice lo que tenía que hacer. Y no hay nada que pueda hacer al respecto ahora.

—Pero…

—Ya he dicho que no es relevante —su tono era definitivo.

Rhianne resopló y bufó, pero sabía que los muros emocionales de su madre no iban a derrumbarse. Fuera lo que fuese, o había sido el colmo de la estupidez —excepto que su madre nunca cometía errores— o había sido el colmo de la desesperación.

La jungla urbana dio paso a la elegante serenidad de Mosman. Con sus casas históricas asomándose entre el exuberante verdor como viejas celebridades escondidas detrás de gafas de sol gigantes, ofrecía una bienvenida silenciosa y frondosa que rezumaba encanto de la vieja escuela y un toque de inescrutable pulcritud.

—Pareces saber a dónde vas —dijo su madre, volviéndose hacia Kai. Aunque no lo había planteado como una pregunta, estaba claro que quería una respuesta.

Kai activó el intermitente derecho. —Como concejala, su dirección residencial es de dominio público.

Divertida por las ruedas que debían estar girando en la mente de su madre, Rhianne se permitió una pequeña sonrisa. No, Kai no podría haber tenido tiempo de buscar su dirección después de que acordaran llevarla. Sí, era totalmente asombroso y Rhianne le dirigió una mirada cariñosa.

A medida que se acercaban a las calles que conducían a la casa, su madre tecleó en su teléfono. Cuando llegaron a las puertas, estas ya habían comenzado a abrirse. Kai los guió suavemente por el sinuoso camino de entrada y aparcó frente a la elegante casa.

Walter, con su impecable uniforme, salió y abrió la puerta del pasajero para ella. Mientras se ponía de pie, se volvió hacia ambos. —¿Les gustaría entrar a tomar una taza de té? También puedo atender tu brazo herido.

—No —dijo Rhianne al mismo tiempo que Kai decía—: Sí.

Rhianne le lanzó una mirada de reproche.

Kai se encogió de hombros.

No era su estilo habitual ser el Sr. Mariposa Social, así que Rhianne apostaba a que tenía una agenda para querer charlar con su madre. Esperaba que no fuera sobre esta cosa de la historia antigua, porque eso solo llevaría a la decepción. Si indagaba en ese tema, era más probable que su madre le mostrara la puerta que derramara el té.

En fin, Kai era fuerte, se recuperaría. Era de su propia cordura de la que Rhianne no estaba tan segura.

Con un rápido asentimiento, Rhianne abrió la puerta del coche. Walter estaba allí en un instante, ofreciendo una mano. Su madre ya había empezado a subir los escalones de la casa como si no tuviera importancia si decidían entrar o no.

Kai y Rhianne siguieron a su madre hasta una de las salas de estar. Rhianne trató de ignorar el persistente dolor en su brazo, pero era tan insistente como un anuncio emergente. ¿Podría curarlo ella misma? La idea era… extraña y aterradora.

Walter abrió la puerta de la sala de estar.

—Walter, ¿te importaría preparar un poco de té y traerlo? —Su madre entró en la sala antes de que Walter tuviera la oportunidad de asentir.

La sala de estar era acogedora, con grandes sillones mullidos y una enorme alfombra en el suelo. Las estanterías estaban repletas de todo tipo de antiguos tomos y botellas de pociones. La gran ventana enmarcaba el jardín iluminado en el exterior, convirtiéndolo en una pintura viva de capricho nocturno. Claramente, esta sala no formaba parte del recorrido habitual, dado el encanto desordenado de su contenido.

—Rhianne, puedes sentarte aquí —indicó su madre, señalando una silla como si otorgara una orden real—. Y quítate la chaqueta.

Obedientemente sentada, se quitó la chaqueta y entonces se dio cuenta de que tenía sangre. No queriendo manchar nada, la hizo un ovillo y la colocó en el suelo.

Su madre se paró frente a las estanterías, escaneando los objetos con la mirada antes de volver con un vendaje y dos frascos de vidrio. Se sentó en un taburete al lado de Rhianne y comenzó a limpiar la herida.

Rhianne hizo una mueca cuando su madre empezó a limpiarla. Este era un buen momento para intentar curarse a sí misma. Podría preguntarle a su madre cómo… o no. No podía ser difícil, ¿verdad? Concentrándose en su núcleo, imaginó un árbol, un símbolo que se mezclaba bien con sus habilidades mágicas. Visualizando las ramas del árbol en colores vivos y arremolinados, las atrajo hacia su brazo herido. La sensación era tan calmante y suave, reminiscente de hundirse en un puf después de un largo día, que suspiró, contenta, instando a sus poderes más y más. Respondieron como cachorros ansiosos ante una llamada para recibir golosinas.

La sala a su alrededor se oscureció y flotó sobre ella. Aunque no podía distinguir formas específicas, los colores que asociaba con Kai, azul y plata, bailaban en un punto. Le recordaba a

un zafiro estrella engastado en oro blanco. El naranja y el rojo debían ser la esencia de su madre y el rojo se volvió más brillante e intenso, como un atardecer dramático. Era fascinante.

Un tirón repentino y Rhianne se estrelló contra el suelo mientras se preparaba para el dolor, el impacto como golpear el agua después de saltar desde un trampolín alto. Su magia se retiró y el frío y el vacío la reemplazaron. Al percibir la luz brillante de la sala, cerró los ojos de nuevo, abrumada por la intensidad y arrepintiéndose de no haber dejado que su madre continuara con su entusiasta limpieza.

Alguien le estaba agarrando la mano, y una voz estaba hablando, pero las palabras eran confusas e incomprensibles.

—¡Rhianne! ¿Puedes oírme? —La voz debía ser la de su madre. Sonaba amortiguada como si Rhianne estuviera sumergida bajo el agua.

Una mano fría se presionó contra su frente.

Esforzándose por abrir un ojo, Rhianne vislumbró a Kai arrodillado a su lado. Él era quien le sostenía la mano. Parpadeó varias veces, sus párpados parecían estar negociando una tregua con el sueño. Reunir la fuerza para abrir ambos ojos requirió esfuerzo. Arriba se cernía el rostro de su madre, con los labios apretados y las cejas fruncidas.

—¿Qué pasó? —preguntó Rhianne, sonando extraña a sus propios oídos, chirriante y fragmentada.

—¡De todas las cosas estúpidas y peligrosas que se te ocurren hacer! —Su madre retiró la mano de la frente de Rhianne.

La ira en la voz de su madre era inconfundible, pero también lo era el miedo. Rhianne no creía haberla visto tan alterada desde, bueno, nunca. Ni siquiera aquella vez que Eloise Winters la llamó descaradamente “vieja bruja” frente a todo el consejo y le lanzó un potente maleficio. En ese momento, su madre había erigido fríamente una barrera, muy parecida a la que había hecho por Rhianne y Kai ese mismo día, y contraatacó con un hechizo que dejó a Eloise encerrada en hielo. La gran salida de Eloise de la escena involucró temblores y goteos seguidos de una rápida escolta directamente a una celda.

Nadie había desafiado abiertamente a su madre desde entonces. Podía admitir para sí misma que su madre era una bruja formidable, sin embargo, no se sentía amenazada por su ira. Más bien… desconcertada.

—¿Qué te hizo intentar semejante locura? ¡Está claro que no tienes entrenamiento!

Pero no fue la agudeza de las palabras de su madre lo que envió un escalofrío por la espalda de Rhianne. No, era algo mucho más sutil, pero infinitamente más alarmante. Era el moño, el

impecablemente retorcido y siempre perfecto moño de su madre, ahora torcido, con mechones escapándose como susurros de descontento.

CAPÍTULO 22

Con la ayuda de Kai, Rhianne se apoyó sobre sus codos para incorporarse. El mareo amenazaba con frustrar su intento, y solo el fuerte brazo de él alrededor de sus hombros evitó que se desplomara.

Hubo un golpe en la puerta y Walter entró con una bandeja en las manos. Fue un mérito a su entrenamiento —probablemente inculcado por la madre de Rhianne— que no hiciera nada más que levantar una ceja antes de depositar la bandeja sobre una mesa. —¿Se requiere mi asistencia?

Poniéndose de pie, su madre se alisó los pantalones. —Gracias, Walter. Eso es todo por ahora.

Walter se arriesgó a echar un vistazo rápido a Rhianne en la alfombra y luego hizo una reverencia, saliendo de la sala. Probablemente había visto cosas mucho más extrañas en la casa de todos modos.

Su madre caminaba de un lado a otro mientras murmuraba entre dientes. De repente se detuvo, giró sobre sus talones y clavó la mirada en Rhianne. —Diste positivo en el nivel dos —fue una acusación.

—Ah, sí, sobre eso… —La niebla mental de Rhianne se estaba despejando y su visión se había agudizado de nuevo. Kai la levantó y la sentó en el sillón del que no recordaba haberse caído.

—¡Hiciste trampa! —El cuerpo de su madre vibraba y empezó a caminar de un lado a otro otra vez.

—Vas a desgastar un agujero en tu preciosa alfombra si no paras, madre. Y no está ayudando con mi mareo.

En realidad, Rhianne se sentía notablemente bien ahora. Su agotamiento había desaparecido y un hormigueo de conciencia recorría su cuerpo.

—Hiciste trampa —repitió su madre, pero su voz se había vuelto suave. La especulación y algo que se parecía a… ¿orgullo? brilló en sus ojos.

—Ya lo has dicho. Sí, lo hice. ¡Sorpresa! —Salió sin emoción. Rhianne necesitaba trabajar en su forma de expresarlo.

Alcanzando la tetera con manos temblorosas, su madre sirvió un té y se lo llevó a Rhianne.

El aroma a canela y cardamomo se elevó y Rhianne tomó la taza agradecida, sorbiendo la cálida infusión.

Después de servir dos tazas más y entregarle una a Kai, su madre se sentó en otro sillón. Se había compuesto nuevamente y la breve ira y miedo habían desaparecido, reemplazados por una expresión fría y neutral.

—¿Por qué? —preguntó su madre y luego negó con la cabeza—. No, creo que puedo adivinar esa. —Tomó un sorbo de su té.

Estaba tan relajada que Rhianne no sintió la necesidad de discutir el punto. Lo más probable es que hubiera adivinado correctamente. ¿Importaba ya?

—Necesitas maestros y algunas lecciones intensivas de entrenamiento. Conozco muchos tutores discretos que me deben un favor y pueden…

—No.

Su madre entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir con "no"? No pareces comprender lo peligrosa que puede ser la magia sin el debido entrenamiento. Y la tuya no solo es muy inusual sino también muy poderosa. Nunca he visto nada parecido.

—Eso es porque es magia élfica —dijo Rhianne.

Las palabras "magia élfica" lanzaron su propio hechizo de silencio. Su madre abrió la boca para hablar, luego la cerró de nuevo, las palabras retrocediendo como peces tímidos. Levantándose de su silla, marchó hacia las estanterías y sacó un viejo tomo. Una nube de polvo se elevó en el aire, como una mini explosión de historia olvidada. Rhianne podía ver símbolos en la portada moviéndose por sí solos. Su madre abrió el libro y comenzó a leer, absorta en sus páginas frágiles y amarillentas.

Reclinándose, Rhianne sorbió su té, solo entonces dándose cuenta de que su brazo ya no dolía. Miró hacia abajo y vio que se había curado solo. Todo lo que quedaba era algo de enrojecimiento en el área. ¡Vaya! Su trabajo de magia improvisado realmente había funcionado. Aunque había usado demasiada energía, el mismo error de novata que había cometido cuando curó a Toto por primera vez. Su madre tenía razón, necesitaba controlar su magia. Casi se da una palmada en la frente: ¿acababa de estar de acuerdo con su madre? Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Aunque no estaba a punto de decírselo a su madre.

—Esther —dijo Kai, con tono paciente.

Su madre levantó la vista del libro, con los ojos desenfocados. —¿Sí?

—Tenemos un par de preguntas con las que quizás puedas ayudarnos.

¿Las tenían? Rhianne miró su taza vacía y decidió volver a llenarla. La bandeja tenía otras delicias, así que agarró un par de galletas y las colocó en su plato. Al regresar, le entregó una de las galletas a Kai.

El repentino golpe del pesado tomo al cerrarse sobresaltó a Rhianne, haciendo que derramara algo de té. Miró con consternación para ver su galleta empapada. Sin dudarlo, le dio un rápido mordisco al bocado húmedo. No hay que desperdiciar.

Después de colocar el tomo de vuelta en los estantes, su madre pasó el dedo por el lomo como si contuviera alguna respuesta milagrosa a su último problema, que a juzgar por la mirada que le lanzó, era sobre Rhianne. El libro era bastante antiguo, así que tal vez sí la tenía.

Desde que había cumplido doce años y obtenido un nivel bajo de poder mágico en su prueba, su madre había cesado su campaña de educación mágica. Rhianne había saboreado el dulce gusto de la independencia, libre de las garras de tomos polvorientos escritos en lo que bien podría haber sido un guion marciano y fórmulas tan complejas que le darían migraña a un matemático.

Kai compartió una mirada con Rhianne, levantando una ceja y Rhianne se encogió de hombros. Era lo normal con su madre. Respondería cuando estuviera lista, probablemente después de tamizar una biblioteca mental de teorías mágicas.

Muchos no entendían que la magia no era solo un elegante movimiento de varita y un poco de palabrería. Era como afinar una guitarra mientras haces malabares con bolas de fuego: delicado, preciso y ocasionalmente chamuscante. Era una mezcla de las artes místicas y la feria de ciencias, una poción que requería tanto brillo como sustancia.

Por supuesto, intenta soltar esa bomba de verdad en una convención de brujas y probablemente te hechizarían más rápido de lo que puedes decir “Abracadabra”. Las brujas, benditos sean sus sombreros puntiagudos, se deleitaban en el aire de enigma de su oficio, tratando cada hechizo como una receta familiar secreta, transmitida con un toque de “no lo entenderías, es cosa de brujas”.

Después de haber dejado su taza de té, su madre fue a recogerla solo para arrugar la cara. El té probablemente había abrazado el frío del abandono. En lugar de sentarse, se quedó allí de pie.
—¿Tienen preguntas para mí?

Su tono estaba cargado de una renuncia tácita: se reservaba el derecho de no responder.

—Nos preguntábamos si sabías mucho sobre Victor —preguntó Kai.

¿Eh? Rhianne debería haber pensado en eso ella misma.

Su madre devolvió la taza de té frío a la bandeja.

—¿Victor Herrington?

No esperó a que Kai lo confirmara y cerró los ojos por un segundo, consultando su agenda mental.

—Es el hijo de Andrew y Lucia Herrington, ambos brujos de nivel medio. El padre es bastante talentoso como sanador, no con pociones, sino en manipulación y reparación de huesos. Trabaja en el hospital sobrenatural de la Costa Norte, al igual que su esposa, que es enfermera. Victor era académicamente dotado, pero no tenía interés en seguir el camino de sus padres, para su decepción. Ahora están distanciados —lanzó una mirada significativa en dirección a Rhianne.

En el mundo de los brujos, no eran las calificaciones lo que contaba, sino el talento mágico. Rhianne lo había aprendido por las malas. Recordaba estar emocionada por haber clavado un ensayo de inglés, pero también haber obtenido un tibio B menos en elaboración de pociones. La mirada decepcionada de su madre y su respuesta de labios apretados lo decían todo. Esto había sucedido justo antes de su gran prueba de habilidad mágica. La que había reprobado. A propósito.

Por supuesto, reprobarla no había sido exactamente el éxito rotundo que esperaba. En lugar de provocar una reacción en su madre, obtuvo… nada. Cero. Nada de nada. Y provocar una reacción había sido el punto principal.

Había activado un interruptor en su relación, pero en lugar de iluminar las cosas, las puso en un regulador, y nadie podía encontrar la configuración correcta.

Lo más gracioso era que aparentemente —y solo lo descubrió hace unos meses— se necesitaba talento para engañar a los examinadores. Rhianne había argumentado en contra diciendo que solo buscaban personas que intentaban hacerlo mejor, no peor. Nel, siempre portador de verdades incómodas, había incinerado esa noción. La prueba, explicó con una sonrisa burlona, era una trampa mágica para ratones, diseñada para detectar cualquier rastro de engaño.

Para ser justos, no era exactamente común que alguien apuntara al equivalente mágico de un panzazo. Pero aun así, ella no debería haber podido *tener éxito* en *fracasar* sin que nadie lo detectara. Pero lo había hecho. Y eso explicaba la extraña mirada, tal vez algo orgullosa, que su madre le había dado antes.

—¿Victor también es un brujo de nivel medio? —preguntó Rhianne.

—Sí, lo es. Como no estaba interesado en seguir los pasos de sus padres, sus opciones de carrera eran limitadas.

Victor les había dicho lo mismo.

En la comunidad sobrenatural, la “democracia” era más como un cojín decorativo: bonito de ver, pero no realmente útil. El nepotismo, por otro lado, era el sofá demasiado mullido en el que todos seguían hundiéndose, les gustara o no. A menos que fueras un prodigio mágico, por supuesto. E incluso entonces, tener las conexiones adecuadas ayudaba.

Kai, quien obtuvo el nivel más alto registrado en una generación, tuvo que congraciarse con la élite mística para impulsar su carrera. Rhianne estaba bastante segura de que habría volado alto de todos modos, con o sin apretones de manos. Era así de bueno.

Le sonrió y él inclinó la cabeza, dándole una mirada de “¿Qué pasa?”. Ella negó con la cabeza y articuló sin voz: “Después”.

Si su madre notó su intercambio silencioso, optó por ignorarlo.

—Por lo que escuché, Victor anduvo de trabajo en trabajo, sin establecerse por mucho tiempo, hasta que consiguió el puesto con Don Bellmont.

Su tono goteaba con la insinuación de que el papel de Victor era un favor envuelto para regalo de Don Bellmont, sin recibo incluido. Pero Victor le había parecido a Rhianne altamente competente. Dudaba que Don Bellmont, con todos sus bordes afilados, mantuviera cerca a un torpe jinete de escoba. No, él reservaba su tolerancia para psicópatas encantadores como Albert, que podría vender hielo a un pingüino, o en este caso, oscuridad a un vampiro.

Se rio entre dientes, ganándose una mirada fulminante de su madre. Después de descubrir la doble vida de Albert, se preguntaba si Don Bellmont finalmente se había dado cuenta de que su chico de oro no era exactamente el niño modelo de vampiro en ciernes que había pensado. Su madre habría visto a través del acto en un instante. Tal vez Don Bellmont podría beneficiarse de algunos consejos de ella. De hecho, dado lo mucho que su madre lo defendía, podrían iniciar un club de admiración mutua, menos la deuda de sangre, por supuesto. El pensamiento parpadeó, provocando una revelación en los bordes de su conciencia, pero se escapó de su alcance mental. Otra pieza del rompecabezas para otro momento.

También la enojaba de nuevo. ¿Cómo podía su madre seguir pensando bien de él cuando le estaba colgando una soga al cuello? Rhianne probablemente nunca entendería a su madre. Aunque, de nuevo, ¿que su madre la entendiera a ella? Eso era poco probable, así que tal vez estaban empatadas en la competencia de malentendidos.

—¿Qué hay de Lucius? —preguntó Kai.

—Lucius Blackwood —recitó su madre—. Nació en 1875 en Bengala Oriental en una familia aristocrática. Sufrió graves heridas en batalla y aceptó que Don Bellmont le salvara la vida convirtiéndolo. En ese entonces, los vampiros no necesitaban permiso del consejo para las

conversiones. Desde entonces, ha estado al servicio de Don Bellmont. Es todo un logro académico, tiene un título en derecho de la Universidad de Sídney. Además de eso, es el campeón invicto en esgrima vampírica.

Mmm, interesante que nadie hubiera mencionado ese detalle durante las entrevistas.

—Don Bellmont lo considera su sucesor y, a su debido tiempo, se convertirá en el Maestro de la Casa.

—¿Podría Albert haber interrumpido esos planes? —preguntó Rhianne.

Tocándose la barbilla, su madre consideró su pregunta por unos momentos.

—Lo dudo, pero no es imposible.

—¿Te importaría elaborar?

—Don Bellmont valora la lealtad por encima de todo. Lucius ha estado a su lado durante mucho tiempo y lo ha servido fielmente. Creo que ha puesto su propia vida en peligro en más de una ocasión para defenderlo. Tendría que decir que su posición estaba completamente asegurada…

—¿Pero? —insistió Rhianne.

—No conocía a Albert, pero el hecho de que Raph… Don Bellmont, accediera a convertirlo en vampiro es inusual. Debe haber quedado bastante impresionado con él. Eso en sí mismo no habría sido suficiente para amenazar la posición de Lucius. Pero si Lucius hubiera hecho algo que Don Bellmont considerara desleal, podría haber generado algunas dudas.

—Y, por supuesto, Albert habría estado entre bastidores, listo para convertirse en el próximo sucesor —dijo Rhianne.

Su madre alzó las cejas.

—Muy bien, sí. Si no hubiera habido otros potenciales sucesores, Don Bellmont habría estado más inclinado a pasar por alto cualquier indiscreción.

«Indiscreción» era un término bastante vago. ¿Qué podría haber sido lo suficientemente grave como para que Don Bellmont pensara que Lucius no era un sucesor adecuado? ¿Qué error monumental podría hacer que Don Bellmont dejara de lado a Lucius, un hombre tan inmaculado que prácticamente podías ver tu reflejo en su reputación?

Tal vez Albert había descubierto algo sucio sobre Lucius y, en un momento de pánico, Lucius decidió deshacerse de él. Sin embargo, a Rhianne le resultaba difícil imaginar a Lucius entrando en pánico. Le parecía del tipo que planificaba su rutina diaria hasta el último detalle. Si hubiera decidido cometer un asesinato, tendría una presentación de PowerPoint y una hoja de

cálculo para ello. No, lo más probable es que Lucius hubiera desafiado a Albert, como les había dicho. Pero si Albert amenazaba con ir inmediatamente a Don Bellmont…

Un golpe en la puerta los interrumpió.

—Adelante —dijo su madre.

Walter llegó con otra bandeja que contenía una selección de artículos. Había tazas y platillos frescos, acompañados de una pequeña tetera de té humeante y un plato de galletas variadas. Intercambió estos artículos por sus tazas usadas, llevándose los restos de su anterior descanso para tomar el té.

—¿Y Sebastián? —preguntó Kai.

—Sebastián interpreta al juvenil a la perfección, pero es solo una rutina bien ensayada.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Rhianne.

Su madre había sonado muy segura en su evaluación. No era un «en mi opinión» o algo así. Y sí, vale, Rhianne estaba tratando de provocarla.

—Conviene a sus propósitos. La gente lo ignora y piensa que es inofensivo.

Inofensivo no era una palabra que Rhianne aplicaría a ningún vampiro, y Seb era astuto. Él mismo le había dicho libremente lo mismo que su madre le estaba diciendo ahora. —¿Ha lastimado a alguien que sepas?

—Es un guardián de secretos y eso lo hace peligroso.

Eso no era nada vago ni evasivo. —¿Crees que traicionaría los secretos de Don Bellmont?

Si Seb estaba corrupto y Albert lo descubrió, entonces le daría un motivo a Seb. Por otro lado, si su madre tenía razón y Seb conocía los esqueletos no muertos de Don Bellmont —suponiendo que tuviera alguno— eso lo haría casi intocable. Negó con la cabeza. En el poco tiempo que había conocido a Don Bellmont, se había formado una imagen de alguien con sentido del honor, quizás retorcido, pero honor al fin y al cabo. Así que la idea de que Seb tuviera algún poder sobre Don Bellmont era risible en el mejor de los casos.

Kai se levantó y sirvió el té. —¿Leche o limón? —preguntó. Obviamente, también se había dado cuenta del deliberado baile de evasivas e intentaba romper el punto muerto.

—No, gracias —dijo su madre.

Kai trajo sus tazas de té y colocó una bandeja de galletas en la mesa de café.

—Para responder a tu pregunta, no, no creo que lo traicionaría. Don Bellmont inspira lealtad entre su gente. —Su respuesta fue cortante.

—Seguramente no es el vampiro perfecto que estás haciendo parecer. El hecho de que invocara la deuda de sangre…

—Ya hemos cubierto eso.

—No, no lo hemos hecho. Todo lo que has dicho es que te lo buscaste. —Rhianne había elevado la voz y respiró profundamente para tratar de calmar su corazón acelerado. ¿Cómo podía su madre no verlo? —Incluso si lo hubieras hecho, él no tenía necesidad de invocarla. ¡Yo habría ayudado de todos modos! —Posiblemente. Probablemente. ¿A quién engañaba? Habría saltado a la oportunidad.

—Tú podrías haberlo hecho, pero yo no —dijo su madre, mirando hacia otro lado.

¿Eh?

Levantando la barbilla, su madre contraatacó. —Me llamó a mí, ¿recuerdas? No a ti. Tenía todas las razones para creer que yo no movería un dedo para ayudarlo.

—¿Porque te había manipulado para tener una deuda de sangre? —Rhianne estaba perdiendo una pieza crucial del rompecabezas aquí.

—No. —Su madre dudó. —Porque me negué a ayudarlo antes.

CAPÍTULO 23

Rhianne no podía entender por qué la negativa de su madre a ayudar a Don Bellmont era tan importante. Cualquiera dudaría en ayudar a un vampiro. O al menos cualquiera con un mínimo de instinto de supervivencia lo haría. Y su madre era, si acaso, sensata. A Rhianne no le sorprendería que llevara el equivalente mágico de una navaja suiza en su bolso.

Había más en esta historia. Y su madre sabía que ella lo sabía. Pero la expresión determinada de su boca le decía a Rhianne que no iba a darle ninguna respuesta.

Mientras tramaba distraídamente cómo extraer la misma información de Don Bellmont, Rhianne se perdió lo siguiente que dijo su madre. —¿Perdón, qué? —preguntó.

—Dije que entre los vampiros tiene buena reputación. Muchos presentan solicitudes para transferirse a su casa, esperando conseguir un puesto.

—Sí, es el epítome de un vampiro íntegro. Lo entiendo. Sigamos adelante —Rhianne hizo un gesto con la mano—. ¿Qué sabes sobre Adriana?

—No mucho —El concepto de saber poco debía ser ajeno a su madre, quien frunció los labios—. Es nueva en la casa y bastante joven según los estándares vampíricos. Hice algunas llamadas. Era una socialité de una familia humana acomodada. Tengo entendido que estaba bastante aburrida con su vida y ansiaba la emoción del mundo mágico.

Kai, que había estado bebiendo su té en silencio contemplativo, asintió. Lo más probable es que ya hubiera desentrañado el pasado de Adriana con la precisión de un bibliotecario descifrando un índice críptico. Para él, las redes sociales eran un mapa del tesoro repleto de pistas.

Rhianne puso los ojos en blanco. Adriana habría romantizado todo el asunto de los vampiros. Existían clubes exclusivos donde los humanos, por invitación exclusiva, se mezclaban con vampiros. Si eran lo suficientemente “afortunados”, podrían convertirse en la comida de un vampiro o algo más.

Hubo un incidente en el club de Nel que llevó a una prohibición total de vampiros, así que la experiencia de primera mano de Rhianne era nula. Sin embargo, la vista de jóvenes esperanzados haciendo cola fuera de estos clubes no pasaba desapercibida para ella. Eran como concursantes

en un programa de juegos titulado “¿Quién quiere ser la cena de un vampiro?”. No habían surgido muertes relacionadas o personas desaparecidas, o al menos ninguna de la que Nel tuviera conocimiento. Y si Nel no lo sabía, era como si no hubiera sucedido. Los vampiros, después de todo, operaban una maquinaria de relaciones públicas bien engrasada; ningún vampiro rebelde se atrevería a arrojar una llave inglesa en esos engranajes que funcionaban tan suavemente.

Sin embargo, la población en general aún les temía.

—Se enredó con el vampiro equivocado —continuó su madre con el tono de alguien que discute un corte de pelo mal elegido en lugar de un error que cambia la vida—. O tal vez no tan equivocado, dado lo desesperada que estaba por ser transformada. Este vampiro era lo suficientemente mayor como para saber mejor, pero se enamoró perdidamente de la joven Adriana. Lo suficiente como para desafiar al consejo cuando se denegó la solicitud para transformarla. Cuando Adriana se convirtió, fue rechazada por su familia y amigos. Ninguna casa de vampiros la quería, dado el estigma de la transformación ilegal.

Era difícil sentir lástima por Adriana, dado que era lo que había estado buscando, pero Rhianne aún podía simpatizar. Había ansiado atención y emoción y había terminado sin ninguna de las dos.

—Pero Don Bellmont la acogió —dijo Rhianne y se preguntó cuál habría sido el destino de Adriana si ninguna casa la hubiera querido. Un escalofrío le recorrió la espalda y empeoró cuando se dio cuenta de que su madre no había dicho nada sobre lo que le sucedió al vampiro que la transformó.

Afuera, el viento arreció, golpeando contra las ventanas con fuerza creciente, haciéndolas traquetear como dientes nerviosos. Las ramas de los árboles, atrapadas en el tumulto, crujían y gemían, añadiendo una banda sonora espeluznante a la noche. Rhianne se ajustó más la chaqueta.

—¿Hay algún tabú en torno a las relaciones entre humanos y vampiros? —preguntó Kai.

El sonido de una taza tintineando atrajo la atención de Rhianne de la ruidosa ventana a su madre. Había derramado su té.

Con manos temblorosas, su madre se puso de pie y cuidadosamente vertió el exceso de té del platillo de vuelta a su taza.

Siguió una larga pausa mientras su madre vertía más té en una taza que ya estaba dos tercios llena.

Rhianne entrecerró los ojos, segura de que su madre estaba ganando tiempo. ¿Qué era lo que no quería compartir? Una teoría parpadeó en la mente de Rhianne, pero la descartó por improbable.

—¿Por qué preguntas? —dijo finalmente su madre.

Kai o bien no se daba cuenta o era demasiado educado para comentar sobre la extraña reacción de su madre. Con Kai, podría ser cualquiera de las dos.

—Porque creemos que Albert tenía una novia humana que estaba ansioso por ocultar y queremos saber por qué.

Volviendo a acomodarse en su silla, su madre enderezó la espalda. —No es un tabú, no.

Resistiendo el impulso de presionar a su madre por más detalles, Rhianne bebió su té en su lugar. El atractivo de su suave almohada y edredón se hacía cada vez más fuerte, sus párpados pesados por la fatiga, como pequeñas pesas de cortina tirando de ellos hacia abajo para el gran final del día. El impulso de energía anterior de su magia estaba disminuyendo, dejando una creciente sensación de irritación y cansancio en su estela.

—Al igual que la familia y amigos de Adriana, los humanos no son muy indulgentes con los matrimonios mixtos.

Burlándose, Rhianne se abstuvo de señalar que la intolerancia también se aplicaba a los sobrenaturales. En cuanto a los diferentes tipos de sobrenaturales, estaban relacionados en el sentido más amplio de existir en el mismo universo, y eso era todo.

—Pueden estar fascinados por nosotros en general, pero nos ven con sospecha y miedo. Los vampiros, sin embargo, ocupan un lugar distinto en su psique. Ese miedo se vuelve casi primario. La inconfundible otredad de un vampiro, la sensación palpable de estar en presencia de un depredador… se sienten igualmente atraídos y repelidos por el vampirismo y eso amplifica su miedo.

—¿Qué piensan los vampiros sobre tener amantes humanos? —Rhianne se sintió orgullosa de que su voz no revelara nada de sus pensamientos confusos.

—Como todos los demás seres mágicos, se consideran superiores, así que tener a uno de los suyos con un humano causaría burla entre los de su clase, a menos que fueran solo un compañero o mascota, por así decirlo.

—¿Mascota? —Las alarmas sonaron ante la palabra. Sonaba como algún tipo de esclavitud. Por supuesto, Oscar y los otros empleados humanos en la casa de Don Bellmont no parecían serlo. Su madre debió haber captado su mirada.

—Cuando un vampiro toma un amante humano, a menudo se quedan cautivados por ellos. No es necesariamente que el vampiro quiera este resultado, solo que a menudo sucede.

Aquello no sonaba nada tranquilizador, pero planteaba un punto interesante. Rhianne podía estar equivocada, por supuesto, pero no creía que a Albert le inquietara la idea de que una novia

humana se encaprichara de él o algo peor. Pero ¿la idea de que otros lo menospreciaran? Eso sí le molestaría. Sin embargo, la solución más sencilla sería dejar a la novia: problema resuelto. Pero no lo había hecho. Debía haber algo más en la historia, a menos que…

* * *

De camino a su apartamento, los pensamientos de Rhianne daban vueltas. Kai no había dicho nada desde que se marcharon, lo que significaba que probablemente también estaba sumido en sus pensamientos. Era difícil saber si se trataba del caso o de alguna otra complicada estafa financiera que estaba investigando. En cualquier caso, ella agradecía el trayecto tranquilo, que le permitía empezar a formar algunas teorías.

La tormenta había amainado, dejando atrás ramas caídas y un mundo sereno y lavado, donde los restos de lluvia brillaban en el pavimento como diamantes esparcidos. Las calles estaban ahora vacías e inquietantemente silenciosas. Rhianne miró a Kai, fijándose en cómo la suave luz posterior a la tormenta jugaba en su rostro.

La dejó con un suave beso antes de marcharse conduciendo. Habían quedado en reunirse al día siguiente para discutir el caso y compartir sus últimos hallazgos. El plan era volver a la casa de Don Bellmont y entrevistar a los guardias de seguridad. Oscar le había dejado un mensaje confirmando su disponibilidad para la tarde.

Al subir las escaleras hacia su apartamento, Rhianne se detuvo para respirar hondo. El aire era fresco, impregnado con el aroma de la tierra húmeda y el follaje nuevo. A su alrededor, la tierra tranquila susurraba, puntuada por el goteo rítmico del agua de los árboles que la cubrían.

Se detuvo en lo alto de las escaleras, a pesar del frío que empezaba a filtrarse por su chaqueta. Se tomó un minuto para conectarse con la tierra y los árboles. Cerrando los ojos, extendió sus zarcillos mágicos. La calidez y el afecto la envolvieron, seguidos de una nota de preocupación cuando la energía la escaneó. Sonrió. Cada vez se le daba mejor percibir los árboles que la rodeaban.

—¿Os contó Toto mi pequeña aventura? —preguntó a los árboles.

—No me escuchan —respondió Toto, sobresaltándola. Se había materializado justo a su lado.

—Creo que ya he tenido suficientes sorpresas, Toto.

—Mmm. Dadas tus aventuras hasta la fecha, me atrevería a decir que es más bien que necesitas empezar a esperar lo inesperado.

Sacando sus llaves, Rhianne abrió la puerta y encendió la luz, entrando.

—Pareces completamente curada.

—Lo estoy. Usé mi magia —dijo, y no pudo evitar la nota de orgullo en su voz.

Toto saltó a su silla habitual y se acurrucó. —Excelente, tus poderes se están asentando.

—Bueno… me desmayé un poco con ello durante un rato.

Toto la miró fijamente durante un minuto. Para su alivio, no parecía preocupado ni molesto por la noticia. —Comenzaremos algunos ejercicios para sintonizarte con los niveles correctos de poder. Tu magia está ansiosa por ser utilizada y no tiene delicadeza. Es como un poderoso río que ha roto su presa, precipitándose incontrolado y tallando su camino con fuerza en lugar de gracia.

—Entonces, ¿estás diciendo que mi magia es como un niño pequeño con sobredosis de azúcar en una fiesta de cumpleaños? —dijo ella—. Lleno de energía y entusiasmo, pero más propenso a tirar el pastel que a ayudar a cortarlo con precisión.

Toto asintió con toda seriedad. —Una analogía acertada.

El sarcasmo no funcionaba con los seres feéricos. Rhianne lo había descubierto por las malas en su último caso en el reino de los elfos. Antes de esa aventura, simplemente había pensado que era una peculiaridad única de Toto, pero no, resultó que los elfos en general no entendían la ironía. Qué lástima. Sus comentarios ingeniosos habían pasado por encima de las cabezas de los elfos como un avión de papel en una ráfaga de viento.

Pensándolo bien, estaba bastante segura de que Don Bellmont y Seb captaban el sarcasmo. El jurado aún no se había pronunciado sobre Lucius. Eso la animó. Tal vez había un lado positivo en este caso.

Un bostezo la invadió y Toto asintió. —La magia te ha pasado factura. Francamente, me sorprende que aún te mantengas en pie. Es mejor que duermas y descanses para recuperar tu energía. Por cierto, ¿de qué hablasteis en casa de tu madre?

—¿Nos espiaste? —Rhianne no pudo reunir demasiada indignación. Toto debía de haber estado preocupado. Deseó haber evaluado sus heridas antes de la curación para medir su gravedad. Mirando la manga rasgada de su chaqueta, suspiró: allá iba otra chaqueta. Necesitaba dejar de recibir disparos y puñaladas. A este paso, se convertiría en la mejor clienta de la tienda de ropa de segunda mano de la calle.

—Por supuesto que no. Simplemente me posé en la rama del alto roble fuera de la casa y esperé —resopló.

Se había quedado esperándola en medio de una violenta tormenta. —¡Oh, no! ¡Debes haber estado empapado y congelado!

Toto se encogió de hombros. —He soportado cosas peores. Quizás algún día te cuente la historia de mi aventura con Grendar el Tronador, un gigante legendario.

Rhianne se acercó a donde Toto estaba tumbado y lo abrazó. Le había salvado la vida más de una vez ese día. Se había lanzado a través de una ventana y le habían disparado por ella. Y después de todo eso, eligió sentarse bajo la lluvia y los fuertes vientos, mientras ella estaba a salvo en casa de su madre. —Gracias. ¡Realmente eres el mejor! —Le dio un beso agradecido en la cabeza.

—Vete ya, niña, puedes compartir tu propia historia mañana —dijo con brusquedad, pero la suavidad de sus ojos lo delataba.

Rhianne hizo un gesto de despedida con los dedos y se dirigió a su habitación. Con apenas energía para quitarse la ropa, se deslizó entre las sábanas. Antes de quedarse dormida, se dio cuenta de que era la primera vez que Toto revelaba algo sobre su pasado. No era mucho, seguro, pero eran pequeños pasos. Algún día desentrañaría el misterio de qué y quién era. Pero antes de que pudiera idear un plan para hacer que revelara más, sus pensamientos fueron arrastrados al abrazo del sueño.

A la mañana siguiente, la luz del sol se filtraba por una rendija de las cortinas, bañando la habitación de Rhianne con un cálido resplandor. Parpadeó adormilada y miró su reloj: ¡las diez en punto! Con un movimiento rápido, apartó las sábanas y corrió a darse una ducha rápida. Después, examinó su brazo; la piel estaba suave y sin manchas, sin revelar ningún indicio del roce de la bala. Tampoco tenía moretones y, aunque sus movimientos eran rígidos, no eran dolorosos. Cogiendo una pieza de fruta, bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió hacia el vivero principal.

Alice y Carl estaban allí, claramente en medio de una discusión. Carl tenía los brazos cruzados, con el ceño fruncido, y el gesto de Alice mostraba su disgusto. Sus posturas eran rígidas, cada uno ligeramente apartado del otro. Carl rompió el tenso silencio con un comentario brusco:

—Sabes que no puede ser, Alice.

—Buenos días —saludó Rhianne, tratando de sonar tan alegre como pudo. Era inusual que estos dos estuvieran peleando entre sí. Claro, los hermanos tienen sus desacuerdos, pero nunca los había visto enfrentarse así antes.

Carl era amable y de trato fácil. Solo lo había visto perder la calma una vez, cuando ella no le dijo que la habían atacado y espiado. Se había puesto todo protector y le dejó claro que tenía que informarle sobre cosas así. Le había sorprendido descubrir que tenía personas que se preocupaban por ella, además de Toto y Nel, y sus muros comenzaron a resquebrajarse. Había sido el comienzo de un cambio en su relación de empleado a empleador a amigo. Alice… bueno, ella tenía un poco de mecha corta. Pero era divertida, feroz y leal hasta la médula. Ambos eran amigos increíbles, y se sentía mal verlos llevarse mal.

Ambos se volvieron para mirarla al mismo tiempo, y al instante sus expresiones cambiaron. Carl dejó caer los brazos a los costados, mientras Alice intentó una sonrisa que terminó pareciendo más una mueca.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó ella en el silencio incómodo.

—Nada —dijo Alice.

—Sí, nada —concordó Carl.

Rhianne intentó darles una mirada severa, pero tuvo que estirar bastante el cuello hacia arriba. Probablemente se parecía más a un suricata tratando de intimidar a un par de jirafas. Carl estaba ocupado evitando el contacto visual, y Alice se había dado la vuelta, recortando un rosal con demasiado entusiasmo.

—Bien, no me lo digan. Obviamente, tienen sus propios secretos. —Era un golpe bajo, pero vio a Carl estremecerse, así que había logrado su objetivo. Alice, por otro lado, seguía atacando ese arbusto como si le debiera dinero.

—El rosal no tiene la culpa —dijo Rhianne.

Alice se detuvo a media tijera y tuvo la decencia de sonrojarse.

—Ups, lo siento, creo que me dejé llevar un poco. —Lanzó una mirada furtiva al rosal, que ahora parecía una colección de palitos rechonchos.

—Por suerte para ti, las rosas no guardan rencor. Apuesto a que para la primavera volverá a tener flores. —Rhianne miró las cortas ramitas—. Aunque tal vez no tantas.

Alice murmuró otra disculpa.

—¿Esto tiene algo que ver con la pelea en la que os metí anoche? —preguntó.

Al instante, se volvieron hacia ella, negando con la cabeza al unísono.

—¡Claro que no! —dijo Carl.

—Yo fui quien insistió. Si acaso, yo arrastré a Carl —dijo Alice, señalando en dirección a Carl con el pulgar.

—No me arrastraste. No iba a quedarme fuera como la última vez.

Sí, Carl todavía estaba resentido por aquella vez que le ocultó cosas.

—Fue una pelea genial. —La sonrisa de Alice era genuina esta vez.

Carl resopló.

—Eran unos blandengues, pero había muchos, y tenían armas, así que eso equilibró un poco las cosas.

—Y Oscar ayudó —soltó Alice.

Carl empezó a cruzar los brazos, captó la mirada de Rhianne y los volvió a bajar. ¡Ajá! De eso iba la pelea; Carl no aprobaba a Oscar.

Decidió poner a prueba esa teoría.

—Oscar fue bastante útil en la pelea, ¿no? —Dirigió la pregunta a Alice pero observó a Carl para ver su reacción. En realidad, no había visto a ninguno de ellos pelear. Cuando llegó al patio, la pelea ya había terminado, y en la nave industrial, estaba demasiado ocupada tratando de no recibir golpes como para fijarse en nadie, excepto en Don Bellmont. Lo recordaba moviéndose como un rayo, derribando tipos a diestra y siniestra. Solo pensarlo la hacía estremecerse.

Pero su comentario agitó las cosas. Carl frunció profundamente el ceño, y Alice tenía una pequeña sonrisa de suficiencia en la cara mientras asentía. Su expresión prácticamente gritaba: "¿Ves? ¡Tenía razón!".

Pensó que tendría que acorralar a Alice más tarde para averiguar de qué iba todo esto. Estaba bastante segura de que Carl no se lo diría. Aunque siempre podía hacer trampa y llamar a Marissa. La abogada descarada, ahora novia de Carl, era una adición vibrante a su creciente grupo de amigos. Marissa podía extraer secretos como una profesional; sus habilidades de interrogatorio eran legendarias. Pero eso era como usar un mazo para cascar una nuez. Primero intentaría con Alice y guardaría el "Método Marissa" para una verdadera emergencia.

—¿Visteis a Isobel? —preguntó Carl.

Era un claro intento de cambiar de tema, pero a Rhianne le convenía, así que lo dejó pasar. Negó con la cabeza.

—No, me perdí esa parte. ¿Qué pasó?

Carl se rascó la cabeza y Alice ladeó la suya.

—En un momento estaba allí y al siguiente estaba al otro lado del patio. —Carl miró hacia arriba como si estuviera reproduciendo la escena en su cabeza—. No es que corriera exactamente, era como si simplemente… se deslizara, ¿sabes? Como una mancha borrosa que flotara sobre el suelo o algo así.

¿Podría Isobel ser un fantasma?

CAPÍTULO 24

¿Podría ser Isobel, la patóloga con debilidad por los dulces, un fantasma?

Rhianne no tenía ni idea sobre fantasmas. ¿Existían realmente? Claro, había escuchado alguna que otra historia por ahí, pero no había visto ninguna prueba sólida. Sin embargo, todo el asunto de los fantasmas tenía cierto sentido cuando pensaba en Isobel y todas sus misteriosas peculiaridades.

—¿Qué hay de la pelea en la nave industrial? —preguntó Rhianne.

—No recuerdo haberla visto pelear…

—Estaba en todas partes, casi como una sombra —dijo Alice—. En un segundo estaba a mi derecha, al siguiente, a mi izquierda. Estoy bastante segura de que algunos de los tipos que intentaban golpearla acabaron golpeándose entre sí.

La palabra “sombra” le provocó un escalofrío. Las “Sombras” eran asesinos y espías elfos, y la reina de los elfos había enviado uno para vigilar a Rhianne. La Sombra no pretendía hacerle daño, la reina solo sentía curiosidad por el padre de Rhianne, pero era realmente espeluznante.

Lo único que sabía con certeza era que Isobel no era un elfo. Según Carl y Alice, podía moverse con fluidez como si se deslizara sobre hielo —o flotara— y tenía este don para jugar al ahora-me-ves-ahora-no-me-ves. Además, de alguna manera había engañado a los miembros de la banda para que se atacaran entre sí. Podía ser muchas cosas, pero había descartado muchas otras ideas. Tendría que consultar sus teorías con Toto.

Como si adivinara sus pensamientos, Alice intervino: —¿Qué tipo de ser mágico es?

—No se lo dice a nadie y te lanza una mirada helada si te atreves a preguntarle. —Sí, ella había preguntado.

Isobel había regañado a Kai cuando lo intentó, pero Rhianne se había atrevido a preguntar de todos modos. Se había enfrentado a oponentes mucho más aterradores en su tiempo, la Sombra, por ejemplo. O la propia madre de Rhianne. Aunque tenía que admitir que Isobel no solo emanaba vibraciones muy poderosas —al menos para sus sentidos—, sino que también desprendía una sensación de peligro. No podía explicarlo. Isobel amortiguaba sus poderes a propósito —un hecho revelado durante su último caso por un perceptivo mensajero elfo. Pero la

sensación de peligro era algo más, no del tipo depredador como Don Bellmont, sino más bien del tipo “estás-mirando-al-abismo”.

Rhianne suspiró. Su plato de misterios estaba rebosante y la naturaleza de Isobel ni siquiera entraba en el top cinco.

Su charla se vio interrumpida por el ruido de un vehículo acercándose por la carretera. Era el familiar rugido del motor de un pequeño autobús turístico que se acercaba. Podían oír el crujido de los neumáticos sobre la grava, junto con el ocasional chirrido de los frenos y un ligero traqueteo del propio autobús. Cuando entró en el vivero, el gran autobús ahogó los sonidos de los frailecillos charlando y los delicados trinos de los reyezuelos azules.

—Ese debe ser el grupo de la excursión de hoy sobre plantas curativas aborígenes. —Carl dejó sus herramientas y se sacudió una mezcla de tierra y ramitas de su mono—. ¿Tengo buen aspecto?

Tenía el pelo de punta en todas direcciones y las manos sucias, pero Rhianne no tuvo corazón para decírselo. —Te ves bien.

Alice se burló. —¿Bien? ¡Su pelo está montando una rebelión!

Al oír eso, Carl salió disparado hacia el área de los baños.

—Eso ha sido cruel —dijo Rhianne.

—¿Qué? Es verdad. Además, se jacta de ser el Señor Guía Turístico Perfecto.

—Pero ese no es el verdadero problema, ¿verdad? Estás enfadada con él.

Apretando los labios, Alice apartó la mirada con una terquedad que podría rivalizar con la de una mula.

—Suéltalo, Alice. Es por Oscar, ¿verdad?

—¡Yuju! —gritó una voz.

El autobús se detuvo y de él salió el conductor, un tipo compacto con una sonrisa tan amplia que podría haber llevado a todo el autobús. Detrás de él, un grupo de ancianos desembarcó con una mezcla de saltos ágiles y pasos cautelosos. El conductor iba y venía, repartiendo manos de ayuda y choques de manos.

Una vez que el último del enérgico grupo hubo tocado tierra firme, el conductor, ahora radiante como un padre orgulloso en una obra escolar, lideró la procesión hacia Rhianne y Alice.

Carl reapareció, con el pelo peinado y arreglado con gel. Rhianne tuvo que reírse cuando una de las señoras empezó a abanicarse al acercarse Carl. Con su metro noventa y ocho de altura, construido como un tanque y con esos encantadores ojos marrones, Carl era toda una visión. Sin

embargo, a pesar de su impresionante aspecto, era tímidamente inconsciente del efecto que causaba en las mujeres.

—Bienvenidos al Paisajes Hoja de Té —dijo con una gran sonrisa.

La señora que estaba al lado de Rhianne dejó escapar un suspiro nostálgico. —Si tan solo fuera veinte años más joven.

Conteniendo apenas una sonrisa, Rhianne negó con la cabeza. Teniendo en cuenta que Carl tenía más de cien años, le llevaba al menos veinte años a la señora.

—Por aquí, por favor. —Carl lideró el camino.

Esta era la oportunidad perfecta. Una vez que estuvieran fuera de la vista, Rhianne planeaba interrogar a Alice.

Una mano suave tiró del brazo de Rhianne. —Disculpe, jovencita.

—¿Sí? —Rhianne tuvo que mirar hacia abajo, lo cual era una experiencia inusual para ella.

La señora que había agarrado el brazo de Rhianne era bajita, con un rostro amable rodeado de pelo gris corto. Tenía un brillo amistoso en los ojos y llevaba un vestido floreado de aspecto cómodo. En los pies llevaba zapatos prácticos para caminar, listos para un día de excursión. Se mantenía un poco encorvada, pero aún era ágil. Agarraba un bolso grande.

—¿Tienen un baño aquí? Mi vejiga ya no es lo que era.

Después de mostrarle el baño a la señora y luego devolverla a su grupo, Rhianne tenía toda la intención de volver con Alice y averiguar qué pasaba. Pero, como dicen, la vida es lo que pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes. El grupo de turistas la bombardeó con preguntas, algunas indiscretas sobre la rutina capilar de Carl, de entre todas las cosas. Para cuando logró librarse de su curiosa atención, llegó un camión de reparto, exigiendo su atención. A esto le siguieron un montón de llamadas telefónicas, luego apenas tuvo tiempo de agarrar un sándwich rápido antes de tener que correr a la mansión Bellmont para charlar con los guardias de seguridad.

Notó que Alice se había hecho la desaparecida, así que debía no haber querido hablar de ello. ¡Ja! Rhianne llegaría al fondo de este asunto, porque eso es lo que hacen los amigos, ¿verdad? Podría ser nueva en esto de la amistad, pero incluso ella sabía que los amigos no dejan que las disputas misteriosas pasen desapercibidas. Era como el trabajo de detective, pero con más café y menos peligro, o eso esperaba.

El cielo estaba despejado y agradable, con el sol aún emitiendo algo de calor. A Rhianne no le gustaba mucho el invierno, pero días como este no estaban tan mal. Se puso una chaqueta y

pantalones de cuero y decidió ir en su moto a la mansión. El plan era no quedarse demasiado tiempo y volver a casa antes de que se pusiera el sol y llegara el aire más fresco de la noche.

En cuanto llegó a las puertas, estas se abrieron de par en par para ella. ¿Qué tal servicio, eh? Le había dicho a Oscar que vendría y debió de avisar a los guardias para que estuvieran atentos. Dirigiendo la moto por el estrecho hueco, aceleró por el camino de entrada.

Oscar la esperaba al pie de las escaleras y le ofreció una gran sonrisa.

—Menuda máquina más chula.

—¿Verdad que sí? —Rhianne dio unas palmaditas a su moto—. ¡Gee es mi orgullo y alegría!

—¿Gee?

—¿Qué? ¿Tú no le pones nombre a tu coche?

Por cómo se torció la boca de Oscar, era evidente que no.

Rhianne se encogió de hombros.

—No le hagas caso, Gee. Simplemente no entiende nuestro vínculo. —Le dio una última caricia cariñosa a su moto antes de volverse hacia Oscar y estudiarlo. Parecía estar bien, excepto por un feo arañazo en el cuello. Intentó recordar si lo tenía cuando ella se fue—. Gracias por cubrirme las espaldas en la nave industrial anoche. ¿Qué pasó después de que me fuera?

La curiosidad la estaba carcomiendo. Su madre había dicho que Don Bellmont era un hombre de honor. Bueno, su madre no había dicho *exactamente* eso, solo había asentido ante la pregunta silenciosa de Rhianne. En ese momento, Rhianne estaba agotada y lo que más quería era irse a casa. Pero ahora, a la clara luz del día, se preguntaba si había sido inteligente dejarlo allí. Para ser justos, no estaba segura de que hubiera podido detenerlo si lo hubiera intentado.

El rostro de Oscar se puso serio y apretó los labios, y Rhianne pensó que podría negarse a responder.

—Deberías haber dejado que Milord se vengara —dijo—. Esos tipos te habrían liquidado en cuanto hubieras soltado lo que sabías.

Ella soltó un gran suspiro. Eso significaba que no los había matado.

—Pero no lo hicieron, ¿verdad? Si empezamos a eliminar a todo el mundo basándonos en lo que “podrían hacer”, nos quedaríamos con un mundo lleno de peces de colores paranoicos y ardillas extremadamente cautelosas.

Sonriendo a Rhianne, Oscar le ofreció su brazo y ella lo aceptó.

—Bueno, dime, ¿con quién me voy a reunir? ¿Anda Don Bellmont por ahí?

La última vez, Don Bellmont le había dado un susto de muerte. Esta vez iba a estar completamente preparada y mantener la calma si aparecía.

—Está despierto y en su despacho. Sabe que estás aquí.

Por supuesto que lo sabía.

—Nos vamos a reunir con John y Ben. Don Bellmont ya ha hablado con ellos. —Oscar se encogió de hombros—. Afirman que no vieron nada.

—Don Bellmont debería dejarme hacer las entrevistas a mí. —Estaba a punto de decir "Para eso me contrató", pero luego recordó que no la había contratado tanto como puesto una pistola figurativa en la cabeza de su madre y le había dicho que investigara.

Entraron por las puertas principales.

—Intentaba ser útil.

—¿Asustándolos tanto que se olvidan de cualquier cosa útil?

—Le aseguro que esa no era mi intención —dijo Don Bellmont.

Rhianne casi se sale de su piel, con el corazón acelerado mientras giraba la cabeza hacia donde estaba Don Bellmont. Definitivamente iba a preguntarle a Toto si había alguna forma de detectar a un vampiro cerca. A pesar de lo que su madre había dicho antes, estaba haciendo algo de entrenamiento. O más bien, Toto la estaba ayudando con su magia. Pero entre estar ocupada y ser cautelosa con sus propios poderes —que eran menos de "hada madrina" y más de "caos accidental"— no había progresado mucho. Se hizo una nota mental: "menos pánico, más aprendizaje de magia".

Logró esbozar una sonrisa hacia Don Bellmont mientras trataba de calmar su corazón palpitante. Una sonrisa adornó sus labios. El maldito vampiro probablemente podía oír su corazón latiendo a mil por hora.

—¿Nunca ha pensado en ponerse un cascabel?

—¿Cómo atraparía al pájaro si lo hiciera?

Sí, eso lo confirmaba. Don Bellmont entendía el sarcasmo e incluso podría tener sentido del humor. No es que lo estuviera absolviendo de todo solo porque tuviera un par de buenas cualidades.

Se acercó y la escaneó de pies a cabeza, inclinando la cabeza.

—¿La curó su madre?

Sus poderes vampíricos debían ser capaces de detectar si alguien estaba herido. Las heridas abiertas tendrían sentido porque era sensible a la sangre, pero tal vez había algo más.

—Algo así. —Amplió su sonrisa. Toma ya. Ella también podía ser misteriosa—. Ahora, si no le importa, tengo algunas entrevistas que realizar. Eso si no están demasiado aterrorizados como para recordar siquiera sus propios nombres.

Él le hizo un gesto para que continuara y mientras Rhianne pasaba junto a él, dijo:

—¿Tan aterrador soy?

Estaba a punto de hacer un comentario despreocupado, pero su tono tenía una nota vulnerable. Se detuvo en seco, volviéndose para mirarlo.

—¿No quiere serlo?

—A veces. —Le dedicó una pequeña sonrisa.

—¿Como con los traficantes de drogas en su cuartel general?

Él sonrió.

—Ahí lo tiene. A veces lo es y a veces… no lo es. —Con eso, giró sobre sus talones y caminó más adentro de la casa, sintiendo el peso de su mirada en la espalda.

Lo que sorprendió a Rhianne fue que lo decía en serio.

Oscar la condujo hacia la cocina de servicio, donde encontraron a los dos guardias sentados a una mesa con bebidas calientes y galletas de mantequilla. Ambos se pusieron de pie cuando Oscar entró y él les hizo un gesto para que volvieran a sentarse.

—La señorita Rhianne va a hacerles algunas preguntas. Por favor, respóndanle lo mejor que puedan.

—No vimos nada —dijo el guardia rubio con perilla, olvidando la galleta que estaba a punto de morder en su mano.

—Ese es John —dijo Oscar—. Y Ben. —Señaló al otro tipo, que asintió.

—Sí, ya se lo dijimos a Don Bellmont.

Ella mostró su sonrisa más paciente, canalizando a Clarice Starling de *El silencio de los corderos*.

—Y ahora Don Bellmont quiere que me lo digan a *mí*, ¿verdad, Oscar? —Nunca apartó los ojos de los dos guardias de seguridad.

John desvió la mirada y Ben se removió en su asiento.

—Así es, señorita Rhianne. —Oscar le acercó una silla, pero se quedó de pie a su lado, con los brazos cruzados.

—No vimos a nadie sospechoso —dijo John.

Las cámaras corroboraban esa historia, pero eso no significaba que alguien no se hubiera colado de alguna manera. La apuesta de Rhianne seguía siendo que era un trabajo interno.

Ella asintió. —Dime entonces a quién viste.

—Vimos al señor Blackwood en un momento —John miró a Ben buscando confirmación.

—Sí, estaba cerca del muro este. Podría haber sido alrededor de las cinco o así.

—¿Está eso cerca del roble? —preguntó ella.

—No, señorita. El roble está más cerca de la casa.

El silbido de una tetera hirviendo y el estrépito de las puertas de los armarios al abrirse interrumpieron la atmósfera tranquila. La atención de John se dirigió hacia el área de la cocina detrás de Rhianne. Ella golpeó la mesa para volver a centrar su atención. —¿Alguien más?

—El señor Thornhill también regresó por entonces —dijo Ben—. Fue directamente a la casa.

Algo en la forma en que Ben lo dijo, provocó su siguiente pregunta. —¿Eso es inusual?

Una taza de té humeante se materializó frente a Rhianne junto con algunas galletas de mantequilla. El dulce aroma le recordó las visitas a la casa de su abuelo. Levantó la mirada para ver el rostro amable de la señora Bennett.

—Las hice esta mañana —dijo la señora Bennett, hinchando el pecho—. Y batí la mantequilla yo misma.

Era evidente que la señora Bennett no se movería ni un ápice hasta que sus galletas fueran debidamente apreciadas. Rhianne dio un mordisco y al instante fue transportada a un reino de dicha mantecosa. —Mmm, están maravillosas —Sus palabras quedaron ahogadas por la rica y cremosa bondad.

La señora Bennett asintió con satisfacción, su misión cumplida. Luego, su mirada se posó en Oscar. —Siéntate, hijo mío.

Rhianne casi escupe migas ante la entrañable orden, y Oscar, siempre el caballero, se apresuró a darle unas palmaditas reconfortantes en la espalda. Cuando Oscar se acomodó a su lado, una taza humeante apareció frente a él.

El té y las galletas estaban en la agenda, les gustara la idea o no. El decreto tácito de la señora Bennett flotaba en el aire, tan tangible como el aroma de los dulces recién horneados. Mientras Rhianne mordisqueaba una galleta, tuvo que admitir que tal vez —solo por esta vez— la capitulación tenía sus ventajas.

Pero su pregunta quedó en segundo plano.

CAPÍTULO 25

Rhianne se aclaró la garganta y repitió su pregunta.

—¿Es inusual que Seb vaya directamente a la casa?

—Al señor Thornhill le gusta… jugar con nosotros a veces —Ben se pasó la mano por la cabeza calva.

—¿Qué tipo de juegos? —preguntó ella.

Ben miró a Oscar, quien asintió.

—A veces nos quita las porras o los dispositivos de comunicación para ver cuánto tardamos en darnos cuenta de que faltan —explicó Ben. Para demostrarlo, sacó un dispositivo elegante y lo volvió a sujetar a su cinturón.

—¡Ese muchacho! —La señora Bennett se rio, con los ojos brillantes—. Si lo vuelve a hacer, venid a decírmelo. Hablaré con él y lo pondré en su sitio.

La mirada que intercambiaron Bret y John estaba cargada de significado. Rhianne no podía culparlos por su temor. Seb era jovial y divertido, claro, como un payaso en una fiesta de cumpleaños… si el payaso también hiciera malabares con cuchillos. Pero la señora Bennett debía ser ajena a ello. Su confianza era tan inquebrantable que Rhianne casi esperaba que sus severas palabras realmente domaran a Seb. Pero considerando las miradas de asombro de Bret y John, dudaba que apostaran sus vidas a la capacidad disciplinaria de la señora Bennett.

—Gracias, señora Bennett. Todo es por diversión.

Era muy posible que Seb tuviera un motivo ulterior para sus bromas, además de ganarse una reputación como el payaso de la clase, claro está. Su madre dejaba clara su aversión por Seb, y aunque Rhianne tomaba las opiniones de su madre con pinzas, pensó que no estaría de más vigilar a Seb, por si resultaba ser el próximo supervillano bromista.

Por supuesto, Seb también podría estar espiando para Don Bellmont. Él mismo lo había dicho, ¿no? Todo lo que la gente veía era al adolescente alocado. Fácil salirse con la suya de esa manera, también.

La pregunta que quedaba era, ¿por qué querría Seb que Albert muriera?

—Albert también salió.

Las palabras de Ben interrumpieron sus cavilaciones, aunque no era una noticia revolucionaria. Ya sospechaba que Albert había estado fuera en el jardín, enredado en una pelea con alguien. Y todas las pistas apuntaban directamente a Lucius. Debería tener otra charla con Lucius y confrontarlo al respecto. Desafortunadamente, a diferencia de los elfos, los vampiros podían mentir, así que necesitaba encontrar una manera de hacerlo confesar. Este pensamiento dio paso a otra idea.

—¿Alguna vez han visto a una mujer merodeando por el frente de la casa? ¿Rubia, joven?

El estrépito de un plato al caer en el fregadero resonó en la cocina y Rhianne se giró para mirar a la señora Bennett, que estaba lavando en el fregadero.

Las manos de la señora Bennett temblaban mientras se las secaba en su delantal manchado.

—Lo siento, señorita. Me estoy volviendo vieja y torpe.

La pobre mujer aún estaba de luto por Albert y aquí estaban ellos discutiendo abiertamente quién había estado cerca en el momento de su asesinato, o justo antes. Era interesante que hubiera reaccionado más a la pregunta de Rhianne sobre la misteriosa mujer que cuando se mencionó el nombre de Albert. La señora Bennett había dicho que nunca había conocido a la novia de Albert. ¿Habría mentido sobre eso?

Volviéndose hacia John y Ben, Rhianne tomó un sorbo de su té y esperó.

—¿Te refieres a la groupie? —preguntó Ben.

—¿La groupie? —Rhianne parpadeó, divertida por el término. Supuso que era una forma de referirse a las seguidoras de vampiros.

Ben había mordido su galleta, así que John continuó la conversación.

—Oh, sí, las tenemos de vez en cuando, y las ahuyentamos. Normalmente, saben que es mejor no acercarse a la casa. A Don Bellmont no le gusta, y ha vetado a algunas de ellas de los eventos de vampiros por aparecer aquí. Por eso, es raro tenerlas aquí, pero ella era persistente así que se lo dijimos a Albert.

Una sensación de hormigueo en el estómago le indicó a Rhianne que esto era importante.

—¿Y qué dijo Albert?

—Nos dijo que no nos preocupáramos, que él se encargaba de todo.

—Es muy asustadiza para ser una fan, eso sí. En cuanto alguien sale de la casa, sale corriendo. Así que quizás sea demasiado tímida para ir a los clubes a conocer vampiros —Bret se encogió de hombros.

Josh, el chico del lavavajillas, también dijo que era asustadiza.

Esta tenía que ser la misteriosa novia a la que Albert aludía. Explicaría por qué Albert no quería que los guardias de seguridad se lo mencionaran a Don Bellmont.

—¿Cuándo les dijo eso? ¿Dijo algo más?

—Debe haber sido hace una semana más o menos, quizás menos —Ben estaba recogiendo las migas de galleta de su plato y metiéndoselas en la boca.

—Dijo que no la asustáramos —añadió John.

—¿Como en no ahuyentarla? ¿Recuerdan sus palabras exactas? —Cogió otra galleta mantecosa y la mordisqueó.

John tomó un sorbo de su té, mientras Ben miraba con desánimo su plato sin migas. Como por arte de magia, otra galleta apareció en su plato, y Ben respondió con una radiante sonrisa dirigida a la señora Bennett.

Servir comida a los demás debía ser la forma en que la señora Bennett lidiaba con su dolor. Mientras sus ojos enrojecidos mostraban el inconfundible tinte de la tristeza, esto era desmentido por la alegre curvatura de sus labios cada vez que depositaba una galleta o dirigía el flujo de té a una taza.

—No nos dijo nada más, pero murmuró algo sobre la necesidad de acercarse —dijo John.

Tal vez no se suponía que la misteriosa mujer viniera a visitar a Albert en la casa y él se molestó por ello.

En ese momento, una voz interrumpió:

—Hola, señora Bennett, solo venía a ver cómo está… —Victor entró en la cocina, y todas las cabezas se giraron en su dirección.

—Lo siento, no me di cuenta… —Victor comenzó a retroceder, pero la señora Bennett no lo iba a permitir.

—Hola, querido, pasa. Estamos tomando galletas de mantequilla y té. Sé que te encantan mis galletas, ¿verdad? —La señora Bennett se acercó a Victor y, tomándolo de la mano, lo arrastró a la mesa—. Oscar, encuentra un asiento para nuestro joven invitado.

Reprimiendo una risita ante la idea de que todos estaban simplemente disfrutando de una agradable charla con una taza de té, Rhianne observó divertida la escena.

Oscar no dudó, se levantó y trajo una silla del otro lado de la cocina. Victor movía los ojos de izquierda a derecha como si intentara encontrar una forma de escapar. Pero el agarre de la señora Bennett era tan firme e inflexible como el de una compradora decidida aferrándose a una oferta del 70% en el Black Friday. Lo guió hasta la mesa con una resolución de hierro envuelta en guantes de terciopelo. Esperó hasta que, derrotado por su alegre determinación, Victor se sentó.

Después de darle una palmadita tranquilizadora en el hombro, la señora Bennett volvió a su tetera, que claramente no iba a hervir sin que ella lo dijera. —Ha estado viniendo aquí todos los días para ver cómo estoy —dijo a la sala en general y sacó una gran taza del armario.

Desde que Albert murió, quedó sin decir, pero Rhianne pudo leer entre líneas. Eso significaba que Victor había estado cuidando de la señora Bennett.

Rhianne miró al joven secretario con aprobación, bastante segura de que nadie más se había tomado la molestia. Oscar, de hecho, se sonrojó ante la indirecta involuntaria. La señora Bennett debía tener ojos en la nuca, porque añadió:

—Lo sé, has estado ocupado, querido Oscar, y Victor necesita que lo alimenten. ¿Ves lo flacucho que está?

Victor lanzó una mirada afectuosa hacia la señora Bennett, murmurando algo sobre que ella lo había adoptado, pero el silbido de la tetera ahogó el resto de sus palabras. Al minuto siguiente, la señora Bennett había traído una taza y otro plato repleto de galletas.

—¿Por qué él recibe tantas? —se quejó Ben, ganándose una mirada severa de Oscar.

—Yo también necesito alimentarme —dijo Oscar.

—Tú sí —la señora Bennett tomó un par de galletas del plato rebosante de Victor y las colocó en el plato de Oscar.

Ben levantó la mirada con ojos esperanzados.

—Ustedes dos ya han tenido suficiente. La cena es en un par de horas, así que deberían dejar algo de espacio —la señora Bennett se ocupó pelando patatas.

Ben abrió la boca como para discrepar, pero otra mirada de Oscar, que estaba a mitad de una galleta, lo detuvo.

—Por supuesto, señora Bennett.

—Esta noche tendremos asado con relleno de manzana, y también he horneado pan de maíz.

Todos se animaron con eso y Rhianne sonrió. La comida tenía una magia propia.

Ben y John no tenían nada más que añadir. No habían visto a nadie más, ni oído nada extraño. Rhianne se recordó a sí misma que estos dos podrían haber sido los mismos guardias que no vieron a Toto espiándolos en su forma de perro.

Rhianne se despidió, coronando las galletas de la señora Bennett como las campeonas indiscutibles del mundo de las galletas, y se marchó. Oscar la acompañó hasta la puerta y le hizo un gesto amistoso mientras ella se subía a su moto.

El viaje a casa estuvo lleno de teorías que sonaban improbables en su cabeza y probablemente parecerían aún más a la luz del día. Algunas ideas nebulosas estaban tomando

forma, pero habían cobrado vida propia, escapándose como fantasmas traviesos cada vez que intentaba atrapar una.

* * *

A la mañana siguiente se despertó con un dolor de cabeza pulsando en la base de su cuello. Solo tenía tres días para resolver el caso y aunque tenía algunos sospechosos, no tenía pruebas. Peor aún, ninguno de sus sospechosos le parecía *correcto* y no podía señalar qué era lo que le inquietaba.

No, eso no era cierto. Era la naturaleza del asesinato en sí lo que no encajaba. Albert había sido un personaje muy polarizante. La gente o bien lo apreciaba y lo consideraba encantador, como Adriana, la señora Bennett y Don Bellmont. O pensaban que era un psicópata peligroso. En ese campo estaban Lucius, Seb y Oscar. Eso complicaba las cosas porque aquellos que veían a través de su fachada probablemente habrían planeado su asesinato con precisión, no habrían reaccionado en el calor del momento.

¿Cómo se sentía Don Bellmont respecto a su protegido ahora que sabía que era un traficante de drogas? No había nada peor que caer de un pedestal, en este caso, más bien desplomarse seguido de un estruendoso choque.

Por supuesto, estaba segura de que Don Bellmont no había matado a Albert. Casi segura. ¿Cómo podía uno estar seguro con los vampiros?

Una de sus teorías giraba en torno a la misteriosa novia. Rhianne estaba convencida de que si la encontraba, sería capaz de resolver el asesinato. Como esa pieza faltante del rompecabezas que mágicamente aparecería bajo los cojines del sofá. Era un pensamiento irracional, pero no podía quitárselo de encima.

En su abarrotada oficina, Rhianne pasó el resto de la mañana intentando terminar el papeleo. Para ser justos, intentar distraerse con su temido papeleo era muy parecido a tratar de no pensar en un elefante rosa mientras se fija en una pared blanca lisa. Como resultado, su papeleo no avanzó en absoluto mientras su cerebro parecía decidido a conjurar teorías cada vez más absurdas para mantenerla entretenida.

Fue un alivio bienvenido cuando Toto apareció y se ofreció a enseñarle algo de magia. Rhianne se sentó mientras Toto comenzaba a profundizar en la naturaleza de la magia élfica. Estaba tratando de concentrarse, de verdad lo estaba, pero su mente tenía otros planes y las

imágenes de los sospechosos seguían apareciendo en una inquietante presentación secuencial, burlándose de ella.

—¿Qué dice la Tierra? —preguntó Toto.

—¿Eh?

—Tu cabeza está en las nubes, niña.

Suspirando, Rhianne se levantó y tomó un jugo de naranja de la nevera pequeña.

—Lo siento, Toto. Tengo teorías sobre teorías corriendo por mi cabeza en este momento.

—Salgamos afuera y rodeémonos de árboles, te ayudarán a centrarte.

Su vivero estaba escondido en el abrazo de un parque nacional, un jardín secreto donde los imponentes eucaliptos y la densa maleza albergaban a la fauna local. Justo el otro día, se había topado con dos jóvenes wallabies enfrascados en lo que parecía un ensayo de un combate de boxeo descoordinado, sus pequeñas patas agitándose más en amistad que en furia.

Al salir, Rhianne se estremeció, la chaqueta que llevaba ofrecía tanto abrigo como una servilleta fina contra el viento. El día estaba nublado, el tipo de día que hacía parecer que el sol había pulsado el botón de repetición. La reciente lluvia había dejado los aromas de tierra húmeda y eucaliptos flotando en el aire. El día era lo que los optimistas podrían llamar ‘fresco’, pero Rhianne estaba convencida de que esas personas confundían el clima con el crujir de una manzana.

El invierno definitivamente no era su estación. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla, como si se preparara para una expedición ártica en lugar de un paseo por su propio patio trasero. Siguiendo a Toto, que parecía inmune al frío y ya se había alejado trotando por un sendero entre arbustos, Rhianne caminaba a paso ligero. Las banksias lucían sus brillantes flores rojas y naranjas como invitados extravagantes a una fiesta, sus vivos colores contrastando audazmente con los blancos y olivas más discretos del monte. Finalmente, Toto se detuvo junto a un pequeño arroyo, sentándose con el porte de un filósofo peludo contemplando las ondulaciones del agua. Solo le faltaban unas gafas o una chaqueta de tweed con coderas, pero ella no iba a decírselo.

—Comenzaremos con ejercicios de respiración —dijo él.

Rhianne se acomodó con las piernas cruzadas sobre una roca bajo un gran eucalipto blanco, cuya corteza se había desprendido como la moda de la temporada pasada, dejando un tronco liso. Se recostó, el árbol ofreciendo un respaldo más cómodo que cualquier silla de oficina ergonómica.

Toto empezó a guiarla a través de varios patrones de respiración. Pero la atención de Rhianne pronto fue secuestrada por la orquesta natural del bosque. No era solo el parloteo de los loros arcoíris o las incansables cigarras tocando sus violines de patas, sino también el silbido de las ramas meciéndose con el viento, componiendo una melodía que podría competir con Mozart.

Se encontró balanceándose suavemente, como una hoja en la brisa, envuelta en un calor que era como una manta acogedora en una mañana fría. La idea de rendirse a una siesta, acunada por los brazos de la naturaleza, parecía cada vez más tentadora. ¿Por qué no simplemente dejarse llevar por el sueño, confiarse al cuidado de los árboles y convertirse en una con las hojas susurrantes? Solo por un ratito, no más de-.

La sensación de una lengua húmeda en su rostro la sacó de su trance y abrió los ojos para encontrar a Toto observándola. Se había subido a su regazo y estaba estudiando su cara, con los ojos entrecerrados.

—¡Hmph! Te estás volviendo cada vez más receptiva a tu dríada interior, y esa magia no puedo enseñártela. Quizás a medida que aprendas a controlar tu lado élfico, también te ayude a manejar este aspecto.

Un repentino calor de sangre subió al rostro de Rhianne, tiñendo sus mejillas de vergüenza. Había permitido que el encantador atractivo del bosque la arrullara hasta entrar en trance. Ese lugar sereno y etéreo que había visitado era reconfortante y maravilloso, pero ahora se sentía inquietantemente distante. ¿Y si Toto no hubiera estado allí? ¿Habría logrado encontrar el camino de regreso de esa fascinante ensoñación por sí misma? Un nudo de inquietud se retorció en su estómago. Tragó saliva con dificultad, la tranquilidad del recuerdo ahora bordeada por un débil hilo susurrante de ansiedad.

Si su madre supiera que además de la magia élfica, ahora estaba lidiando con magia de dríada, la enviaría de inmediato a casa de su abuelo en el norte. Y esa era una decisión con la que Rhianne no podría discutir. De hecho, estar de acuerdo con la decisión hipotética de su madre lo decía todo.

Tal vez ya le tocaba una visita de todos modos - hizo memoria y se dio cuenta de que había pasado más de un año desde que había visto al abuelo. Las dríadas estaban muy apegadas a sus propias raíces, por así decirlo, y no les gustaba viajar. Si querías ver al abuelo Angelo, tenías que ir a su bosque. Guardaba muy buenos recuerdos de los ríos tranquilos y los árboles sensibles de su hogar mientras jugaba al escondite con los equidnas.

Como si adivinara su tormento interior, Toto le lamió la mejilla otra vez. —Estás bien, niña. Nunca dejaría que te pasara nada malo.

Rhianne enroscó un mechón suelto de pelo que se había escapado de su cola de caballo. —¿Y si no hubieras estado aquí?

—No puedo prometer estar siempre aquí, aunque desearía que fuera así. —Los elfos y algunos seres feéricos no podían mentir, o al menos no sin sufrir un latigazo mágico—. Sin embargo, estoy seguro de que habrías encontrado la salida, o los propios árboles te habrían liberado… con el tiempo.

Era la parte de "con el tiempo" lo que empujó la preocupación de Rhianne al límite. Claro, los árboles no querían hacerle daño, pero probablemente no podían entender por qué alguien con quien sentían afinidad no estaría encantada de quedarse arraigada en un solo lugar para siempre. ¿Y su concepto del tiempo? Bueno, digamos que si los árboles tuvieran relojes, serían del tipo que marca una vez al año. Echó un vistazo hacia arriba a su respaldo arbóreo, sus ramas extendiéndose hacia el cielo como un anciano haciendo estiramientos matutinos, ajeno al apresurado ritmo de la vida humana debajo.

CAPÍTULO 26

—Mira —dijo Toto, interrumpiendo las reflexiones filosóficas de Rhianne—. ¿Ves este retoño?

El retoño al que Toto señalaba medía unos treinta centímetros. Parecía frágil, empequeñecido por las hierbas altas que lo rodeaban.

—Quiero que te concentres en él. No te conectes, simplemente obsérvalo.

Solo observar. No conectarse. No perderse. Entendido.

Con hojas de un verde intenso y corteza lisa, el retoño era hermoso y Rhianne admiraba su tenacidad. Ya habría resistido muchos peligros, desde wombats bebés torpes hasta excursionistas con dos pies izquierdos. Cuando el retoño envió un amistoso empujón para conectarse, Rhianne se mordió el labio y apartó la mirada rápidamente.

Una vez había matado accidentalmente un helecho al aceptar su energía. En ese momento no conocía las consecuencias de sus acciones. Ahora era más sabia, aunque parecía que los árboles grandes podían compartir energía sin tanto drama. Aunque también eran bastante insistentes con ello. Miró hacia arriba con el ceño fruncido en broma. —Tiranos arbóreos —murmuró.

—¡Tch! ¡Concéntrate!

—¡No quiero lastimar al retoño!

Toto suspiró. —¿Puedes percibir su energía?

El pequeño retoño se balanceaba con la brisa como burlándose de sus esfuerzos, pero esta vez Rhianne observó con más cuidado. Sonrió cuando un tenue aura verde claro a su alrededor se hizo visible. Su energía sabía un poco a menta para sus sentidos mágicos. Rhianne asintió a Toto.

—Bien, ahora expande tus sentidos más allá y ve qué más puedes captar.

Para agudizar su concentración, Rhianne cerró los ojos y dejó fluir su magia hacia el exterior. Ahora que le estaba cogiendo el truco, identificar las auras únicas —¿o eran firmas?— se volvía menos complicado que resolver un crucigrama del *New York Times*. El árbol en el que se apoyaba era un luminario en el ojo de su mente, una columna imponente de luz blanca salpicada de verde oliva, como una pantalla de lámpara vanguardista en la sala de estar de la naturaleza. Su presencia no solo se extendía hacia el dosel frondoso sino que también se hundía profundamente en el suelo, como si las raíces organizaran una fiesta subterránea con una lista de invitados que se

extendía lejos y ampliamente. Bajo la superficie, las energías se entrecruzaban y mezclaban en una bulliciosa red social de raíces y tierra.

Se movió, esperando no estar pisando ningún pie basado en raíces. En respuesta a su ansiosa exploración, si un árbol grande pudiera encogerse de hombros, eso es lo que hizo. No era exactamente una bienvenida con alfombra roja, pero se sentía más como… ¿afecto?

El pequeño retoño cercano era más fácil de conectar; era como un cachorro ansioso, curioso y deseoso de interactuar. Rhianne dejó que un zarcillo mágico se extendiera, esta vez desde abajo. Su acercamiento fue cauteloso, pero la respuesta del retoño fue como el meneo de una cola, encantado y acogedor.

Sus sentidos se extendieron más, tropezando con algo diferente. Los colores en el ojo de su mente eran de un verde apagado con un borde negro, como una vieja fotografía de un bosque al anochecer. La energía era tan débil que se preguntó si sus sentidos mágicos le estaban jugando una mala pasada.

Atraída, se levantó y se movió hacia esta señal esquiva. Unos pasos la llevaron a la fuente: un arbusto que parecía más bien el daño colateral de una quema controlada reciente, con sus hojas chamuscadas, rodeado de hierbas igualmente carbonizadas. Una rama solitaria, desafiando las probabilidades, lucía algunos brotes verdes. Rhianne se acercó, tanto física como mágicamente, impulsada por un instinto de nutrir, pero el ladrido agudo de Toto cortó el aire, congelándola en su lugar.

—No deberías intentar cambiar el curso de la muerte —Toto olfateó alrededor del arbusto quemado—. No creo que este esté destinado a sobrevivir.

Sus hombros se tensaron y el calor se acumuló en su vientre. —¿Cómo decides quién vive o quién muere?

—Hay un ciclo natural de la vida, incluso para aquellos de nosotros que vivimos mucho tiempo. ¿Por qué no le preguntas a tu árbol? —Toto asintió hacia el eucalipto.

—¿Preguntarle al árbol? —Se burló, pero se dio la vuelta. El abuelo había intentado enseñarle a escuchar a los árboles antes, pero no había funcionado. Estaba a punto de decirle a Toto que era inútil cuando sintió… algo.

No eran palabras, más bien como una lista de reproducción de los mejores éxitos de la naturaleza con un ritmo lento y rítmico. Cerró los ojos de nuevo y sintonizó. El aroma era fresco y limpio, con fragancias que presentaban notas altas de alcanfor, un toque de menta y una base de pino. El árbol estaba compartiendo su energía con ella, un empujón cortés, luego guió su atención hacia abajo. Rhianne negó con la cabeza. Estaba tratando de decir algo, pero ¿qué? Ella

no era una susurradora de árboles… todavía. Mientras el árbol repetía su gesto ligero, ella siguió la vibra, sumergiéndose bajo tierra.

Allí abajo, la red de raíces era como el internet del bosque: raíces de todos los tamaños entrelazándose, intercambiando nutrientes y chismes, una red social subterránea. Esta compleja red era el grupo de apoyo definitivo, cada miembro pasando los elementos esenciales de la vida.

El movimiento de energía y nutrientes era como un río perezoso de vida. El árbol grande le envió un leve hormigueo, como diciendo: "¿Notas la armonía y el equilibrio?" Y lo hizo. Era como un ballet perfectamente coreografiado, cada raíz y hongo desempeñando su papel, una historia de resiliencia y adaptación.

El árbol le dio otro suave empujón, siguiendo la corriente hasta el arbusto enfermo. El arbusto estaba donando lentamente sus partes al resto de la red, un donante de órganos frondoso. No estaba tanto muriendo como cambiando su papel, de arbusto a proveedor de nutrientes.

Rhianne no sabía si el arbusto estaba feliz o infeliz por ello. El árbol la empujó de nuevo. Los conceptos muy humanos de felicidad no se aplicaban aquí. Se trataba de ser parte del todo, de contribuir al colectivo. Lo entendió. Más o menos.

Abrir los ojos esta vez se sintió como poner en pausa el documental de naturaleza más inmersivo de la historia. Toto estaba sentado sobre sus cuartos traseros, con la cabeza inclinada, observándola.

Ella suspiró. —¿Me volví a quedar en blanco?

—No estoy seguro de lo que significa "quedarse en blanco", pero estuviste en un breve trance. Como había predicho, no necesitaste ayuda para liberarte de él.

No la había necesitado, ¿verdad? Sonrió. Pequeños pasos.

—¿Qué percibiste?

El eucalipto ahora estaba en silencio, quizás habiendo enviado su mensaje, estaba feliz de volver a… lo que sea que hicieran los árboles. Pero no todo estaba en silencio. Los murmullos de la corriente que fluía bajo la superficie estaban allí si se concentraba. —El árbol me mostró la red.

Toto esperó como si supiera que había más.

—Todo está conectado: los árboles, las hierbas, los hongos y otras plantas. Se están hablando entre sí, ayudándose mutuamente. Es como un gran ciclo vivo. —Miró hacia arriba al árbol.

Toto sonrió. Quien dijera que los perros no sonríen, no *miraba* bien.

Rodeó sus piernas y luego se acercó al árbol con el hocico temblando. Rhianne contuvo la respiración por un momento, esperando a medias que Toto bautizara el árbol a su manera canina.

Pero, para su alivio, simplemente se volvió hacia ella, dejando intacta la dignidad del árbol. Rhianne exhaló el aire contenido; no estaba preparada para explicarle los puntos más delicados de la etiqueta canina a un árbol. Se volvió hacia Toto, esperando a medias ver una profunda revelación sobre los misterios de la vida y la naturaleza reflejada en sus ojos.

—Bien hecho. Has aprendido algunas cosas importantes —tras una declaración tan vaga, Toto ladró una vez y se alejó trotando hacia el apartamento.

Una vez que la conexión con la energía del árbol se desvaneció, el frío del aire se hizo notar de nuevo, colándose por su chaqueta con un escalofrío decidido. Echando una última mirada al árbol, siguió a Toto.

De vuelta en la reconfortante seguridad de su apartamento, su móvil mostraba una llamada perdida. Marcó para devolver la llamada.

—Oscar de la Casa Bellmont, ¿en qué puedo ayudarte?

—Hola Oscar, ¿tengo una llamada perdida tuya?

—¿Señorita Rhianne? Gracias por devolver la llamada. ¿Recuerdas a Charlotte?

Haciendo memoria, Rhianne se imaginó a la mujer de pelo oscuro en la mesa de los mayordomos. —Sí, la recuerdo.

—Mencionó que Albert le dijo algunas cosas que parecían extrañas. Pensó que quizás no significara mucho, pero por si te interesa, está dispuesta a hablar.

Considerando su actual falta de pistas sólidas, cualquier información sería útil en este momento. Oscar le dio el número de teléfono y Rhianne marcó el número de Charlotte de inmediato.

—Charlotte de la Casa Van Helsing.

Mientras Rhianne se presentaba por teléfono, la vacilación de Charlotte se transmitía a través del altavoz; sus palabras cuidadosamente medidas, salpicadas de pausas pensativas como alguien caminando de puntillas por un campo minado de conversación. El zumbido de charlas de fondo significaba que no estaba sola.

Acordaron encontrarse en una cafetería en Manly en una hora, un lugar donde esperaban que Charlotte se sintiera más cómoda para hablar.

La cafetería que Rhianne eligió era menos una cafetería y más un santuario de leyendas de la pantalla plateada, sus paredes exhibían carteles de películas antiguas y fotos glamurosas de iconos de Hollywood, como si la propia Audrey Hepburn pudiera entrar para tomar un espresso. Situada al borde del océano, era un lugar donde el café era intenso, las vistas eran gratuitas y las

olas proporcionaban su propia banda sonora rítmica. El aroma del mar se mezclaba con el del café recién molido: una mezcla perfecta en opinión de Rhianne.

Al entrar, Rhianne comprobó las opciones de asientos y optó por una mesa pequeña en un rincón.

La entrada de Charlotte en la cafetería fue como una escena de una película glamurosa, su presencia dominando la sala como un foco de atención. Alta, con un lustroso cabello oscuro que caía en ondas, llevaba un traje de negocios pulcro y bien ajustado que le daba un aspecto profesional y elegante. La tela susurraba historias de salas de juntas y negociaciones de alto nivel.

En contraste, Rhianne, recién llegada de un encuentro con su fiel motocicleta, era la viva imagen del chic motero, envuelta en capas de cuero práctico. Junto a la sofisticación de sala de juntas de Charlotte, el conjunto de Rhianne era de ‘rebelde sin causa’.

Cuando la mirada de Charlotte se posó en ella, navegó por la cafetería con largas zancadas, solo para vacilar con incertidumbre al llegar, como un GPS perdiendo la señal en el último giro.

—Siéntate, por favor —Rhianne le ofreció una cálida sonrisa.

Una joven camarera se acercó para tomar su pedido. Charlotte optó por un cortado, un café pequeño pero fuerte, mientras que Rhianne eligió un té negro.

La relación de Rhianne con el café era complicada: le encantaba su olor y el sabor robusto y amargo que prometía un inicio audaz del día. Pero desafortunadamente, el café no le correspondía. Con solo una taza, estaría rebotando por las paredes el resto del día. Así que té fue la opción más segura para alguien que se convertía en una máquina de pinball humana después de tomar un café flojo con leche.

Rhianne fue directo al grano. —Gracias por reunirte conmigo. Entiendo que Albert compartió algunas cosas contigo que parecían un poco extrañas.

Los dedos de Charlotte tamborilearon un ritmo staccato sobre la mesa, sus uñas manicuradas chasqueando como castañuelas impacientes. Su mirada se desvió hacia el océano, quizás buscando sabiduría en las olas. —Mira, esto probablemente no sea nada, pero pensé… —Se mordió el labio—. Independientemente de nuestra ruptura, me importaba Albert y quiero que encuentren a su asesino.

Rhianne abrió la boca lista para soltar una cascada de negaciones sobre cualquier fallecimiento indebido, cortesía de la inclinación de Don Bellmont por el secreto, cuando Charlotte levantó una mano. —Sé que Don Bellmont lo está manteniendo en secreto y lo

entiendo. Nadie lo sabrá por mí. Confía en mí, sé guardar secretos o no habría durado en mi trabajo.

La respuesta de Rhianne se quedó en el aire, sin expresar, dejando espacio para que el suspiro de Charlotte llenara el silencio. —No soy estúpida, sabía que se estaba involucrando con traficantes de drogas. Era parte de por qué peleábamos tanto. Albert siempre quería más.

—¿Más qué?

Charlotte ofreció una sonrisa pesarosa, de esas que llevan historias. —Más de todo. Nunca estaba satisfecho. Como cuando Lucius consiguió ese Mustang, Albert estaba prácticamente verde de envidia. ¿La ironía? Siempre había llamado a los Mustang reliquias con ruedas, pero en el segundo en que Lucius consiguió uno, actuó como si fuera el Santo Grial sobre cuatro ruedas. Simplemente no podía soportar que alguien más tuviera un juguete que él no tenía.

Mientras la camarera traía sus bebidas y las dejaba, Charlotte ofreció un 'gracias' mecánico. Luego volvió su atención a Rhianne. —Sé lo que estás pensando.

Bueno, eso era dudoso, especialmente porque los pensamientos de Rhianne estaban dando vueltas como una bola de nieve agitada. Sin embargo, inclinó la cabeza con un asentimiento, dando luz verde a Charlotte para navegar a través de la niebla de la especulación.

—Te estás preguntando por qué me quedé con él, considerando lo que me hizo pasar —dijo Charlotte—. Pero no siempre fue así, ¿sabes?

Lo que significaba que Charlotte sabía en el fondo que Albert era un canalla pero aún intentaba engañarse a sí misma. Desafortunadamente, lo estaba haciendo tratando de convencer a Rhianne. Apostaría a que los otros mayordomos le estaban diciendo a Charlotte que tirara sus recuerdos de Albert en el contenedor más cercano. Charlotte necesitaba un oído imparcial, alguien que asintiera a la narración de 'Albert era un santo'. Rhianne tuvo que contenerse para no tamborilear con impaciencia los dedos sobre la mesa. Mejor dejarla desahogarse.

El olor del café tentaba las papilas gustativas de Rhianne, pero Charlotte, que ni siquiera lo había probado todavía, acunaba la taza con sus manos. —Cuando era bueno, Albert era increíble. Era el alma de la fiesta y podía encantar a cualquiera.

Ciertamente había logrado encantar y quitarle los calcetines Falke ridículamente caros a Don Bellmont. Considerando que Don Bellmont era un vampiro de siglos de antigüedad que debería haber sabido mejor, Rhianne no iba a juzgar a Charlotte con demasiada dureza por haberse dejado engañar.

Parecía más seguro simplemente asentir.

Charlotte dio un sorbo a su café. —En fin, él sabía que cuando se convirtiera en vampiro, nuestra relación se complicaría.

—¿Te refieres a lo del embrujo? —preguntó Rhianne.

Una risa estridente estalló en una mesa cercana, y Rhianne se volvió para mirar. Era un grupo de mujeres treintañeras, evidentemente compartiendo un chiste que, para ellas, les hacía tanta gracia que parecía que se iban a romper de la risa. Bien, era el camuflaje perfecto para su conversación en voz baja.

—¿Cómo sabes eso? —balbuceó Charlotte.

—Me entero de cosas.

Durante reuniones improvisadas a altas horas de la noche en casa de su madre después de un tiroteo con narcotraficantes. Sí, solo cotilleos cotidianos.

Lanzando miradas a izquierda y derecha, Charlotte se inclinó hacia adelante. —Lo investigué. Mucho. La mayoría de los humanos acaban sintiendo algo unilateral por su amante vampiro. Aunque es un poco de un solo sentido — el vampiro no se ve afectado por eso. La cosa empieza a inclinarse hacia un territorio algo obsesivo, la verdad.

Tenía que haber un punto en esta historia, debía haberlo. Pero Rhianne tuvo que contenerse para no instar a Charlotte a que se diera prisa y llegara al grano. Era interesante que aún no hubiera mencionado ningún tabú al respecto. Todo el asunto sonaba como si fuera solo un problema para el humano, no para el vampiro. ¿Por qué les importaría a los vampiros entonces?

—En fin, hay historias que insinúan que algunos seres mágicos pueden evitar este destino, pero no si eres cien por cien humano. —Charlotte se mordió el labio.

—¿Así que rompiste con él por eso?

Charlotte resopló. —No, él rompió conmigo, ¿recuerdas? Al principio, pensé que no quería ese destino para mí, ¿sabes? Inicialmente, seguía insistiendo en tener un hijo y continuó la relación. Fue solo cuando no pude quedarme embarazada que perdió el interés.

Ya habían discutido la mayor parte de esto antes, así que Rhianne no entendía por qué Charlotte se había tomado la molestia de venir hasta aquí para repetir lo que ya había dicho.

La camarera se acercó. —¿Puedo traerles algo más?

—Otro espresso, por favor —dijo Charlotte.

Vaya, todo ese café habría hecho que Rhianne bailara el jitterbug sobre una cuerda floja. Sin embargo, debía ser la versión de Charlotte del valor líquido. Cada uno a lo suyo.

—Una porción de milhojas de vainilla, por favor. —Se volvió hacia Charlotte con una sonrisa—. Me alegro de compartir.

Charlotte negó con la cabeza, reanudando el tamborileo de sus dedos. —Me ignoró por completo, dejó de aparecer en nuestras reuniones semanales con los demás y no respondía a mis llamadas ni mensajes.

Sí, realmente encantador, Albert. Y también un cobarde.

—Un par de semanas después, nos encontramos en un evento de vampiros. Me ignoró, como de costumbre. No podía permitirme montar una escena, así que esperé la oportunidad adecuada. Surgió cuando Don Bellmont le pidió que fuera a buscar algo al coche.

Eso significaba que Charlotte lo había estado observando todo el tiempo, esperando como un gato listo para saltar. Rhianne esperaba no caer nunca tan bajo como para perseguir a un tipo que la tratara tan mal, pero entendía eso de 'necesitar saber por qué'.

—Lo seguí y lo acorralé en el aparcamiento. Afortunadamente, estábamos solos, excepto por algunos conductores en sus coches. Supongo que estaban ocupados con sus auriculares o algo así porque nadie se dio cuenta de nosotros.

La camarera llegó con el espresso de Charlotte, y ella lo miró como si fuera su salvavidas. El aroma a vainilla llegó hasta Rhianne desde la porción frente a ella y lo respiró felizmente. Hubo una pausa mientras Charlotte daba un sorbo desesperado a su café y Rhianne intentaba cortar su hojaldrada.

—No voy a repetir toda la conversación. Fue vergonzoso. Yo estaba suplicando y esas cosas. —Charlotte se sonrojó al recordarlo—. Los mismos argumentos iban y venían y finalmente Albert gritó: 'No lo entiendes. *No puedo atraparlo si hago lo mismo*'. Y luego volvió furioso al local. Me quedé allí un rato. Quizás parte de mí esperaba que volviera, pero cuando me di cuenta de que no lo haría, volví arrastrando los pies y lo evité el resto de la noche. —Resopló—. Aunque no hacía falta, él estaba haciendo lo mismo.

—¿Fueron esas sus palabras exactas? —Podía entender por qué Charlotte lo había encontrado extraño. ¿Qué quería decir Albert con 'atraparlo'? Más importante aún, ¿a *quién* se refería?

Charlotte levantó un hombro acolchado. —Más o menos.

—¿Cuándo fue eso? —Rhianne había logrado destrozar el pastel, pero lo recogió y se lo comió.

—El fin de semana antes de que muriera —respondió Charlotte.

CAPÍTULO 27

Ni Rhianne ni Charlotte pudieron descifrar el críptico comentario de Albert. Pasaron a hablar del tiempo, como se suele hacer cuando la incomodidad es más densa que la niebla en una parada de autobús de Londres.

Mientras se despedían en la puerta, el teléfono de Rhianne sonó con la melodía de *Holding out for a Hero*. Sí, sí, sin juzgar. Tenía una banda sonora personalizada para sus contactos; el tono de llamada de su madre era *Winner Takes All*, porque, bueno, era su madre.

—Hola, genio alfa —dijo Rhianne.

—Hola, Rhi. He estado examinando las grabaciones de la mansión para ver si captaba un vistazo de la misteriosa visitante femenina.

El corazón de Rhianne se aceleró.

—Encontré varias, pero todas estaban demasiado borrosas para ver detalles o su rostro. Es como si supiera dónde estaban las cámaras y las evitara activamente.

Sus hombros cayeron, su energía decidiendo que era hora de unas vacaciones tropicales. Un avance en el caso se hacía esperar, pero el tiempo, ese viejo tacaño, no estaba de humor generoso.

—Sin embargo, encontré algo extraño.

—¿Oh? —Rhianne no quería hacerse ilusiones.

—Había un tipo que aparcó al otro lado de la calle. Llevaba un maletín de cuero oscuro y resistente, bastante clásico. La superficie pulida era muy notable. Hizo una llamada telefónica y, en cuanto terminó la llamada, se marchó.

Rhianne lo archivó mentalmente bajo “posible pista falsa”.

—Sin embargo, logré obtener la matrícula.

Su corazón dio un salto esperanzado, pero se preparó. Esta montaña rusa de pistas y callejones sin salida estaba poniendo a prueba su paciencia. Con solo dos días restantes en el reloj, necesitaba más que un rastro de migajas. Necesitaba la hogaza entera, preferiblemente con un lado de mantequilla en forma de evidencia irrefutable.

—Aunque, ya sabes que es ilegal verificar una matrícula sin la autorización adecuada.

No es que no pudiera hacerlo, solo que no era legal. Suspiró. Había algunas pequeñas desventajas de tener un novio que se apegaba a la ley. Pero este era Kai, y a sus ojos, estaba tan cerca de la perfección como se podía llegar. Y la perfección estaba sobrevalorada de todos modos.

—Pero no hay necesidad de eso.

Rhianne juró que podía oírlo sonreír al otro lado. —Me estás matando.

Kai se rio. —La matrícula era "Doctor007". Ya sabes, si conduces con una matrícula así, supuse que eres del tipo al que le gusta llamar la atención. Y, efectivamente, fue bastante fácil de encontrar en las redes sociales.

Resultó que el Dr. Mark Cheng era un neurocirujano bastante conocido. Era considerado un genio en su campo, a menudo realizando cirugías complejas que otros médicos no tocarían ni con un palo. Pero Kai no pudo encontrar ninguna conexión entre él y alguien de la casa. Le prometió a Rhianne investigar más a fondo y contactarla si encontraba algo.

No era un avance en el caso. Aún no. Pero al menos tenía otra pista que podría resultar fructífera. ¿Por qué un neurocirujano visitaría la mansión? No sería por los vampiros, porque ellos no se enfermaban. Recordó que alguien mencionó que Don Bellmont pagaba a médicos para que visitaran y revisaran a su personal, así que esa podría haber sido la razón. Excepto, claro, que no entró. Y, seamos sinceros, ¿cuántos neurocirujanos hacían visitas a domicilio? Era enloquecedor.

Bajo un cielo cada vez más oscuro y gruñón, se subió a su moto y se dirigió a casa en piloto automático. Después de una cena rápida de pasta y queso ricotta —porque el queso siempre ayuda— intentó procesar la información que tenía. Pero sin importar desde qué ángulo lo viera, las piezas seguían sin encajar.

Decidió leer un libro en su lugar. Había oído que si hacías algo diferente, las respuestas llegarían a ti. Pero después de leer las primeras páginas repetidamente sin averiguar si el personaje principal era más un héroe o un villano incomprendido, lo dejó a un lado. Era hora de dormir. Se acostó, mirando al techo que estaba tan perdido como ella se sentía. Algo zumbaba en el fondo de su mente. Tenía que ver con la misteriosa mujer, un fragmento de conversación que involucraba a vampiros y humanos.

Y entonces, tan suavemente como un gato caminando de puntillas sobre una alfombra mullida, hizo clic. Recordó quién lo había dicho, una pequeña sonrisa jugando en sus labios mientras el sueño finalmente la abrazaba, las piezas del rompecabezas comenzando a encajar en su lugar.

A la mañana siguiente, Rhianne se encontró enredada en las sábanas, abrazando su almohada favorita.

Kai a menudo pasaba largas noches trabajando en proyectos, afirmando que la luna era su musa y las estrellas su audiencia, así que se abstuvo de tomar el teléfono y llamarlo para compartir sus hallazgos. En su lugar, decidió canalizar su impaciencia en algo más productivo, como luchar contra las malas hierbas en el vivero del jardín.

El día amaneció con una disposición brillante y soleada, el cielo de un azul claro e inmaculado. A pesar del frío matutino en el aire, el sol le guiñó un ojo, prometiendo un mediodía acogedor sin necesidad de chaqueta. Mientras se dirigía al vivero, los aromas de tierra húmeda y flores frescas la golpearon, un popurrí natural que hacía cantar al aire. El vivero, un despliegue de color y fragancia, la saludó como un viejo amigo, cada flor compitiendo por ser el aroma principal de la mañana.

Como de costumbre, Alice ya estaba trabajando duro, empujando un carrito cargado de plantas en macetas. Rhianne no vio a Carl por ninguna parte, pero estaría ocupado en algún lugar de los terrenos. Se dirigió directamente a Alice. —¡Hola!

Maniobrando el carrito como si fuera una pareja de baile, haciendo que Rhianne sintiera un poco de envidia, Alice sonrió. —Te ves inusualmente animada. ¿Has desenterrado un tesoro?

—Más bien desenterrando pistas que tesoros. —Rhianne sonrió con picardía—. Podría estar tras la pista de algo grande… o solo persiguiendo gnomos de jardín. El tiempo lo dirá.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Alice.

Rhianne decidió ir al grano. Tender una trampa cuando menos lo esperan era una técnica que Nel le había enseñado. —Sí, quiero saber qué pasa entre tú y Carl.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Alice. —Nada importante.

Rhianne se puso frente al carrito en caso de que Alice decidiera huir. —No parecía nada desde donde yo estaba. ¡Desembucha!

Con un suspiro, Alice se sentó en una roca cercana. —No le gusta Oscar.

—¿Qué hay que no le guste? Es guapo y agradable. —Rhianne entrecerró los ojos—. No me digas que no le gusta porque no es un gárgola.

—No, claro que no. —Alice se removió en su asiento improvisado.

—¿Entonces qué es? —Rhianne se sentó en un tronco corto. Había ventajas en ser de baja estatura.

—No le gusta que trabaje para un vampiro.

Rhianne quería sentirse indignada, de verdad que sí, pero su reciente historial de escepticismo vampírico, compartido en una charla particularmente animada con su madre mientras tomaban tazas de té demasiado dulce, aún estaba fresco. Además, el persistente resentimiento hacia Don Bellmont por sacar la carta de la "deuda de sangre" de su aristocrática manga era como una piedra en su zapato.

Pero estaban hablando de Oscar y él no era un vampiro. Que trabajara para vampiros no significaba… Argh.

Podía entender lo que Carl quería decir. Aun así, Alice estaba colada por Oscar y nunca antes había mostrado interés por nadie más. Además, Rhianne creía que Oscar era un buen tipo y parecía preocuparse por Alice. Incluso en este corto tiempo, no podía negar que algo real estaba creciendo entre ellos.

—Ya veo —lo cual era inadecuado y necesitaba hacerlo mejor—. Resulta que me cae bien Oscar y no es justo juzgarlo por quién es su jefe.

Alice le dedicó una pequeña sonrisa.

—Más o menos tanteé el terreno. Le pregunté si alguna vez pensaría en trabajar en otro lugar. Tendrías que haber visto su cara: parecía absolutamente horrorizado ante la idea.

Era otra vez esa maldita cosa de la lealtad. Algo que tanto Nel como Don Bellmont tenían en común y en lo que sobresalían inspirando a su gente. Rhianne no estaba en contra de la lealtad, pero en su libro, era más como un servicio de suscripción que una garantía de por vida: requería actualizaciones regulares y algún que otro arreglo ocasional.

Nel una vez intentó explicárselo con una analogía bancaria: alguien hace depósitos, y si hace un pequeño retiro de vez en cuando, no es gran cosa, siempre y cuando no entre en sobregiro de lealtad. Para Rhianne, eso sonaba como si la lealtad fuera más una cuenta de ahorros que una alcancía sin fondo.

—Mira, te ayudaré a lidiar con Carl. Mejor aún, reclutaré a Marissa.

La sonrisa de Alice se ensanchó.

—¿Crees que estaría dispuesta?

—Definitivamente.

Rhianne cruzó los dedos dentro de su bolsillo para asegurarse. Estaba bastante segura de que Marissa estaría de acuerdo. Siendo ella misma una híbrida, Marissa entendía los obstáculos y eso debería ganarle a Oscar algunos puntos iniciales de simpatía. Marissa era tan justa y directa como un GPS: nunca la pillarías dando rodeos. Además, con su destreza de abogada, podía

diseccionar la verdad tan fácilmente como un samurái cortando sushi con una katana. Mejor aún, elegiría exactamente las piezas que necesitaba para que su argumento se sostuviera.

Una abogada, por supuesto. Rhianne se dio una palmada en la frente y Alice arqueó una ceja.

—No me hagas caso, continúa. Necesito hacer una llamada —dijo Rhianne mientras se dirigía a su oficina, quitándose los guantes.

Eran casi las ocho y Marissa era madrugadora. Y también noctámbula. A veces Rhianne se preguntaba si Marissa dormía alguna vez; el tiempo era dinero y ella cobraba por minuto.

Rhianne marcó el número de Marissa.

—Hola Rhianne, ¿es una llamada social o de trabajo? —contestó Marissa.

Una abogada sin rodeos, directa al grano, no-te-desvíes-del-tema, Marissa no era muy dada a las cortesías. El hecho de que hubiera puesto un "hola" al principio de esa frase era prueba de su amistad.

—Es un poco de ambas. Y podría necesitar una taza de algo caliente para acompañarla.

Se oyó un ruido de papeles desde el otro lado.

—Puedo reunirme contigo a las nueve en la ciudad si eliges un lugar cerca de mí.

Su oficina estaba en Circular Quay, lo que se ajustaba perfectamente a su otro recado.

—Conozco el lugar perfecto.

Después de enviar un rápido mensaje a Kai y Alice para informarles de sus planes, se cambió a su ropa de cuero para su viaje a la ciudad.

Lo bueno de ir en moto era que aparcar era más fácil. Encontrar un lugar en la ciudad era una pesadilla total a menos que estuvieras dispuesto a pagar una tarifa considerable. Además, este era el extremo elegante de la ciudad, así que los espacios estaban a precio de oro. Pero los dioses del aparcamiento la favorecieron hoy y consiguió un lugar a solo una manzana de distancia.

Marissa ya estaba en una mesa, garabateando notas en un bloc.

—Kai pensaría que ha viajado en el tiempo si te viera poniendo pluma sobre papel —dijo Rhianne a modo de saludo.

—¿Quieres decir que pensará que soy una ludita? Resulta que me gusta el papel. Para empezar, no intenta corregir mi ortografía o gramática.

Había dos problemas con los abogados, uno era que no escribían bien, y el otro era que creían que sí lo hacían. No es que Rhianne fuera a decírselo a Marissa; le tenía bastante aprecio a su cabeza.

Marissa era mitad gárgola, mitad humana. Con un metro ochenta, era más alta que la mayoría de las mujeres, pero no era su altura lo que la hacía temible. La había visto enfrentarse a un

Sargento Mayor furioso armada con nada más que su fiel maletín. Tal vez debería dar un taller sobre intimidación; sería un éxito entre los novatos.

Rhianne se sentó.

Una camarera se acercó a su mesa. Para decepción de Rhianne, no era la misma de antes.

—¿Qué puedo traerles?

—Había otra camarera aquí el otro día. Más o menos de tu altura pero con un bob rubio corto —preguntó Rhianne.

La camarera frunció el ceño antes de suavizar su expresión a algo más neutral. Dado el tic en su mandíbula, era un esfuerzo.

—Esa sería Julia, llega tarde.

—¿Podrías decirle que quiero hablar con ella cuando llegue? —pidió Rhianne.

—Claro —sostuvo su bolígrafo sobre su libreta y levantó una ceja.

—Tomaré un té chai y un croissant, por favor.

—Un café negro fuerte y otro croissant.

La camarera lo anotó y desapareció.

—Simpática, ¿verdad? —dijo Rhianne.

Marissa se encogió de hombros.

—Deberías ver las del juzgado, te tiran los cafés. ¿Qué pasa?

Rhianne decidió empezar por lo fácil y le contó sobre Alice y Carl.

—Ese chico, honestamente —Marissa suspiró, pero sus ojos brillaban—. Es tan protector. El otro día se interpuso entre mi cliente y yo, solo porque se le ocurrió insultarme.

Carl era como un oso de peluche gigante, si los osos de peluche midieran casi dos metros y estuvieran construidos como luchadores olímpicos. El tipo de “adorable” que también podría hacer de guardaespaldas. Cada vez que alguien que le importaba era amenazado, dejaba el acto de osito de peluche y cambiaba al modo “papá oso”.

A pesar de su protesta, a Marissa le encantaba ese aspecto de Carl. Fue su lado feroz el que los había unido, rompiendo la timidez de Carl como una bola de demolición a través de una pared de papel.

—No deberías dejarlo cerca de tus clientes.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Carl descubrió que dicho cliente estaba acusado de lavado de dinero a gran escala y supuestamente era parte de un cártel mafioso.

Vale, no había manera de que Carl la dejara ir sola.

—¿Crees que puedes ayudar?

Marissa arqueó una ceja. —¿Necesitas preguntar? Hablando en serio, ¿crees que es una buena pareja? Entiendo por qué Carl está preocupado. Los vampiros son tan misteriosos como espeluznantes.

Y esto viniendo de la imperturbable abogada. Sin embargo, el prejuicio estaba muy extendido. Rhianne tampoco lo había cuestionado antes.

—¿Qué te parece si hago que conozcas a Oscar y formes tu propia opinión?

La camarera llegó a su mesa, equilibrando una bandeja. Colocó el café negro de Marissa, un brebaje intenso en una taza sencilla, junto al té chai de Rhianne, un espectáculo de especias y leche en capas en un vaso alto y transparente, coronado con un toque de canela. Junto a las bebidas, colocó dos croissants, dorados y hojaldrados, que parecían recién salidos del horno. Los croissants iban acompañados de pequeños cuencos con mantequilla cremosa y una porción de mermelada de fresa. —Julia está aquí, saldrá en un minuto —dijo la camarera.

—Gracias. —Rhianne cogió su vaso y olió la canela y otras especias que emanaban de él.

—¿Dijiste que había un par de cosas? —insistió Marissa.

Su mirada de abogada debería patentarse. Estaba diseñada para hacer que hasta el testigo más reticente revelara sus secretos. Y funcionaba.

Bajo su implacable escrutinio, Rhianne se sinceró. —Supongo que Carl te ha contado sobre mi último caso.

Ante el asentimiento de Marissa, Rhianne continuó: —Lo que Carl no sabe es que Don Bellmont ha invocado una deuda de sangre para conseguir que mi madre, y por extensión yo, le ayudemos.

—¿Una deuda de sangre? —El ligero ensanchamiento de sus ojos fue la única indicación de la sorpresa de Marissa—. Eso es algo muy serio.

—Ese es el problema. ¿Cuánto sabes sobre eso? —Rhianne cortó un trozo de croissant y le añadió mantequilla. El croissant aún estaba caliente y la mantequilla se derritió en él.

—No mucho, pero lo investigaré. A menudo los vampiros usan sus propios abogados y tienden a resolver las cosas fuera de los tribunales, pero no pueden evitarlos todo el tiempo. Habrá algo y lo encontraré.

—El problema es que… no tenemos mucho tiempo. El plazo para resolver el caso es mañana.

Marissa bebió un sorbo de su café e hizo una mueca. Sus dedos bailaron por la pantalla de su teléfono durante unos minutos. Luego, levantando la mirada para encontrarse con la de Rhianne, asintió. —He despejado lo más posible hoy y mañana. Lo resolveré.

Rhianne extendió la mano y tocó la de Marissa, provocando que esta la mirara como si estuviera contemplando el protocolo adecuado para un toque de manos, como un extraterrestre que se encontrara por primera vez con las costumbres humanas. Unidas por su herencia híbrida, ninguna de las dos había tenido una infancia fácil. Marissa se había transformado en el equivalente humano de un diamante, prácticamente indestructible, mientras que Rhianne había tomado el camino de un caracol social, a menudo refugiándose en su caparazón. Sin embargo, la vida, en su ritmo impredecible, las había presentado a personas que esgrimían el amor como cinceles, esculpiendo suavemente a través de sus defensas. Rhianne se alegraba de que pudieran llamarse amigas.

Las palabras de Marissa salieron atropelladamente mientras se ponía de pie, mirando su reloj. —Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga noticias —dijo, sus pies ya en movimiento.

Rhianne acababa de terminar su croissant cuando apareció Julia.

—Hola, *Solcito* dijo que querías hablar conmigo. —El apodo de 'Solcito' hizo que Rhianne se atragantara con el té que estaba bebiendo. Julia sonrió y se inclinó—. Es la hija del dueño y no está contenta por tener que trabajar durante sus vacaciones escolares.

Eso explicaba la 'actitud adolescente'. —Puede que no me recuerdes…

—Claro que sí. Viniste aquí con el chico pelirrojo guapo. ¡Ups! —Julia se cubrió la boca.

Rhianne se rio.

—Es guapo, ¿verdad? En fin, cuando estuvimos aquí la última vez nos estabas contando sobre tu amiga.

Julia frunció el ceño y luego su rostro se aclaró. —Ah, ¿te refieres a la hermana de mi amiga?

—Sí, esa. Mira, sé que esto va a sonar raro, pero me gustaría hablar con ella.

—Mmm. No sé. Quiero decir, tendría que preguntarle. ¿De qué querías hablar? —Sus ojos se agrandaron—. ¿Te estás involucrando con un vampiro? ¿Qué pasa con el 'chico guapo'?

Negó con la cabeza, pensando rápido. No quería mentir, pero si decía la verdad, la hermana de su amiga saldría corriendo. —No, quiero decir sí, pero no de la manera que piensas. Estoy tratando de ayudar a alguien que está involucrada con un vampiro. —Su madre podría no apreciar el término, pero seguía siendo bastante cercano a la verdad.

—Ah, ya veo. —Julia asintió—. Estás preocupada por ella.

—Muy preocupada. —Preocupada por la deuda de sangre que pendía sobre su cabeza.

Julia se mordió el labio y miró hacia la cocina. La mayoría de los negocios fruncirían el ceño si el personal charlara demasiado tiempo con un cliente. —De acuerdo, dame tu número. No prometo nada, pero le pasaré el mensaje y dependerá de Sue si quiere llamarte.

Sue. Rhianne ahora tenía un nombre y un atisbo de esperanza.

CAPÍTULO 28

A medida que la tarde se convertía en noche sin nuevas llamadas, Rhianne se tiraba del pelo hasta que le dolía el cuero cabelludo. Nada de Marissa y nada de la misteriosa Sue.

El estómago de Rhianne estaba tan lleno de nudos que temía convertirse en un pretzel humano al final de la noche. Daba vueltas por su apartamento, pensando en todos los ángulos posibles de su teoría. Todo tenía sentido en su cabeza, pero aún necesitaba un par de datos más antes de poder acusar a nadie.

Y simplemente señalar con el dedo no sería suficiente: necesitaba pruebas concretas, del tipo que no se desmoronarían bajo escrutinio. El reloj avanzaba con la sutileza de un tren de carga, otorgándole exactamente veinticinco horas y veinte minutos para resolver el caso. ¿Plan B? Confiar en que Marissa tejiera alguna magia legal y desenredara todo el lío de la deuda de sangre.

Su teléfono sonó y, lanzándose hacia el aparato, logró un jadeante —Hola, genio alfa— cortando *Holding out for a Hero* a mitad del himno.

—Puede que haya encontrado una conexión con el doctor —dijo Kai sin preámbulos.

Rhianne se sentó y exhaló.

—¡Eres mi salvación!

—No empieces el desfile todavía. No es una conexión sólida, más bien algo social, no de negocios ni familiar.

—Vale, suéltalo.

Y otra pieza del rompecabezas encajó en su lugar. Aún quedaba una gran incógnita: ¿Para quién era el doctor o más bien para *qué*? El Dr. Cheng estaba conectado con su sospechoso y creía entender el motivo. Más o menos.

Kai colgó, prometiendo revisar nuevamente las grabaciones de seguridad.

Poco después, su teléfono sonó y apareció un mensaje. “Hola, soy Sue - Julia @ café. ¿Nos vemos mañana en la ciudad @ 1?”

El corazón de Rhianne latía con fuerza en su pecho. “¿Dónde?”, escribió.

Sue respondió con el nombre de un café en el centro de la ciudad. “Estaré allí”, contestó Rhianne. Ignorando el impulso de llenar su pantalla con un millón de emojis de corazones, Rhianne envió un respetable pulgar hacia arriba en su lugar.

Una punzada de culpa mordisqueó su conciencia. Sue creía que ‘la amiga de Rhianne’ estaba enredada en algún drama vampírico. Su madre era partidaria del ‘el fin justifica los medios’, pero Rhianne no estaba de acuerdo. Sin embargo, aquí estaba, caminando por la cuerda floja de la hipocresía.

Después de informar a Kai sobre su plan maestro para la mañana por mensaje de texto, se sumergió en los detalles de la estrategia. Todo dependía de la información que pudiera sonsacarle a Sue sin asustarla. Y para eso, necesitaría canalizar a su James Bond interior: astuta pero encantadora. Rhianne suspiró: estaba completamente fuera de su elemento.

* * *

Al día siguiente, las horas pasaron volando como una escena en avance rápido. Rhianne no podía concentrarse en su trabajo. Finalmente, Alice la echó de vuelta a la oficina, alegando que era más un estorbo que una ayuda. Era un punto justo: Rhianne había estado deambulando como una oveja perdida mientras Carl y Alice se encargaban de las entregas y un grupo de turistas.

El informe meteorológico había jurado solemnemente que llovería ese día, pero los cielos decidieron improvisar, pintando un cuadro de sol obstinado en su lugar. Rhianne esperaba a medias que el tiempo cambiara de guion y la empapara en el momento en que se subiera a su moto, dada su reciente racha de mala suerte. Sin embargo, el sol persistió, brillando mientras conducía su motocicleta hacia la ciudad.

Apretujándose en un espacio de estacionamiento en uno de los notoriamente caros aparcamientos de la ciudad, reflexionó sobre la posibilidad de darle la factura por el lugar a Don Bellmont. La idea de iniciar una pestaña de ‘gastos varios relacionados con vampiros’ era extrañamente atractiva. Casi podía oír a Marissa en el tribunal, argumentando con inquebrantable convicción que las tarifas de estacionamiento eran un componente indispensable para saldar una deuda de sangre. Y así, sin más, Rhianne se encontró sumergida hasta la cintura en la piscina del absurdo. Necesitaba recomponerse.

Rhianne había meditado sobre su enfoque toda la mañana, pero al mediodía se encogió de hombros y decidió simplemente improvisar. ‘En caso de duda, improvisa’ se había convertido en su nuevo mantra no oficial. Entró en el café, un encantador rinconcito que se sentía como un

cálido abrazo de una abuela querida. Su atrio abierto invitaba al sol a bailar en el suelo, y los tonos terrosos de las paredes se rompían con ocasionales estallidos de color de pinturas florales.

El aroma del café recién hecho y los pasteles actuó como un canto de sirena para el estómago de Rhianne, que gruñó en señal de aprobación. El lugar era un festín de mesas: algunas desnudas y de madera, otras luciendo manteles estampados como si estuvieran a punto de entrar en un desfile de moda. Sofás mullidos se desperdigaban aquí y allá, añadiendo un toque de 'relax' a la atmósfera.

Miró alrededor buscando a Sue, armada con el conocimiento de que era rubia y probablemente no pasaría desapercibida. Localizarla fue más fácil de lo esperado en el mar de clientes agrupados. Acurrucada en un rincón, Sue ya estaba tomando una taza.

—Hola, ¿eres Sue?

Sue dudó, sus ojos desviándose hacia la puerta con el sutil anhelo de alguien que contempla una 'salida por la izquierda'. Rhianne tendría que ser breve y directa. Sue finalmente asintió y Rhianne se sentó. Una camarera apareció y Rhianne pidió un chocolate caliente. La comida tendría que esperar.

—¿Julia te mencionó que tengo una amiga que está enredada con un vampiro?

Sue asintió.

—¿Qué casa?

Bien, Sue sabía bastante si estaba preguntando por las casas. Era ahora o nunca.

—La Casa Bellmont.

El movimiento repentino de Sue hizo temblar la mesa, su silla raspando ruidosamente hacia atrás. Estaba a punto de salir corriendo, y Rhianne no podía permitir que eso sucediera.

—Sé lo de tu novio —soltó Rhianne, lanzando un comodín. Era un farol, basado en una corazonada, pero necesitaba confirmación.

—No es posible que tú…

—Siéntate, por favor —otros clientes ahora miraban en su dirección.

—¿Esto es por dinero? ¿Me estás chantajeando? —siseó Sue, pero volvió a sentarse—. No tengo mucho —las lágrimas se acumularon en sus ojos.

El pecho de Rhianne se apretó y negó con la cabeza.

—No estoy aquí por dinero para guardar silencio.

Las manos de Sue se cerraron en puños, sus nudillos volviéndose blancos por la tensión.

—Estás aquí para conseguir una presentación —espetó Sue—. No es un cuento de hadas, ¿sabes? —sus ojos revoloteaban, sus manos retorciéndose juntas.

¿Asegurándose de que nadie pudiera oírla o buscando una ruta de escape?

—He estado dentro de la casa varias veces. Creo que estoy más allá de las presentaciones —dijo Rhianne.

La camarera llegó con el chocolate caliente y el rico aroma aterciopelado llegó a sus fosas nasales.

Cuando la camarera se fue, Rhianne preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Frunciendo los labios, el rostro de Sue se volvió pétreo.

—¿Cuánto tiempo qué?

Era una lástima para Rhianne que Sue tuviera agallas, pero aun así la admiraba por ello. —¿Cuánto tiempo llevan Lucius y tú viéndoos?

Un brusco jadeo y un movimiento de cabeza respondieron a esa afirmación, pero Rhianne sabía que había acertado. Se notaba en el destello de miedo que reemplazó la ira de momentos antes. Tras un profundo suspiro, los hombros de Sue cayeron en señal de resignación. —¿Te están pagando para hundirlo? —Se inclinó hacia adelante, con los ojos de nuevo llenos de lágrimas—. Puedo pagarte; puedo vender mi coche…

—¡Para! —Rhianne levantó la mano para detener sus palabras frenéticas—. Lo único que estoy haciendo es investigar un asesinato. Tu secreto está a salvo a menos que sea relevante para el caso. —No dijo que pensaba que era relevante porque no quería aumentar la evidente angustia de Sue.

—Estás investigando la muerte de Albert. —Los ojos de Sue se agrandaron—. Eres la detective de la que me habló Lucius.

¿Detective? Difícilmente. Sin embargo, no pudo reprimir una pequeña sonrisa ante el título. —¿Alguna vez conociste a Albert?

Sue se llevó la taza a los labios y dio un sorbo cuidadoso. —Nunca lo hice. Nunca he estado en la casa. —Las palabras eran amargas, su boca apretada.

—¿Por qué no has ido? —Rhianne bebió su chocolate caliente, el líquido aterciopelado descendiendo como un cálido abrazo para sus entrañas.

Sue se burló. —Obviamente no sabes mucho si me estás preguntando eso.

—¿Por qué no me lo aclaras entonces? —Rhianne se reclinó, con su atención fija en Sue. Ahora que por fin se estaba abriendo, todo lo que tenía que hacer era mantenerla comprometida y hablando.

Por un minuto, Rhianne pensó que se cerraría.

—No te metas con los vampiros, ¿sabes? —advirtió Sue.

Era una amenaza velada. Claro, la chica tenía agallas, pero Rhianne no estaba dispuesta a complacer su intento de intimidación. Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa. —Saltémonos el teatro, ¿vale? Conozco a gente mucho más aterradora que Lucius. —Don Bellmont y su madre estaban en lo alto de esa lista en este momento, pero la lista era *dinámica*, lo cual resumía bastante bien su vida, en realidad—. ¿Qué tal si simplemente me cuentas las cosas para que pueda dejarte en paz?

Sue debió reconocer algo en sus ojos; Rhianne esperaba que fuera una determinación acerada, pero probablemente era pura terquedad. Esperó.

Sus palabras surgieron como un grifo con goteras, un goteo vacilante. Pero a medida que se calentaba, la narración fue cogiendo ritmo, hasta que finalmente brotó como si una presa se hubiera roto dentro de ella. Debía de estar comiéndola viva no poder confiar en nadie. Y aunque Rhianne mantuvo su expresión neutral, al final de su relato tenía la garganta apretada. Era difícil no extender la mano y tocar la de Sue para ofrecerle algo de consuelo.

La profundidad de los sentimientos de Sue por Lucius era inconfundible; no era una aventura casual. Rhianne tuvo que desechar su teoría de una reunión del club de vampiros. En su lugar, sus caminos se habían cruzado en un comedor social, un lugar donde Sue repartía compasión y Lucius, junto con sus amigos nocturnos, servían ayuda.

¿Quién sabía que los vampiros hacían actos de caridad? Podría haber sido todo un alarde de relaciones públicas, pero un comedor social no era glamuroso. No el lugar donde uno esperaría encontrar a un vampiro buscando una foto oportunista, a menos que estuvieran sirviendo O negativo en cuencos de sopa.

Al principio, Sue mantuvo la guardia alta con Lucius. Pero al verlo charlar con algunas de las personas sin hogar, sus defensas se derritieron. Sus encuentros en el comedor social se convirtieron en una serie de citas secretas, un baile lento que evolucionó en algo más sustancial.

En un momento de vulnerabilidad, Sue se lo contó todo a su hermana, una confesión de la que ahora se arrepentía.

Según Lucius, Don Bellmont tenía una estricta política de “no encantar a humanos”, por lo que su amor estaba condenado.

Sue le había pedido a Lucius que cambiara de casa a una donde el Maestro no fuera tan estrecho de miras, pero Lucius se negó. Habían roto por eso, pero ninguno de los dos podía soportar estar separado y volvieron. Llevaban así casi dos años. Una historia de amor atascada en repetición.

Y probablemente Albert había amenazado su relación con exponerla.

Los ojos de Sue se convirtieron en pequeñas piscinas, rebosantes de lágrimas, mientras imploraba a Rhianne que mantuviera la boca cerrada sobre el romance clandestino. Rhianne, en respuesta, proporcionó una sinfonía de vagos murmullos y gruñidos.

Rhianne sabía que su próximo movimiento tenía que ser un cara a cara con Lucius. El gato probablemente ya estaba fuera de la bolsa, con Sue probablemente enviando mensajes de texto, narrándole todo su encuentro. Nada que Rhianne pudiera hacer al respecto.

¿Mentiría Lucius y lo negaría todo? Rhianne lo dudaba; no parecía su estilo. Sin embargo, no podía descartar la posibilidad de una reacción violenta. Claro, Lucius era el epítome del encanto vampírico, pero incluso los personajes más suaves pueden volverse tempestuosos. Y aquí estaba ella, a punto de entrar en la guarida del león —no, del vampiro— sola.

Naturalmente, al universo le gustaba lanzar obstáculos a los planes de Rhianne. Cuando se puso en contacto con Oscar, este le dijo que Lucius y Don Bellmont estaban atados en asuntos vampíricos. Negociaciones prolongadas, dijo, y con el sol proyectando un foco en el cielo, estarían desaparecidos hasta que las estrellas reclamaran la noche de nuevo. Rhianne soltó una sarta de expresiones creativas entre dientes. El horario de trabajo vampírico, inconvenientemente incompatible con el reloj humano. Confirmó con Oscar que estaría allí esa noche y colgó.

Con tiempo que matar y no mucho más en su plato, se arrastró de vuelta al vivero. Desplomada en su oficina, el papeleo la miraba acusadoramente, pero su mente estaba divagando en el país de los misterios de asesinatos.

Barajó y volvió a barajar la escena imaginada, tratando de encajar las piezas del rompecabezas. La logística exacta de la reubicación del cuerpo seguía siendo difícil de entender; tal vez era un cuerpo que se teletransportaba. No era el “cómo” sino el “por qué” lo que tenía sus neuronas disparando. Y entonces, como una bombilla encendiéndose en un dibujo animado, un momento “¡ajá!” se posó en el borde de sus pensamientos.

El problema en su gran plan, sin embargo, era la flagrante ausencia de pruebas sólidas. Iba a entrar y lanzar acusaciones descabelladas como confeti, armada con nada más que evidencia circunstancial. Estaba confiando en asustar al sospechoso para que confesara. Si se equivocaba…

Su teléfono estalló con las notas imperiosas de *La Marcha Imperial*. —¿Encontraste algún resquicio legal? —preguntó Rhianne. Marissa no era de las que charlaban por charlar, y el cerebro de Rhianne estaba demasiado lleno para cualquier cosa que no fueran los elementos esenciales en este momento.

—He desenterrado *algo*. No estoy segura de cuánto aguantará, pero debería hacer que tu vampiro se lo piense dos veces —dijo Marissa.

Mejor que nada. —¡Genial! ¿Puedes estar en la casa Bellmont, digamos, a las siete y media de esta noche? —Rhianne no sabía cuánto duraría su conversación con Lucius, pero treinta minutos parecía una buena apuesta.

—Estaré allí. —Marissa colgó.

Mirando su teléfono, Rhianne esbozó una pequeña sonrisa. Tenía una apuesta consigo misma de que un día, solo una vez, le ganaría a Marissa y colgaría primero. Hasta ahora, no había tenido suerte.

Rhianne llamó a Kai y le explicó todas sus ideas. Él permaneció bastante callado todo el tiempo, solo haciendo una o dos preguntas para aclarar algunas cosas. Cuando ella terminó de hablar, hubo silencio al otro lado, y los dedos de Rhianne empezaron a tamborilear un ritmo nervioso en su escritorio. Si Kai pensaba que sus teorías estaban llenas de agujeros, volvería al punto de partida. Echó una mirada recelosa a su teléfono, casi esperando verlo agitar una diminuta bandera blanca de rendición. Armándose de valor, estaba a punto de pedirle a Kai su veredicto. Mejor enfrentarse a la música ahora, aunque estuviera desafinada, que entrar en la casa Bellmont solo para bailar un tango con el desastre.

—Funciona —dijo finalmente—. Pero tendrás que conseguir una confesión; nos falta pruebas.

Su suspiro fue un cóctel de alivio y temor, con mucho hielo. Si Kai compraba su teoría, entonces la pelota estaba en su cancha. Entonces la golpeó: había dicho «nos». De repente, la carga sobre sus hombros se sintió más como una mochila que como una roca, y una sonrisa pícara se dibujó en su rostro. Lo haría funcionar. Tenía que hacerlo.

Kai se ofreció a llevarla a la mansión. Como la idea de viajar sola por la noche no le atraía y sus nervios ya estaban destrozados, Rhianne se lo agradeció. Toto había desaparecido, pero le dejó una nota por si no estaba en casa cuando ella se fuera.

Después de dejar mensajes crípticos de «encontrémonos en la casa Bellmont» para Nel e Isobel, respiró hondo. Con un mini discurso motivacional y un redoble de tambores interno, marcó el número que había estado evitando: el de su madre.

CAPÍTULO 29

Para sorpresa de Rhianne —después de haber estado temiendo hacer la llamada—, su madre no la interrogó *demasiado*. Rhianne se había mantenido firme y le había dicho que aún necesitaba atar algunos cabos sueltos antes de revelar sus hallazgos. Rhianne, jugando sus cartas con cautela, insistió en que todavía estaba poniendo los puntos sobre las íes antes de revelar sus descubrimientos. Omitió que sus teorías estaban patinando sobre hielo tan delgado que hasta un pingüino a dieta podría haberlo roto.

A pesar de que no usaría su motocicleta, Rhianne se puso su traje de cuero esa noche. Dudaba que infundiera miedo en el corazón de alguien más, pero para ella, era menos una vestimenta y más su armadura personal. Mientras se preparaba para el enfrentamiento de la noche, pensó que podría necesitar toda la armadura posible.

Kai, puntual como un reloj suizo, llegó en su Tesla. Arribaron a la mansión poco después de las seis. Oscar estaba allí esperando, pero no estaba solo; Alice cruzaba los brazos a su lado.

—¿Alice? —dijo Rhianne mientras saltaba del coche—. ¿Qué haces aquí?

—¿Recuerdas cuando dije que los amigos permanecen unidos, especialmente si uno podría estar metiéndose en problemas?

—No estoy en peligro. Solo voy a poner a prueba algunas teorías y ver quién las respalda —el intento de humor de Rhianne cayó en saco roto con Alice, que seguía mirándola fijamente. Kai se rio, así que al menos eso era algo.

Antes de que Alice pudiera decir algo más, Oscar intervino:

—El señor Blackwood y Don Bellmont llegan tarde; se quedaron atrapados en un atasco en la M4. Pero por el lado positivo, la señora Bennett horneó sus galletas de mantequilla de cacahuete —añadió, ofreciendo algo de consuelo.

Rhianne solo pudo suspirar. El universo, al parecer, tenía un sentido del humor peculiar hoy. Justo entonces, el Bentley de su madre se deslizó por el camino de entrada, seguido por el coche de Marissa. Ambas llegaban demasiado temprano. Un dolor de cabeza tomó rápidamente un asiento VIP en la base de la cabeza de Rhianne. ¿Por qué nadie podía simplemente seguir el plan?

Su madre salió del Bentley; una visión en un vestido clásico de lunares y una chaqueta de satén blanco sobre los hombros. Rhianne miró su traje de cuero; al lado de su madre, se sentía como si se hubiera vestido para una convención de motociclistas, solo para terminar en un té de alta sociedad.

—Llegas temprano, madre.

Su madre arqueó una ceja.

—¿Es eso un problema?

Sí, quería gritar. Quería hablar con Lucius antes de que todos llegaran. ¡Argh! En fin.

Entonces apareció Marissa, con un maletín en una mano y agarrando a Carl con la otra.

—¿Debería siquiera preguntar por qué está él aquí? —preguntó Rhianne.

Carl, imitando la postura de su hermana, se cruzó de brazos.

Levantando las manos en señal de exasperación, Rhianne se dio la vuelta y entró. Iba a necesitar esas galletas.

Cuando todos se hubieron acomodado en el salón principal, y con la excusa tradicional de "llamada de la naturaleza", Rhianne abandonó a todos y fue en busca del estudio de Lucius. Los viejos hábitos son difíciles de matar, y el hábito de Rhianne de ser un ejército de una sola mujer era obstinado. Además, necesitaba hacer esto por su cuenta, de lo contrario Lucius se cerraría. Kai le dio un apretón de mano cómplice mientras se escabullía, su expresión era una mezcla de "te cubro las espaldas" y "no eres tan sutil como crees".

La puerta del estudio estaba cerrada, pero eso no impidió que Rhianne agarrara el pomo y lo girara.

—Está cerrada con llave —dijo una voz detrás de ella.

Malditos vampiros con sus pasos silenciosos. Necesitaba aprender a identificar su firma.

Girándose, fijó una brillante sonrisa en su rostro.

—Hola Lucius, eres precisamente la persona que deseaba ver.

La expresión de Lucius era inescrutable.

—¿Entramos?

Bueno, eso era lo que Rhianne quería, ¿no? No iban a tener esta discusión en el pasillo. Seguramente, no se atrevería a hacerle daño bajo las narices de Don Bellmont, ¿verdad? Su corazón acelerado no estaba de acuerdo.

Con la llave ya en la mano, se acercó para abrir la puerta. Haciéndole un gesto para que pasara, la siguió y cerró la puerta tras él. Rhianne tragó saliva, pero ya estaba allí. A lo hecho, pecho.

El estudio era una mezcla de lo antiguo y lo nuevo. Estanterías de madera cubrían las paredes, acunando una mezcolanza de libros que iban desde antigüedades con lomos arrugados hasta ediciones recién salidas de la imprenta que aún olían a librería. Dominando un lado del estudio había un gran escritorio de caoba, que albergaba un delgado portátil. Un diploma de Derecho ocupaba un lugar destacado en la pared, flanqueado por pinturas tradicionales indias. Una pintura en particular robaba el protagonismo: una pareja de Rajastán, regia y resplandeciente, posando con un camello, sobre un lienzo de cálidos amarillos, dorados y marrones.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —Lucius la sacó de su ensimismamiento. Sostenía una botella de vino blanco que había sacado de un aparador.

—No, gracias. Tomé un té y más galletas de las que deberían ser legales —Rhianne se dejó caer en una silla acolchada, de terciopelo rojo suave al tacto. ¿Por qué los vampiros siempre se decantaban por el rojo?

Él asintió y se sirvió una copa.

—Los pasteles y panes de la señora Bennett son legendarios.

Hasta ahora, todo bien. Sin corrientes subterráneas de rabia contenida o violencia.

—Así que sobre Sue… —No tenía sentido andar con rodeos cuando la puerta del jardín estaba abierta de par en par.

El único signo de que la había escuchado fue el apretón de sus dedos en la copa. Se acercó a Rhianne y tomó asiento frente a ella.

Le dijo a su corazón que se calmara porque estaba bastante segura de que el vampiro podía oír sus latidos y no quería parecer asustada. Aunque estuviera temblando en sus botas.

Cuando él no dijo nada, Rhianne tomó aire profundamente.

—¿Albert amenazó con contárselo a Don Bellmont?

Un pequeño asentimiento.

—Espió a Sue merodeando fuera de los muros de la mansión. No estoy seguro de cómo ató cabos. Quizás porque yo estaba en los jardines en ese momento y esperaba la oportunidad de escabullirme para hablar con ella. Tal vez estaba fanfarroneando.

La ironía es que podría haber estado, probablemente estaba, de hecho, fanfarroneando. Ese habría sido un comportamiento típico de Albert. Quería derribar a Lucius, impulsado por alguna injusticia percibida, o simplemente quería eliminar lo que veía como competencia. Y estaba dispuesto a aprovechar el momento.

—Pelearon.

—No —Lucius hizo girar su vino y levantó la mirada antes de cerrar brevemente los ojos—. Le dije que no era necesario que hablara con Don Bellmont porque yo planeaba hacerlo yo mismo. Se enfureció y dijo que no me creía.

Pero, por supuesto, Lucius no era del tipo que mentiría tan descaradamente y Albert lo habría sabido.

—Te golpeó —Rhianne imaginó la escena. Albert reaccionando como un niño al que le han quitado su juguete, atacando en un repentino e incontrolado arrebato de ira.

Otro pequeño asentimiento.

—¿Y luego?

—Luego lo empujé y volví a la mansión —dirigió su mirada a Rhianne, sus ojos de un marrón oscuro con algunas motas rojas. Bien, eso significaba que estaba bajo control.

—¿Estás diciendo que no lo mataste?

—Estaba maldiciendo cuando cayó en el pasto, así que estaba vivo y bien cuando lo dejé.

Rhianne lo había sospechado, pero necesitaba confirmarlo. Su teoría se estaba consolidando ahora. —Creo que deberíamos ir al salón antes de que alguien decida enviar la caballería —Kai probablemente intentaría ganarle tiempo, pero no duraría—. Supongo que no le contaste a Don Bellmont sobre Sue.

—No, con él muerto, no había necesidad de correr el riesgo. Pero si no me dejas otra opción…

—No me corresponde decirte qué hacer, Lucius —se levantó y caminó hacia la puerta, deteniéndose para mirar hacia atrás. Lucius todavía sostenía su copa, con la mirada distante—. Pero deberías tomar una decisión al respecto, y yo diría que lo hagas con el corazón. Si Don Bellmont merece tu lealtad, habrá una manera de salir adelante —Con eso, abrió la puerta y salió.

Para cuando llegó al pie de las escaleras, podía oír las voces alzadas de Alice y su madre. Suspiró. Probablemente la búsqueda había comenzado. —Estoy aquí —llamó y se encontró cara a cara con una Alice frenética flanqueada por un Oscar ceñudo.

—Estás bien —los hombros de Alice perdieron algo de su rigidez.

—Te dije que lo estaría —dijo Oscar. Alice se volvió para fulminarlo con la mirada.

Detrás de Rhianne, Lucius se aclaró la garganta.

Uh, oh. Hora de intervenir. —Estoy bien, solo necesitaba aclarar algunas cosas. Volvamos al salón para que podamos comenzar con esto.

—¿Rhianne? —apareció su madre. Su postura era casual, pero sus ojos estaban tensos por la tensión. ¿También había ido a buscarla?

—Estoy bien. Hagamos entrar a todos.

—¿A qué te refieres con todos? —Don Bellmont también salió.

Cielos, una chica no podía ni siquiera tomarse un breve descanso antes de que el equipo de rescate se pusiera nervioso. Rhianne recitó los nombres y Don Bellmont le lanzó una mirada a Oscar; él asintió y se fue, presumiblemente para reunir a todos los que faltaban.

Por suerte, la sala era lo suficientemente grande para acomodar a todas las personas. Toto también había llegado —debía haber leído su mensaje— y estaba sentado en una de las sillas, pareciendo inofensivo y profundamente dormido. No era ni lo uno ni lo otro. No solo era poderoso, sino que de ninguna manera estaba echando una siesta en una casa de vampiros. Aunque por otro lado…

La señora Bennett recorrió la sala ofreciendo galletas y Rhianne tomó una para ser cortés. Vale, le encantaban estas galletas y le iba a pedir la receta. Pero ahora no era el momento.

Aldo Rossi, el chef, estaba sentado; postura erguida, su pie moviéndose nerviosamente.

Su madre se recostó con las piernas cruzadas y una copa de vino en la mano. Parecía aburrida, pero Rhianne no se dejaba engañar.

Sebastián se posó en el alféizar de una ventana, con una pierna colgando, su sonrisa burlona en su lugar.

Lucius estaba de pie cerca de Don Bellmont, sosteniendo la misma copa que se había servido en su estudio. Todavía estaba llena.

Adriana se había acomodado en una pose lánguida cerca de un piano de cola pequeño. Distraídamente, Rhianne se preguntó quién lo tocaba. A este lado del piano, Victor estaba sentado, con una tableta en la mano.

Marissa había tomado asiento, su maletín a sus pies, mientras Carl estaba de pie detrás de ella.

Oscar y Alice se apoyaban contra una pared en un rincón, bastante cerca el uno del otro. Cerca, Isobel y Nel compartían un sofá, aunque ella se había deslizado lo más lejos posible hacia el extremo. Nel le lanzaba miradas divertidas a Isobel mientras hacía girar su bebida.

La presencia de Kai junto a Rhianne era reconfortante aunque todos la estaban mirando. Era hora del espectáculo.

Rhianne tomó un profundo respiro. —Una de las cosas que me desconcertó desde el principio fue el traslado del cuerpo. Hemos establecido que fue asesinado en la despensa de la

cocina —Rhianne tuvo cuidado de no mirar a nadie en particular—. Pero su cuerpo fue encontrado en la biblioteca. ¿Por qué? La única respuesta que tenía sentido era que la ubicación daba pistas sobre quién lo hizo.

Se podría haber oído caer un alfiler en el silencio que siguió. Varios pares de ojos se posaron en Aldo Rossi, quien se retorció en su asiento y jugueteó con su cuello.

—La segunda cosa que me desconcertó fue cómo lo mataron. Claramente fue un acto de pasión y uno que requería cierta fuerza. Quiero decir, no es como en las películas donde puedes simplemente apuñalar a alguien fácilmente, más aún cuando la persona con la que estás tratando está construida como un tanque.

—¿No lo mataron con una estaca? —Seb arqueó una ceja, mostrando los primeros signos de interés.

—No, no fue así —Rhianne cruzó miradas con Isobel, quien asintió. Rhianne continuó—: La estaca fue post-mortem y hábilmente puesta en escena para hacernos pensar que era el arma homicida. Tenemos mucha suerte de que la Dra. Dupre realizara la autopsia.

Isobel sonrió.

Rhianne se aclaró la garganta y apareció un vaso de agua frente a ella. Miró hacia arriba para encontrar a Don Bellmont ofreciéndoselo. Su mirada penetrante hizo que tragara saliva con dificultad y tomó el vaso con manos temblorosas y un breve asentimiento. Claro, podía ser valiente con los mejores, pero no era estúpida.

El ambiente a su alrededor pareció respirar un poco más fácilmente cuando él retrocedió. Rhianne tomó un largo trago de agua. —Albert era un personaje polarizante. O lo adorabas o, bueno… no. Tenía esta habilidad para encender el encanto, hacerte creer en sus buenas intenciones, pero luego, como un interruptor, podía convertirse en un verdadero matón con una vendetta.

Don Bellmont parpadeó pero no dijo nada.

—Creo que era ambas cosas; pero en el fondo, principalmente se preocupaba por una persona: él mismo.

Un fuerte jadeo de la señora Bennett recibió esa declaración y Adriana frunció los labios. La sonrisa de Seb, por otro lado, se hizo más amplia.

—Entender el carácter de Albert era crucial porque este fue un crimen pasional. El asesino actuó por impulso, tomándolo desprevenido. La ausencia de heridas defensivas indica que no lo vio venir —Rhianne no mencionó las heridas sufridas en la pelea anterior y evitó hacer contacto visual con Lucius.

—Pero espera un momento —interrumpió Marissa—. ¿El asesino mantuvo la cabeza lo suficientemente fría como para buscar una estaca, clavársela en el corazón y luego decidir mover el cuerpo?

Rhianne casi podía ver los engranajes moviéndose en la cabeza de la abogada.

—Esa era la tercera cosa desconcertante. También hemos sabido que la estaca fue tomada de la sala de armas —Rhianne asintió hacia Oscar—. Pero volvamos a mi primer enigma. ¿Por qué tomarse la molestia de mover el cuerpo en primer lugar? Era algo arriesgado. Albert era un tipo grande y la posibilidad de encontrarse con alguien mientras lo transportaban era alta. Así que dejé temporalmente a un lado la cuestión del motivo porque a) había demasiadas personas que querían verlo muerto y b) el motivo no se alineaba con las acciones.

Un par de personas asintieron, incluida su madre. Rhianne le ofreció una pequeña sonrisa. No quería prometer nada, pero estaba dando lo mejor de sí. Tendría que ser suficiente.

Don Bellmont se inclinaba hacia adelante y Seb se había enderezado en su percha. Pero Rhianne también se dio cuenta de quiénes evitaban mirarla. No importaba. Ella tenía esto bajo control.

—Todos sabemos que era un tipo grande, así que eso sugería que quien lo movió era fuerte y, para mí, eso indicaba vampiro —Hubo un ruido de indignación de Adriana, rápidamente acallado por una mirada fulminante de Don Bellmont—. Pero ese era mi prejuicio —Rhianne sacudió la cabeza ante su idiotez—. Y evidentemente falso. Oscar aquí podría haberlo hecho —Esta vez el jadeo de indignación vino de Alice, mientras Carl entornaba los ojos en dirección a Oscar.

Rhianne miró a su madre.

—La fuerza, sin embargo, viene en diferentes formas. A veces, incluso un pequeño paquete puede dar un buen golpe si está respaldado por un toque de magia. ¿No estarías de acuerdo… Victor? —Rhianne dirigió su mirada hacia él.

Victor, sosteniendo su tableta como un salvavidas, balbuceó en respuesta:

—No estoy seguro de a qué te refieres. Todo el mundo sabe que no soy un brujo poderoso —Su agarre sobre la tableta se tensó como si de alguna manera pudiera protegerlo de la discusión.

Don Bellmont dio un paso adelante, pero el firme agarre de la mano de Lucius lo detuvo en seco. Miró la mano que lo retenía y luego fijó sus ojos en Lucius, quien, para su crédito, se mantuvo firme sin pestañear.

Los ojos de Don Bellmont se encendieron, cambiando a un rojo ardiente.

CAPÍTULO 30

Respirando profundamente, Rhianne se preparó, suplicando en silencio a cada estrella en el cielo que la sed de venganza de Don Bellmont no eligiera los próximos quince minutos para desbordarse.

Ahora que había identificado a Victor como el culpable, era el momento de las pruebas. Rhianne avanzó hacia Victor, acortando la distancia entre ellos. —Te explayaste sobre lo difícil que era para una bruja de poderes intermedios conseguir trabajo, y lo extremadamente agradecido que estabas con Don Bellmont por la oportunidad. Y yo, tonta de mí, me tragué esa historia por completo. Es cierto que las brujas de nivel medio tienen más dificultades para encontrar su lugar que, digamos, una hechicera de alto nivel. Pero seamos honestos, el mundo está lleno de brujas de nivel medio en puestos perfectamente respetables. El verdadero problema es para las brujas de bajo nivel. Ellas son las que están atrapadas jugando a las sillas musicales: cuando la música se detiene, no hay donde sentarse.

Rhianne esperaba que la amargura de sus propias palabras persistiera en su lengua, pero para su sorpresa, no encontró rastro de resentimiento. Hacerse una vida, rodeada de amigos que se preocupaban por ella y persiguiendo su pasión, era más que suficiente para endulzar cualquier nota amarga. Por supuesto, Rhianne no era *exactamente* lo que se llamaría una bruja de bajo nivel, y ese pequeño detalle fue lo que inicialmente la alertó sobre Victor.

—Tienes padres que trabajan en el campo de la medicina, ¿no es así?

El agarre de Victor sobre la tableta volvió sus nudillos fantasmalmente blancos, y fue entonces cuando se le ocurrió una idea. Rhianne arrebató la tableta y la levantó en alto. Mientras los ojos de Victor se desorbitaban de horror, ella la soltó, observándola caer hacia el suelo. Era una apuesta basada en la corazonada de que la tableta era el salvavidas mágico de Victor; después de todo, nunca lo había visto sin ella.

Mientras Rhianne observaba la tableta precipitarse hacia el suelo, su corazón dio un vuelco. No iba a funcionar. Maldición. Su confianza vaciló, su teoría tambaleándose al borde de la ruina.

A centímetros del desastre, la tableta se congeló, suspendida en el aire como si hubiera sido atrapada por una red invisible. Victor se abalanzó sobre ella y la apretó contra su pecho, sus ojos

ardiendo y su respiración entrecortada y jadeante.

Rhianne exhaló profundamente.

Caminando de vuelta a donde estaba Kai, Rhianne le dio un rápido apretón de mano reconfortante, extrayendo consuelo de su toque familiar. Se volvió para enfrentar al grupo nuevamente. —Los sanadores mágicos se jactan de dos habilidades clave. La primera es la capacidad de preparar pociones potentes y la segunda, un talento raro, es la telequinesis. Es para cosas como unir tejidos y huesos.

No tenía sentido mencionar cuán recientemente había adquirido este conocimiento. Rhianne miró a su madre, quien ahora sonreía abiertamente.

—Así es —su madre se volvió hacia Victor—. Tu padre Andrew siempre tuvo una poderosa habilidad de telequinesis, así que supongo que la heredaste.

Confiaba en que su madre uniera las piezas rápidamente. Rhianne continuó: —Así que, el día del asesinato de Albert y después de que atravesaste la estaca en su corazón para disimular la herida, usaste tu telequinesis para ayudar a moverlo. También debiste haber erigido una barrera para evitar que la sangre manchara el suelo y delatara tu ruta. Fue bastante arriesgado cuando fuiste al estudio de Don Bellmont y luego a través del pasaje secreto hasta la biblioteca.

Los ojos de Victor estaban bajos.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó Don Bellmont. Las venas de su cuello palpitaban y Rhianne sospechaba que la mano de Lucius en su brazo era lo único que le impedía abalanzarse sobre Victor.

Rhianne suspiró. Aquí va. —Él no lo hizo.

Victor levantó los ojos y miró a Rhianne como si le hubieran salido dos cabezas y comenzó a negar con la cabeza. —¡Por supuesto que lo hice!

—No, no lo hiciste —dijo la señora Bennett.

Él volvió su rostro hacia ella. —Sí, lo hice, tú…

La señora Bennett se había acercado y se sentó al lado de Victor; su brazo rodeaba sus hombros. —Calla, querido muchacho. Ya no importa; no necesitas protegerme. —Levantó la barbilla—. Yo lo hice.

Esa declaración fue recibida con ceños fruncidos seguidos de algunas sacudidas de cabeza. Pero fue Adriana quien rompió el silencio. Se irguió, sus manos aferrando sus rodillas, y sus ojos volviéndose rojos. —No lo hiciste, de ninguna manera tenías la fuerza para lastimar a Albert. ¡Estás encubriendo a ese cobarde! —escupió.

—Con ese argumento, Victor tampoco podría haberlo hecho —señaló Seb. Había bajado de su percha y estaba de pie con las manos en los bolsillos.

La postura casual no engañó a Rhianne, estaba alerta. Pero, ¿por qué? Su mirada se desvió hacia los ojos carmesí de Adriana; su cuerpo tenso estaba enrollado y listo para saltar.

—No lo hagas. —Una palabra y vino de Lucius.

Adriana parpadeó y luego sus ojos volvieron a su azul normal. Un ceño fruncido persistió en sus labios, pero no dijo nada más.

—Obviamente no has cocinado mucho en tu vida —dijo Rhianne y Adriana inclinó la cabeza —. Se necesita mucha fuerza para amasar pan y estirar la masa. Es como una sesión de gimnasio pero con resultados más deliciosos. —Nadie se rió. Público difícil, pero al menos Oscar asintió. Seb miró a la señora Bennett con ojo calculador.

La señora Bennett le ofreció a Rhianne una pequeña sonrisa.

—No, señora Bennett, no está bien… —comenzó Victor.

La señora Bennett puso un dedo en los labios de Victor y le dio una palmadita en la rodilla. Cuando se volvió para mirar a Rhianne, sus ojos estaban claros.

—Tienes razón. Había dos lados en mi Albert. Podía ser un chico tan dulce y le encantaban mis pasteles. —La señora Bennett alisó su delantal y frunció el ceño—. Pero así es como empezó, aunque no me di cuenta en ese momento. Albert dijo que ya no podría disfrutar de mis pasteles después de convertirse en vampiro y que yo me estaba haciendo vieja. Me dijo que debería mudarme a un asilo de ancianos. Pensé que estaba preocupado por mí, que no quería que trabajara tan duro… —La señora Bennett miró al vacío.

El silencio solo era interrumpido por el viento exterior, silbando una melodía desafinada. Las ramas de los árboles arañaban la ventana como una pandilla de dedos traviesos, tocando un sonido discordante en una pizarra gigante.

Toto saltó de su percha y chocó su cabeza contra las espinillas de la señora Bennett. Ella lo acarició distraídamente, pero no sonrió.

—Un día, Albert estaba en la cocina con Josh y, aunque trató de ocultarlo, alcancé a ver un pequeño paquete. No dije nada y fingí no darme cuenta, pero después arrinconé a Josh. Con un poco de persuasión maternal —y la promesa de un postre extra—, Josh me contó que Albert lo había estado presionando para que lo tomara, diciendo que lo haría más fuerte. No le costó mucho a Josh entregármelo, bendito sea. Es un buen muchacho —miró directamente a los ojos de Don Bellmont y él asintió. Satisfecha, continuó—: Tengo un amigo que identificó el contenido.

Rhianne arqueó las cejas. Debía de ser un amigo muy hábil, en efecto. Miró a la señora Bennett con creciente respeto. Supuso que trabajar en una casa de vampiros requería cierto nivel de astucia callejera y contactos. A menudo las personas tenían capas y profundidades, como un rompecabezas complejo donde cada pieza revelaba un poco más del panorama general.

—Quería que me confirmara qué era; asumí que eran los esteroides que Albert tomaba —sus ojos se endurecieron y su boca se torció hacia abajo—. Pero no lo era. Era heroína.

Oscar jadeó y Seb frunció el ceño. Don Bellmont se quedó completamente inmóvil y Lucius retiró su mano de su brazo. Rhianne esperaba que fuera una buena señal.

La señora Bennett parpadeó.

—Estaba cortando verduras cuando Albert entró tranquilamente, así que le pregunté al respecto. Había estado esperando la oportunidad adecuada; segura de que tendría una buena explicación. Se rio y dijo que no era asunto mío; que no debería importarme porque él se aseguraría de que Don Bellmont me enviara a pastar. Entró en la despensa y lo seguí —tomó una respiración profunda y de repente Oscar estaba frente a ella con un vaso de agua. La señora Bennett bebió un sorbo y luego lo colocó en la mesa de café—. Gracias, muchacho —dijo, y Oscar se retiró—. Albert dijo que Josh tenía un futuro ayudándolo a traficar drogas y que todo lo que necesitaba era un pequeño incentivo. No pensé, solo… —la señora Bennett se interrumpió, bajando la mirada—. En algún lugar ahí dentro, quedaba un pedazo de mi Albert, y ese es el recuerdo al que me aferraré.

Don Bellmont salió de su extraño trance y se dirigió al mueble bar. Se sirvió un generoso vaso de whisky.

Rhianne aprovechó la oportunidad para escanear la sala con sus sentidos en busca de algo. ¡Ahí! Una sombra se retorcía. Olía a cosas podridas, la misma visión y olor de su lección en el bosque. Abrió los ojos de nuevo y miró a Toto, quien asintió.

—Son más de las nueve —dijo Don Bellmont a nadie en particular.

El corazón de Rhianne comenzó a latir salvajemente. No iba a reclamar la deuda de sangre a su madre por una tecnicidad, ¿verdad? Rhianne había llegado alrededor de esta hora para ver el cadáver hace una semana. Su mente reconstruía frenéticamente la línea de tiempo. ¿Cuándo había dicho exactamente que tenía siete días?

Marissa intervino.

—Se arriesga a una amonestación del consejo si elige reclamar la deuda de sangre, según el precedente Chultz establecido en 1947, usted…

Don Bellmont levantó la mano de manera perentoria y Marissa guardó silencio. ¿Estaba usando algún tipo de poder sobre ella? Rhianne nunca había visto a Marissa retroceder antes. Un gruñido emanó de Carl que resonó en la pequeña sala.

—No hay necesidad, señorita Austin. Por la presente, rescindo la deuda de sangre —dijo Don Bellmont.

Su madre abrió mucho los ojos y luego se recompuso, suavizando sus facciones con calma practicada.

Demasiado tarde. Rhianne había visto la expresión y rápidamente dedujo por qué. Su madre había esperado que Don Bellmont cobrara. Eso significaba… ¡Oh! Su madre debía haber depositado toda su fe en que Rhianne resolviera el asesinato. Las implicaciones de todo esto comenzaron a hundirse y su corazón se negaba a desacelerar.

—Como este es un asunto interno —continuó Don Bellmont—, confío en que nadie aquí revelará lo que ha ocurrido en esta sala.

Debido a que el asesinato ocurrió en la mansión y tanto la víctima como el asesino eran empleados de la casa, la policía no tendría jurisdicción en el caso. Este conocimiento había hecho que Rhianne dudara en revelar al asesino, asustada por la idea de justicia de Don Bellmont. Pero había demasiado en juego como para no hacerlo.

—Me gustaría hablar con usted —dijo Rhianne, dirigiendo su mirada directamente a Don Bellmont. El temor le apretaba el estómago, pero la ira que bullía en su interior lo superaba—. A solas.

Don Bellmont, levantando una ceja, lanzó una mirada a Lucius, quien rápidamente se llevó a Adriana. Seb, haciendo pucheros, los siguió, mientras Aldo Rossi escoltaba a la señora Bennett fuera. Victor y Oscar los siguieron, cerrando la marcha.

Era curioso que nadie se preocupara por las esposas, aunque probablemente no fueran necesarias en la guarida de un vampiro. ¿A dónde iría la señora Bennett de todos modos? En cuanto a Victor, sus posibilidades de escapar eran tan buenas como las de una bola de nieve en un horno.

Todos los demás se quedaron en su lugar.

Don Bellmont le dio a Rhianne una sonrisa divertida.

Rhianne respiró hondo y se volvió hacia sus amigos.

—Si crees que voy a dejarte sola con… —comenzó Alice.

—Estoy segura de que Don Bellmont estará encantado de prometer no hacerme daño, ¿no es así? —se volvió hacia él.

—Tienes mi palabra —dijo Don Bellmont.

—Gracias, Don Bellmont —Rhianne se volvió hacia Alice—. ¿Ves? Mi madre responde por él, así que todo debería estar bien. ¡Vamos!

Alice dudó, pero Marissa se levantó y enlazó su brazo con el de ella, medio guiándola, medio empujándola hacia afuera. Carl, con el ceño fruncido, las siguió.

Isobel tomó a Nel por el codo, llevándolo fuera. Nel miró el brazo que lo sostenía como hipnotizado, antes de que salieran.

Kai le dio un ligero beso en los labios antes de partir también, con Toto a su lado.

Eso dejó a su madre.

—Estaré bien, madre. Es solo una charla. Prometo no aceptar ninguna deuda de sangre.

Su madre entrecerró los ojos y clavó la mirada en Don Bellmont.

—Si se hace aunque sea un rasguño de papel, lo mataré —el tono de su madre era pragmático.

Rhianne parpadeó.

—Soy consciente de eso, Esther. Ella estará bien. He dado mi palabra y sabes que cumplo mis promesas.

Un delicado resoplido respondió a eso. Su madre dejó su bebida en la mesa de café y se marchó sin mirar atrás.

—¿Le gustaría tomar algo, Rhianne?

Ella negó con la cabeza. —No, gracias, Don Bellmont.

—Por favor, llámame Raphael —dijo mientras se sentaba en el sofá.

Rhianne se acomodó frente a él. —Está enferma.

—¿Disculpa?

—La señora Bennett está enferma, se está muriendo. No soy médica, pero no creo que le quede mucho tiempo.

Don Bellmont se aferró a los lados de su sofá en la primera señal de una emoción distinta a la ira que ella había visto en él. —Eres una sanadora, ¿no puedes ayudarla?

¿Cómo sabía eso? Pero entonces lo entendió, Rhianne había curado al nuevo Alfa en espera. Estaba aprendiendo que ese tipo de cosas eran difíciles de mantener en secreto.

—Ojalá pudiera. Está demasiado avanzada —la huella de la enfermedad de la señora Bennett había sido muy similar a la del árbol moribundo.

—No voy a castigarla a ella ni a Victor —dijo él.

—Lo sé.

Don Bellmont no era quien ella esperaba. Había caído presa de sus propios prejuicios y pensado que todos los vampiros eran malvados y crueles. Y otros decían que las brujas eran manipuladoras y engañosas. Qué hipócrita había sido. Con suerte, aprendería de esto.

—Lo siento. No soy muy buena sanadora. Todavía.

El abuelo siempre tenía un comentario descarado cuando Rhianne luchaba con algo nuevo: "Todavía no, pero pronto, ¡y esperemos que sea antes de la próxima luna azul!"

Don Bellmont la trajo de vuelta al presente. —Me aseguraré de que disfrute al máximo el tiempo que le queda.

—No le pida que deje de hornear. Eso sería como matarla —dijo Rhianne, y él asintió—. Ahora háble me de la deuda de sangre, *Raphael* —el nombre sabía extraño en su boca.

Él le sonrió. —Supongo que Esther no ha sido muy comunicativa.

Rhianne inclinó la cabeza y arqueó las cejas. —¿Estaría preguntando si lo hubiera sido?

Él se encogió de hombros. —Tal vez estás comparando versiones —ante la mirada entrecerrada de Rhianne, levantó las manos en un gesto conciliador—. No te contaré todos los detalles, porque esos le corresponden a Esther compartirlos, pero estabas en peligro y ella me pidió ayuda.

—¿En peligro? ¿Qué quieres decir? —Eso no podía ser cierto. Ningún recuerdo coincidía con su afirmación.

—Un elfo intentó secuestrarte cuando eras una niña pequeña. Los poderes de tu madre estaban progresando, pero en ese momento, dudaba de su fuerza contra los elfos. Fue entonces cuando recurrió a mí.

—¿Pero por qué la deuda de sangre? Pensé que eso estaba reservado para cuando alguien hacía algo malo.

Raphael respiró hondo y miró por la ventana. El viento había amainado y se podía oír el canto de un podargo. —Fui un tonto.

Fue una suerte que Rhianne no tuviera una bebida en la mano, o la habría derramado. —¿Cómo dices?

Él suspiró. —Estaba perdidamente enamorado de ella, y ella… bueno, me rechazó. Cuando me pidió ayuda, pensé que exigir una deuda de sangre de alguna manera la traería de vuelta a mi vida. Tenía sentido para mi cerebro enfermo de amor en ese momento. Pero luego me di cuenta de que no podía, no quería hacerlo cumplir. Sin embargo, el acuerdo ya estaba hecho.

—Hasta ahora.

Él asintió.

—¿Qué pasó con el aspirante a secuestrador?

—Me encargué de él —se ajustó los puños y Rhianne decidió no indagar en lo que eso significaba.

—Ya veo. Em, ¿gracias? Supongo que no te detuviste a preguntarle por qué estaba tratando de secuestrarme.

Su risa la tomó por sorpresa, tanto que hizo un doble vistazo. Era inusual ver al estoico vampiro mostrando humor.

—No, no tuve la oportunidad. Estaban bastante resueltos en su misión.

Rhianne se levantó. —Bien. La próxima vez tal vez ven directamente a mí. No hay necesidad de amenazas, ¿sabes? No es que crea que tendrás otro asesinato o algo así, solo… bueno, por si acaso.

Él asintió. —Serás compensada por tus esfuerzos. Me impresionó tu agudo pensamiento. Y me ahorraste la molestia de encontrar una forma de cancelar la deuda de sangre.

Poniendo los ojos en blanco, se despidió con un gesto casual. Pero justo cuando llegó a la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. —Por cierto, he tenido algo de éxito como casamentera —dijo—. Ya sabes, si necesitas ayuda con mi madre en ese frente.

Se marchó, con su risa resonando tras ella.

Epílogo

El Dr. Cheng era el padrino de Victor. Visitó la mansión a petición de Victor después de que este notara los síntomas de la Sra. Bennett. Cuando la Sra. Bennett se negó a ver al médico, el Dr. Cheng no tuvo más remedio que marcharse.

A insistencia de Don Bellmont, el Dr. Cheng regresó para evaluar a la Sra. Bennett. Después de su examen, ofreció realizar una cirugía, dándole un 40% de probabilidades de éxito. La Sra. Bennett se negó, diciendo —Ya he tenido mi tiempo— y que nadie iba a andar —hurgando— en su cerebro. Le envió a Rhianne una caja llena de galletas de mantequilla de cacahuete con una receta escrita a mano en la parte inferior.

Alice y Oscar estaban saliendo, y aunque Carl no estaba contento al respecto, una combinación de la lógica particular de Marissa y la forma en que Don Bellmont había actuado con honor, lo estaban haciendo cambiar de opinión poco a poco. Los padres de Alice, de mentalidad tradicional, se mantenían en una feliz ignorancia, bajo el principio de —no es necesario que se alarmen—. Ese era un problema para otro día.

Cuando Rhianne le contó a Toto sobre los orígenes de la deuda de sangre, él asintió y poco después desapareció durante unos días.

Tal vez la decisión de su madre de rechazar a Don Bellmont tenía más que ver con el riesgo de ser cautivada que con una falta de interés por su parte. Cuando Rhianne mencionó su teoría a Isobel, esta señaló que era más probable que se debiera al peligro de dejar que Rhianne creciera en una casa de vampiros. Era… desconcertante pensar en su madre de esa manera. Pero estaba claro que las cosas no eran tan blancas o negras como ella había pensado una vez.

Lucius aún no le había contado a Don Bellmont sobre su novia humana. Excepto que… Sue no era humana. Rhianne, habiendo descubierto que Sue era una bruja latente, compartió la noticia con su madre, quien reveló su trabajo de años en una poción. El brebaje reforzaba la defensa de las brujas contra la influencia del cautiverio vampírico. Al parecer, estaba cerca de un avance y sus ojos brillaban de entusiasmo, aunque Rhianne no estaba segura si era por Sue o por ella misma.

La nueva rutina matutina de Rhianne incluía comunicarse con la naturaleza, o como a ella le gustaba llamarlo, —espiar los chismes de los árboles—. Aquella mañana en particular, mientras se acomodaba en una roca y cerraba los ojos, la canción del bosque cambió. El ritmo se volvió más rápido y urgente; estaba tratando de llamar su atención. Tenía un aroma distintivo, el de la madera y la resina con un toque de menta.

Sus ojos se abrieron de golpe.

El abuelo Angelo la estaba llamando.

Las aventuras de Rhianne continúan en Bosque Mortal

Notas para los lectores

Estimado lector fantástico:

Espero que hayas disfrutado de este libro. Si te ha resultado entretenido, por favor considera compartir tus pensamientos en una reseña.

Tu opinión ayuda a otros lectores a encontrar su próxima aventura literaria.

Así que toma tu pluma metafórica (o teclado) y libera a tu crítico interno, comediante o orador motivacional en tu reseña. ¡Tus palabras podrían alegrarme el día!

Con gratitud y un chócala virtual,

P L

La bruja verde Rhianne Alkenn cambia las luces de la ciudad por las noches del campo.

Bueno, más bien por un misterio rural: se ha unido a su abuelo para desentrañar una situación espinosa: un asesinato en la comunidad de las dríades y la desaparición de un adolescente.

Añade a eso la tensión chispeante entre Isobel, la patóloga con secretos, y Nel, el mejor amigo íncubo de Rhianne. Su dinámica está a punto de estallar, revelando verdades que podrían ser demasiado candentes para que Nel las maneje.

Ah, ¿y árboles asesinos? Es algo real.

Bienvenidos al campo, donde el paisaje es impresionante y los misterios son mortales.

Continúa la aventura en Bosque Mortal

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido una labor de amor, hecha posible gracias al apoyo inquebrantable de muchos. Mi marido, que cree en mí incondicionalmente (y leyó la historia de principio a fin), mi madre, que me inculcó el amor por la palabra escrita, y todos mis amigos que me ofrecieron ánimo y me alentaron; un gran saludo al «Trío».

Me gustaría extender un agradecimiento especial a Percy, que no lee ficción pero aun así leyó mi manuscrito, e incluso dijo que le había hecho un favor a *él* al ampliar sus horizontes.

Y, por último, pero no menos importante, a mis lectores, les extiendo mi más sincera gratitud. Espero de corazón que disfruten tanto leyendo esta historia como yo disfruté creándola. Gracias.

Otras obras de P L Matthews

La serie: Un Misterio de la Bruja Verde

Hojas Envenenadas

Manada de Mentiras

Deuda de Sangre

Bosque Mortal

Cortejando el Peligro

La serie: Un Misterio del Detective Digital

Asesinato por Código (2025)



About the Author

En la jungla urbana de Sídney, esta esposa, madre y romántica empedernida solía pastorear gatos corporativos como directora de proyectos, un trabajo que afinó sus habilidades en intriga y asesinatos (no letales). Ahora se dedica a tramar la muerte de personajes ficticios en sus encantadoras fantasías urbanas y misterios detectivescos.

Cuando no está infundiendo humor, luz y un toque de romance a sus historias, la encontrarás intentando montar olas, tocando música con su marido, o tratando valientemente de restaurar el orden en el delicioso caos que es la vida familiar.

You can connect with me on:

https://plmatthews.com

https://www.facebook.com/profile.php?id=61551925178512

https://www.instagram.com/pl_matthews_author